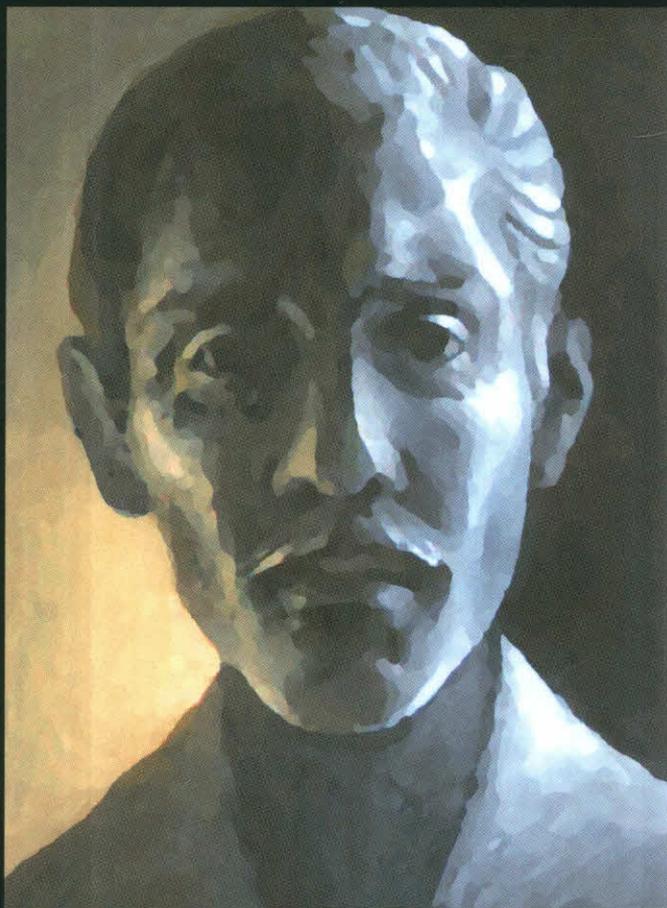


**PABLO
ANTONIO
CUADRA
ENSAYOS II**



COLECCIÓN CULTURAL DE CENTRO AMÉRICA · SERIE PABLO ANTONIO CUADRA NO. 4

N
306
C961

Cuadra, Pablo Antonio
Ensayos 2/ Pablo Antonio Cuadra;
comp. Pedro Xavier Solís. —1a. ed.—
Managua: Fundación Vida, 2003
v.2 — (Colección Cultural de Centro América.
Serie Pablo Antonio Cuadra N° 4)

ISBN: 99924-53-21-4 (VOL.2)
99924-53-19-2 (OBRA COMPLETA)

1. CUADRA, PABLO ANTONIO—ENSAYOS
2. IDENTIDAD CULTURAL
3. IDENTIDAD NACIONAL
4. LITERATURA NICARAGÜENSE

COMPILADOR

Pedro Xavier Solís

COORDINACION DE EDICIÓN

Marcela Sevilla Sacasa y Pedro Xavier Solís

DISEÑO DE PORTADA

Johnny Villares

IMAGEN DE PORTADA

Retrato elaborado por J. Villares
basado en una escultura de Edith Grön

IMAGEN DE CONTRAPORTADA

Escultura de Edith Grön

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

inFORMA (Managua, Nicaragua)

©2003 Colección Cultural de Centro América
Hecho el Depósito Legal N° 0188 en Managua, 2003

Impreso por: Imprelibros S.A.
Printed in Colombia

Colección Cultural de Centro América

El *Fondo de Promoción Cultural del Banco de América* editó en calidad y en cantidad la mejor colección de obras arqueológicas e históricas, literarias y artísticas que se haya publicado en Nicaragua. Quedó interrumpida la colección cuando el gobierno nacionalizó los bancos. Al instaurarse de nuevo la democracia y la economía de mercado, **Grupo Uno**, contando con miembros del anterior *Consejo Asesor del Fondo de Promoción Cultural* y con nuevos elementos de gran valor se propone no sólo reanudar la colección interrumpida, sino centroamericanizar su proyecto, haciendo accesibles al lector de las repúblicas del istmo, aquellos libros que definen, sustentan y fortalecen nuestra identidad.

Esta labor editorial que facilitará la enseñanza y la difusión de nuestra cultura en escuelas, institutos, centros culturales y universidades, producirá simultánea y necesariamente una mayor unidad en la cultura del istmo; unidad cultural que es el mejor y más poderoso cimiento del Mercomún y de cualquier otra vinculación política o socioeconómica de la familia de repúblicas centroamericanas.

Este es un momento histórico único del acontecer del Continente: todas las fuerzas tienden a la formación de bloques regionales, pero la base y motor de esas comunidades de naciones es la religión, la lengua y las culturas compartidas.

Grupo Uno quiere ser factor activo en esa corriente con la publicación de la *Colección Cultural de Centro América*.

Pablo Antonio Cuadra

Colección Cultural de Centro América *Consejo Asesor*

La *Colección Cultural de Centro América*, para desempeñar sus funciones, está formada por un Consejo Asesor que se dedicará a establecer y vigilar el cumplimiento de las políticas directivas y operativas del Fondo.

MIEMBROS

Dr. Francisco X. Aguirre Sacasa
Dr. Emilio Álvarez Montalván
Ing. Adolfo Argüello Lacayo
Dr. Alejandro Bolaños Geyer
Dr. Arturo Cruz S.
Don Pablo Antonio Cuadra (1912-2002)
Dr. Ernesto Fernández-Holmann
Dr. Jaime Incer Barquero
Dr. Francisco J. Laínez
Ing. René Morales Carazo
Lic. Ramiro Ortiz M.
Dr. Gilberto Perezalonso
Ing. Ricardo Poma
Lic. Sergio Raskosky Holmann
Lic. Marcela Sevilla Sacasa
Lic. Pedro Xavier Solís
Arq. José Francisco Terán

MIEMBROS HONORARIOS

Lic. Jorge Canahuati
Rev. Manuel Ignacio Perezalonso

Presentación

La admiración que siento por Pablo Antonio es profunda. Su vida fue un ejemplo de consecuencia y la obra que nos legó es notable por su dimensión y seriedad. Pablo Antonio es, indudablemente, una de nuestras inspiraciones. Su poesía tocó la fibra más íntima de nuestra Nación y sus ensayos sobre nuestra historia y sociología le ofrecieron sustento conceptual a su aliento poético. Y, cuando la política nicaragüense quedó reducida a los gritos, su voz serena simbolizó la rectitud ciudadana.

Para nosotros, los de la Colección Cultural de Centro América, la publicación de la Serie Pablo Antonio Cuadra es una obligación gustosa. Lo hacemos por uno de los fundadores de esta Colección Cultural y por nuestras nuevas generaciones, las que deben estar expuestas a la voz de este maravilloso nicaragüense, cuyo vasto legado intelectual recogemos parcialmente en las páginas de esta Serie.

Ernesto Fernández-Holmann

PRESIDENTE

COLECCIÓN CULTURAL DE CENTRO AMÉRICA • GRUPO UNO



Prólogo

PAC

Don Pablo Antonio Cuadra—que pasó como un ángel de luz—nos deja una inmensa obra, en la cual encontramos en cada línea y en cada gráfico, un pensamiento y una acción. Una línea trazada con la mano que supo empuñar firmemente la valentía, la humildad, el humanismo y la sencillez, para convertir su pensamiento en una virtud y su acción en destellos luminosos.

De su profesión de escritor y periodista hizo un sacerdocio lleno de fe y sacrificio para cumplir con el más grande mandamiento de la Ley de Dios: amar al prójimo. Se distinguió por resaltar los valores del humanismo, sobresaliendo el empleo de la palabra escrita, que como ícono del pensamiento, la condujo a una búsqueda y sostenimiento constante del honor.

La presente antología de ensayos es el resultado de una selección muy cuidadosa, donde nos presenta de Don Pablo una de las facetas más destacadas de su obra literaria.

El tema religioso junto con la identificación del ser nicaragüense, son el *leitmotiv* de su creación artística. El catolicismo, la antorcha encendida en su corazón, lo propone, lo pregona y lo profetiza, seguro de que es el camino de la verdad y la vida, ayudándonos a obtener el título más digno del ser humano: ser hombres y mujeres de bien.

Su prosa certera en los ensayos literarios, sociológicos, religiosos, artísticos y políticos, emana de una reflexión coherentemente organizada, consecuente con un contexto; basta citar como ejemplo sus “Escritos a Máquina”, última parte de esta antología, que como artista con la idea, ejerció su función social cuando apuntala a manera de denuncia pública cualquier injusticia, crítica o aportes a la bienandanza de un sistema, sociedad o agrupación existente.

Quiero concluir estas palabras de presentación felicitando a todos los hombres y mujeres que con su testimonio, creación



poética o magisterio, están dando vigencia a la obra y pensamiento de Don Pablo Antonio, y exhortarlos a continuar la búsqueda, en el *corpus* literario, de nuevas vertientes, que estoy seguro se descubrirán. Ahora dejemos que mis labios callen y que el corazón prosiga su eterno y silencioso discurso. Dejemos que él, en su lenguaje mudo, pero elocuente como ningún otro, nos diga lo que fue y lo que sigue siendo para nosotros.

Cardenal Miguel Obando Bravo

C
RISTO,
N
UESTRO
C
ONTEMPORÁNEO

SOBRE JESUCRISTO

Reflexiones sobre la esencia del cristianismo

Reflexiones y notas sobre la lectura del libro
de Romano Guardini 'La Esencia del Cristianismo'

Si encendemos en una habitación oscura una llama—una vela—, hasta el más lejano rincón se enciende en claridad o penumbra. Sería un error del rincón iluminado creerse luz. Incluso en la misma llama, aparte del calor que irradia—que no es la llama— hay varias capas de combustión: una roja-amarillenta, donde se advierte la impureza de la materia ardiendo; y otra capa más central de color blanco cegador, de raíz azulada, que es el corazón de la llama, la fuente misma de su luz y de su calor.

Queremos en estas reflexiones acercarnos al corazón de la llama del cristianismo. Saber cuál es su esencia. La esencia del cristianismo, porque en todas las épocas ha existido y existe el peligro de considerar como esencia lo que es periférico en la llama o lo que es simple consecuencia de la combustión central.

Se ha dicho, por ejemplo, que lo esencial del cristianismo es que Dios se revela como Padre. Ciertamente es una revelación fundamental, pero esa revelación es consecuencia de un hecho que la hace posible y la avala.

Se ha dicho que la esencia del cristianismo es contener la ética más pura y la que en mayor grado coincide con las exigencias de mayor perfección de la naturaleza. Ciertamente que de la esencia del cristianismo se deriva esa ética, pero esto es sólo un producto más secundario de su esencia. Es parte de la luz que se

desprende del corazón de la llama, pero no es la llama y menos su esencia.

Se dice que la médula del cristianismo es el descubrimiento y aliento de la comunidad y del espíritu comunitario. Que el cristianismo ha dado impulso a un salto sobre los límites egoístas del 'yo' y que ha promovido ese espíritu solidario del 'nosotros'; es cierto. Pero ese calor comunitario es uno de los derivados de la llama. No es la llama.

Se dice hoy, se polemiza hoy y se exalta hasta límites extremos, que lo peculiar del cristianismo es ser una religión, una fe que eleva el amor al prójimo a la categoría de valor fundamental; lo que es cierto, pero no exclusivo, porque el cristianismo no se limita a ese hermosísimo y peculiar humanismo. Esa no es su esencia, sino una de las principales consecuencias de su esencia. Y tampoco es la esencia del cristianismo la opción por el pobre, frase o concepto que algunos actualmente usan para desplazar la fe cristiana hacia algo que ya no es fe, sino sociología. Optar por el pobre es un concepto lleno de contenido evangélico, concepto evidentemente florecido—como su más hermoso y revolucionario producto—del mandamiento nuevo de Cristo, pero que, al convertirlo en esencia pierde su poder, pierde la llama que le da vida, y se convierte en fuego temporal, o—peor aún—político, o en pasión partidista, o—a veces—en odio, es decir, en lo contrario de su fuente que es el amor.

Reducir la esencia del cristianismo a ese concepto—optar por el pobre—para establecer luego que la forma de optar por el pobre la dicta un partido, o una filosofía, o una ideología, es, simplemente, colocar otra vez a Cristo frente al Sanedrín que lo condenó porque no daba la medida de un Mesías político. Rechazaron lo que tenía de Divino por lo que no tenía de político.

Si optar por el pobre es todo el cristianismo, quiere decir —como enseñaba el Cardenal Miguel Obando Bravo—que el día que un pueblo logre una plena y justa distribución de la riqueza y termine con la pobreza, el cristianismo ya no tiene nada que

decir. Y Cristo, con el misterio todo de la Redención, se convierte en una especie de gerente de un gran banco que prestó un buen servicio al hombre para salir de una deuda. Y nada más.

Como puede observarse, todas las respuestas que he enumerado y muchas otras que no menciono para ser breve (respuestas a la pregunta clave sobre cuál es la esencia del cristianismo) no son falsas en su totalidad. Todas ellas se basan en un aspecto verdadero y fundamental del cristianismo, pero no llegan al corazón de la llama, equivocan lo que es consecuencia con lo que es causa; y al perder de vista la esencia, sus respuestas caen en la aberración, toman la parte por el todo y se alejan cada vez más de la meta que buscan.

Entre las parábolas adjudicadas a Cristo, hay una corta y preciosa parábola que aparece en los documentos cristianos del primer siglo y que no fue recogida por los evangelistas. Dice: 'El Reino de Dios es como una mujer que trae sobre su cabeza un ánfora llena de harina. Pero el ánfora tiene una hendidura y al caminar va filtrándose la harina y cuando la mujer llega a su casa, el ánfora está vacía.'

Son muchas las teorías e ideologías de nuestro tiempo que salen con el ánfora sobre la cabeza llena de Evangelio, y creemos que transporta el mensaje de liberación. Pero el ánfora tiene una hendidura, el vaso de barro humano está roto, tiene tal vez una casi invisible fisura política o mundana, y la harina se va filtrando; y al paso de la pasión, del orgullo de los razonamientos y de las polémicas, el contenido cristiano se va filtrando, se va perdiendo, hasta que llega el momento en que el ánfora está vacía de la esencia del cristianismo, simbolizada en esa misteriosa harina eucarística que se escapa.

¿No hemos visto en nuestro tiempo y en nuestra América surgir la hermosísima y esperanzadora Teología de la Liberación, y a varios de sus más inteligentes teólogos salir, llevando en sus mentes el ánfora repleta de Evangelio? Pero en un momento dado, los que parecían ir a cristianizar el marxismo, dieron un

leve paso en falso, rasgaron tenuemente el ánfora y comenzó a perderse la esencia cristiana, comenzó a sustituirse la fe por la praxis marxista, y cuando llegaron a casa lo que había sucedido es que habían vaciado la Teología de la Liberación de su contenido teológico y sustituido a Cristo por un proceso revolucionario. En vez de cristianizar el marxismo habían marxistizado su cristianismo. La harina cristiana pasaba a ser harina de otro costal. Cristo dejaba de ser Cristo—había perdido en ellos su esencia—para trasmutarse, según las palabras de Maurice Clavel, ‘en el Juan Bautista de Marx.’

El proceso sufrido por la Teología de la Liberación, que yo, confieso, seguí con entusiasmo y fervor durante años, ese proceso desgraciadamente desviado por algunos mal llamados teólogos hasta extremos aberrantes, no es más que el resultado de una falla, tal vez pequeña o casi invisible en el comienzo, sobre lo que es la esencia del cristianismo.

Los intelectuales o los teólogos, cuando resbalan hacia la herejía o hacia desviaciones doctrinarias, es porque juegan con conceptos abstractos, es porque fabrican ideas, pensamientos, esquemas mentales iluminados por la llama, pero equivocando el centro o corazón de esa llama. Porque la esencia del cristianismo no es una filosofía, ni es siquiera teología, sino algo desconcertante y personal. La esencia del cristianismo es Cristo mismo. ‘No su doctrina, ni su ejemplo, ni la potencia divina operante a su través, sino simple y escuetamente, su persona.’

‘Este Ser extraordinario que viene, con su existencia, a dividir en dos, como un terremoto que no cesa, la historia del hombre—estoy citando a Romano Guardini—esta Persona, desde el primer momento despertó, por una parte la afirmación apasionada, la fe y el seguimiento; pero también, por otra parte, la indignación ante la pretensión de ese hombre que se dice Dios.’

Para comprender este escándalo que es el centro mismo incandescente de la llama, la imaginación del cristiano debe recurrir a las páginas de la Biblia donde quedan las huellas de los caminos de

Dios para llegar a esa plenitud de los tiempos y a ese cumplimiento de todas las expectativas de la humanidad, que es Cristo.

Debemos mirar a Cristo desde la lejanía de Abraham, el padre de los creyentes, el gran abuelo de la fe. En todo hombre hay un Abraham, porque todo hombre es semilla de un largo linaje de descendientes por la sangre o por la palabra (todo hombre es el comienzo de un pueblo) y todo cristiano es la espera y la esperanza de Abraham de ver al Deseado. En los ojos de Abraham está el hijo. Está el futuro. (Quetzalcóatl en América era una figura abrahámica. Una promesa de redención. Una espera del deseado). Abraham tiene una patria, pero el Señor lo llama al exilio (en esto hay una fascinante analogía con la figura de nuestro Tamagastad Quetzalcóatl), lo desprende de su pasado para darle un futuro nuevo, una Tierra Prometida donde nacerá la plenitud de toda esperanza.

La Biblia nace en esa Esperanza. Todo el Antiguo Testamento es una espera. A través de los siglos el hombre va peregrinando guiado por la luz de una promesa; pero, ayer como hoy, equivoca no pocas veces el sentido de esa luz. La reduce a la medida de sus pobres raciocinios o a la medida de sus ambiciones personales o nacionales, imagina un Mesías a imagen y semejanza de sus intereses. Así, el río humano nacido de Abraham se divide, se desvía, cae en errores, y en todo el recorrido vemos la mano de Dios levantando, como una estrella titilante entre las tinieblas, la luz profética de un Redentor.

Hasta que por fin la Historia—a los ojos de Dios—madura y se produce el hecho inaudito. El Padre envía a su Hijo. El Verbo se hace carne.

Desde el primer momento todo lo que el hombre ha pensado e imaginado en la espera es revolucionado hasta sus raíces. El hombre había imaginado el poder de Dios manifestándose entre rayos, truenos y teofanías grandiosas. Pero el que nace es un pobre marginado que no encuentra lugar ni en la más humilde posada de Belén. Ningún palacio. Ningún dosel impe-

rial de oro y pedrería para el Mesías esperado. Unos ignorantes pastores son los escogidos para saludar al que ha bajado desde el trono del Altísimo.

Dios se revela distinto a lo imaginado. El Dios omnipotente se manifiesta como humildad y pobreza, como debilidad y amor. Y esa persona así descalificada para el criterio humano es la que viene a ocupar el centro de la historia.

Ya es incómodo aceptar eso. Recordemos las palabras del Evangelio de Mateo cuando Jesús regresa, en su vida pública, a su propio pueblo Nazareth. La gente se preguntaba: ¿de dónde le viene a Éste tal sabiduría?, ¿no es Éste el hijo del carpintero?, ¿su Madre no se llama María?... ‘Y se escandalizaban en Él’—dice Mateo.

Insensiblemente la razón humana, la razón de los pensadores, la razón de muchos teólogos y filósofos, apartan a esa Persona que escandaliza, que incomoda y—tal como la gente de Nazareth—prefieren las ideas, prefieren los grandes conceptos: hablan de Amor, hablan de Pobreza, hablan de Ética, hablan de Divinidad; prefieren las abstracciones a ese ser personal, concreto, que es el centro desconcertante y quemante e iluminante de la llama.

Todas las páginas de la Biblia están como olas del mar golpeando sobre ese litoral: todos los siglos llevan a ese ser único, a esa realidad personal. Pero hay una rebelión en el hombre. Someterse a una ley general, a una gran idea, a un bien natural, mental o moral, no es difícil para el hombre, el cual siente que al hacerlo así, continúa siendo él mismo. En cambio, reconocer a otra persona como ley suprema de toda la esfera religiosa y, por tanto, de la propia existencia, produce una reacción negativa, a veces inconfesada y sutil, a veces violenta, que explica porqué tantos se desvían de la esencia del cristianismo y rehuyen a Cristo-Persona para proclamar Cristos-ideas.

El Dios del Antiguo Testamento se dio un nombre a sí mismo: Yahveh—‘Yo Soy.’ El ‘Yo Soy’—el Ser Supremo, el Único, el que debe su esencia a sí mismo—encarna un día su Palabra. ‘Y la

Palabra se hizo hombre y habitó entre nosotros.' Y esa Palabra dijo: 'Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida.' Y esa Palabra dijo: 'Nadie viene al Padre sino por Mí. El que me conoce a Mí, conoce a mi Padre.' No dice: 'Yo os enseño la verdad,' sino 'Yo soy la Verdad.' No dice: 'Yo os traigo la vida,' sino 'Yo soy la Vida.' No dice: 'He visto al Padre y os hablo de Él,' sino 'El Padre está en Mí. El que me ve a Mí ve a mi Padre.'

Ese 'Yo Soy' es la esencia del cristianismo. No una doctrina, ni una potencia divina operante a través de un hombre, ni una admirable ética. Sino escuetamente: una persona. Jesús, el Cristo.

Por eso, si no queremos perder esa esencia, tengamos cuidado de centrar la expresión cuando decimos que el cristianismo es la religión del amor: 'Ello es exacto—dice Guardini—pero siempre que el amor se entienda exactamente: no como amor abstracto, ni siquiera como amor religioso, sino como amor dirigido a una persona determinada que es la que hace posible ese amor en absoluto: la persona de Jesús. La tesis de que el cristianismo es la religión del amor, sólo puede ser exacta en el sentido de que el cristianismo es la religión del amor a Cristo, y, a través de Él, del amor dirigido a Dios, y del amor dirigido a los hombres.'

...El corazón de la llama es la llama de su corazón.

"Es por tanto consecuente—dice Guardini—que San Pablo hable de Dios como 'Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo.' Dios no es Padre en sí y por sí, sino en relación con Cristo, y sólo desde Cristo puede ser comprendido. De igual manera, tampoco el Espíritu Santo es Espíritu en sí, aliento religioso que manará libremente, sino en relación con Jesús. Es el Espíritu que Jesús envía. 'El abogado que Yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de Verdad que procede del Padre... dará testimonio de Mí.' El contenido de la misión del Espíritu Santo es Cristo. 'Él me glorificará porque tomará de lo mío y os lo dará a conocer'."

La divinidad del Nuevo Testamento se halla, por tanto, referida a Cristo, y sólo desde Él puede llegarse a ella. El Dios en que cree el cristiano es el Dios Jesucristo.



Con mayor razón, resulta ridículo—porque la blasfemia es ridícula—instalar en el centro de la fe—ocupado por Jesús, Hijo de Dios—, la filosofía de un filósofo, o la preocupación humanista de una sociología, o la anécdota—pasajera, dentro de la vasta historia del hombre—de una revolución, o—peor todavía—el fusil de una rebeldía.

Teniendo esto presente se pone de manifiesto la infinita y tremenda distancia que separa la esencia del cristianismo —el Dios Jesucristo—de todas las derivaciones de su persona y de su palabra. Nada puede sustituirlo.

El Dios del hombre y el Dios de Dios

Apenas el hombre pronuncia la palabra 'Dios,' tiende a imaginarse a Dios con los atributos de la grandeza humana. Pero desde su manifestación en el pesebre de Navidad, Dios, a quien concebimos como la Grandeza Suma y como el Todopoderoso, cuando se encarna y nace es en la impotencia, en la marginación y en una caballeriza o establo maloliente, porque 'no hubo posada para Él en Belén.' No es la revelación que esperábamos de Dios: impotencia, pobreza, anonimato.

Un Dios se espera como un relámpago de esplendor y magnificencia. Estamos más dispuestos a adorar al rayo que a esa contradicción de nuestra idea de Dios. No sólo el pueblo judío —teocrático en grado sumo— sino el hombre de todos los países y edades, concebía la manifestación de Dios como la suprema y deslumbrante manifestación de la Omnipotencia. La imaginación humana en Israel o en China o en América, si imaginaba la epifanía de Dios, la concebía como una refulgente manifestación de Gloria, de Grandeza y de Poder. Sin embargo, el Dios anunciado por los profetas y por las escrituras un día decide cumplir su promesa de amor. Un día decide que el Hijo de Dios sea el Hijo del Hombre. Y se le anuncia a María (¡Bienaventurada porque has creído!, le grita en su saludo su prima Isabel). Pero, contra toda la tradición de la imaginación humana, un huracán invisible cambia todos los términos. Y en vez de la imaginada grandeza y de la fastuosa teofanía, lo que nace es un niño pobrísimo a quien no le dan posada en la ciudad y tiene que ser alumbrado en un pesebre.



Después de decenas de miles de años de concebirse la grandeza de Dios con la mente del hombre, una mujer lo concibe en la mayor impotencia, abandono y marginación. Y ¿a quién más de cerca podía punzarle con sus interrogaciones la corona de dudas que a María?, ¿a quién más de cerca le tocó la desconcertante contradicción, sino a la Madre?. El Evangelio lo dice en una frase tremendamente simple: *'Y el niño fue recostado en un pesebre.'* Ninguna madre ha sido sometida a una prueba tan desigual entre lo esperado y su realidad. ¿Puede ser Dios, el Dios esperado por mi pueblo, ese hijo de mis entrañas que no encuentra posada y viene a nacer en un lugar inmundo? ¿Estaré soñando que me visitó un ángel cuando este niño me grita su hambre y es un niño pobre que ni siquiera pudo nacer bajo un techo propio y digno? ¿Por qué esta humillación? Entonces afuera los ángeles cantan. Pero, ¿quiénes llegan con la historia, sino unos sucios ignorantes pastores, con miedo y con ingenua admiración? ¿El Dios esperado era ese? ¿Es que Dios no es grandeza (como la concibe el hombre) sino humildad?

Israel esperaba al León de Judá y llega enredado entre las zarzas un cordero. Y María sintió que un frío le recorría la espalda al reconocer en ese cordero y su balido, el que Dios envió a Abraham para que lo sacrificara en vez de su hijo Isaac. Vence la fe. Pero su victoria es angustia, dolor y sacrificio. Una espada atraviesa su corazón. Y en ese comprender y no comprender—tan cerca y tan en carne viva—el desconcertante cambio de la Encarnación, está la prueba de María; y Ella va a su prueba sola, la más solitaria de las mujeres ante el misterio estremecedor de la proximidad de lo sagrado. No es un Rey fastuoso. No es siquiera el piadoso Dios imaginado por el piadoso hombre, rodeado como Júpiter de rayos y truenos. Es un Dios desconcertante. Es el Dios de Dios del Credo.

La paradoja de Cristo ante la política

La relación Iglesia-Política, ¿qué puede ser sino la proyección en el tiempo de la relación Cristo-Política? Sin embargo, se trata de una relación paradójica. Porque Jesús renuncia a convertir su misión mesiánica en misión política, pero a través de esa renuncia penetra al corazón mismo de lo político, revolucionándolo.

En el Evangelio leemos que Jesús jamás permitió que se le confundiera con un líder político; ni aceptó que se le proclamara rey o caudillo; ni aceptó, sino que destruyó, el mito judío del 'Mesías-liberador-político' de Israel. Sin embargo, cuando analizamos el proceso de su muerte, nos encontramos que las fuerzas que se confabulan contra Él hasta matarlo, son todas políticas: la política teocrática de los fariseos (el Poder transformado en religión); la política oportunista de los saduceos (el Poder aferrado a los privilegios); la política legalista de los escribas (el Poder apegado a la letra y no al espíritu del derecho); la política de los herodianos (la corrupción y venalidad del Poder bajo apariencia de dignidad e independencia); la política imperialista de Roma (el Poder-potencia); y la política rebelde y guerrillera de los zelotes (la rebelión contra el Poder establecido). Todos esos poderes consideran a Jesús enemigo.

¿Por qué esas políticas, por qué esos poderes, ven en Cristo a un subversivo o un peligro? Porque todas esas políticas han invadido abusivamente ámbitos ajenos. Cristo para unos significa 'libertad,' y por libertador es subversivo. Cristo para otros significa 'justicia,' y la demanda de justicia siempre es revolucionaria. A Cristo sus condenadores lo meten en política, pero Cristo lo que

hace es sacar a la política de sus extralimitaciones y devolverla a su sitio. Reivindica la autonomía de lo temporal. Cancela con su doctrina el tipo de Poder—como el romano—que se reviste de una aureola religiosa; y también el tipo de Poder—como el judío—que identifica la alianza divina con el dominio terrenal.

Al Poder que olvida que la política es una relación (una relación de fraternidad humana), Cristo le recuerda la preeminencia de los pobres y la primacía de la liberación de los oprimidos. Al Poder que proclama la política como totalidad (es decir al absolutismo o totalitarismo en todas sus formas partidarias o estatales), Cristo opone la proclamación de la dignidad suprema del hombre hijo de Dios.

La paradoja de Cristo ante la política, Él mismo la encierra y constitucionaliza en una respuesta a los judíos que contiene dos preceptos:

‘Dad a Dios lo que es de Dios.’ Es decir: la política no puede divinizarse, el poder político no puede invadir ni interferir la esfera de Dios en el hombre. ¿Cuál es esa esfera o ámbito? El ‘territorio’ de Dios no es tanto el del culto cuanto el del amor, que presupone la justicia. ‘Compasión es lo que quiero y no sacrificio,’ dice Yahveh a Oseas. Y Cristo afirma: ‘El sábado es para el hombre y no el hombre para el sábado’; lo dice del ‘Día de Dios’ y lo dice ante un pueblo teocéntrico como el judío (no el hombre para el Estado, sino el Estado para el hombre). Y San Juan aclara: ‘Quien no ama a su hermano al que ve, a Dios, al que no ve, no puede amarlo.’ En la revelación de Cristo de que Dios es Amor—porque Dios es Padre—la política sufre un deslindamiento porque los derechos de Dios, los derechos que Dios reclama, son los derechos del hombre.

‘Dad al César lo que es del César.’ Es decir: la autoridad política es autónoma y puede exigir respeto y tributo mientras es autoridad y no opresión. Esto significa que lo que es de Dios no puede desbordarse sobre un terreno que no es el suyo (el del César) so pena de sacralizar otra vez lo profano; pero también, lo

que es del César no puede extralimitar su ámbito de autonomía invadiendo la libertad o conculcando la justicia, que son los campos de Dios en el hombre.

Cristo traza al cristiano una obligación: con el hombre. Y una libertad: con la política.

Sueño con Jesús

‘Atravesemos a la otra orilla del Lago,’ les dijo el Señor. Y lo llevaron y cuando la barca navegaba en lo más profundo, se desató una tempestad que casi sepultaba la barca bajo las olas. Pero Jesús se había dormido, reclinado en el cabezal de popa.

‘Un Dios dormido,’ pensaron ellos, y tuvieron miedo de que la tempestad se aprovechara de su sueño.

Yo pensé: ‘Un Dios que sueña.’

En su sueño sonreía. Su sueño atravesaba el Tiempo. Atravesaba la noche. Atravesaba dos mil años del futuro.

Y me dijo señalando las lejanas costas del lago nicaragüense: ‘Este es mucho mayor que mi lago de Genezareth.’

Y no le importaban las grandes olas.

‘Quiero recorrer sus costas,’ le dijo a sus discípulos. Y golpeados por el oleaje (Jesús de pie, con un ojo atento y paterno) fuimos recorriendo la lenta curva del Mar Dulce y acercándonos a sus puertos y a sus islas.

Cuando atracamos en Granada, una inmensa multitud se apretujaba en el muelle y en las arenosas playas de la ciudad-puerto. Se escuchaba el clamor y el llanto de los que exponían a Cristo las pérdidas de sus cosechas, los ríos crecidos por el último huracán, las muertes. Él estaba en la proa y el viento agitaba su manto blanco. Los que lo acompañábamos miramos sus ojos nublados por las lágrimas.

Y levantó la voz: ‘La creación del hombre es la más alta creación de Dios. Los ángeles—vuestros amigos—son espíritus puros; pero el hombre es la experiencia sublime de unir espíritu y materia. Es difícil... ¡trae lucha y sufrimiento el equilibrio entre cielo y tierra!. Yo asumí en mi Persona esa unión del Tiempo y la Eternidad. Y por mi Encarnación coloqué al hombre en el centro de la divinidad. Hice mío vuestro sufrimiento para que sea vuestro

mi gozo. Hice mía vuestra muerte para que sea vuestra mi resurrección. Lo que el tiempo y la materia destruyen, yo le doy vida nueva y para siempre.'

Y levantó más la voz: 'Sois vice-dioses. Seguimos haciendo al hombre a nuestra imagen y semejanza. Si damos amor, hacemos un mundo habitable y fraterno. Si ponemos egoísmo, un mundo hostil, homicida y hambriento.'

Y gritó: '¿Dónde está vuestro amor?'

Y crujieron los obenques al virar la barda. Y el viento y las olas crecían saltando sobre la borda y balanceando la embarcación que parecía hundirse. Entonces los discípulos horrorizados le gritaron:

'¡Señor, despierta, que perecemos!'

Y Él abrió sus ojos. Miró la amenazante tempestad, se irguió y levantó la mano. Al instante enmudeció el viento y las aguas bajaron sumisas a su nivel más manso.

Jesús volvió su rostro severo pero radiante de amistad. Y le preguntó a sus discípulos:

'¿Dónde está vuestra fe?'

Piedra y Árbol

MEDITACIÓN DE CUARESMA

El hombre, ante la piedra, siempre se sobrecogió. Su absoluta insensibilidad, su impenetrabilidad, la eternizada dureza de su forma, hablaba al hombre de 'otro' mundo.

Piedras: restos del gran taller de la Creación. En las piedras veía el hombre las huellas digitales de Dios. Por eso el hombre, a través de las edades, siempre revistió a la piedra de una virtud sagrada: los dólmenes, los menhires, el obelisco, el mojón, la lápida...

Sea como ara, sea como señal, sea como custodia del reposo eterno, la piedra ha sido signo de lo que subsiste, de lo que permanece. Sobre ella Jacob, después de su sueño, erigió el 'bethel': altar conmemorativo. Sobre ella, piedra del sacrificio, elevó por siglos la sangre su clamor. Contra la piedra tropieza el hombre. Sobre la piedra erige. Es la base (piedra angular). Lo fundamental: el ara.

Y junto a la piedra: el árbol. Si la piedra es la perennidad, el árbol contiene el tiempo con su ciclo de nacimiento-crecimiento-floración-muerte-renacimiento. El árbol simboliza el ritmo del cosmos. Es como una letra que resume y donde se lee el universo todo. Es el jeroglífico, el ideograma de la dualidad vida-muerte. Pero en su renacer estacional vio el hombre, siempre, un signo sagrado: imago mundi, la vida toda y la esperanza de otra vida.

En el árbol el hombre aprende a dar: ramas o brazos cargados de frutos, cargados de dones: es el mandamiento del corazón de la tierra expresado en el árbol. Del árbol se corta el fruto del conocimiento. El Paraíso estaba plantado de árboles. La noche es un árbol cuya copa de estrellas descansa sobre la frente del hombre. Árbol de la sabiduría. Árbol de la Redención: sobre el árbol de la Cruz se da el fruto que redime, brota la sangre que es savia, caen las hojas de la muerte y apunta en la llaga misma de la hoja que cae, el retoño de la Resurrección.

La Cuaresma desnuda a la Iglesia. El viento de la penitencia barre con todo otro signo. Quedan solamente la Piedra y el Árbol—el Ara y la Cruz—, lo indestructible y lo cíclico, lo que dura y lo que se transforma, los símbolos fundamentales y primigenios del cosmos que Cristo hizo suyos para que la señal del Hijo del Hombre—la letra escarlata ‘Tau’—fuera leída y entendida por todos los mundos, por todos los siglos, por todos los hombres.

La Puerta Tenebrosa

MEDITACIÓN DE PASCUA

Tenemos que desaparecer: no hay poder, no hay dinero, no hay sabiduría, que nos salve de la muerte. Y si es así... ¿adónde iremos?, y ¿de dónde venimos?

Mientras el problema se plantea extramuros del cristianismo la contestación es sombría. Entre los filósofos de la antigüedad, Aristóteles creía que el alma era mortal en virtud del principio de que todo cuanto es engendrado, debe también ser destruido (lo que es realmente un principio del mundo biológico). Los estoicos estimaban que el alma individual tornaba a juntarse con el alma universal. Los pitagóricos juzgaban que el alma era eterna, no engendrada ni mortal. Platón sostenía que el alma era mortal por naturaleza, pero inmortal por la acción de la Providencia.

El materialismo marxista cerrando una curva que nos devuelve a las más oscuras respuestas de la antigüedad, presupone que el hombre retorna a la nada como persona cuando muere. Para el materialismo marxista sólo cuenta el hombre genérico, la especie. El individuo pasa, pero la especie no tiene fin. Mi 'yo' sobrevive si he contribuido a crear las condiciones del cambio. El revolucionario revive un poco en todas las revoluciones futuras. Es la historia del Fénix: no es inmortal, sino a fuerza de morir. Pero esta solución romántica, esta respuesta especulativa, ¿qué valor tiene?. La especie, la humanidad en general, es una abstracción. Lo que existe y lo que muere es el hombre en particular. ¿Cómo puede satisfacer mi ansia profunda que cambie la humanidad futura, si yo voy a la nada?

El problema de la muerte es el intransferible problema de cada quien como persona. Si este problema del hombre—del hombre concreto: problema de mi destino, de mi vida—lo colocamos en la perspectiva de la Historia Universal, nos damos cuenta de que

toda la historia humana aparece como un gigantesco drama de vida y de muerte: tanto en el tiempo como en el espacio—mientras no surge Cristo—reina la muerte. Pero viene Cristo y por su muerte triunfa de la muerte misma: desde ese instante la muerte cambia de sentido. Ya no es más la sombría puerta a la nada o a un mundo de sombras, sino el paso hacia la resurrección. Cristo es el primogénito de entre los muertos. Muere por nosotros y con nosotros, para que nosotros resucitemos con Él.

La encarnación del Verbo tuvo por objeto realizar la unión del Verbo con un cuerpo mortal, de modo que en este cuerpo triunfase de la muerte y por esa misma muerte librase al género humano de la corrupción. Cristo es nuestra garantía. La fe en Él, que resucitó, transforma el sentido de la muerte. 'La vida se muda, no fenece.' En la lengua cristiana, realmente, cesa la palabra 'muerte.' Porque la muerte es un modo de existencia y no el retorno a la nada. La muerte es el paso a la verdadera Vida. La naturaleza humana teme ese paso. Pero como dice Gregorio Níseno: el niño también llora al salir a luz del claustro maternal.

En realidad, respecto a la muerte, el hombre toma el rábano por las hojas. La vida humana es más una conjugación del verbo morir que del verbo vivir. El estado del hombre viviente es de corrupción biológica. Nos estamos muriendo hasta que morimos. Pero Cristo a lo que ha venido es a transportarnos, de esa corrupción producida por el pecado, a la incorruptibilidad de la resurrección.

En el lenguaje cristiano se dice ingenuamente: 'pasó a mejor vida.' Fuera de ese 'paso'—cuya garantía es Cristo ('si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe,' dice San Pablo)—, todas las ideas sobre la muerte—y la muerte misma—encienden una llama inapagable de espanto.

Pero al lado de la turbación física nos queda la Esperanza cierta. Al lado del corazón de carne que se estremece ante su destrucción, queda la visión pascual del sepulcro vacío y los lienzos doblados y la voz animosa del ángel que nos dice: ¡Resucitó! Él va delante de vosotros...

Tímida reflexión sobre el más hermoso de los misterios

‘Os conviene que yo me vaya, pues si yo no me fuere, no os enviaré el Espíritu, mas si me voy al Padre, os lo enviaré.’

Esta es una de las frases claves en la revelación de la Trinidad: ¿por qué si no se va, no envía al Espíritu Santo? ¿Cómo puede convenirnos que se vaya?. Lo primero que hay que reflexionar es el hecho en sí mismo portentoso de un Dios que, aún sabiendo la dificultad humana y la casi imposibilidad de comprender el misterio, se goza en revelarnos, como amigos íntimos, los secretos de la vida íntima de Dios.

Dios da su gracia a todos. Dios da su vida por todos, pero aparta un pequeño rebaño al que hace partícipe de sus secretos. Ser cristiano es eso: hemos sido apartados para dar testimonio de su amor. Por eso nos confía su misterio. El misterio de la Trinidad es el misterio de la historia del Amor. Es el Amor.

Pero volvamos a la frase: ‘Os conviene...’ En esa frase Cristo establece un irse al Padre. Luego una conveniencia de irse. Es decir, es necesaria la Gloria del Hijo (de Cristo: Dios y Hombre) para que una Tercera Persona sea enviada a los hombres. Ya en esa frase vemos que el Padre envía al Hijo. Que el Hijo es igual al Padre porque envía al Espíritu Santo. Y que el Espíritu Santo procede de ambos porque al reunirse Ellos—Padre e Hijo—es que es enviado.

El Padre y el Hijo se dan el uno al otro con un amor tan perfecto, infinito y total, que ese amor es Dios mismo. Pero ahora el Hijo sube al Padre ya no solamente Verbo, sino Verbo humanado: el Hijo es Hombre y entonces el amor de entre-ambos estalla y se desborda hacia el hombre. Entonces el Espíritu Santo, el Amor mismo, baja sobre nosotros los hombres amados por Dios como hijos.

Por eso convenía al hombre que Él subiera al Padre. Convenía

la Gloria de Cristo, la integración del Hombre a la Trinidad, para que el Espíritu de Amor descendiera como un torrente de fuego encendiendo el mundo de los hombres hijos de Dios. 'Felipe —dice Cristo— quien me ve a Mí, ve al Padre.' En el espejo del Hijo vemos al Padre. Pues de la misma manera, quien ama a Cristo ya ve al Espíritu Santo. Ese amor que damos al Señor, ese amor que damos al prójimo, ese es el Espíritu Santo. Ese vínculo que nos une en comunidad, esa corriente que nos solidariza con el que sufre y con el que necesita, ese calor que nos reúne alrededor de la Eucaristía: ese es el Espíritu Santo. Ese deseo de participar, de hacer palabra viva nuestra fe: ese es el Espíritu Santo. Ese es el fuego que desciende sobre la Iglesia en Pentecostés. Digamos como el poeta:

*Quémame Lengua de Fuego
y sopla después sobre las brasas encendidas
y espárcelas por el mundo
para que tu llama se propague!*

En otras palabras, la venida y el Reino del Espíritu Santo presuponen: 1. La glorificación de Cristo. 2. La fe.

Cristo dijo: 'El que tenga fe, venga a Mí y beba,' y San Juan en el Evangelio comenta: 'Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que habían de recibir los que creyeran en Él, porque entonces no había venido aún el Espíritu, pues Jesús no había sido aún glorificado.' ¡Es hermosísimo el misterio de estas palabras! El Espíritu viene cuando Cristo es glorificado, o sea, cuando el Hombre entra al seno de la Trinidad. Pero también el Espíritu viene cuando ya Jesús se ha ido y la vida de la fe comienza a ser perfecta. Al irse Jesús la fe llega a su perfección: porque su revelación se completa al volver al Padre mostrando la plenitud de su divinidad ¡igual al Padre!, y porque el hombre cree lo que no ve ¡bienaventurados los que creyeron sin ver!.

Pero el hombre, tal como es de por sí, es incapaz de creer. La fe es el acto de un hombre nuevo, que ha de existir primero para

que la fe sea posible. El Espíritu Santo es el que renueva y produce la fe. 'El Espíritu Santo ha venido y ha tomado lo que es de Cristo y lo ha dado a conocer,' dice San Juan. Pero, ¿para qué esa fe?... ¿para salvarnos?. No propiamente, sino para salvar. El Amor nos escoge, nos da la fe, nos da los sacramentos, nos reúne en Iglesia: pero no como unos privilegiados a quienes obsequia un tiquete para entrar al Cielo, sino como testigos y mensajeros de ese mismo Amor en el mundo. Nosotros tenemos que dar testimonio de Amor y de Resurrección. Se nos ha escogido para dar testimonio del Amor y de la Alegría.

Cristo, nuestro contemporáneo

‘¿Cuándo viene el Reino de Dios?’ le preguntaron los fariseos. Él contestó: “El Reino de Dios no viene en forma visible, ni podrán decir: ‘Vedlo aquí o allá’ porque el Reino de Dios está dentro de vosotros.”

Es decir, esa semilla cuyo poder germinal se escapa a toda medida, esa semilla de transformación que la muerte y resurrección de Jesús significó (y significa) en nuestra historia, está oculta pero actuando en medio de nosotros. Si no la seca nuestro rechazo o nuestra indiferencia—productos del pecado—esa semilla sigue su proceso de inmortalización.

En la vida natural se lleva el germen de la muerte. En la sobrenatural, el germen de la vida. La inmortalidad, por tanto, depende de cuál de esos gérmenes cultivamos: si queremos hacer inmortal un cadáver (el horrible destino de una muerte perpetua), o si queremos escalar el misterio de una nueva vida, cuya resurrección nos ganó Cristo con su muerte redentora. Es decir: la diferencia la realiza el mismo hombre, según dé o no su rostro a Cristo. La faz de Cristo es el sol del hombre, el que lo fecunda para que sus obras sean creadoras de vida y no de muerte.

Es fascinante la profundidad poética—digo vital—de la frase que Cristo usa para referirse al enigma de la verdadera inmortalidad. Dice: ‘Allí donde está el cadáver se reunirán los buitres.’ Según comentaristas autorizados, esta frase enigmática y desconcertante es un refrán judío, y Cristo la aplica como respuesta a quienes le preguntan el ‘dónde’ del juicio de Dios. Quiere decir: en todas partes, allí donde esté un cadáver (es decir: al final de un hombre) se ciernen sobre él un juicio; sus buenas y malas acciones giran condenándolo y/o defendiéndolo ante la infinitamente sensible balanza de la justicia (que es también misericordia) de Dios.



La visión última, por tanto, nos revela que todos nuestros instantes son y serán juzgados según 'la actualidad' que tuvo en nosotros Cristo.

El Evangelio no es un ayer; es un siempre. Y donde esa Palabra imperecedera se le revela a la fe con más carga de divinidad, es en la Eucaristía. En este sacramento, Cristo Hijo de Dios, después de haber dado hasta la última gota de su sangre y su vida por nuestra redención—en el terrible suplicio de la Cruz—reduce su infinito a la infinita humildad de un mendrugo de pan para ser, por siempre, nuestro contemporáneo.

SOBRE LA IGLESIA

Conciencia de Iglesia

Cuando Jesús recorría la Perea, al otro lado del Jordán, descansando un poco de las terribles presiones de Jerusalén, un grupo de discípulos le preguntó: 'Señor, ¿cuándo va a venir el Reino de Dios?' (que para ellos se identificaba con la aparición del Mesías). Al hacer esta pregunta ellos pensaban en un advenimiento espectacular, pero Jesús los desilusionó al contestarles: "El Reino de Dios no viene de manera espectacular, de modo que puedan decir 'aquí está' o 'allí está'; el Reino de Dios está dentro de vosotros."

Renzo Ricciardi comenta: 'Esta expresión tan hermosa hoy nos parece muy clara, pero me imagino que los contemporáneos de Jesús, incluidos los apóstoles, tuvieron que quedar perplejos: ¿cómo puede un reino existir dentro de un hombre? Jesús hablaba en clave espiritual y ellos pensaban en términos materiales.'

Es verdad que para buena parte de los cristianos de hoy la hermosa expresión de Cristo es clara; sin embargo, la fuerza principal del ataque del comunismo a la Iglesia se basa en la misma interpretación materialista del mesianismo y del reino de los fariseos y judíos contemporáneos de Cristo: ¿Qué ha hecho la Iglesia? ¿Dónde está el país, o la nación, o el reino, o el imperio, donde reine ese Mesías y se cumplan sus bienaventuranzas?

Se busca el Reino, se busca la Iglesia y su obra, con ojo político. Es el mismo ojo que buscó a Cristo para elegirlo rey. El mismo que quería de Él un líder político. El mismo ojo cruel que al desengañarse prefirió a Barrabás. El ojo materialista que lo vio coronado de espinas y pidió a Pilatos: ¡crucifícalo!

El otro ojo, el que pedía Cristo a sus discípulos, ve el Reino y resulta que el Reino es mucho más vivo, y más real, y más extenso, y más permanente, que los reinos políticos y que lo imperios y que los soviets de repúblicas comunistas.

Pero es un ojo que ve con la caridad y con la fe. ¿Ves ese hospital donde unas hermanitas han dejado todo por atender día y noche a sus enfermos? ¿Ves ese cura anciano, dándole el Pan Eucarístico a los fieles, ayudando a bien morir y a bien nacer durante sesenta años a un pueblo que no es suyo, porque dejó su Patria y su parentela por este extraño Reino? ¿Ves a ese padre de familia, que haciendo sacrificios sienta a su mesa, todos los días, a su amigo en desgracia? ¿Ves a esa otra familia que se apretuja e incomoda por darle posada a un amigo sin techo y enfermo? ¿Y a ese sacerdote que se expone en defensa de los derechos de unos pobres oprimidos?

Pero tu ojo es limitado. Conoce un caso, conoce dos o tres, y a veces se equivoca y cree que es santo un hipócrita o viceversa. Tu ojo pasa por un leprocomio y no sabe lo que pasa detrás de sus paredes, ni cuántos leprosos hay en el mundo, ni cuántos locos de caridad dedican su vida a cuidar a los leprosos.

Es difícil ver, porque la Iglesia se revela a veces en una virgen que ha dejado todo para enseñar, o para curar, o para orar; o en unos sacerdotes y laicos que luchan por transformar en cristiano unas estructuras injustas; o en unos obispos que defienden los derechos del oprimido, sea frente a la riqueza, sea frente al Poder. Es difícil ver al que ayuda porque se esconde. Al que se sacrifica, porque lo oculta. Pero ese es el vasto país sin límites. Ese es el Reino escondido que tiene dos mil años de estar poblado por habitantes de todas las lenguas, de todas las razas. Esa es la Iglesia en el mundo y en la historia.

La gran poetisa y novelista católica alemana Gertrud Von Le Fort canta este misterio del Reino cristiano en sus *Himnos a la Iglesia*, en el HIMNO III:

*Tienes un manto de púrpura que no ha sido tejido en este mundo.
 Tu frente está adornada con un velo que han llorado para ti
 /nuestros ángeles
 Porque tú manifiestas amor a todos los que te guardan rencor
 Manifiestas amor grande a todos los que te odian.*

*Tu descanso es siempre sobre espinas, porque te acuerdas de sus almas.
 En tu cuerpo se abren mil heridas, de las que brota a raudales
 /tu misericordia;
 Bendices a todos tus enemigos. Bendices, incluso, a los que
 /ya no lo saben.*

*La compasión del mundo es tu hija pródiga
 Y toda la justicia de los hombres ha recibido de ti
 Toda la sabiduría de los hombres ha aprendido de ti.*

*Tú eres la escritura oculta bajo todos sus signos.
 Tú eres la corriente oculta en la profundidad de sus aguas.
 Tú eres la fuerza secreta de su perseverancia.*

*Los extraviados no perecen porque aún señalas tú el camino
 Y los pecadores son perdonados porque todavía oras.
 Tu sentencia es la última gracia para los empedernidos.*

*Si tú enmudecieras un día, se extinguirían ellos,
 Y si tú durmieras una noche, ellos perecerían.
 ¡Porque a causa de ti no deja el cielo que la tierra se hunda;
 Todos los que te ultrajan viven sólo de ti!*

La Iglesia es misterio y es institución. La Iglesia es la continuación o la permanencia real de Cristo en el mundo como cabeza de su Cuerpo Místico que es el pueblo de Dios. Pero la Iglesia es también visible, jerárquica, estructurada con hombres. La Iglesia es una organización, una especie de Estado universal establecido por Cristo

con una estructura institucional, organizada jerárquicamente a base de derecho y de funciones. Es la obra de Cristo. Cristo la forjó. La preparó con infinita paciencia y murió por ella. Por eso es santa. La formó con nosotros pecadores, pero puso en ella, al alcance de la mano, los sacramentos que nos limpian de pecado y nos restablecen en la santidad. Somos una comunidad eucarística.

Fácilmente se dice esta frase, pero es portentoso su significado: Cristo nos redime. Nos asocia a su redención. Nos enseña. Nos alimenta. Nos santifica. Nos convierte en instrumentos de su obra en la historia. Nos asocia a su resurrección. Nos hace inmortales. Todo eso y más significa Iglesia, comunidad eucarística, sacramento universal de salvación.

El miembro de esa comunidad o Iglesia ('eklesia' significa asamblea) vive una serie de relaciones de amor: con el Señor y en el Señor, con los hermanos, con los hombres que nos son contemporáneos, con los que ya peregrinaron y descansan, es decir, con los vivos y con los muertos. Relaciones que nos afectan profundamente aunque no sea muy profunda nuestra fe.

'Sin embargo—dice Juan Pablo II—algunos cristianos miran a veces a la Iglesia como si estuvieran fuera, al margen de ella. La critican como si nada tuvieran que ver con ella. Toman distancia de la Iglesia, como si la relación de ella con Jesucristo, su Fundador, fuera accidental, y como si ella hubiera surgido como una consecuencia ocasional de su vida y de su muerte, como si Él no estuviera vivo en la Iglesia, en su enseñanza y en su acción sacramental, como si ella no fuera el misterio mismo de Cristo confiado a los hombres.'

'Amemos siempre a la Iglesia—nos dijo y repitió el Papa al venir a Centro América en 1983—. Sintámonos responsables de ella, de su fidelidad a la Palabra de Dios, a la misión que Cristo le confió, a su vocación de ser como sacramento, es decir: signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano.'

'Amemos a la Iglesia como a nuestra Madre; como amamos a María...'

Y esta comparación del Papa (la Iglesia-Madre y María-Madre) alude para mí o traza otro signo de nuestro destino de Iglesia en Nicaragua. Hablo de Nuestra Señora que posa su pie en nuestra tierra (en Cuapa) cuando más necesitábamos entender a la Iglesia como madre. Madre que reúne en unidad a sus hijos y que les hace sentir su presencia auxiliadora, su protección y amparo; la que el nicaragüense llama Madre en su primera oración; la que el nicaragüense ha proclamado desde hace generaciones 'causa de su alegría.'

Recordemos que como Cuerpo de Cristo-Cabeza, desde la Anunciación hasta la Encarnación, toda la Iglesia consta de un solo miembro: María. Luego este germen se dilata y extiende: San José, Santa Isabel, Juan Bautista, Simeón, Ana... Pero en la Encarnación la Cabeza de la Iglesia vivifica sólo a María mediante la fe explícita en Él ya presente en el mundo, y encuentra en María su Cuerpo Místico. Ella es toda la Iglesia en la Encarnación. María es entonces, ya, la Iglesia una, santa y virtualmente católica.

Luego, ya lo sabemos, Ella es la asociada, cual nueva Eva, al Divino Fundador. Es la que tiene poder para adelantar la hora del Hijo. Es la Corredentora al pie de la Cruz. La Madre de los apóstoles y de los discípulos cuando el Hijo muere. Su plegaria es decisiva cuando baja el Espíritu Santo en la constitución mística de la Iglesia. Es la Mujer del Apocalipsis: 'Apareció en el cielo una magnífica señal: una mujer envuelta en el sol.' Los nicaragüenses sabemos de quién nos habla el visionario de Patmos. Sabemos quién es Ella. Y hay una última coincidencia con cuya señal cierro mis pobres palabras.

En los últimos días del Concilio Vaticano II, Pablo VI, pontífice reinante, proclamó solemnemente a Nuestra Señora: Madre de la Iglesia. 'Para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, proclamamos a María Santísima: Madre de la Iglesia, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores que la llaman Madre amorosa y queremos que de ahora en adelante sea

honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título.’

Pues bien, cuando la Iglesia del Concilio comienza a echar sus renuevos en nuestra dramática historia nicaragüense, cuando nos llega la hora de la contradicción y del testimonio, cuando la Iglesia toda ha sido puesta a prueba—en su fe, en su unidad y en su amor—oímos de pronto una voz campesina que nos transmite un mensaje de María. Y en el mensaje oímos como un eco de la proclamación de Roma:

‘Soy la Madre de todos ustedes, pecadores. Invóquenme con estas palabras: Santísima Virgen, tú eres mi Madre, la Madre de todos nosotros, pecadores.’

1984

La formación cristiana de América

Ponencia presentada el 24 de octubre de 1991,
en el I Congreso Nacional de Educación Católica

Quiero, en vez de una conferencia profesoral, exponer puntos para investigar y reflexionar. La historia es un arte dialéctico, es y se hace por el diálogo. A través de estos puntos, trato de dar algunos de los riesgos característicos y de los elementos fundamentales de la identidad histórica del nicaragüense, que sirvan a los educadores para formar sin dañar, y corregir sin destruir, esa identidad que nos define.

PRIMER PUNTO

Divido en tres las grandes etapas de la religión o de la religiosidad de América.

- 1 El período llamado arcaico, desde el comienzo de las poblaciones americanas hasta el nacimiento de las altas culturas. Lo simboliza el Jaguar: el culto a las fuerzas de la naturaleza.
- 2 El período de las grandes culturas clásicas: olmecas, mayas, chorotegas, toltecas, etc., que puede simbolizarlo la Serpiente: el culto a los astros, sus leyes e influencias y la terrible teología de que el hombre debe mantener a los dioses con su sangre.
- 3 Decadencia o desaparición de las culturas clásicas y el impacto de la tercera gran revolución, la del Pez: Cristo es la victoria sobre las fuerzas de la naturaleza—incluso sobre la muerte—y sobre los secretos siderales. La Teología del Amor muestra un Dios-Hombre que da su sangre

por la redención humana.

El Jaguar nos acerca a los egipcios. La Serpiente a los caldeos. El tercer paso nos incorpora a la Biblia, es decir, al libro del destino universal. América se abre geográficamente, racialmente, políticamente, teológicamente.

En ese punto se pueden proyectar muchas reflexiones. Pongo de ejemplo ésta: las culturas precolombinas de Centroamérica tienen en su arte algo en común: 'una acusada voluntad de perseverancia.' Para ellas Dios no es nuevo, la novedad no es interesante. Dios es Viejo y Eterno: plasmar esta representación vieja, tradicional y sacra de lo divino, es la misión del arte. 'La misión del hombre precolombino no es cambiar al mundo, ni crear un nuevo orden del mundo, sino conservar el orden viejo y eterno.'

Estas civilizaciones de profundas raíces conservadoras, se ven de pronto y en forma violenta, mezcladas, fusionadas con otra civilización de signo contrario en sus raíces. Como dice el filósofo polaco Leszek Kolakowski: 'La civilización de la conjunción de raíces griegas, latinas, judaicas y cristianas, se ha mostrado capaz de promover cambios rápidos y tumultuosos en la ciencia, la tecnología, el arte y el orden social.' Fue, pues, el choque de una herencia inmovilista con la contraria. Llevamos dentro esta mezcla de opuestos, esta dualidad contradictoria: ¿cuál será su síntesis?

SEGUNDO PUNTO

La formación del criterio moral en la política latinoamericana está profundamente afectada por dos hechos o fenómenos de nuestra historia cultural. El uno se produce en la historia indígena. El otro en la etapa hispana.

El primero es la figura, el mito y la historia de Quetzalcóatl, la serpiente-emplumada. Se trata de un héroe cultural, creador y fundador de cultura. Su doctrina religiosa estructura un humanismo trascendente: aspira a que el hombre sea el soberano de sus propias decisiones (por eso los nahuas lo llamaron 'Mayocoyatzin': 'Señor que a sí mismo se piensa y se inventa') y los medios para alcanzar este humanismo eran el ascetismo y la sabiduría de la contemplación. Quetzalcóatl significa el equilibrio humanista entre materia y espíritu (entre pájaro y serpiente), entre fuerza y razón. Por eso uno de los principios morales políticos de este humanismo—que es el más alto logro del espíritu humano en la historia precolombina—es el 'no' rotundo a los sacrificios humanos y al militarismo.

Mientras duró el predominio de la doctrina de Quetzalcóatl, la arqueología comprueba la ausencia de vestigios de guerra y de sistemas defensivos. Pero lo más importante de ese mito, en cuanto a la formación moral del hombre en América, es lo que viene después. Las culturas mesoamericanas han alcanzado un alto desarrollo y comienzan a pujar su aparición el militarismo y el imperialismo. Comienza a desequilibrarse la balanza entre la fuerza y la razón. Las doctrinas de Quetzalcóatl estorban. Este sabio gobernante asceta ha producido una revolución pacífica y fraterna que no simpatiza a los guerreros. Su ideal humanista simbolizado en la dualidad serpiente/pájaro, ofrece al hombre la libertad que le da alas y la justicia que le permite poseer la tierra, y esto socava o nulifica el poder de los fuertes y de los opresores.

Surge entonces el antagonista: Tezcatlipoca (a quien los nahuas llamaban 'Necociyaotl': 'El sembrador de discordias'). Este ser seguramente representa en el mito la inconformidad y resistencia de las castas guerreras y de sus crueles teologías que exigían sacrificios humanos contra la reforma humanitaria de Quetzalcóatl. En ciertos momentos la mitología nahua le asigna a Tezcatlipoca una hermosura y poder satánicos. Por todos estos

rasgos fanáticos y maquiavélicos es fácil reconocer en él la encarnación del Poder en lucha contra el Amor. Tezcatlipoca es la premonición del dios-Estado, o del Estado absoluto que es lo mismo.

Tezcatlipoca va, pues, a luchar contra Quetzalcóatl, y en esa lucha desarrolla una trama de sutil perversidad (típicamente política) que no opone ideas a las ideas, sino que busca a traición la destrucción moral del adversario. Debo simplificar esa trama que está bella y extensamente narrada en varias sagas de los más antiguos cantos en lengua náhuatl. Tezcatlipoca visita al rey asceta y le hace ver por medio de un espejo deformante su esquelético rostro, fruto de ayunos y penitencias. Quetzalcóatl se asusta de sí mismo. Tezcatlipoca le ofrece entonces una bebida medicinal que le repondrá sus carnes y le da pulque. El rey santo y austero cae en la trampa y se emborracha. Una vez beodo, Quetzalcóatl llama a su hermana, la hace compartir la bebida y se une carnalmente con ella. El despertar de Quetzalcóatl es el remordimiento y la vergüenza. No quiere poder cuando ha dado tal ejemplo de debilidad. Y resuelve abandonar su reino. Parte, entre el llanto de su pueblo, al mar. Allí, prometiendo volver, se embarca a lo desconocido en una barca de serpientes. Otra versión lo describe prendiéndose fuego a sí mismo y convirtiéndose en la estrella de la mañana. Así, la memoria de América lo convierte en un dios.

Pero lo más importante de este reino de Quetzalcóatl ya derrocado, es que, inserto en la mitología y en el recuerdo, su personalidad y su doctrina no la pueden borrar sus adversarios y contradictores. El militarismo triunfante, que impone los sacrificios humanos, se ve obligado a incorporar su memoria e incluso sus principios morales a su religión y a su cultura. Los incorpora y a la vez los traiciona. Y esta contradicción farisea hace que Quetzalcóatl se convierta en el remordimiento de nuestra historia indígena. Quetzalcóatl es una acusación permanente, una mea-culpa cultural, tan profunda y mordiente que ya todos sabemos lo que significó Quetzalcóatl y lo que ayudó el mito de

su regreso, a la victoria de Hernán Cortés sobre el militarismo azteca y su emperador Moctezuma.

Pues bien, esta original característica de nuestra historia indígena, de tener una figura subversiva que hace veces de crítica y de remordimiento del humanismo contra los poderes opresivos, vuelve a repetirse en la historia de la Conquista y de la Colonia, cuando España impone la religión cristiana, suscitando con ella desde los primeros misioneros y desde la conciencia de muchos de sus hombres de espada, una autocrítica permanente. Lo que se ha llamado la *Leyenda Negra* nace de esa autocrítica que produce el cristianismo (en forma parecida a lo que sucedió con Quetzalcóatl) al contrastar la doctrina con la práctica. Las denuncias del Padre Las Casas, de los frailes, de los teólogos, se convierten en remordimiento: es el remordimiento que no cesa, que no se apacigua en razón de esta tabla de valores de perfección, en razón de esta moral exigente que cuestiona nuestra política ayer y la sigue cuestionando hoy y siempre. Nuestra América es la única cultura que posee el remordimiento como elemento dinámico de su identidad.

TERCER PUNTO

Después de un extraordinario inicio, de un verdadero encuentro de dos mundos a través de un diálogo, admirable por el humanismo del cacique que dio nombre a nuestro país, Nicaragua comienza con pie torcido: un supertirano que pone las bases de un poder arbitrario y que nos queda de mala herencia: Pedrarias Dávila, el cual asesina al fundador—un hombre valioso—Hernández de Córdoba.

La historia cristiana nicaragüense se abre con una lucha entre la Iglesia representada por el Venerable Diego Álvarez Osorio—primer Protector y Defensor de Indias—y el poder lanzado descaradamente a la explotación inmisericorde del indio y a su esclavitud. Es importante esta figura luchadora y justa puesta por Dios en la misma puerta de nuestra historia, incansable en

impedir el tráfico de esclavos (vendían a los indios libres de contrabando) y en evitar su explotación. Hace par con él, completando las columnas cristianas de nuestro pórtico, Fray Bartolomé de Las Casas, que viene a Nicaragua y se opone a la expedición de Machuca al Desaguadero predicando en San Francisco de Granada.

Luego, testimonia la profundidad y violencia de la herencia de Pedrarias—y la hermosa resistencia cristiana—el levantamiento de los hermanos Contreras y el asesinato del Obispo Valdivieso.

Destino dramático de Nicaragua. El remordimiento cristiano sumado al remordimiento por el crimen, hace que por un temblor o terremoto provocado por el Momotombo, los leoneses abandonen León Viejo, nuestra primera Capital, creyéndola maldita.

CUARTO PUNTO

Pero la conversión de Nicaragua es obra de tres órdenes religiosas. La primera y principal, la orden franciscana. Luego los dominicos y los mercedarios. (Bastante más tarde los jesuitas. Y como lámparas de la caridad cristiana, los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios). Creo que el primer convento fundado en Nicaragua es San Francisco de Granada.

Es interesante anotar que los principales franciscanos de la primera tanda venida a Nicaragua, eran flamencos. Que aquí vino y fundó Guadalupe de Granada un santo de los doce franciscanos fundadores de México: Fray Motolinía (Fray Pobreza). Otro santo y admirable misionero: Fray Margil. Gente de esa categoría sembró la espiritualidad nicaragüense, la caridad nicaragüense, la solidaridad nicaragüense, esa fisonomía humilde pero combatiente de la orden seráfica que, como bien lo afirma Edgar Zúñiga: 'forma desde entonces parte integrante del ser mismo de la nacionalidad.'

Pero lo importante, en el plan que nos hemos trazado, es analizar las características de este primer período misionero, fundador del cristianismo nicaragüense.

Para comprender ese período digamos, de comienzo, que predominó en él un espíritu misionero admirablemente abierto, integrador y mestizante; espíritu y pastoral que, como veremos después, pronto entró en choque con la corte española. El mejor ejemplo del espíritu de ese período es Fray Bernardino de Sahagún y su obra—como la obra del Convento de Tlatelolco de México—que expresaba la doctrina e ideales misioneros de esos frailes primeros en toda Mesoamérica.

En primer lugar, siguiendo la tradición milenaria con que se misionó y convirtió a Europa, los frailes pretendieron asimilar todo lo que pudiera incorporarse de las culturas y artes indias. (Probablemente estos frailes hubieran llegado a una fusión o mestizaje con el arte religioso indígena como el mudéjar de la Mezquita de Córdoba). Conocer a fondo sus historias, creencias, costumbres, etc. Aprender sus lenguas y en sus lenguas enseñarles el catecismo y el Evangelio. Formar clero indígena.

Otros rasgos interesantes. La misión a través del niño (les enseñaban a leer y escribir y ellos eran la punta de lanza de la evangelización). Restos de esa misión infantil: los nombres sagrados infantilizados: Papachú, Mama Virgen.

QUINTO PUNTO

Además de la prédica en lengua indígena y de los catecismos ideográficos, los frailes se sirvieron de dos medios culturales que influyeron notablemente en la formación popular artística del americano: la música y el teatro.

La sed de música del indio y la falta de instrumentos como el violín y la guitarra influyeron notablemente en la conversión. Hay historiadores que opinan que fue la música lo que más atrajo al indio hacia la nueva religión.

En cuanto al teatro, la raigambre que tuvo (los indios tenían teatro) nos lo dicen las 'Loas,' los 'Moros y Cristianos,' el 'Original del Gigante' y tantas otras piezas de argumentos bíblicos o evangélicos recogidos por el Taller San Lucas.

Puede agregarse el uso de cuadros o pinturas didácticas muy de acuerdo con los sistemas de códices y de escrituras indias.

Finalmente: el sistema antiquísimo de la Iglesia de sustituir devociones paganas por cristianas. Por ejemplo: la Procesión de San Jerónimo sustituyendo el culto al volcán de los chorotegas.

SEXTO PUNTO

El sistema catequístico y misionero de los primeros frailes fue no sólo un éxito, sino un verdadero milagro histórico: la conversión de todo un Continente. (Recorrer la fe de América, subir de Paraguay a los Andes, recorrerlos, convivir con indios de Guatemala o México: es un testimonio que estremece, como lo hemos visto en las visitas del Papa a América y las fervorosas multitudes que convoca).

Pero no se había cumplido un siglo de esta estupenda experiencia, cuando la monarquía y la Iglesia españolas, por temor al problema protestante que se presentaba en Europa y por otros temores, prohibió esos acercamientos culturales con las civilizaciones indígenas, incluso prohibió a Sahagún publicar y proseguir su obra, obstaculizó con prudencia excesiva el clero indígena, impuso con más rigor la lengua española, es decir: entumió un interesante mestizaje, que de todos modos prosiguió, pero no con la profundidad creadora que a través de la obra de los frailes prometía. Como dice Robert Richard en *La Conquista Espiritual de México*: 'a una cristiandad indígena se sobrepuso una iglesia española.'

Eso retrasó y sobre todo puso dudas sobre el mestizaje, de tanto valor en la constitución de nuestra identidad hispanoamericana. Pero para ser justos, hay que recordar que coincidió la primera etapa misionera de América con la Reforma y la Contrarreforma que conmovía a Europa y que inoculaba en España una verdadera fobia contra la herejía. Era difícil que España aflojara las riendas en la distante América, cuando las acortaba—incluso usando la Inquisición—en su propio solar.

SÉPTIMO PUNTO

Un tema interesante a estudiar es ¿cuáles fueron las creencias de las viejas religiones—la náhuatl y la chorotega— que más costaron arrancar al indio?

Por las primeras crónicas estaba muy metido el nahualismo o nagualismo—como aquí se dice—, que consiste en una relación mágica del hombre con el animal, incluso la potestad de convertirse en animal para tomar venganzas y otras fechorías. Es espeluznante el caso que cuenta Oviedo del cacique a quien le mató su hijo, por venganza, un 'texoxe' (la madre encuentra el collarcito; 'texoxe' = brujo).

Otra costumbre: la embriaguez ritual. Y el tener muchas mujeres. (Fue un problema el matrimonio cristiano en hogares polígamos).

Pero lo que es más importante de anotar es la reacción de los misioneros, tan dispuestos a dinamizar el mestizaje cultural, ante los parecidos de ciertas creencias y ritos indios con los cristianos. Por ejemplo, el uso de la cruz, la institución de una especie de confesión, la creencia en un diluvio, en seres angélicos (como los 'tlamachas') y otras analogías. Los misioneros, en vez de aprovecharse del parecido y enderezarlos, los rechazaron de plano y fueron severos en esto, considerándolos 'parodias del demonio.' Algunos comentaristas modernos critican este purismo. Otros en cambio creen que fue una medida de precaución que salvó de muchas aberraciones la doctrina y los sacramentos.

OCTAVO PUNTO

Como cuando Gil González Dávila en su descubrimiento de Nicaragua se habían bautizado 32 mil indios, otros tantos o más con Hernández de Córdoba, Pedrarias (enemigo de estos conquistadores) pidió que se hiciera una probanza para constatar qué grado de asimilación del cristianismo tenían estos bautizados.

La gestión de Pedrarias coincidió con todo un movimiento, no sólo contra los conquistadores, sino contra los frailes (por

su apresuramiento en bautizar), y con corrientes anti-indígenas que llegaron incluso a negar la racionalidad del indio o bien su capacidad de comprender la doctrina cristiana.

Como en esos bautizos multitudinarios sólo se echaba el agua, Roma prohibió que se suprimieran las otras ceremonias salvo en casos urgentes muy justificados; y a los adultos exigía que no se bautizaran sin previa preparación catequística.

Pero el oleaje de conversiones fue tal que, en todo Centroamérica y México, el bautizo siguió administrándose en forma masiva, aunque con más preparación catequística en los viejos.

A los nicaragüenses, los (hipócritas) escrúpulos de Pedrarias sirvieron para que Fray Francisco de Bobadilla se encargara de interrogar a los indios, interrogatorio y sus respuestas que recogió el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, y que nos conservaron un tesoro de datos etnográficos y antropológicos sobre las creencias, dioses, ceremonias religiosas, supersticiones y costumbres de los nicaragüenses.

NOVENO PUNTO

No podemos desarrollarlo pero sí lo dejo apuntado como uno de los aspectos más importantes de la evangelización de América: la fundación, llena de dificultades, de la familia cristiana.

La historia de la familia—el obstáculo inicial de la poligamia, el obstáculo creado por el mismo mestizaje con la bastardía, etc.—merece un estudio profundo, porque las dos familias—la hispana y la india—al fusionarse produjeron una recia y original célula, de gran vigor, con una fuerza fecundadora y civilizadora femenina de admirable potencia, que no sólo ha salvado, sino dado vitalidad creadora a las raíces de nuestra identidad. Pensemos solamente cómo la familia nicaragüense ha sobrevivido después de pruebas tremendas de inestabilidad y miseria; otras razas estarían hechas piltrafa. Y esa formidable lección de historia de nuestra familia, nos obliga a educar para la familia, educar con la familia.

DÉCIMO PUNTO

Uno de los más ricos frutos de la evangelización en nuestra cultura fue: la arquitectura religiosa, alma y señora del urbanismo nicaragüense. Me refiero a sus tres principales edificaciones: templos, conventos y hospitales. (En tiempos ya—muy—posteriores debemos agregar: colegios y seminarios).

En una diferencia radical con el sentido de ciudad que edificó Norteamérica, la ciudad hispanoamericana tenía siempre un centro cuyo punto principal era la iglesia parroquial o la Catedral, a su lado el edificio de la autoridad civil (Municipio o Palacio Nacional) y una gran plaza. A lo largo de toda Hispanoamérica este es el corazón urbano y lo preside la Iglesia, proclamación en piedra de una cultura teocéntrica pero no teocrática, sino de profundas raíces democráticas y comunitarias.

Antes que se fundaran las ciudades o simultáneamente, la arquitectura religiosa mesoamericana tuvo una apelación al pasado, a la arquitectura medioeval—que ya había pasado de moda en España—y sus primeros templos y conventos, se puede decir, que fueron concebidos en gótico e incluso en un estilo anterior, el románico, pero con libertad e imaginación americanas.

¿Por qué? Porque las misiones, al ir penetrando en tierras paganas, construían sus 'conventos-templos' como centros de penetración y para esto las edificaciones se hacían fortificadas en lo exterior, a la manera de los castillo medioevales, para defensa y refugio de los vecinos españoles e indios fieles que comenzaban a construir sus casas alrededor de esta Iglesia pionera.

Era una resurrección del espíritu castellano, pero con otra función y en otro horizonte cultural. De ese tipo de edificación que fue muy variado y libre en México (el templo-convento-castillo) sólo recuerdo, en Nicaragua, el levantado en Granada: San Francisco, edificación alta y amurallada que podía resistir cualquier asalto y refugiar a toda la población granadina fundadora. Ese edificio castellano de San Francisco siguió rindiendo fruto cuando se abrió la agitada etapa de las invasiones de corsarios y piratas. La ciudad corría a refugiar a sus familias en el templo-fortaleza.

Los demás edificios religiosos de Nicaragua (excepto, naturalmente, la Catedral) no son monumentales, sino más bien humildes comparados con los de México o Quito. En algunos de ellos, como en la vieja iglesita de Cuapa, o en la de Buenos Aires de Rivas, se admira una arquitectura religiosa rural de una encantadora originalidad y sencillez, como también una expresión arquitectónica de honda nicaraguanidad. Son revelaciones, en piedra, del alma nicaragüense. Esa arquitectura rural, simple e ingenua, dice mucho más de nuestra identidad, que leyes y constituciones a veces plagiadas descaradamente.

Son dos los momentos de esplendor y originalidad creadora de la arquitectura religiosa colonial. El primer momento—que corresponde a la etapa inicial misionera y fundadora de los frailes—neo-medioevalista: severa, fuerte y sobria. Y el segundo momento es el Barroco: el gran estilo abierto y mestizante que atrae la colaboración del indio y manifiesta en piedra, en oro y en color, la exuberancia de la naturaleza del nuevo mundo. Su mayor esplendor abarca la segunda mitad del s. xvii y el s. xviii. En Nicaragua, sin embargo, son características de nuestra arquitectura barroca: la humildad y la sobriedad.

Algo significa en la formación del alma nicaragüense esa sencillez y sobriedad que luego—y sobre todo en nuestro tiempo—hemos perdido, adquiriendo el gusto por la hojarasca y el recargamiento cursi, que es propio de la vana ostentación.

DÉCIMOPRIMER PUNTO

En la historia de la formación de nuestra América mestiza, vemos producirse un movimiento doble y contradictorio en su dirección: fuerzas que tienden a resucitar el medioevo, y fuerzas que quieren crear una historia nueva. Un pasatismo en lucha con un futurismo.

Por ejemplo, cuando Colón descubre América, dentro de su mentalidad visionaria prevalecen las tradiciones medioevales, está descubriendo lo nuevo pero se le imponen las visiones

y teorías antiguas, cree que América es Cipango o que nosotros somos India, y por esa medioevalidad todavía se llaman indios nuestros aborígenes. Pero contra esa victoria del pasado, la Corona, los reyes y sus navegantes, imponen la otra verdad: que somos un Nuevo Mundo y eso nuevo funda no sólo una nueva geografía del mundo, sino una nueva edad.

Luego cuando los descubrimientos dan paso fundamentalmente a las conquistas, la tradición medioeval todavía viva vuelve a imponerse en la empresa española, y se establece la esclavitud o el servicio forzado o la 'Encomienda.' Y otra vez la fuerza nueva, motivada por el cristianismo y sostenida y alentada por los reyes, se enfrenta con esa revivencia medioeval exigiendo otro trato para el indio, decretando las Leyes Nuevas y empeñándose en una larga lucha por lo que hoy llamaríamos justicia social con el vencido. Actitud que nos revela la fuerza dinámica de los principios cristianos, capaces de crear una situación completamente nueva y profundamente humanista, una ética nueva que establecía una ruptura con todo el pasado de la historia humana, ya que el sistema de esclavitud y servicio forzado del vencido—que hemos llamado feudal—no sólo era uso y costumbre de todo Occidente, sino también de los mismos indios en todas sus diversas culturas. Por esta razón fue difícil y llena de rebeldías la imposición de esa nueva ética, que sorprendió tanto al español como al indio.

DÉCIMOSEGUNDO PUNTO

Esos mismos principios dinámicos y cristianos motivan en España el desarrollo de un pensamiento nuevo en la relación entre naciones, paralelo al pensamiento que sembraron los teólogos y los misioneros—entre ellos Fray Bartolomé de Las Casas—sobre el trato con los indios.

Así surge el pensamiento de Suárez y de Vitoria. Suárez influyó en la mayoría de los filósofos que crearon el pensamiento moderno, como Descartes, Spinoza, Leibniz, etc. Y Vitoria

es el padre del *Derecho Internacional o Derecho de Gentes* moderno, uno de los ingredientes de la edad moderna y su mundo pluralista.

Pero lo más importante para nosotros fue la relación de hecho que se produjo internamente entre indios y españoles, relación igualitaria proveniente en última instancia del cristianismo, y que llamamos mestizaje. No fue el fruto, digamos, del ejercicio de una virtud; pero sí de una falta de prejuicios que se derivaba del pensamiento católico sobre el hombre.

En Estados Unidos el indio fue reducido a reservas, excluido del mundo nuevo que quería crear el anglo-sajón. El indio en Hispanoamérica fue con frecuencia obligado a servidumbre, pero no excluido del mundo nuevo, y al final de esa no-exclusión y del cruce a que dio lugar entre dominadores y dominados, surgió el nuevo hombre americano.

Hispanoamérica fue el lecho erótico de un 'tercer hombre.' Al comienzo ese tercer hombre fue muy desclasificado. No se sabía qué hacer con él: nacía en tierra de nadie y no lo apreciaba ni la raza dominadora española ni la raza dominada india. Pero poco a poco ese 'tercer hombre' fue el hombre paradigmático de América: sumaba sus dos culturas y, sobre todo, resolvía el conflicto de razas por la dialéctica del amor.

DÉCIMOTERCER PUNTO

Fijémonos en esta insoslayable realidad: un pueblo descubre sus esencias, un pueblo revela lo que es, en lo que habla como también en lo que hace en su cultura. Si coloca una cruz sobre sus muertos está proclamando algo que le afecta profundamente. Si una de sus expresiones más características es 'Dios primero,' que es como un comprimido teológico de su fe, está también revelando algo que lo define frente a uno de los problemas fundamentales para el hombre.

Si en la cultura de ese pueblo nos encontramos un espeso tejido de manifestaciones cristianas: movimientos masivos del

pueblo en peregrinaciones nacionales o en fiestas y devociones como las dedicadas a Nuestra Señora, que son plebiscitos del espíritu; o un abundante folklore religioso de oraciones, canciones y romances, procesiones, teatro, etcétera; es ridículo que se le trate políticamente como si esas manifestaciones, expresiones y realizaciones culturales no existieran.

Sin embargo, en el momento del reto máximo a nuestra identidad recién formada, cuando iba a comenzar a andar sola, en el momento de su Independencia, cometimos un pecado que todavía no hemos reparado. Creímos que el tomismo y su escolástica, por ejemplo, que sólo era un método en la formación cristiana del hispanoamericano, era algo vetusto, obsoleto, una especie de vergüenza intelectual (según los ataques de nuestros intelectuales independentistas), con lo cual, en vez de un inteligente 'aggiornamiento' o modernización del tomismo, lo arrojamos por la borda sustituyéndolo por una preceptiva política en que entraban, sin mayor asimilación, los Rousseau como los Maquiavelos, las ideas de la Ilustración como los ejemplos de la revolución norteamericana.

Así, perdidas las bases o fundamentos de legitimidad y orden tradicionales que el pueblo respetaba, entramos a un período de déspotas y revoluciones, porque cuando falta la ética sobra la espada.

Además, como las nuevas ideas mal asimiladas causaban incertidumbre, fueron los caudillos de personalidades avasallantes, los espadones, los 'reformadores,' los 'salva-patrias,' los coroneles 'cu-de-ferro,' quienes se encargaron de imponer tranquilidades a veces de sepulcro, un principio de autoridad generalmente desmesurado y una especie de orden político a base de fusilamientos y cárceles.

Una de las diferencias fundamentales entre la revolución norteamericana y la de Hispanoamérica, es que la nuestra hizo ese corte antihistórico en el conducto mismo de su ética social y perdimos la continuidad; nuestra revolución de la Independencia no tuvo fluidez, sino una sangrienta intermitencia por falta de

seguridad en nuestras valoraciones o porque las ideas y utopías que se han sucedido han sido deletéreas; mientras la Iglesia, último eslabón de unidad popular, se insertaba en los antagonismos o era perseguida y despojada por los gobiernos, no quedando de la unidad de los elementos que nos formaron más que una contienda perpetua.

En cambio Norteamérica cuando hace su revolución—cuyas líneas matrices quedan establecidas en el Acta de Independencia—rompe con Inglaterra pero no con el impulso histórico que llevó a su pueblo a América; y tampoco renuncia a su teología protestante ni cuestionan su moral; sino que su revolución es un despliegue de las fuerzas medulares e impulsoras de aquella primera semilla, cuyo brote en 1730 fue llamado ‘El Gran Despertar.’

Como dice Richard Morse en su pequeño gran libro *El Espejo de Próspero*: una orden religiosa de gran influencia ‘con un grupo disciplinado de tradicionalistas modernizantes podría haber llevado a cabo una integración viable de lo nuevo y lo viejo,’ preparando un clima distinto a la Independencia, pero esa orden—que era la de los jesuitas—fue expulsada de España y de América a finales del s.xviii.

DÉCIMOCUARTO PUNTO

Desde el Concilio Vaticano II el *aggiornamiento* (como decía Juan xxiii) de la Iglesia, el espíritu renovador que barrió con las adherencias históricas y culturales que empañaban la imagen de la Iglesia y eran un lastre en su labor, el logro de la independencia de la Iglesia y las adquisiciones doctrinales para afrontar nuestra edad y sus grandes cambios y perspectivas, nos dan hoy lo que no tuvimos ayer.

Para dar un ejemplo, ya que me referí al desplome causado cuando la Independencia por el descrédito de la educación tomista, tenemos en nuestro tiempo la luminosa obra de Jacques Maritain devolviéndole al tomismo todo su rigor y vigor en su aplicación actual a la moral, al arte, a la política y a las demandas de la democracia.

No pasó lo mismo con la desviación herética de la Teología de la Liberación, ya que no tiene en esencia otro logro imaginativo que sentar a Marx en el trono de Cristo para un reino de violencia.

PUNTO FINAL

El cristianismo no mutila al hombre (un poeta llamaba al 'ateo': un edificio sin azotea); no lo mutila, sino que, en su divina sabiduría nos ha enseñado una ley inflexible que nuestro tiempo sangriento y amargo ha constatado y comprobado de manera inequívoca. Y es la ley de las relaciones comunicantes, por la cual, a una mala relación del hombre con Dios, corresponde una mala relación del hombre con el hombre y del hombre con la naturaleza.

1991



El cristiano y la esperanza

El Evangelio, la 'buena nueva' del cristiano, es amor. Cierto. (Amor de solidaridad que significa liberación, que significa justicia, que significa igualdad, que significa compasión, que significa caridad). El cristiano es el que da testimonio de fe en el amor. Pero hay otro aspecto del mensaje cristiano que actualmente se tiende a marginar, pero que es sustantivo por cuanto significa el porvenir de la fe. Hablo de la esperanza.

Miles de miles de personas dirigen sus pasos cada 2 de noviembre hacia los cementerios para conmemorar a los difuntos. Ese día sobre las tumbas se hace una primavera momentánea. ¿Hasta dónde ese movimiento de recuerdo, de memoria y de cariño, está realmente preñado de esperanza?

Esta interrogación parecería sobrancera e innecesaria, porque se supone que en una 'sociedad cristiana' todos creen en la otra vida. Pero analizando esa aparente fe en la otra vida, nos damos cuenta que para muchos la esperanza en la vida futura es una especie de escapismo o de excusa alienante para no afrontar la vida presente ni su justicia. Es decir, convierten la victoria sobre la muerte no en vida, sino en una verdadera muerte, en una contradicción mortal del gran aliento vital, creador, lleno de alegría y de progreso que Cristo—¡Dios vivo, es decir, dinamismo infinito!—quiso insuflar a los hombres al manifestarse resucitado y al revelarnos (no de palabra, sino de hecho: mostrando su cuerpo glorioso) que el destino del hombre es resucitar, como Él, de entre los muertos.

Una parte de los cristianos vivimos—con respecto a la muerte—creyendo en la otra vida, sí, pero con una fe dudosa que es más

bien un miedo disimulado que recubrimos con una débil ilusión de supervivencia; mientras los demás ya no creen, no quieren ni pensar en eso y mucho menos vivir conforme a esa esperanza. Se va extendiendo un tabú sobre la muerte que no deja ver la dulce luz que baña el sepulcro vacío de Cristo y que es la luz del alba del cristiano. El dogma del hombre-materia es una ola inmensa que va arrollando todo. Seguramente la argumentación de algunos ideólogos, filósofos y científicos, no llegará a apagar del todo la conciencia o sed de inmortalidad que alienta en el corazón de todo hombre, pero la vida se organiza, cada vez más, sobre sus postulados y poco a poco ya no va quedando resquicio para pensar otra vida que la inmediata y material. Incluso la muerte, el hecho de la muerte, cada vez se oculta más. Mientras se están perdiendo todos los tabúes sobre el sexo, esos tabúes están trasladándose a la muerte. Como canta Ernesto Cardenal:

*O bien queremos maquillar la muerte
Los Seres Queridos (no diga muertos)
maquillados, manicurados y sonrientes
en el Jardín de Reposo de los Prados Susurrantes...*

Hay que ocultar hasta el nombre de la muerte, no por fe en que ha sido vencida, sino al contrario, por miedo de quienes se saben vencidos por ella.

En este ambiente en que todo conspira para que el hombre olvide su destino eterno y vuelva a ser esclavo de la muerte, el cristiano tiene que dar testimonio de resurrección; es decir, el cristiano es un transmisor de alegría. La esperanza es fundamentalmente alegría, así como el materialismo es desesperación y tristeza. El tabú sobre la muerte a quien quiere recubrir es a una humanidad emparedada, neurótica, que trata de engañar su desgracia de ser finita y de no tener otro destino que ser cadáver.

Sin embargo, así como el mensaje de amor del cristiano, más que una serie de discursos persuasivos, debe ser un testimonio de vida—una ‘encarnación’—, en el mismo sentido, la buena nueva de la esperanza, el mensaje de resurrección, no es una alegría

de palabras, sino un compromiso de realizaciones. La 'otra vida' se gesta en esta vida. No hay discontinuidad entre el 'aquí' y el 'allá.' La seguridad del futuro se conquista en el presente, haciendo el presente. El cristiano tiene que dar testimonio de su esperanza contribuyendo al progreso, al bienestar, a la liberación del hombre en este mundo. Lo que Dios premia con premio de eternidad es lo que hicimos por redimir el tiempo. Y el premio de Dios es Dios mismo, o sea la Vida, la Vida plena.

En realidad, el cristiano no cree en 'otra' vida. Cree en la vida, que se transforma. 'La vida se transforma, no fenece,' dice el antiquísimo prefacio de difuntos. No sólo se trata de que hemos vencido, con Cristo, a la muerte; sino que hemos sido encargados de la construcción lenta y progresiva del Reino de Dios en el seno de la historia. No sabemos cuál será el proceso del mundo. Pero sí sabemos que todo debe salvarse—que toda la creación, según San Pablo, gime con dolores de parto—y que, por lo tanto, la actuación del cristiano debe extenderse a toda la realidad evolutiva de la historia.

El mensaje de resurrección de Cristo—que el cristiano debe transmitir con su vida—es de plena liberación: liberación del pecado, de la injusticia, de la miseria... y finalmente, allí donde todo parece desesperadamente terminar, liberación de la muerte.

1972

Los papas que prepararon el Tercer Milenio de Cristo

El Papado es una institución directamente fundada por Cristo. Para aquellos que es causa de separación el dogma de un sucesor de Pedro, Vicario de Cristo, infalible en la custodia de la Palabra, cabeza de la Iglesia (aunque los Obispos todos, representando a los once Apóstoles, comparten con él la tarea y la responsabilidad de gobernar a la Iglesia); para quienes enfrentan esta institución de Cristo por las debilidades o fallas humanas del humano Pontífice (como si Cristo no sabía que serían hombres los sucesores de Pedro); el orgullo o el demonio les hace olvidar que no sólo rechazan a Cristo (que con tanta insistencia y ternura en su última y más apasionada recomendación, la noche de la cena, pidió mantener la unidad de su Iglesia tal como Él se las dejaba en Testamento); éstos y aquellos además pecan contra la Tercera Persona de la Trinidad en la revelación más hermosa y fecunda que conocemos de su persona que es la de ser el Amor de Cristo, la infalibilidad de Cristo, la unidad en Cristo del cristianismo: ‘Recibiréis la Fuerza del Espíritu Santo’—les dijo el Señor a sus fieles (HECHOS, 1:8).

Desde el momento mismo del nacimiento público de la Iglesia —en Pentecostés— el Espíritu Santo pone el sello divino a la estructura de la Iglesia. Los discípulos salen del Cenáculo hablando diversas lenguas y los judíos congregados por su fiesta, judíos de todas partes del mundo, cada cual oye esas palabras en su propia lengua. Y entonces la jayería demoníaca de algunos

espíritus estalla y dicen de los Apóstoles que estaban borrachos. Y aquí entra la fulminante acción de la Tercera Persona. Es necesario contestar a esa interpretación satánica de un don divino. Y se oye una voz. Se levanta una voz. Y esa voz es la de Pedro, el discípulo que hace poco, lleno de miedo, negó al Señor. Ahora es él el promovido para enfrentar a la multitud. Es el primer discurso de Pedro, es el primer discurso del primer Papa, que puso en práctica por primera vez su función de heraldo del Evangelio, de predicador de la verdad divina, de testigo de la Palabra. Y comenta Juan Pablo II: 'En esta intervención de Pedro aparece cuál era, desde el inicio, la estructura apostólica de la Iglesia.' Los once comparten con Pedro la vocación de dar con autoridad el mismo testimonio; pero Pedro, el que parecía menos indicado humanamente por su miedo el Jueves Santo, es el que habla primero entre ellos en virtud del mandato recibido por Cristo y que el Espíritu Santo le da fuerzas para cumplirlo. Y esa fuerza ha transformado al Apóstol, que cierra sus palabras, sin miedo a la multitud, con un reto: 'Estos que hablan lenguas hablan en nombre de Jesús, el Nazareno, hombre acreditado por Dios, con milagros, prodigios y señales; pero vosotros le matasteis clavándole en la Cruz por mano de los impíos; a Éste a quien Dios resucitó librándole de los dolores del Hades, pues no era posible que quedase bajo el dominio de la muerte.'

¡Alegrémonos! Porque estamos como Iglesia al cuidado de la Tercera Persona de la Trinidad. Un Dios oculto alimenta la fe, el amor y el valor, fortalece con su divina seguridad nuestra esperanza, enciende con su fuego la caridad en su Iglesia. ¡Alegrémonos! Porque nuestra Iglesia—conjunto de hombres que creen y aman a Cristo—cuando se refiere al Papa se refiere a un hombre—sí, a un hombre, un galileo, un pescador—pero con el respaldo directo de la potencia del Dios Trinitario en el misterio maravilloso de su Tercera Persona.

Repasando mi vida he visto, a través de los Papas bajo cuyo Pontificado me ha tocado atravesar este peligroso y cruel s.xx,

cómo lo que no se ve claramente en el momento en que sucede, cobra luego un trazo de luz que ilumina las huellas de los pies de Cristo en los caminos de la historia.

Nací en 1912 y acababa de morir Pío ix, el Pontífice que cierra una edad rebelde a Cristo. Es el Papa del Syllabus que condena todos los errores de su tiempo poniendo punto final a la edad llamada entonces moderna. Es el Papa que, contrario a las apoteosis mundanas del Renacimiento, contrasta con su renuncia a todos los privilegios y derechos del Pontificado, y se resigna a vivir preso en su propio palacio entre un pueblo hostil. Los historiadores de entonces—siempre malos profetas—vaticinan a corto plazo los funerales del Pontificado romano. Me toca nacer bajo esos auspicios. Pero el gran Pontífice levanta dos torres dogmáticas, dos fortalezas como herencia para el nuevo siglo: el de la plenitud jurisdiccional y magisterial del Papa, y el de la Inmaculada Concepción.

Mi primer Papa tomó el nombre continuador de Pío x; y lo llamaron el 'Pontífice santificador.' En todo el mundo se da un fenómeno: el dogma de la Inmaculada parece abrir una edad más visiblemente protegida por la Mujer Fuerte y así comenzar la reconstrucción del mundo cristiano.

Pero estalla la Primera Guerra Mundial y el sucesor de Pío x —que fue elevado a los altares por su santidad—es Benedicto xv, entristecido testigo de las consecuencias de las falsas fe del s. xix: la muerte de Dios se traduce en la horrible masacre de la guerra de 1914. La fe loca en el progreso desemboca en la destrucción de media Europa. '*Religio depopulata*' (La cristiandad desolada) es el lema profético de San Malaquías que fielmente refleja el dolor de este Pontificado.

Pero en medio de estos Papas, la figura máxima que va a forjar la nueva edad, es León xiii—el llamado Doctor de la Restauración del Reino de Cristo—cuya inteligente y fulgurante ancianidad impresionó a nuestro Rubén Darío. Fue el Papa que emprendió la re-cristianización de los pueblos cristianos, el Papa defensor de

la libertad verdadera, el Papa de la *Rerum Novarum* (1891) la gran encíclica de la dignidad y los derechos del obrero. La inmensa puerta de bronce de la nueva edad queda abierta por el ímpetu poderoso del espíritu Santo a través del Pontífice romano.

El mundo siente que en vez de funerales asiste a una resurrección, a una verdadera primavera de conversiones (y entre los conversos destacan grandes intelectuales y poetas como Paul Claudel, Jacques Maritain, León Bloy, Max Jacob, Gertrud Von Le Fort, Charle Peguy, G. K. Chesterton...), a la fundación de grandes organizaciones de trabajadores, al nacimiento de la Acción Católica, trabajos del laicado... Todo esto nace bajo Pío XI, el Pontífice que rompe una vieja adherencia de las políticas del pasado y confirma para siempre la prohibición que llamaron 'Le Sillón' acerca de la no enfeudación de la Iglesia en las contien-das partidarias. Es a esta corriente de luz trascendente que debemos el regreso a su fe y su hermosa muerte católica de Darío; a ella debemos el catolicismo de Salomón de la Selva, de Alfonso Cortés, del grupo de Vanguardia, y de muchos de los mejores poetas de Sudamérica.

Sin embargo, en el s.xx Satanás quiso dibujar en boceto un anticipo del Apocalipsis; y mientras el Espíritu encendía sus fuegos celestes, el hombre-anti-Cristo inventaba tres terribles utopías homicidas: el comunismo, el nazismo y el fascismo. Y es el Papa místico Pío XII—el primero de mis Papas que conocí en persona—quien debía defender la Cátedra de Pedro de las tres peores agresiones del siglo. Un sacerdote amigo, alto empleado del Vaticano, me llevó a conocer de noche los silencios de aquel gran edificio capital del cristianismo: el Vaticano. De pronto oí el dulce sonido de un violín. Mi amigo el sacerdote puso un dedo sobre sus labios y en voz muy baja me dijo: es el Papa. Y yo me pregunté: ¿qué oración Papal profunda convertirá en música su gemido viendo venir un nuevo incendio mundial? Ya poco faltaba. Ya la negra ingratitud satánica acusaba a Pío XII de entregar los judíos de Roma a Hitler, cuando era todo lo contrario. Ya

había despertado el odio y, como en tiempos de Nabucodonosor, a los hornos entraban hombres, mujeres y niños compatriotas de Cristo, y salían convertidos en humo y cenizas. A mi lado, en el trasatlántico en que regresábamos del incendio europeo, un rabino no cesaba de llorar su agradecimiento a Pío XII, que lo entregó en las manos valientes de unas monjitas organizadas para salvar hijos de Israel.

Y el Espíritu no se detiene ni se entume. Ha terminado la guerra. Roma es otra vez la Capital del mundo. Juan XXIII ha convocado para el Concilio Vaticano II que va a inyectar juventud y un nuevo milagroso vigor a la Iglesia. (Pío XII fue llamado por las profecías 'Pastor angélico.' ¿Cómo llamar a este intrépido campesino, gordo, sonriente, que puso en vilo al mundo?).

Recuerdo la inmensa plaza del Vaticano desbordante de gente en una impresionante noche de expectación: arriba, en su aposento, agoniza Juan XXIII; y todo el mundo junto con esa multitud ha impuesto a la noche un cósmico silencio donde fluye suave pero vasto y profundo un río de oraciones. Muere el Papa más querido del s. XX. No ha terminado todavía el Concilio, pero 'ya se siente brotar un espíritu nuevo, un humanismo nuevo, una nueva esperanza y una nueva visión, histórica y trascendente a la vez, del mundo contemporáneo.'

La herencia inconclusa del Concilio y de la personalidad del 'Papa Juan'—como le gritaba la multitud—la recibe Pablo VI, uno de los hombres más cultos del siglo. Prosigue en la cúpula del mundo la inquietud divina del Paráclito escogiendo una planilla excepcional de Pontífices, una escala humana como aquella que soñó Jacob, para subir tras las huellas de Cristo al Tercer Milenio.

Estuve con Pablo VI en Roma. Entonces le llamaban 'el Papa del Diálogo,' porque trató de anudar las viejas y las nuevas rupturas, las viejas y las nuevas separaciones y los incesantes malentendidos de una época de crisis, usando—como él definió el diálogo—'el impulso del amor que se manifiesta en obras externas de este mismo amor.' El pescador veía su red rota y con

angustia paternal tejía y volvía a tejer la unidad desgarrada.

Después de Pablo VI—y tras el misterioso destino de Juan Pablo I, que sólo duró en la silla de Pedro treinta días, dejando dibujada una paternal sonrisa como sello de la nueva edad—el Espíritu escoge, fuera de Roma, al nuevo Papa, un apóstol que viene a la Capital del cristianismo con las llagas de la crucifixión comunista. Después de la sonrisa de Juan Pablo I, el s. XX cierra y prepara el s. XXI con un mártir en vida que resume en su nombre los dos grandes y combativos pontificados del Concilio: Juan y Pablo.

No se puede ser católico de nuestro tiempo y mucho menos pionero del Tercer Milenio, si no se conocen los textos que anticipan proféticos la nueva edad. Si se desconocen las constituciones sobre la Iglesia, sobre la divina revelación, sobre la sagrada liturgia, y sobre todo *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual (textos del Concilio Vaticano II). El Tercer Milenio cristiano tiene sus bases incommovibles sobre estas constituciones, sobre los nueve decretos y las cuatro declaraciones del Concilio.

Para nosotros los nicaragüenses, la poderosa personalidad y profunda inteligencia del Pontífice reinante, es parte y experiencia de nuestra dramática historia. Fue el primer Papa que pisó la tierra nicaragüense y la barbarie del fanatismo ideológico le faltó el respeto. Apartando la santidad y virtud del sucesor de Pedro, su extraordinaria calidad intelectual y cultural merecía la cortesía de un recibimiento civilizado. Pero ganó su votación el Barrabás que todo hombre alimenta en su corazón cuando lo vacía de Dios. Pero, en honor al pueblo de Nicaragua, ese vergonzoso recibimiento fue un acto sin libertad, un acto dictatorial impidió a la fuerza la visible y tensa reacción del pueblo indignado. Los que gritaban como energúmenos en el momento de la consagración: '¡Poder popular! ¡Poder popular!' no eran el pueblo, sino los más altos jefes del gobierno, y no tenían idea, en su ignorancia, que ese polaco, ese galileo, era un genial teólogo, de alma poética, un 'Santo Padre,' un Doctor de la Iglesia

de nuestro siglo; y mucho menos sospecharían que de él iba a valerse el poderoso Paráclito para soplar las trompetas que derribarían las murallas del Jericó comunista. Sin guerra, sin fuerza o poderes en presión, con el solo sopro del Espíritu cayó el muro de Berlín y se derribaron, uno por uno, todos los muros babélicos de la gran ideología atea que parecía inexpugnable. El Vicario de esa victoria, esa noche callaba con el Cuerpo de Cristo transformado en un humilde mendrugo de pan—¡Poder Popular!—entre sus manos.

En su segunda visita, Nicaragua era un pueblo libre y abrió las fuentes de su corazón católico y desbordó su cariño, su cortesía, su filialidad y su fe. El Cardenal Laghi me llamó por teléfono desde Roma y me dijo unas palabras benditas para nuestra historia: ‘Las campanas de Roma están sonando por el recibimiento de Nicaragua al Sumo Pontífice.’

...La libertad había permitido que el alma cristiana de un pueblo se manifestara con toda su profundidad y esplendor. Y gracias a esa libertad, el ámbito de nuestra verdad histórica—cristiana desde sus raíces—hizo sonar no sólo las campanas de Nicaragua sino las de Roma como una señal del Espíritu, que ya había captado Rubén Darío cuando predijo la universalidad como destino de la Patria:

*Las Atlántidas fueron huéspedes nuestros. Suma
revelación un tiempo tuvo el gran Moctezuma
y Hugo vio en Momotombo órgano de la verdad.*

*A través de las páginas fatales de la historia
nuestra tierra está hecha de vigor y de gloria
nuestra tierra está hecha para la Humanidad.*

2000

La función del sacerdote en la sociedad actual

*'Porque todo sumo sacerdote, escogido entre los hombres,
está puesto para representar a los hombres en el culto a Dios:
para ofrecer dones y sacrificios por los pecados.'*

HEBREOS, 5:1

¿Cuál es la función del sacerdote en la sociedad actual? La pregunta toca un punto neurálgico de la crisis actual de la Iglesia. Muchos sacerdotes se vuelven atrás y muchísimas vocaciones se pierden por no encontrar una respuesta verdadera a esta pregunta.

El ministerio de la Iglesia adoptó, en el pasado, las formas sociales externas propias de cada época. La organización de la sociedad en estratos sociales (uno de esos estratos era el 'estamento clerical'), la idea de un mundo sagrado y de un mundo profano como esferas separadas y absolutas; la concepción del cristianismo como cristiandad cerrada, con sus Inquisiciones y con las injerencias del Poder Civil como brazo secular; la idea monárquica de la autoridad, etc., influyeron en el ejercicio del sacerdote revistiendo sus funciones de unas formas externas que ya no son valederas para nuestra época.

La Iglesia ha revisado su concepción del sacerdocio. No se trata de cambiar la esencia dogmática del ministerio sacerdotal, sino al contrario: de volver a ella despojándola de adherencias y formas temporales, que si pudieron ser válidas en su tiempo hoy estorban sus funciones. ¿Cuál es esa 'esencia'?

El fundamento de la teología del sacerdocio—que los cristianos frecuentemente olvidamos—descansa en la afirmación explícita de la Escritura, según la cual sólo hay un único mediador entre Dios y los hombres, un único y sumo sacerdote: Cristo Jesús. ‘Pero Jesucristo es sacerdote de una forma que hace saltar todo paralelismo con otras formas parecidas de la historia de las religiones’ (cito a Walter Kasper: *‘Nuevos matices en la concepción dogmática del Ministerio Sacerdotal,’* CONCILIUM #43, marzo de 1969).

“Es indudable la oposición de Jesús frente a la casta sacerdotal de su tiempo. Él rompe las barreras de lo cultural y se vuelve hacia los culturalmente impuros, los alejados de Dios y los situados en las clases más bajas. De este modo pone en tela de juicio la distinción, corriente en toda la antigüedad, entre lo sagrado y lo profano. El sacrificio de Cristo se realiza ‘fuera del campamento’ (HEBREOS 13:13), es decir, no dentro del ámbito sacral, sino en el ámbito de la vida pública y de la existencia cotidiana, propio del mundo.” La obra sacerdotal de Cristo es la donación de sí mismo y su muerte es por todo el pueblo.

Ahora bien, la participación en el ministerio sacerdotal de Jesucristo corresponde primariamente a toda la Iglesia. Pedro llama a todos los cristianos ‘pueblo sacerdotal.’ Dice Kasper: ‘Este sacerdocio de todos los cristianos no ha de ser definido por la mera participación en el sacerdocio ministerial, sino que, por el contrario, es toda la Iglesia el sujeto auténtico y primario de la misión salvadora de la Iglesia, y el individuo—ya sea Papa, Obispo, Sacerdote o Laico—sólo puede actuar en comunión con el todo y como órgano del conjunto. La hermandad y la igualdad de todos es anterior a todas las distinciones y sigue manteniéndose aun en éstas.’

Sin embargo, la responsabilidad y la igualdad fundamentales no significan que en la Iglesia todos puedan hacer igualmente todo. Por el contrario, en la Iglesia existe una diversidad de ministerios, de vocaciones, de servicios, de carismas. San Pablo enumera varios ministerios o carismas, aunque su lista no es exhaustiva. Los caris-

mas no son para San Pablo otra cosa más que servicios ministeriales dentro de la comunidad. Pero hay un carisma especial, el del ministerio eclesiástico, que hace responsable al que lo posee de la coordinación de los demás carismas, de la colaboración ordenada de todos. Un ministerio de los ministerios.

El sacerdote, por tanto, es el que mantiene, alienta y coordina la comunidad. Esa es su función específica en la Iglesia de los Apóstoles. San Pablo los llama 'Ministros de la Nueva Alianza,' o bien 'presbíteros' que significa ancianos. Su carisma es de 'gobierno,' pero en la forma que Cristo entiende el gobierno, es decir, en forma de servicio (quien quiera ser el primero deberá ser el servidor de todos). Un gobierno, por tanto, que se ejerce en colaboración con toda la comunidad, de la cual el sacerdote es el responsable.

Al sacerdote, pues, le corresponde dirigir los diversos carismas hacia una colaboración oportuna y fructífera, le corresponde descubrir y despertar los carismas de los demás y procurarles un campo de acción. Despierta líderes, los alienta, convive y se compromete con sus hermanos. Su comunidad no son unos oyentes de misas o un rebaño cápiti-disminuido, pasivo y obediente. Son sus compañeros y todo lo de ellos le atañe: desde sus reclamos de justicia hasta sus sufrimientos físicos o morales; desde sus salarios o su hambre hasta sus alegrías y esperanzas. El sacerdote —como Cristo— no encierra su ministerio en un ámbito sacral, sino en el ámbito de la vida cotidiana, entre el pueblo. Por eso se le ha encomendado en la comunidad el ministerio específico de la Eucaristía. La Eucaristía es el Cuerpo de Cristo, y el Cuerpo de Cristo es también la comunidad, la Iglesia. Sólo comprendiendo esa conexión se comprende a fondo el ministerio comunitario del sacerdote.

1972

Una reflexión y un llamado a los intelectuales católicos

Después del Concilio Vaticano II, Roma convocó al Primer Congreso Mundial de Seglares en 1967. Se me nombró delegado por Nicaragua. Fue una experiencia única convivir la universalidad de la Iglesia con gente de los cinco Continentes. Me pareció sentir como tema básico de aquella gran reunión el descubrimiento de lo profano, el surgimiento de un mundo profano autónomo y, por lo tanto, la necesidad de formar apóstoles para lo profano. En otras palabras, desde los primeros tiempos apostólicos, volvía a hacerse visible y urgente la acción del seglar. Pero al reunirse el laicado de todo el mundo y en esa toma de conciencia de un mundo profano que debía evangelizar, las preocupaciones predominantes eran distintas a las de hoy, salvo algunas que no sólo se mantienen, sino que se han agudizado.

EL RETO DE AYER

En ese momento el gran reto, que tenía todas las preocupaciones, era el comunismo ateo en expansión. Y la meta era contraponer a las soluciones del materialismo dialéctico, las soluciones emanadas de la doctrina cristiana, pero sin caer nunca en nuevas teocracias. Fue allí, frente a lo profano, que por primera vez me planteé la necesidad del pluralismo. Pero bien, las preocupaciones eran: formar una conciencia política-social, promover el cambio de las estructuras injustas, contribuir a desenraizar la violencia institucionalizada, cristianizar el desarrollo, desarrollar el sindicalismo y más aún el espíritu comunitario.

EL RETO DE HOY

Pero como una lección de lo rápido que el tiempo cambia la historia, hoy día al reunirnos en Iglesia con el mismo espíritu de ayer, lo que encontramos son los escombros de la preocupación de ayer. La prepotencia ideológica; la justificación de las peores medidas dictatoriales (porque se cometían supuestamente en beneficio del pobre o favor de una supuesta revolución); las agresiones contra la propiedad y contra la libertad hasta los límites del crimen; la censura; la degradante falta de respeto al Papa, la persecución a la Iglesia... Todo eso se ha derrumbado, el gran muro no cayó por guerra o violencia, cayó solo, al sonido de las trompetas de su propio fracaso. Y aquí viene el primer problema para el seglar que va a actuar en un nuevo mundo, en una nueva historia.

DEBAJO DE LOS ESCOMBROS

Lo defino así: ha caído el comunismo en el mundo, pero ha caído porque Dios, el Señor de la Historia, dejó que las causas produjeran sus efectos; cayó como Babel, como una torre de la razón envanecida. Sería un error creer que es una victoria que se debe sólo a los cristianos o a sus fuerzas espirituales. En Polonia el catolicismo del obrero polaco contribuyó al derrumbe, pero el fracaso lo llevaba dentro, como una fruta con el corazón podrido, el llamado 'socialismo real.' El comunismo era una utopía falsa, basada en una doctrina falsa, que por falsa no dio lo que prometía y cayó.

Entonces: lo que tenemos es un mundo destrozado, moralmente destruido, sediento de bienestar pero miserable, como saldo de casi un siglo de la más feroz dictadura inventada por el hombre. Lo que tenemos es otra vez lo profano pero profanado. El reto para el cristiano se parece a una isla, que fue fecunda y hermosa, pero desolada material y moralmente por el huracán. ¡No es nuestra victoria, sino nuestro reto! Los seglares, los laicos de hoy, se parecen a los primeros cristianos saliendo a evangelizar el mundo pagano de griegos y romanos. Un mundo ancho y ajeno.

EL CASO DE NICARAGUA

Pero en el caso de Nicaragua no fue así, se nos puede contradecir. Ciertamente. Aquí el pueblo votó, aquí el cristianismo y la conciencia moral del pueblo puso su parte para terminar con una dictadura y una ideología que, torpemente, se habían declarado hostiles a la Iglesia. Aquí la obra providencial de Dios fue respondida por una decisión humana de la que podemos sentirnos orgullosos. Hemos sufrido en Nicaragua una prueba y el rigor de la prueba nos ha despertado. ¡Démosle gracias a Dios! Pero ya que el catolicismo ha sido uno de los factores de salvación de nuestro pueblo—porque iluminó su conciencia a la hora del voto; porque el ataque o la persecución antirreligiosa golpeó la médula de nuestra identidad y alentó su instinto de conservación—, comprometámonos: a desarrollar en nosotros las posibilidades del cristianismo que son inmensas en orden a la convivencia, a la solidaridad, al sentido de justicia y al espíritu comunitario, como también en orden a una ética. Comprometámonos a cumplir con el mandamiento del amor.

Sin embargo, no debemos dar lugar a ningún triunfalismo. Es verdad que una notable y evidente mayoría inclinó con su voto la balanza. Pero el fruto de diez, o para ser más justos, de cincuenta años de socavamiento espiritual realizado por dos dictaduras—una de derecha y otra de izquierda—y además una interminable guerra, han dejado un saldo. Un saldo negro de profunda inmoralidad, de violencia, de robo y de crimen. Ese saldo, ¿qué proporción tiene frente a las fuerzas vivas del cristianismo?

LA SINIESTRA HERENCIA

Hemos ganado una conciencia democrática, antimilitarista, pacifista; pero, ¿cuánto es lo que hemos perdido?, ¿no será peligroso que nos engañemos y nos descuidemos y bajemos la guardia, si predomina un triunfalismo iluso?



Sobre todo tenemos los cristianos que ser muy vigilantes para evitar que la frustración cree un espíritu favorable a esa desmoralización. La frustración puede convertirse en el mejor transmisor de todos los virus del anti-evangelio y del anti-cristianismo que, como hemos podido apreciar, son virus anti-humanos, es decir, homicidas.

Estamos conquistando, en buena hora, el mercado libre, la libertad económica; estamos en camino de corregir los errores materiales, socio-económicos, de la teoría y praxis marxista; pero ¿queda con eso colmado el mandato evangélico de ver en el pobre a Cristo y hacer nuestras sus necesidades? Comercio, venta, compra, producción, industria... por muy bien que esas estructuras se organicen, el margen que queda para el cristiano es inmenso, el margen que queda para el amor es inagotable. Al cambiar la economía sólo hemos evitado que el país caiga en un abismo. Cuando recuperamos la tierra firme y libre, la pregunta surge: ¿cuál es el camino del cristiano?

La respuesta puede encerrarse en otras dos interrogaciones:

- 1 ¿Cómo darle vida a la fe?
- 2 ¿Cómo hacer para que el amor se haga vida?

PRIMERA RESPUESTA: POR UNA CULTURA CATOLICA

El laicado debe reunirse para estudiar y trazarse luego un plan de vida activa que responda a la primera interrogación; o sea, un plan intenso de evangelización de la Nicaragua democrática. Una siembra intensa de valores, recordando que el ambiente que dejaron los regimenes pasados no es cristiano. Como dije antes, se ha profanado lo profano, y el mundo de valores que rige en moral, en respeto a las instituciones fundamentales de la vida cristiana (respeto a la familia, respeto al sacerdote, respeto a la ancianidad, respeto a la propiedad, respeto a la mujer, etc.), e incluso el valor mismo de la vida humana... ¡todo eso está bajo cero! Tenemos que devolverle a los nicaragüenses las valoraciones justas que hacen vivible un país.

Además, en ese mismo esfuerzo evangelizador, valiéndonos de todos los eficaces medios modernos de comunicación, tenemos que unirnos los intelectuales, los profesionales, los escritores, artistas y artesanos cristianos, para promover el renacimiento de la cultura católica. ¡Que ese futuro se vista de gala con un arte, una liturgia, una pintura, una imaginería, una literatura, una música, una artesanía, henchidas de espiritualidad!

Nuestro gran Papa, Juan Pablo II—que no en balde sembró aquí, en el dolor de la persecución, su palabra de vida eterna—, dijo: ‘Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no enteramente pensada, ni fielmente vivida.’ Necesitamos auto-formarnos, tener cursos, talleres, encuentros, etc., para que la Iglesia abunde en sacerdotes cultos, en maestros preparados, en profesores de universidad, en intelectuales y artistas católicos, que impregnen la creación nicaragüense de ese color azul del infinito y de la trascendencia que nuestra bandera repite dos veces como un destino patrio. Necesitamos hacer el esfuerzo de fundar—como resultado de este renacimiento cristiano—la Universidad Católica del Pueblo. Tenemos que dar testimonio ante el mundo, cuando la temperatura cristiana en tantos lugares se enfría, de que somos fieles desde las raíces del alma nicaragüense.

LA SEGUNDA Y PRINCIPAL RESPUESTA

Y como respuesta a la segunda interrogación—¿cómo hacer para que el amor se haga vida?—lo fundamental de la respuesta es vivir a Cristo.

La estrella que guía al seglar se detiene sobre la persona de Cristo. La esencia del cristianismo no es la moral deducida del Evangelio, ni es la doctrina de Cristo, ni es ninguna revolución cristiana aunque fuera a favor del pobre. La esencia del cristianismo es la persona de Cristo. Por eso lo fundamental de la respuesta es ‘Vivir a Cristo.’ Así cumpliremos las palabras del Concilio Vaticano II: ‘Lo que el alma es en el cuerpo, esto han de ser los cristianos en el mundo.’

1992

PROPIO DE LOS SANTOS



San Juan Bautista, el precursor

Aun apartando sus portentosas dimensiones religiosas, pocas figuras en la historia se levantan a tan dramática altura para ejemplificar el desconcertante misterio de la condición humana, como Juan el Bautista. De este hombre ha dado Cristo un testimonio inaudito que no fue dado de ningún otro hombre: 'En verdad os digo que entre los nacidos de mujer no ha aparecido uno más grande que Juan el Bautista.'

Lo hemos visto nacer de un matrimonio de ancianos, retirarse al desierto, vivir en ayuno y soledad, ejercitarse en el completo dominio de sí mismo, bajar luego como un gigante a las riberas del Jordán y comenzar su misión. Su misión es anunciar una nueva era, un nuevo tiempo. 'Preparad el camino, enderezad las sendas. Todo barranco será rellenado y todo monte o collado allanado.' El profeta del tiempo nuevo tiene un solo mensaje: la rectitud. Que la balanza cargada, inclinada por el abuso, recupere su equilibrio: ese es su mensaje.

Y recta es su línea. Cuando las autoridades ven que las multitudes van tras él, mandan una comisión a preguntarle: '¿Eres tú el Mesías?' Y él contestó: 'No, no lo soy.' Luego, cuando Juan parece estar en la plenitud de su misión, aparece un hombre solitario en las riberas del río. Y Juan lo señala: '¡Ese es!' Ese que llega es el tiempo nuevo. La Nueva Era.

Los discípulos de Juan se desconciertan. Comparan las dos figuras: el gran orador de ojos de fuego, el gigante semidesnudo

que bajó del desierto y que arrastra las multitudes, señala a un cualquiera, a un joven obrero de Nazareth que llega en silencio. ¿Cómo va a ser Ése lo nuevo?... Pero Juan replica: 'Yo no soy digno de desatarle la correa de sus sandalias.'

Lo nuevo no es la fachada esplendorosa; lo nuevo es una semilla invisible. La 'revolución' no es la falsa agitación exterior que destruye, desbarata y acaba dejando como saldo una injusticia más crecida, un odio más violento, un daño más profundo. La revolución es un corazón oculto que crece como semilla y al poco tiempo ha florecido llenando de primavera el mundo.

Y otro día el líder del Jordán enfrenta su rectitud al Poder. Y una vez más fue recto hasta el heroísmo. El sucio y prepotente Herodes ha robado la mujer de su hermano—es la encarnación del abuso de poder—y Juan se le enfrenta y le dice: 'No te es lícito.' Juan no es prudente, no, no pesa sus palabras, pesa la iniquidad; y le dice a Herodes: 'No está permitido.' Y el Poder lo encarcela.

Así abre sus puertas la tragedia. El líder ha dado el paso del héroe. Pero el Poder va a dar el paso de la intriga y de la crueldad. El baile de Salomé es el baile de la política. Y la cabeza de Juan en la bandeja es el precio de toda edad nueva.

Pero Juan no es solamente un líder. La palabra es pequeña y vacía para aplicarse a tal hombre. Él no es un precursor. Es 'el precursor.' Lo que él abre no es una nueva etapa más en el devenir humano. Abre, anuncia, una extraña, inusitada, milagrosa inserción de lo eterno en la historia, la Encarnación: Dios que se hace Hombre, y el tiempo que con Él comienza nunca termina de comenzar. Cada nuevo cristiano, cada conversión, cada mañana, comienza la Redención. Cada día libra su batalla con el Mal. En cada crepúsculo un Viejo Testamento cede su paso a uno Nuevo. O como decía Juan: 'Preciso es que Él crezca y yo mengüe.' Cada vez que un cristiano realiza su cristianismo, su Juan interior mengua y crece Cristo, el Cristo total y eterno.

Juan es precursor, pero de Cristo; y esa es su medida. Su misión está envuelta en la luz misteriosa y cegadora que viene de lo Alto.

A esa luz todo el esquema simbólico que trazamos cobra dimensiones inefables. Consideremos solamente un punto que nos sugiere el extraordinario Romano Guardini: el Bautista, el que abre el camino al Mesías—al Deseado de las naciones—, cae preso. Como cualquier otro hombre. La figura enorme que ha conmovido a Israel es cogida por unos sicarios y arrojada a un calabozo sin que se produzca ningún milagro para liberarlo.

Juan ha predicado la llegada del Salvador del mundo, la llegada del Mesías anunciado por todos los anteriores profetas y esperado como libertador por su pueblo. Y no sólo eso. Lo ha bautizado y ha visto abrirse el cielo y posarse sobre Él la paloma de fuego del Divino Espíritu. Sin embargo, Juan yace en un calabozo. Se preguntaría Juan: ¿este es mi destino?, ¿en esto termina el reino mesiánico que anunciaba, el reino nuevo, el reino del Poder de Dios?

¿Qué angustias y tinieblas invaden su corazón cuando interroga su fracaso en la oscura prisión? Por la ventana de su calabozo sus discípulos llegan a hablarle y él, encerrado en la noche de aquel callejón sin salida, les dice:—‘Id donde Jesús y preguntadle: ¿eres Tú el que ha de venir o hemos de esperar a otro?’ Y los discípulos se llegan a Cristo, y Cristo sana a unos enfermos delante de ellos y les contesta:—‘Id y referid a Juan lo que habéis oído y visto. Los ciegos, ven. Los cojos, andan. Los leprosos, quedan limpios. Los muertos, resucitan. Y es anunciada la buena nueva a los pobres.’ Cristo les contesta con las palabras de la profecía de Isaías y luego agrega:—‘Y bienaventurado aquel que no se escandalizare de Mí.’

Juan entendió. Aceptó su destino.

Ayer, hoy y siempre, el hombre que ve el mal, que palpa la injusticia, que saborea el repugnante amargor del fracaso, pregunta a Cristo: ¿es esto lo que esperaba?, ¿dónde está tu Divinidad, tu Poder, tu Reino?, ¿dónde está tu obra?, ¿cuál es tu Estado?, ¿cuál es tu organización?... ¡muéstranos el cuadro paradisiaco de tu Reino!



Pero su Reino no establece Estados mesiánicos. Porque su Reino no es un Paraíso falso a la sombra de las ametralladoras, sino un Paraíso de libertad que exige lucha cotidiana y la revolución de los corazones. Porque su Reino tiene fronteras invisibles de corazón a corazón. Porque su Reino invade, conquista, transforma como transforma el Amor.

1966

Santo Tomás Becket o el espíritu contra el poder

Obispo y mártir. Nació en Londres en el año 1118; fue clérigo de Canterbury y canciller del reino, y fue elegido obispo el año 1162. Defendió valientemente los derechos de la Iglesia contra el rey Enrique II, lo cual le valió el destierro a Francia durante seis años. Vuelto a la patria, hubo de sufrir todavía numerosas dificultades, hasta que los esbirros del rey lo asesinaron el año 1170.

Dos grandes obras de teatro ha producido en nuestro tiempo la figura del mártir inglés Tomás Becket: *Asesinato en la Catedral*, de T.S. Eliot (tal vez su mejor obra) y la del extraordinario dramaturgo francés Jean Anouilh, que también puede apreciarse en su versión cinematográfica.

La obra de Eliot mantiene la figura histórica de Becket y la mueve en la atmósfera sobrenatural. Santo Tomás Becket es un mártir de la Iglesia, defensor hasta el martirio de la libertad y dignidad de la Iglesia contra los abusos del poder temporal.

La obra de Anouilh plantea el problema de Becket desde el punto de vista estrictamente natural, que es el punto de vista que también quiero tomar yo en estas breves reflexiones. El Becket que hemos visto en la pantalla está enfocado solamente en su condición humana para resaltar los elementos inmutables de la conducta del hombre. Y el drama que allí se desarrolla entre el hombre y el Poder—entre el hombre y la Política—lo mismo atrapa al vasallo del s. XII que al ciudadano o al camarada del s. XX.

La obra se desarrolla entre los años 1118 y 1170, con un tema tan de ahora como de entonces, pero su alejamiento en el tiempo en vez de hacerle perder actualidad, lo que le da es perspectiva para captarlo mejor y extraerle con mayor luminosidad objetiva su honda lección humanista.

Reduciendo a sus líneas esenciales el drama de Anouilh, nos encontramos la contraposición de dos personajes-símbolos o arquetipos: el rey Enrique II (que encarna despóticamente la 'Razón de Estado') y Becket. Pero, ¿qué es Becket? Es el joven y brillante intelectual de vocación política, servidor no sólo fiel sino entusiasta de ese Estado nuevo que se ha impuesto sobre su pueblo y que es encarnado por el rey. Su capacidad y su fidelidad a la 'causa' lo llevan a la aparente cumbre del Poder: es nombrado canciller y como canciller hace un papel históricamente brillante. Pero ese papel es 'al servicio de.' (Es interesante cómo Anouilh subraya la 'incondicionalidad' de Becket, fiel, fría y convencidamente, del Rey-Estado).

Pero Enrique II tiene problemas con la Iglesia. (La Iglesia en Anouilh es algo que perfora o rasga lo estrictamente político: el mundo del espíritu, más ancho que el mundo del Estado). Y el rey, ante ese conflicto, encuentra una solución: nombrar arzobispo de Cantorbery a su fidelísimo y probado amigo. Pero apenas Becket es nombrado arzobispo—presionado por la responsabilidad del cargo—deja aflorar un factor retenido y oculto: su propia personalidad. Mejor dicho, aflora, como un oleaje de fondo, la libertad inherente y propia del hombre que no puede ser solamente un instrumento, sino que tiene un destino propio. Surge el sentido de responsabilidad. El hombre que ha estado siempre 'comprometido,' sujeto, que ha cumplido siempre y fielmente el mandato ajeno, es colocado en la circunstancia decisiva que le pide dar de sí lo suyo. Ser él. Ser con su propia y libre responsabilidad, porque todo hombre tiene una misión personalísima—grande o pequeña—que sólo él puede cumplir. Y es entonces que se produce la colisión entre la

Libertad y el Mando.

Becket opone al Estado—que considera al hombre sólo como instrumento o como ficha—la independencia y la libertad de la persona humana portadora de un destino. Becket es la lucha del espíritu contra el Poder. La política contemporánea está, casi toda, basada en los elementos que Anouilh usa, con sutileza admirable, en la primera parte de su obra. Al joven de hoy le pide el Partido o el Estado esa incondicionalidad que se simboliza crudamente en la entrega de Becket al rey de su propia prometida.

—¿Amas a Gwendolen?—le pregunta el rey.

—Es mi prometida, señor—contesta Becket.

—¿Por qué tienes que poner etiqueta a todo para tratar de justificar tus sentimientos?

—Porque sin etiquetas, señor, el mundo no tendría contornos bien definidos.

—¿Y es tan importante que el mundo tenga contornos?

—Es esencial, señor. De otra forma nunca podríamos saber qué es lo que estamos haciendo.

El Estado moderno tampoco quiere que el individuo tenga contornos. Desecha aquello que robustece la personalidad. Y todo el adoctrinamiento de los totalitarismos modernos (los políticos y los técnicos) van hacia ese objetivo: borrar el 'yo' para diluirlo en un dúctil rebañiego 'nosotros.' Al brillante muchacho intelectual no se le encauza para su propio logro, sino que se le quema en escaramuzas demagógicas o incluso en actos de terrorismo porque el Partido es lo importante. La Causa es lo importante, no el hombre.

Pero en el hombre siempre subsiste una última reserva. Reserva que no todos tienen la osadía o el garbo de sacar a flote, pero que está allí, gritando el grito de la dignidad, el grito del ser, el grito de la persona que quiere manifestarse y pronunciar su propio mensaje. Anouilh nos muestra cómo hay siempre una encrucijada



en la cual la vida hace la pregunta decisiva al hombre. Y es entonces cuando el hombre libre irrumpe y responde... aunque le cueste la vida.

‘Piensas demasiado y sufrirás las consecuencias. Si hay problemas en el mundo es porque la gente piensa’—dice el rey a Becket.

Pero el hombre piensa. A pesar de los lavados de cerebro, de las consignas, de los adoctrinamientos: el hombre piensa. El hombre no es sólo materia, sino espíritu. Y el espíritu acaba venciendo aunque su victoria muchas veces exija sacrificio.

1965

San Francisco, el ‘poverello’ de Asís

Nació en Asís el año 1182; después de una juventud frívola, se convirtió, renunció a los bienes paternos y se entregó de lleno a Dios. Dio a sus seguidores unas sabias normas, que luego fueron aprobadas por la Santa Sede. Inició también una nueva orden de monjas y un grupo de penitentes que vivían en el mundo, así como la predicación entre los infieles. Murió el año 1226.

No se ha emprendido todavía el estudio de lo que debe el nicaragüense en su carácter, en algunas de sus costumbres y en muchos de los rasgos de su fisonomía colectiva, a San Francisco de Asís, o mejor dicho, al franciscanismo, tomando en cuenta que las manos que más profundamente modelaron esa fisonomía al formarse Nicaragua, fueron manos de frailes franciscanos. Y esa primera labor formadora tuvo continuidad secular. Los hijos de San Francisco no cesaron, ni han cesado en su modelación. Ellos han mantenido siempre, cerca del pueblo, el rostro modelo del santo fundador y su nombre ha saltado de la devoción a la cultura y a la geografía, y se ha hecho piedra y arquitectura en los templos, y canto y teatro en el folklore, y comunidad en los pueblos y haciendas y lugares que llevan ese nombre, e incluso el cordón de su hábito ha pasado a ser elemento de nuestra meteorología en el ‘cordónazo’ de los primeros días de octubre.

Como ratificando este franciscanismo popular y nacional Rubén Darío agregó a *Las Florecillas franciscanas* la florecilla

nicaragüense de *Los Motivos del Lobo*, uno de los poemas más humanos pero también más populares de nuestro gran poeta, poema que por esta preferencia del público ha logrado que la figura del santo se haya en cierta forma nacionalizado al incorporarse al santoral poético nicaragüense.

La vida de San Francisco es el poema de San Francisco de Asís. Pero esta libertad y gracia tienen para nosotros los cristianos un valor y una enseñanza ejemplares, porque lo que vemos en el rostro de Francisco, lo que atrae a todo el mundo de su personalidad, sea de Oriente o sea de Occidente, lo que fascina a Gandhi y a Tolstoi, a Darío o a Kazantzakis, es que ese rostro, a pesar de su indeleble originalidad, es como un espejo donde asoma, incluso con sus llagas, la faz del Hijo de Dios. En otras palabras, San Francisco es el más logrado ejemplo de la capacidad humanizadora del Evangelio: es el hombre evangélico; la muestra de las cualidades y virtudes que la humanidad puede sacar de sí misma si hace vida el Evangelio.

Francisco es el anuncio de una alegría infinita que está en la tierra y que puede extraerse de la tierra con sólo que miremos y amemos la tierra con la mirada con que Cristo—creador de la tierra—ve la tierra y la ama. Las Bienaventuranzas no son otra cosa que eso: la mirada que descubre lo verdadero. O más simplemente: el ojo del Amor mirando al mundo. Fue con ese amor que Francisco miró al mundo y al hombre.

Nos maravilla, pero nos parece mentira o fábula que Francisco predique a las aves, o a las hormigas, o que amanse al lobo de Gubia; sin embargo, Francisco de Asís no hace más que mostrarnos los alcances del amor. El ojo de Francisco nos lee al hombre en su historia y nos lee al cosmos en su devenir y cuando oímos su lectura creemos que es un poema porque lo consideramos irreal. Y no nos equivocamos en cuanto a que es un poema. Nos equivocamos en cuanto a que lo consideramos irreal. Los irreales somos nosotros. Nosotros somos los destructores de la realidad. Estamos enfilados en la destrucción y no en la creación.

Pertenece o contribuimos en alguna forma al mundo homicida. Matamos con el pensamiento, con la palabra, con la acción o con la omisión. Allí está el problema. Nos vemos obligados a creer que Caín es la realidad y Abel la utopía. Francisco—repetiendo a Cristo—nos enseña lo contrario. Francisco llama hermana al agua, a las hierbas, a los animales, al hombre, incluso a la muerte. Abel es el hermano de todo. Caín es el agresor de todo. Su marcha homicida no se detuvo en el hombre, sino que está acabando con la naturaleza toda. ¿Quién de los dos tiene el camino real del futuro? ¿A quién pediremos las llaves del porvenir: al Amor o a la Muerte?

Nuestra época es, definitivamente, la época más revolucionaria que ha cruzado el hombre desde que se produjo la revolución del Neolítico, que dio origen al nacimiento de las civilizaciones y que transformó radicalmente la mayoría de los usos y costumbres de la humanidad anterior. En el termómetro del cristianismo esa revolución de nuestro tiempo está marcada por el Concilio Vaticano II. Son muchos los hombres de nuestro tiempo que no comprenden o que no sacan la cabeza de sus preocupaciones inmediatas para comprender—mirando el panorama del mundo—el formidable cambio que se está operando en la historia del hombre en todos sus órdenes. Se encierran en su miopía y, aferrándose a pequeños clavos ardientes, aferrándose a mezquinos intereses, olvidan que la ola gigantesca que cruza la historia no respeta esas pequeñas islas de pequeños egoísmos. A la hora del Diluvio ya no vale construir botes o salvavidas individuales. Se construye el Arca que es la salvación plural y comunitaria, incluyendo a los animales.

Pues bien, es sobre esta situación de crisis que vamos a proyectar la luz profética de la vida y misión de Francisco de Asís. Para ello y para comprender la obra del santo, hay que partir del presupuesto que, generalmente, suelen rechazar los fanáticos: que 'la Iglesia necesita siempre ser corregida y enmendada'—como dijo el Papa Alejandro. La Iglesia no es un monolito de piedra

celestial. Es una obra de hombres, fundada por Cristo pero corregida incesantemente por Cristo a través de sus santos. La Iglesia no es un camino triunfalista, sino un vía-crucis lleno de caídas. Recuérdense, desde el comienzo, las siete primeras cartas del Apocalipsis. El reclamo al Ángel de la Iglesia de Efeso: 'Pero tengo contra ti que has abandonado tu amor de antes.'

Cuando el 'poverello' comenzó su misión, escuchó de Cristo esta orden: 'Ve, Francisco, repara mi casa, que está a punto de hundirse.' Y cuando el Papa Inocencio recibió a Francisco tuvo un sueño coincidente con esta vocación: vio la Iglesia primada de la cristiandad, la Basílica laterana cuarteada, casi en ruinas, y sólo sostenida por los hombros del frailecillo harapiento de Asís.

A la Iglesia la estaba hundiendo entonces una tradición—no la evangélica—sino la formada por las adherencias de una historia de siglos que, por muy noble que fuera, no respondía a la doctrina del Divino Fundador. Esa tradición había comenzado con un hecho hermoso: el reconocimiento y acatamiento del Poder Imperial a la Iglesia de Cristo. De esa relación inicial, sin embargo, se había pasado lentamente a la idea de Cristiandad (es decir a la idea de un cristianismo como unidad político-religiosa), luego a la idea y realización de un Sacro Romano Imperio Católico, y luego a la exaltación del Papado como supremo poder espiritual de Occidente. Pero el poder espiritual pronto se convirtió en poder político, en reino temporal, en dominio, en guerras, en riquezas, en inquisición. La Iglesia que encuentra Francisco de Asís es la Iglesia en el apogeo del Papado. La Iglesia en la cumbre del poder y de la autoridad: domina sobre el Imperio y todos los reyes cristianos la acatan. Es el más alto prestigio del mundo. Pero este formidable éxito sobre la historia no probaba, ni mucho menos, la vitalidad evangélica de la Iglesia. Al contrario, Cristo le dice a Francisco:—'Mi casa está a punto de hundirse.'

¿Es que la vitalidad de la Iglesia se expresa o se mide en la multitud de una procesión? ¿Es que la vitalidad de la Iglesia se

expresa en la solemnidad de sus ceremonias, o en las excelentes relaciones protocolarias entre las autoridades del Estado y las autoridades eclesiásticas, o en los templos suntuosos, o en la pompa que atrae multitudes, o en ponerse a la moda intelectual del día?

“Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó—dice Cristo—y le salieron al paso unos ladrones que le despojaron, le molieron a golpes, y se fueron dejándole medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino, y al verle, dio un rodeo y pasó de largo. Igualmente pasó después un levita y al verle también dio un rodeo. Pero un samaritano que iba de camino, se acercó y al verlo se compadeció. Llegó a él, le vendó las heridas echándole aceite y vino y, subiéndole en su propia cabalgadura, le llevó a la posada y se ocupó de él. Y al día siguiente, sacó los denarios, se los dio al posadero y le dijo:—‘Cuida de éste, y lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando vuelva.’”

—¿Quién es ese hombre despojado por los ladrones?—Preguntemosle a nuestra sociedad y sus estructuras, ¿quién es ese marginado, ese despojado que está caído al margen de la historia y que parece medio muerto? ¿Y quién es—según Cristo—el que vive el Evangelio ante ese hombre? Pero fijémonos que el samaritano no sólo consuela y atiende al despojado. Hace algo más. Transforma su situación de despojado. Le da al posadero de su riqueza para que el hombre se rehabilite. El amor cristiano—dice Ernesto Balducci—no es sólo consolatorio, sino mesiánico. No le basta compadecer al despojado dejándolo en su situación, sino que aspira a transformar su mundo.

Con esta valoración volvamos a Francisco. ¿Qué hizo en aquella análoga situación del s. XIII?

Predicó con el ejemplo de la pobreza total, de la fidelidad absoluta al Evangelio y del ejercicio pleno del amor, ese mensaje mesiánico de una Iglesia pobre, libre y evangélica. Francisco opone a cada desvío, una fidelidad. En la época de la Iglesia hecha Poder, Francisco encarna la humildad y funda una orden



de absoluta pobreza. En la época de las Cruzadas—cuando el mismo Papa Inocencio convoca a los cristianos a la guerra y ofrece ir en persona al frente del ejército—Francisco, inspirado por Dios, se va desarmado y sólo con un fraile de compañero donde el sultán musulmán a predicarle el Evangelio, y opone a la violencia la no-violencia y la persuasión, y condena la ‘guerra sacra’ con las mismas palabras con que Cristo ordena a Pedro:—‘guarda esa espada.’ En la época de los Papas imperiales de fastuosas cortes, Francisco hace su esposa—como él decía— a la Dama Pobreza. Francisco se hace pobreza.

La conmoción que produjo Francisco—aunque no fue entendido plenamente ni por su propia Orden (porque hablaba una lengua futura)—sí hizo brotar una corriente profunda, renovadora, que se abrió paso hasta nuestros días, purificando y evangelizando grandes zonas humanas, sembrando una semilla a veces invisible que iría germinando y acabaría imponiendo el verdadero concepto de Iglesia.

Repito: el evangelio de Francisco fue entendido sólo a medias en su tiempo porque era un texto profético. Causó una profunda revolución (los hispanoamericanos sabemos por ejemplo, cómo el mensaje de Francisco produjo una inmediata realidad, en la conquista de América), pero aún así, es hasta ahora que comienza a adquirir su significación plena. Más radicalmente Bassetti-Sanni dice que ‘el mensaje de Francisco no fue entonces comprendido. De Inocencio III a Pablo VI hubieron de pasar más de siete siglos para que se comprendiera que el ejercicio de la autoridad evangélica del Vicario de Cristo y de los Obispos no comportaba derecho o pretensión de dominio temporal. Si lo hubieran comprendido bien los contemporáneos del santo, la historia de la Iglesia habría podido tomar un sesgo distinto, superando espiritualmente las graves luchas entre la Iglesia y los poderes temporales,’ que entre otras consecuencias produjeron la desgarradura del Protestantismo.

Igual cosa podemos decir sobre el apasionado y radical llamamiento de Francisco hacia el lacerante misterio de la pobreza.

Tanto en su tiempo como en los siglos posteriores la mayoría leyó mal el texto de su mensaje. Se consideró su actitud más como un extremismo admirable de su imitación de Cristo, que como una revolucionaria inversión de valores que él encarnaba y asumía para transformar el sentido de la justicia y del amor entre los hombres.

El amor de Francisco de Asís—el amor que predica y vive—posee un radicalismo vital que también fue malentendido durante siglos y cuyo alcance sólo ahora comenzamos a descubrir, perplejos. Cuando vieron a Francisco tan radical en su no-violencia, en su oposición a toda guerra (así fuera sagrada); y a toda agresión, así fuera una simple palabra; y su respeto desconcertante a toda vida, así fuera la de una hormiga: fueron muchos los que ayer, como hoy, tomaron estas actitudes como excentricidades o como exquisiteces de un alma poética. Pero estaban equivocados. Les faltaba perspectiva para comprenderlo, para captar las dimensiones de este caso de santidad del s.XIII, que no era otra cosa que una vuelta a las fuentes evangélicas.

Pero—entiéndase bien—lo que he dicho es ‘vuelta a las fuentes evangélicas,’ no a otras fuentes, no a sustituir a Jesús de Nazareth por cualquier filósofo de actualidad, o el Evangelio por una sociología. El cristianismo es fundamentalmente, esencialmente Cristo, la persona de Cristo encarnación del Hijo de Dios, que cruza la historia como dueño y Señor de la historia, repitiendo en todas las edades sus bienaventuranzas.

Aun ahora, cuando parece que la lección de Francisco se ilumina por la historia, son muchos los cristianos que vuelven a equivocar su lección, y dividen la iglesia rasgando el corazón de Cristo y el corazón de Francisco, el hijo siempre fiel, y entregando el divino legado del Evangelio a una interpretación temporal, sociológica y política de una retórica revolucionaria.

¡No! Francisco nos ha enseñado a domar al hermano lobo, ¡nunca a convertirnos en lobos! Los cristianos no son guerreros, ni guerrilleros, ni exaltan la violencia, ni disparan contra el

prójimo. Lo que el cristiano siembra—con fe en el Amor—es convivencia, paz, perdón, hermandad. ¡Los cristianos no se bajan de la Cruz... pero se salen de los sepulcros!

1976

San Celestino v, 'il gran rifiuto'

Nació en 1215 en los Abruzos, Italia. Fue coronado como Pontífice en 1294. Pero pronto se dio cuenta de que no estaba preparado ni tenía cualidades para ello. No conocía las leyes y cánones que rigen a la Iglesia en el Vaticano. No sabía hablar bien el latín en el cual se redactan los documentos pontificios. No tenía la suficiente pericia para no dejarse engañar, y así como era tan sin malicia y tan generoso, muchos aprovechaban de que concedía cuanto se le pedía. Y él mismo reconoció que había sido un error el aceptar el cargo de Papa y se propuso renunciar. Es el primer caso que ha sucedido en la historia de la Iglesia, de que un Papa renuncie a su cargo. Primero publicó un decreto declarando que el Sumo Pontífice sí puede renunciar. Luego reunió a todos los cardenales y les leyó su renuncia al Pontificado y les pidió que nombraran a su sucesor. Era el 13 de diciembre de 1294. Apenas había sido Pontífice durante cinco meses. Pero su sucesor, el Papa Bonifacio VIII, al sentir que se formaba en Roma un gran partido en su contra y a favor de Celestino v, mandó que volviera otra vez a la ciudad, para apaciguar los ánimos. El santo fue puesto preso y llevado a un castillo donde lo encerraron como prisionero. Cuando algunos se quejaban de que lo tuvieran encerrado decía: 'Lo que yo siempre deseaba era tener una celda llena de silencio y de apartamiento de todo para poder dedicarme a la oración y a la meditación. Y esa celda me la han dado aquí. ¿Qué más puedo pedir?' Murió en mayo de 1296 y fue declarado santo en 1313.

En los montes de Ciociaria, ochenta kilómetros al sudeste de Roma, hay un pueblito en cuyo castillo vivió sus últimos años, como ermitaño y como prisionero, Celestino v, el único Papa que ha abdicado.

Pedro de Morrone no era más que un frailecillo humilde

y simple, retirado completamente del mundo, pero cuya fama de santidad obligó al Colegio de Cardenales a elegirle Papa en uno de los momentos más críticos de la historia del Pontificado. (Había muerto el Papa Nicolás IV y los cardenales electores se habían dividido en dos partidos contrarios y ya llevaban dos años sin poder elegir al nuevo Sumo Pontífice. Al fin se les ocurrió una idea: elegir como Papa a un santo monje. Y eligieron a Pedro. Y un día, cuando él menos lo imaginaba, llegaron al monte donde habitaba, varios prelados a comunicarle tan grande noticia. Su susto fue espantoso y se echó a llorar. Era el año 1294 y Celestino V—como vino a llamarse—tenía 80 años).

De las montañas de Majella bajó llorando y montado en un asno como Cristo para ser recibido triunfalmente en Roma.

Cinco meses después, Celestino V, tras leer de rodillas un desgarrador escrito en que protestaba su incapacidad—‘considerando mi debilidad y mi incapacidad, considerando también la malicia de los hombres y mi flaqueza, y deseando un estado más humilde y más perfecto’—renunció al Pontificado y huyó de nuevo a la soledad entre el llanto y el clamor del pueblo romano.

Su sucesor, Bonifacio VIII, lo encerró en el castillo-fortaleza de Fumone por temor a un cisma.

Celestino V fue canonizado un siglo después por el Papa Clemente V. Sin embargo, Dante Alighieri lo coloca en la puerta del infierno, donde deben estar aquellos que por indecisos ‘nunca vivieron de verdad.’ Allí, junto a la siniestra puerta de ‘la ciudad doliente,’ canta el Dante:

*‘Vidi e conobbi l’ombra di colui
che fece per viltate il gran rifiuto’*

*Vi y reconocí la sombra (el alma) de aquel
que hizo por cobardía la gran renuncia.*

¡Extraña contraposición de dos juicios ante ‘il gran rifiuto’! El gran rechazo o la gran renuncia que motiva la elevación a los altares del

Papa Celestino v según el juicio de la Iglesia; y que promovió el conocido y hermoso elogio de otro gran poeta: Petrarca; merece del Dante el cáustico adjetivo de *viltate* (cobarde), y su condena en el infierno.

¿Por qué Dante—poeta cristiano, que condenó a Celestino v antes de conocer su canonización—muestra ese implacable desdén con el humilde Piero da Morrone?

Porque la renuncia de Celestino v—dice C.P. Otero—‘se tradujo en la elección de Bonifacio VIII, y Bonifacio VIII era para el poeta de la *Divina Comedia* el responsable de su exilio y de su infortunio.’

El juicio de Dante es un juicio político. Su ojo se detiene o es detenido por su pasión en el estrecho horizonte de su vida. Su amargura de exilado le hace llamar cobarde a aquella renuncia que hizo posible la elección de su enemigo, el enemigo de su partido, el duro Papa Bonifacio VIII.

La Iglesia traspasa el horizonte temporal, ve al hombre que se reconoce débil y que da un ejemplo de sinceridad sin paralelo, de honestidad cristiana, la Iglesia cree, como creyó Pretarca, que ‘sólo una gran virtud pudo promover esa gran renuncia.’ Ese hombre acosado por su impotencia (todos somos acosados por nuestra impotencia) pero que no se dejó engañar por la vanidad ni por la ambición, es lo que ve la Iglesia en Celestino v.

1966

San Juan Diego 'escalerilla de tablas' para el ascenso de América a Dios

Nació en 1474. El 9 de diciembre de 1531 en México, la Virgen se aparece a Juan Diego, indígena de 56 años de edad, vecino de Cuauhtitlán. Su nombre de nacimiento había sido *Cuauhtlatotzin* ('el que habla como águila') y había tomado el nombre de Juan Diego cuando en el año 1524 ó 1525 se convirtió al cristianismo y se bautizó. Falleció el 12 de junio de 1548, a la edad de 74 años. Fue canonizado por el Papa Juan Pablo II en el año 2001.

12 DE DICIEMBRE. MÉXICO. Multitud de multitudes que se apiñan. ¿Qué miran o admiran? Si miráramos con los ojos, sin dar más testimonio que el del sentido, diríamos que la tilma de un indio. Pero sobre esa tilma está gravado un milagro: el más bello retrato de la Madre de Dios.

La escogencia por Nuestra Señora de Juan Diego no es sólo un acto de amor personal a un indio, sino un acto de amor ecuménico a América señalándole su destino. Comunió con el prójimo = milagro guadalupano. Revestirnos del espíritu juandieguino, que la imagen de la Madre del Amor se grave en todas las prendas: en el chaleco del rico, en el suéter del estudiante, en la camisa del obrero y en la privilegiada tilma del indio.

Juan Diego es como una parábola evangélica que María vino a contar a América. Algo más dulce para nosotros que la 'Parábola del hijo pródigo,' porque es la 'Parábola de la Madre Pródiga,' de la Madre que se prodiga, que ni siquiera espera que el hijo vaya y vuelva, sino que va a su encuentro apenas nace a la fe. Y el hijo

de la parábola no se aleja nunca, no se va, sólo regresa. El camino de Juan Diego es el camino de América. La ruta por la cual no sólo llega el hijo al Padre, sino hacemos venir a la Madre hacia el hijo.

Pero viene y lo encuentra por el camino de la pobreza; porque quiere dejarnos un mensaje: que busquemos como Ella al pobre, que lo traigamos a nuestro bienestar cultural, que lo hagamos participar de todos los beneficios de la civilización. Que hagamos de América una gran fraternidad cristiana.

CIRCA 1946

Francisca Javier Cabrini —una santa en Nicaragua

Discurso pronunciado en el acto
conmemorativo de los 50 años del Colegio
de la Inmaculada de Managua 1921–1971
y en el xxv aniversario de la canonización
de Santa Francisca Javier Cabrini

Nació en 1850, última de 13 hijos. Religiosa. Patrona de los Emigrantes y Fundadora de las Misioneras del Sagrado Corazón. Murió en 1917. Fue canonizada en 1946. Casi cuarenta años antes de su canonización, el Papa León XIII había reconocido: 'La madre Cabrini es una mujer muy inteligente y de gran virtud... Es una santa.'

Más o menos en la misma época, o para ser exacto, catorce años antes de que naciera Francisca Javier Cabrini, nació en Granada de Nicaragua una extraordinaria mujer. Su nombre: Elena Arellano. Siempre me ha apasionado el misterio de las órbitas que Dios traza—como a los astros—a todos los seres, cuyas líneas ocultas a veces se hacen visibles en ciertas criaturas que tienen una misión especial o privilegiada en sus planes históricos.

Elena Arellano es un espíritu muy similar al de Madre Cabrini: la misma entrega desde muy niña, de su vida y de su virginidad al Señor; la misma caridad heroica al servicio del prójimo; la misma preocupación por la formación religiosa de la juventud y de la mujer; la misma inquietud misionera dentro de la misma problemática de su época, sólo que la santa italiana proyecta la llama y la luz de su espíritu hacia dimensiones universales, mientras la nicaragüense las proyecta en la estrecha dimensión

provinciana de su Patria. Una línea es corta y débil, la otra ancha y mundial; dos órbitas lejanísimas, pero sus líneas, llevadas por las manos invisibles del Altísimo, han de cruzarse y encontrarse en la inmensa y celeste pizarra de las operaciones divinas.

Pero además, hay aspectos paralelos en estas dos vidas que parecen preparar misteriosamente su encuentro. Ambas pierden a su padre muy jóvenes. Ambas ofrecen en secreto, desde niñas, el voto de castidad y de entrega total de sus vidas a Cristo. Ambas rinden testimonio de caridad heroica frente a un acontecimiento similar: una peste de viruela. Santa Cabrini en Lodi, donde se dedica tan plenamente a cuidar a los apestados que contrae la gravísima enfermedad. Elena Arellano, en la gran peste que asoló a Granada en 1882, reunió a los enfermos en una casa pagada por ella y se encerró allí a cuidarlos. Hermosa anécdota de santidad aquella que recuerda nuestra ciudad cuando Don Faustino, el hermano de Elena, llega a caballo ante la puerta clavada de la casa en cuarentena—como entonces se usaba—y donde son muchos que mueren cada día. Y Don Faustino le grita desde largo, ansioso por saber si aún vive: ‘¡Elena! ¡Elena!’ Y ella, desde una ventanita, con un pañuelo blanco amarrado a la cabeza, contesta: ‘¿Qué quieres, Faustino?’

—No he tenido noticias tuyas. Estamos preocupados por ti. ¿Qué necesitas?

—Que vengan médicos valientes a ayudarme. Que recojan medicinas y me las envíen, para mis enfermos.

¡Y esta fue una bella muchacha rica, de una de las familias más distinguidas de Granada, y estas fueron sus castas maternidades: alumbrar a los hijos del dolor!

Y esta mujer, ardiendo en celo por las cosas de Dios y por las necesidades del prójimo—el mismo celo que consumía allá lejos, en Italia, a Francisca Javier Cabrini—, se desvive por llenar el enorme vacío de educación religiosa que padecía entonces Nicaragua. Desde 1830 una ley había expulsado a todas las órdenes religiosas, y el clero nacional—escasísimo—apenas daba abasto. Fue la mujer ni-

caragüense la que llenó ese espacio muerto en nuestra tradición religiosa. Ellas sostenían escuelitas en sus casas. Ellas recorrían los barrios catequizando. Y Doña Elena era una de las capitanas de aquel humilde pero hermoso movimiento femenino que salvó a Nicaragua—asolada también por las guerras y el odio localista—de hundirse en la oscuridad total. Pero Doña Elena veía que ese esfuerzo no bastaba. La mujer necesitaba formarse mejor. Con su propia fortuna y actividad fundó el colegio de señoritas en 1877, un centro de enseñanza a la altura de los de Europa. Fue un éxito. Pero en 1882 el Gobierno trajo maestras de Estados Unidos y fundó otro colegio de enseñanza laica y, según decían nuestras abuelas, hostil al catolicismo. La novedad de las profesoras extranjeras fue una dura competencia para la fundación de Doña Elena; y ella, humildemente, comprendió que necesitaba conseguir nuestros más preparados religiosos y religiosas, que se hicieran cargo de la educación de la niñez y juventud nicaragüense masculina y femenina. El espíritu de Madre Cabrini alentó entonces en ella y partió a Roma.

Y así llegó el momento en que las órbitas de las dos santas mujeres se cruzaron. En Roma, Elena Arellano oyó hablar, buscó y logró entrevistarse con la santa fundadora de las misioneras del Sagrado Corazón de Jesús. ¿Cómo sería ese diálogo? ¿Qué impresión se causarían mutuamente esas dos mujeres encendidas por el mismo espíritu que procede del Padre?

No se necesitó mucho tiempo para que los afanes de la una y de la otra se fundieran en un solo acuerdo. La Congregación de Madre Cabrini estaba comenzando. La Patria de Elena Arellano—tierra abonada pero sin operarios—era también un comienzo: la aventura misionera de la Esperanza se imponía.

Y así fue: antes de un año la propia fundadora con catorce hermanas emprendieron el viaje a Nueva York, luego a Panamá y de allí a Nicaragua, donde desembarcaron en Corinto. Es hermoso pensar en esas catorce muchachas llenas de miedo a la fiebre amarilla, a los terremotos, al calor, a la materia, a las revoluciones,

a todas las cosas verdaderas y falsas que entonces se decían de nuestros trópicos; muchachas—muchas de las cuales no conocían el mar—cruzando el Atlántico y luego un Caribe furioso que las derriba de sus camarotes; es hermoso pensar en la Hermana Verónica, en la Hermana Ágape, en la Hermana Alacogue, en la Hermana Clara, o Estefanía, o Teresa, o Pía, o Dionira: asustadizas, delicadas, pero encendidas en el mismo fuego de su fundadora, dejando su Patria, su familia, dejando el dulce regazo de lo conocido y de lo amado por un país atrasado, lejano y extranjero, donde Cristo—en figura de niños y de pobres y de necesitados—les hace señas desde lejos y les grita, como en el Evangelio de San Juan: ‘¡Muchachas, echad la red a la derecha de la barca, y me encontraréis!’

Y dice Madre Cabrini: ‘En la mañana del 25, el vapor entró en uno de los golfos más hermosos que hayamos visto hasta ahora; era el de Nicaragua, junto al pueblo de Corinto. Se detuvo la nave hacia las siete, a la distancia de unos ochenta metros del puerto, y luego, en medio de los sonidos de una banda, armoniosa, vimos dos barcas embanderadas y dirigidas por militares, venir, antes de las demás, hacia nuestro vapor. Al llegar junto a la nave, un sacerdote y un señor anciano subieron las escaleras con otros acompañantes. Eran representantes del Obispo, enviados a nuestro encuentro; todos hicieron lugar para que llegaran hasta nosotras, que estábamos aparte, bien lejos de pensar que semejantes honores fueran para nosotras.’

La santa es una buena cronista, no hay duda. El cuadro del inesperado y triunfal recibimiento tan nicaragüense, vuelve a repetirse al pasar por León en el tren. El pueblo llena la estación. Les piden que se queden o que dejen allí a siete de las catorce hermanas. Ella les ofrece que lo hará más tarde. Y el tren sigue. A las cinco de la tarde llegan a Granada. Y la santa cronista cuenta: ‘Nos aguardaba la población toda; creo que nadie se había quedado en la casa. El pueblo impidió que llegaran los coches, querían un desfile porque todos nos querían ver. Pero era tanto el gentío

y tan sin orden, que tuve el temor de que nos sofocaran, sobre todo temí por algunas hermanas que no venían bien.' Y agrega con ironía: 'Creí que la demasiada devoción deseaba hacernos mártires.'

'Pero la policía hizo un poco de orden y al fin se organizó la gran procesión hasta la parroquia donde se entonó un *Te Deum*.' Fue el Domingo de Ramos de las misioneras. No sabía Nicaragua que aquella a quien aclamaba estaría un siglo después en los altares.

Las religiosas llegaron y no hubo descanso. Doña Elena ya les tenía lista una gran casa—su propia casona familiar—y según cuenta la Santa Cabrini, 'la buena señora Elena Arellano nos hizo hallar ordenados los dormitorios para las religiosas y una capilla bien aireada. Ella misma preparó los bancos y todo lo demás para la escuela, y nosotras redactamos los programas que fueron examinados y aprobados por el Consejo de los Padres de Familia.'

El colegio se abrió el 3 de diciembre de 1891. 'Toda la ciudad —agrega la fundadora—quisiera concurrir a nuestro colegio y también de las ciudades vecinas desean venir pupilas, mas por el momento sólo podremos aceptar unas cincuenta internas porque, aunque la casa sea grande, no es suficiente en este país tropical donde el calor no se deja desear.'

Así se sembró y así comenzó a florecer en Nicaragua el árbol de ese instituto misionero. Una santa vino en persona a su siembra. La única mujer canonizada que ha pisado esta tierra y que, además, escribió sobre ella. Pero la hermosa historia pronto adquiere caracteres dramáticos y sombríos.

El inevitable viernes de dolor y de incompreensión que sufre toda obra marcada con el signo de Cristo. Ha caído Don Roberto Sacasa, el gobernante que les abrió a las misioneras de Santa Cabrini las puertas del país: sólo han pasado tres años de su llegada cuando un día de tantos...

Pero dejemos la palabra a la santa fundadora: 'Cuando todo parecía marchar con tranquilidad y calma—escribe ella—las her-

manas supieron de ciertos rumores vagos, que por aquí o por allí iban diciendo, se expulsarían de la república a sacerdotes y hermanas, y no dejó alguno de decirle a las hermanas que pensarán seriamente porque el peligro existía de verdad.' Entonces la Madre Directora pensó en ir al Presidente de la República para saber de él mismo, qué valor debía darse a esos rumores.

El Presidente Zelaya la recibió con mucha cortesía y le manifestó que las apreciaba mucho y que estimaba grandemente la obra que dirigían; que era una suerte para la república contar con un colegio como el que tenían; que él sería como un padre para ellas y mil otras expresiones que colmaron por completo a las religiosas. Pero he aquí que un mes después, en agosto de 1894, hacia las once de la mañana, llamaron a las puertas del colegio el Prefecto de la ciudad y el Gobernador. Venían a notificar a las hermanas su expulsión inmediata.

'La Directora—escribe la santa—solicitó ver la orden escrita con la indicación del motivo, pero ellos levantando la voz dijeron que no era ese el momento de pedir papeles, que ellos obedecían las órdenes de sus superiores y que se apresuraran a partir, pues en el lago se hallaba ya listo el vapor que debía transportarlas fuera del país. Dijo entonces la Madre Directora que dos hermanas se hallaban enfermas, obligadas a guardar cama, pero no hubo caso. El colegio fue rodeado con soldados armados. Cuando las alumnas se dieron cuenta de lo que acaecía prorrumpieron en llantos y gritos. Luego, al conocer la triste nueva los padres de familia, corrieron al convento para impedir la expulsión, pero todo fue en vano, pues los soldados tenían órdenes de usar la fuerza con quienes resistieran...'

Santa Cabrini sigue describiendo el cuadro de la triste despedida y del cortejo de las calles hasta el puerto: 'Al llegar la tarde, el cordón militar impidió que la multitud se acercara; hicieron pasar a las hermanas, una a una, contándolas bien. Pocos minutos después llegaron dos sacerdotes rodeados de soldados: eran el párroco y el capellán, también arrojados al

destierro. La Sra. Elena Arellano, que tanto había gastado en esa fundación y que amaba mucho a las hermanas, no pudo soportar dejarlas partir sin acompañarlas; mas como estaba prohibido bajo pena de exilio ir con ellas abordo, eligió voluntariamente el ostracismo; las acompañó y estuvieron en San Juan del Norte, hasta recibir orden de la Madre General, de marchar a otra misión.’

Así terminó aquella dolorosa aventura narrada por la propia santa. Triste, vergonzosa historia, ciertamente, pero no sería elegante de mi parte utilizarla para sacar desde el presente a quienes cometieron esa tropelía en el pasado. No se me ha pedido emitir juicios de historiador, sino reflexionar como cristiano sobre la vida y la obra de una santa. Y es ella misma, Santa Cabrini, quien después de narrar minuciosamente los tristes sucesos, nos hace esta reveladora reflexión: ‘El destierro de nuestras hermanas fue como celestial rocío que cayendo sobre muchas almas trocó su impiedad en fe.’

¿Cómo puede ser esto?—preguntamos nosotros que sólo vemos la historia desde el lado mortal. Y ella contesta y explica: ‘La expulsión de nuestras amadísimas hermanas de la República de Nicaragua causó honda impresión en los ánimos, no solamente de los buenos, que no tenían tranquilidad al verlas injustamente expulsadas, sino de los incrédulos y de los malos.’

Y acto continuo la santa narra la conversión de un rabioso anti-católico nicaragüense que encontró la fe por el solo hecho de presenciar la partida de las misioneras, agregando luego este sorprendente párrafo:

‘Hace ya ocho meses que nos hayamos alejadas de Nicaragua; y sin embargo el instituto vive allí en el alma de todos y lo atestiguan las diversas cartas que con frecuencia recibo, ora de una familia, ora de otra, y muchas veces en nombre del mismo Presidente de la República. Si es del agrado de Dios, con el tiempo volveremos, pero no ahora, sino cuando exista un gobierno que garantice con su constitución a nuestros institutos el poder trabajar con santa libertad para bien de las almas.’

¿Quién puede dudar en la fecha de hoy, en este gran día para su instituto y para el país que ella amó, que aquellas palabras proféticas se han cumplido? La santa veía el revés de la trama de la historia: no el fallo cortado por una poda momentánea, sino el misterioso crecimiento de las raíces con el fondo de las almas.

La extraordinaria mujer que acompañó a las misioneras expulsadas no cejó en su lucha. Elena Arellano volvió a Nicaragua, fue a Roma de nuevo, habló con otro santo, con Don Bosco, lo convenció de que enviara a los salesianos y salesianas a Nicaragua, convenció también a las oblatas del Sagrado Corazón y las puertas cerradas volvieron a abrirse. Volvieron sembradores del Evangelio de muchas órdenes y congregaciones y entre ellas—repasando las huellas de su fundadora—llegaron en 1921 las hermanas misioneras que levantarían el Colegio de La Inmaculada.

Gracias a esas congregaciones y órdenes religiosas, la fisonomía cristiana de Nicaragua se transformó. La providencia de Dios quiso que el florecimiento educacional católico coincidiera con el surgimiento vertiginoso de una nueva y poderosa clase, la clase media, que ha inyectado una energía nueva y ha dado un nuevo talante a nuestro país.

Y así llegamos al momento actual, que es otra vez un momento crucial para el destino católico de nuestro pueblo. La obra educacional cristiana se enfrenta ahora con un nuevo reto. Detrás de la clase media, las clases laborales surgen con fuerza nueva y masiva, y exigen una apertura a nuestros educadores católicos de hoy. El espíritu de Santa Francisca Javier Cabrini—abierto a todos los problemas de su época—no se ha perdido ni disminuido, sino que ha pasado en relevo, vivo y llameante, a su instituto y una vez más puede, ante las señales de los tiempos, encontrar nuevas soluciones.

El espíritu de Elena Arellano y el espíritu de Francisca Javier Cabrini, otra vez deben cruzar sus órbitas en el meridiano de Roma, a la luz conciliar, para la nueva empresa, para la nueva aventura de Cristo en nuestra Patria.

1971



COLECCION CULTURAL
BANCO DE AMERICA
NICARAGUA, C.A.

EL HOMBRE:
UN DIOS EN EXILIO

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

Históricamente, los grandes pensadores han nacido en períodos de crisis y casi todos ellos han sufrido el exilio: de Maquiavelo a Hobbes y Locke a Marx y Djilas. El propio pensamiento marxista, obviamente, formula una crítica legítima a las condiciones de crisis producidas por el capitalismo del s. xix.

En Nicaragua, la tradición más valiosa de pensamiento es de orden poético. ‘Cantar y pensar son los dos troncos vecinos del acto poético’—escribió Heidegger. Nuestra filosofía, en cambio, ha sido de calcos vueltos axiomáticos—como diría Veblen— a fuerza del hábito. No parece raro, pues, el que la más auténtica y decisiva fuente del pensamiento nicaragüense brote de un gran poeta que sufrió el exilio: Pablo Antonio Cuadra.

El título (lapidario) de esta obra: *El hombre: un Dios en exilio*, connota una búsqueda de identidad: el hombre no sabe qué es ser hombre. De esa indefinición se deriva el egoísmo colectivo de todos los órdenes sociales. Para que las relaciones humanas puedan ser redefinidas, para que cese el desmigajamiento que hizo decir a Sartre: ‘el Infierno son los otros,’ debemos decir con Heráclito: ‘me he buscado fuera.’ Ese es el núcleo de la dialéctica de Cuadra: el re-encuentro del yo con el otro. Si para el poeta-filósofo inglés Alexander Pope (1688–1744), todo lo que existe está bien hecho; para Cuadra, todo lo que existe, puede ser mejor.

Eruditos y clásicos medioevales ordenaron por tema compendios de conocimiento; pero la disposición alfabética de una enciclopedia fue invención del s. xvii. Así el *Diccionario Histórico* (1674)

de Moréri, que fue modelo del *Diccionario Histórico y Crítico* (1697) de Bayle—admirado por Jefferson—, el libro más popular de ese siglo en Francia, que a su vez influyó en el *Diccionario Filosófico* (1764) de Voltaire. Según los enciclopedistas, libros tan voluminosos debían ser entretenidos, de ahí sus temas con frecuencia difusos y frívolos.

La presente obra pertenece a esa familia, pero con una forma fusionada, depurada y, por lo mismo, concisa. Su organización goza de una obvia ventaja: la de ganar espacio sin perder la substancia y fundamentación del pensamiento de Cuadra.

Para su conformación he revisado acuciosamente su obra en prosa, principalmente los análisis de sus *Escritos a Máquina* que han aparecido desde 1964. Fue de apreciable utilidad la tesis: *Los Escritos a Máquina de Pablo Antonio Cuadra: guía temática y analítica* (agosto 1964—agosto 1978), (Universidad Centroamericana, 1978), de Vidaluz Meneses.

José Cecilio del Valle (1777-1834), prócer de la Independencia, también compiló una obra en forma de diccionario que nunca publicó por falta de una buena imprenta.

Pedro Xavier Solís

1991

*¿Sentías que ese firmamento
era tu pesado manto
y crecer sobre tus brazos
crecer el infinito
peso de un Dios en exilio?*

PABLO ANTONIO CUADRA—*Libro de Horas*



Amor

LA DIALÉCTICA DEL AMOR

Voy a copiar una nota biográfica: 'El poeta, inclinado cordialmente hacia el dolor y la pobreza, cree—en un comienzo—que el marxismo opta por el necesitado y por el pobre. Pero en muy poco tiempo constata que, en su praxis, el marxismo por lo que opta es por un Estado de inmensa potencia, control y frieza—'el más frío de los monstruos fríos'—, y lo que surge de su piadosa conmiseración por el explotado es un nuevo patrón despiadado que impone un tipo no clasificado de esclavitud en el cual se le niega al trabajador toda la libertad de crítica, de asociación, de cambio, e incluso le prohíbe su más antiguo instrumento de poder y de protesta: la huelga.' Como comenta Bakunin sobre la dictadura del proletariado: 'Para emancipar a las masas populares, antes habrá que sojuzgarlas.'

...Los a-teólogos de la liberación, comienzan su interpretación política liberacionista de la Biblia y del cristianismo con el Éxodo, cuando Israel es librado de la opresión de Egipto; hecho que significativamente Cristo coloca como fundamento de su Eucaristía, de su Nueva Alianza y de su Pascua Redentora. Pero si el Éxodo sólo tiene una significación política, se quedaron cortos sus intérpretes: Egipto no es sólo un país que oprime—un símbolo del Imperialismo—sino la realización de un Poder absoluto contra el hombre. Por tanto, la lección política del Éxodo sería no confiar la liberación a un Estado, ni a un poder faraónico. Dios libra a su pueblo de un Estado opresor cuyo sistema se simboliza en la pirámide: una cúspide que ordena y una base que obedece. El Éxodo saca

al pueblo del dominio dictatorial, del dominio faraónico (que hoy llamamos totalitario), abate la forma piramidal y la sustituye por un poder regulado por los derechos humanos.

Y podemos extraer todavía otras lecciones del Éxodo. Es la liberación de un Poder necrófilo que gira alrededor de la momia: premonición de un materialismo que se detiene en la muerte, negándose la trascendencia. En cambio la Pascua es el sepulcro vacío, lo contrario de la momia: la Resurrección. Y la Resurrección significa el reconocimiento de la suprema dignidad del hombre, portador de valores eternos.

Desgraciadamente estas hermosas metáforas se pierden en una voluntad fanática de entrega al marxismo. Y entonces la política—trastocada en religión—fabrica un ídolo, un concepto: ‘la revolución.’ Y ya no es la revolución para el hombre, sino el hombre para la revolución. Un concepto idolizado en cuyo nombre se piden sacrificios y víctimas humanas.

El viejo mundo ha fundado sus culturas sobre el privilegio del *Logos* (no me refiero al *Logos*-Palabra del cristianismo, sino a esa concepción que identifica la esencia de lo humano con los poderes de la razón). Esos poderes de la razón y sus particulares mecanismos operativos y manipuladores han impedido, hasta casi atrofiarlas, el desarrollo de las potencialidades creadoras y culturales inherentes al *Eros*.

América quiere romper y está rompiendo en su literatura, en su pensamiento más entrañable y en su cultura, con esa vieja y secular tiranía del *Logos*, y quiere aportar la otra gran potencialidad: el Amor (nuestro *Eros* mestizo), ‘sobre cuya realización y florecimiento—dice el venezolano Guillermo Yepes Boscán—es posible pensar la cristalización de la idea de *Ágape* como comunidad no sólo biológica, sino fundamentalmente espiritual.’

América—por impulso cristiano y por aporte indio—quiere en oposición al Estado-*Logos*, reducir el Poder a sus medidas humanas, y desarrollar el *Eros* y transformarlo en *Ágape*, superando la relación social del amo y del esclavo (fracasada e inhumana)

y substituyéndola por una dialéctica amorosa. El choque o lucha de clases—en esa tradición hispanoamericana—no se soluciona por la eliminación de una clase por otra (lo que no es solución, sino genocidio), o por la inversión en que el esclavo pasa a ser amo (lo que tampoco es solución, porque la injusticia prosigue), sino por la dialéctica que genera el amor, el ágape cristiano, o por un mestizaje de clases, por una relación no de odio, sino de amor y solidaridad. Por lo mismo, no es el Estado la solución nueva del Nuevo Mundo, sino el hombre en su virtud cardinal: el Amor.



INDIFERENCIA, AMOR Y CONFLICTO

Hace algunos años leí que eran tres las formas fundamentales de relación de los hombres en sociedad: el amor (cuya dosis mínima es la justicia), el conflicto (que puede degenerar en el odio y en el exterminio), y la indiferencia.

La indiferencia es la forma de relación más común, pero también la más gris, congeladora y desesperante de nuestra civilización moderna: es la que convierte en número a la persona humana, la que mira al otro como un cero a la izquierda. La relación de indiferencia es la tentación típica del burócrata; y cuando un régimen o un sistema se burocratiza, la sociedad que crea se deshumaniza y pierde por enfriamiento lento su capacidad creadora.

Si la indiferencia ve al otro en tercera persona, como 'él,' un ser sin nombre; el amor en cambio ve al otro en primera persona: no lo ve como un objeto, sino como un sujeto. En el amor el 'yo' afirma el 'tú,' y no sólo lo afirma, sino que lo promueve. 'Amar a un ser humano—dice Joseph Gevaert—es querer que coma, que beba, que se vista, que tenga una casa, que adquiera instrucción y cultura, que tenga seguridad social, que desarrolle libremente las dimensiones fundamentales de su existencia.' Para el amor todo ser humano es un ser corpóreo, necesitado, llamado a realizarse

junto con los demás en el mundo. Por eso crea la justicia, que es la medida mínima de amor y de reconocimiento que hay que dar a los demás. Pero esta medida nunca basta. Las estructuras creadas por la justicia no expresan nunca perfectamente el reconocimiento que se le debe al hombre, sino sólo parcialmente. Nunca resultan adecuadas en un mundo que se encuentra en constante transformación. Por eso surge una tensión permanente entre las estructuras existentes y las exigencias concretas de un mejor reconocimiento al hombre por parte del hombre. Siempre es posible mayor justicia. Siempre es necesario más amor. El amor no es estático, sino dinámico, y por eso siempre tiene que estar dispuesto a luchar—con un despierto sentido crítico de perfección—porque exista entre los hombres mayor justicia: ese salario mínimo de la convivencia humana.

La tercera forma de relación intersubjetiva es el conflicto. Toda la historia del hombre es conflicto. Para Hegel el conflicto se produce necesariamente y su expresión-tipo es la relación amo-esclavo, es decir, el 'yo' siempre busca el poder a costa del 'otro'; y el otro —el esclavizado—para sobrevivir tiene que luchar y acabar con el amo. Tampoco para Sartre el conflicto tiene solución. Para el filósofo francés 'el otro' es siempre y en todas partes el que impide mi expansión y mi realización. 'El otro' es siempre el obstáculo para mi libertad. Por tanto el 'nosotros' no se puede dar sino como Infierno. 'El Infierno son los otros'—dice Sartre. Sin embargo, el conflicto no es sólo una forma de relación negativa. El conflicto no es sólo hostilidad malvada e irremediable del 'hombre-lobo-con-el-hombre,' sino el resultado de las limitaciones de la naturaleza humana, que, si se saben superar, sirven como acicate y como medio de progreso humano en la historia. Es decir, lo malo no es el conflicto, porque el conflicto es el reto permanente de nuestra naturaleza finita; sino dejarse encerrar dentro de él, hundirse en él.

¿Cuál es, pues, la salida?

Hace dos mil años, Cristo, que fue crucificado sobre el vértice

más agudo y escandaloso del conflicto humano, abrió la puerta: Dios se hace hombre y muere para que el hombre sea Dios. A Cristo lo matan en nombre de Dios, porque revela un Dios distinto; revelación que a su vez descubre relaciones diferentes, nuevas, revolucionarias, entre los hombres. La revelación no de un dios-amo—que justificaría la esclavitud—, sino de un Dios Padre, que no sólo justifica sino exige que los hombres sean hermanos (y elimina desde su raíz las razas y el racismo, las clases y el clasismo). La revelación de que Dios es Amor, impone una nueva relación entre los hombres, el nuevo mandamiento de Cristo: 'Amaos los unos a los otros.' Si Cristo nos revela facciones nuevas de Dios es para decir inmediatamente: 'Vosotros frente a los hombres debéis ser así.' El centro, por tanto, de la fe anunciada por Él, es precisamente el modo de situarse ante el hombre. 'Lo que hacéis a uno de estos pobres me lo hacéis a Mí' —dice Cristo.

Así pues, la salida del conflicto que Cristo nos abre es el Amor. Y nos pone un acicate: lo que hacemos por el hombre es nuestra medida de salvación.



Autoridad

EL PRINCIPIO DE AUTORIDAD

La autoridad es el timón de la nave y la nave es la comunidad política. El timón sólo se debe obedecer si dirige la nave hacia el bien común.

Los ciudadanos sólo están obligados a obedecer cuando la autoridad se realiza dentro de los límites del orden moral, para procurar el bien común—concebido dinámicamente—según el orden jurídico legítimamente estatuido.

GAUDIUM ET SPES

No existe 'el principio del timón' que erija al timón en potestad divina. El timón no es un ídolo puesto en la popa para que los hombres se arrodillen en la nave y lo adoren. Es un instrumento para guiar a la nave hacia un puerto y por una ruta. Si el timón guía al abismo se desobedece al timón. Si el timón lleva a los hombres—contra su libertad—a lugares de privilegio para unos pocos y de explotación para muchos, se desobedece al timón.

Se reprobaban todas las formas políticas, vigentes en ciertas regiones, que obstaculizan la libertad civil o religiosa, multiplican las víctimas de las pasiones y de los crímenes políticos, y desvían el ejercicio de la autoridad, de la prosecución del bien común, para ponerla al servicio de algún grupo o de los propios gobernantes.

GAUDIUM ET SPES



El principio de autoridad erigido como ley suprema no es cristiano. Es una de las tentaciones del cristiano. No es humano. Es una de las desviaciones de lo humano. Es demoníaco. Es el demonio el que invoca ante Cristo ese principio de autoridad sobre toda ley, rectitud o justicia. 'Si te postras ante mí y me adoras'—dice el Mal. Es la autoridad que pretende la sumisión total por el hecho de ser autoridad.

De ese principio nacen las sociedades arrodilladas. Los pueblos envilecidos. Los hombres castrados.

Por eso, ante la propuesta demoníaca, la posición del cristiano debe imitar la de Cristo, que no se postró, ni adoró. Irguió frente a lo demoníaco la dignidad del Hombre.

Ceniza

LA CRUZ DE LA CENIZA

La cruz de ceniza: (hoy miércoles) voy soportando su enorme peso sobre la frente. Esa ceniza de miles de miles de miles de años —toda la edad del hombre— señalándome para la incorporación mía a ese tremendo (casi diría desesperante) misterio que es la muerte y la vida. Treinta y cinco, cincuenta, sesenta años. La infinita sed de mundo, de vida, de mujer, de belleza, de placer, de éxtasis, de huída, de posesión, de cielo, de tacto... encerrada en esos relampagueantes, pasajeros años... y luego, los años, los siglos, los milenios, cayendo en capas sobre el hombre... ¿hasta cuándo?; ¿cuál es mi relación con 'esto'?; ¿qué soy en la historia, qué soy en el mundo total?

El cristianismo me ha dado la respuesta clara a mi interrogación solitaria personal: al 'qué soy yo' ante la eternidad o en la eternidad, en Dios. Pero aún no la percibo para esa otra, porque el terrible deseo de fama, de gloria, de poder, de aplastante demagogia del 'héroe,' no creo que sea otra cosa que un deseo natural del dios humano encadenado, por sacudir el peso de esta cruz de ceniza. ¡Y qué inútil!



La muchacha recibe sobre la frente la cruz de ceniza. No pesa. Ligero polvo. Sale airosa, matinal. El inmenso peso, el tremendo ligero peso de la muerte (polvo de historia, miles de miles de miles de años: toda la edad del hombre) no declina su frente.

Puede más un minuto de vida que todo el poder de lo destruido. Toda la historia humana—ligero polvo—cabe en el sitio de un beso, en una frente que avanza a la mañana. Vida: maravilla del instante. Pero eres polvo. Polvo. Miércoles de ceniza. Y mañana todo tu asombro, todo tu prodigio, será apenas ligero polvo sobre otra frente. '¡Desvanecido poder del reino cotidiano!'

Ciencia

Al alumbrar el alba del primer día del año, baja de Amerrisque, por los caminos de la sierra, la Muerte. Viene a caballo. Viene arreando una partida de ganado. Sus gritos se oyen en la montaña. To-to-tó. Gritos largos, sabaneros, mientras los gallos cantan y van quebrando albores. La Muerte baja por los caminos. Quien la mira pasar por un lado del sendero ve a la mujer hermosa, con su sombrero de palma, montada a la jineta detrás del ható y todas sus reses son gordas, sanas, de pelo lustroso y bien repastadas. Pero quien la ve pasar del otro lado del sendero, ve una mujer esquelética, engusanada la calavera bajo el sombrero roto y el caballo es cacaste descompuesto y cada res es un hueso y carne podrida que va dejando caer gusanos al paso por el camino. Y dicen que aquél que ve el arreo por el lado hermoso será feliz en el año, pero quien ve el arreo por el lado siniestro morirá en el año, y si es mujer encinta perderá al hijo y si es sembrador perderá sus cosechas. La leyenda parece querernos enseñar no ver el lado malo de las cosas. Sin embargo, ella misma se encarga, misteriosamente, de hacernos ver que todo lo que avanza lleva vida y lleva muerte.

El desarrollo científico y técnico ha ido dando al hombre cada vez mayor poder, no sólo para someter a la Naturaleza, sino para crear objetivos a su arbitrio—en un mundo artificial—objetivos que antes eran utopías, pero que ahora puede conseguir creando los medios necesarios para su realización. Pero el poder conseguido, por grande que sea, no es un valor completo. No se ha desarrollado una ética del uso de ese poder. Constantemente vemos

que los 'adelantos' sirven contra el hombre. Por ejemplo, no hemos terminado con la tortura, sino que hemos usado la ciencia (aun las más notables ciencias, como la psicología) para 'perfeccionar' su monstruosidad. Otro ejemplo: el terror de nuestro tiempo es la guerra atómica, y, sin embargo, el átomo es la más hermosa conquista de nuestro tiempo, etc. Por tanto, el desarrollo científico no es positivo ni negativo para la formación moral, sino que es una esfera distinta que exige, como complemento para el progreso total humano, el desarrollo paralelo del mundo del espíritu y de la moral. En otras palabras, el desarrollo científico arrea un hatillo mitad de vida y mitad de muerte: del hombre depende su signo.

Demonio, Diablo, Infierno

*'La más astuta trampa del Demonio
es persuadirnos de que no existe.'*

CHARLES BAUDELAIRE

Dios al hacerse hombre y al revelarnos por Cristo algo del misterio de su Creación, nos habló de los ángeles. Y algo más: nos hizo conocer que también en ese mundo de los espíritus hubo una prueba (porque no hay felicidad sin amor, no hay amor sin libertad, y no hay libertad sin elección, es decir, sin prueba); y que unos espíritus eligieron el bien y otros se rebelaron. Allí comienza la historia del Demonio.



Cuando Jesús anuncia los terribles sucesos de su pasión y muerte, Pedro intenta disuadirle, y Él, volviéndose airado, le dice: —¡Quítate de delante de mí, Satanás!

Pareciera injusto el desconcertante regaño de Cristo a Pedro, que reaccionaba, al parecer compasiva y humanitariamente, ante el vaticinio de los sufrimientos del Maestro.

Pero es una lección para el 'humanismo,' un aviso para saber que muchas veces un aparente humanismo puede ser el oculto disfraz, o puede servir de disfraz a lo demoníaco. En realidad, el que estaba delante de Jesús era Satanás haciendo decir a Pedro una frase de tentación. A la profecía de Cristo anunciando su crucifixión, Satanás responde preparando la frase de los deicidas: ¡Bájate de la Cruz!

El cristiano debe estar atento a esas artes de ventriloquía del Demonio.



¿Qué es el Infierno? El no al Amor. Por eso toda situación de odio es puerta del Infierno. ('Puerta,' en el lenguaje bíblico, significa también 'Poder'). Pero si creemos, equivocadamente, que somos los dueños de las llaves de esa puerta, antes de condenar al 'otro' repetamos la oración de Teilhard de Chardin: 'Me habéis mandado, Dios mío, creer en el Infierno, pero me habéis prohibido pensar con certeza completa, de ningún hombre, que haya sido condenado...'



El Infierno es solamente la vanidad vista desde el otro lado del tiempo, desde el lado eterno. El Infierno es preferirnos a nosotros mismos a Dios. Condenarme es escoger-me, preferir mi nada. Caigo eternamente en mi nada, desciendo en la nada para siempre sin aniquilarme. 'Yo vi a Satanás como un rayo precipitándose desde los cielos'—dice Cristo. ¿A dónde se precipitaba? ¡Hacia sí mismo!



En el Infierno no hay niños.

Dinero, riqueza

En la Parábola del Sembrador, Cristo llama espinas a la riqueza. Es una inversión total en la tabla de los valores humanos. (Teognis, el discutido elegíaco griego, cantaba lo contrario: ‘¡Oh, Pluto, el más hermoso y deseable de los dioses todos!’—decía. En otro yambo, Teognis agregaba: ‘La lengua del pobre está encadenada.’ Y luego: ‘Busca, oh Cirno, la riqueza para que no te veas sometido’). Pero Cristo advierte: Quien te encadena es, precisamente, la riqueza. Las riquezas ahogan la Palabra.

¿Será cierta esta visión revolucionaria del Reino de la Palabra? ¿El dinero se echa sobre la Palabra y la amarra? ¿No es lo contrario, no la respalda?

Fíjate: la hipoteca, el fiador, las garantías prendarias, toda la escriturística legal de los tratos y contratos, muestra que la palabra es considerada por el dinero como absolutamente delincuente. El dinero engrilla a la Palabra apenas dialoga con ella. ‘Nadie tiene palabra,’ es el presupuesto del dinero. Entre más domina el dinero, menos valor tiene la Palabra. Las riquezas impiden el diálogo, porque a medida que invaden el terreno del hombre, van sofocando, suprimiendo, la confianza del hombre en el hombre. El dinero ataca a la Palabra en su raíz.



El problema que la riqueza crea es un problema de comunicación. Si el hombre ‘comunica’ (es decir, comparte) su riqueza, el diálogo no se interrumpe. Pero Pluto—el Demonio de la Riqueza—es mudo. Incomunica. La miseria no es más que el resultado del silencio, de la incomunicación de la riqueza.

Dolor, sufrimiento

LA HORA DE JOB

Esta semana me llegó un libro de esos de población densa (porque hay libros despoblados que se atraviesan como un desierto, en una aridez sólo premiada al final), un libro antológico que reúne cerca de veinte textos de grandes pensadores—católicos, ateos, humanistas—sobre el Libro de Job, ‘uno de los mejores libros jamás escritos’—como afirmó Carlyle y que forma parte del cuerpo de la Biblia. En Job ‘por primera vez una indagación humana se reviste de palabras’ y esa indagación es sobre el problema del sufrimiento (del sufrimiento del inocente, sobre todo), problema que permanentemente atrae al hombre—con el vértigo de su abismo infranqueable—o lo subleva. Gran parte del ateísmo actual (que ya se le planteó como tentación a Job) es la respuesta a ese problema. Por eso el libro se llama La Hora de Job. Porque nuestro tiempo, que tuvo un comienzo de siglo increíblemente dichoso y confiado en el crecer constante de la felicidad, ha sido precipitado al infierno de las guerras mundiales asesinas, de grandes poderes opresores, de torturas, hambre, terrorismo, angustias económicas, ‘de la amenaza total que configura cierto aspecto de la técnica, de la soledad irremediable de la sociedad de masas y la hora de Job ha sonado para nosotros.’

Podemos ser ateos. Podemos creer, como ciertos antropólogos, que todos los valores son relativos. Podemos afirmar que sólo nos interesan las leyes y procesos de la economía, de la historia, de la política, de la ciencia. Esto no impedirá que el Libro de Job nos informe, y acaso nos transforme de modo radical, al plantearnos un problema fundamental de la existencia humana. Job nos

coloca frente a la suprema interrogación: ¿por qué el hombre, aunque sea justo o bueno o recto, sufre? En otras palabras: no tiene sentido confiar en que podría lograrse un mundo perfecto sólo con que los hombres fuesen fieles a Dios, o al Estado, o a la Ciencia. El sufrimiento nos desbarata—con la misma arbitrariedad que un terremoto—todo paraíso en la tierra.

Si existe Dios, ¿por qué permite que sufra el inocente? Si no existe Dios, ¿por qué tenemos idea de justicia, de bien y de mal, en vez de actuar como la ciega naturaleza que produce indecibles y arbitrarios sufrimientos, crueldades inenarrables con sus terremotos, enfermedades y desastres?

He aquí el problema que nos propone la Biblia en la figura de Job. Pero ¿quién es Job? Un idumeo, un hombre santo que no pertenece ni a la raza ni a la religión de Israel. Un hombre recto y bueno, con familia, con bienes, con salud. De pronto es puesto a prueba. Todo lo que tiene lo pierde—hijos, familia, tierras—y para colmo se llena de úlceras malignas de la cabeza a los pies. Job se transforma en el varón de dolores. Job acepta la prueba con heroica fidelidad a Dios, pero en su pecho se clava la taladrante interrogación: ¿por qué Dios, si es justo, permite que el justo sufra?

Sus amigos que llegan a verle, en vez de consolarlo lanzan contra él esta terrible réplica (tan típica en la maledicencia popular): ‘Esto es castigo de Dios. Tú eres un hipócrita. Dios castiga tus pecados.’ Pero Job se examina y dice: yo no he pecado. Pero una cosa afirmo: que Dios trata mal al inocente como al impío. Y Job interroga a Dios. Job reclama a Dios. Blasfema en su dolor. Exige a Dios que explique por qué lo trata así. Job no sabe que puede existir ‘otra’ vida. Él sufre en ‘esta’ vida y aunque existiera otra vida eso no explica por qué él—justo y amigo de Dios—sufre lo que sufre, mientras el impío, el malo, el criminal, encuentran prosperidad.

Job es un sufriente que no reniega de Dios, pero que no se queda callado y que lo reta: ‘Lláname y yo te responderé; o si no, permite que yo hable, y respóndeme Tú.’ Lo más insoportable para Job es el silencio de Dios. Y tal es el clamor herido, que Dios se le manifiesta. Pero en el extraordinario poema, el formidable desenlace es que

Dios habla, pero no responde a las preguntas de Job, sino que le plantea a su vez—con la divina violencia de una tempestad—otras preguntas. Como observa Chesterton: ‘En vez de demostrarle a Job que ese mundo desconcertante es explicable, Dios insiste en hacerle ver que es un mundo mucho más extraño de lo que Job jamás imaginó. Dios le hace ver a Job la vastedad del cosmos, le sugiere la espléndida e inabarcable dimensión de sus problemas y la pequeñez de la inteligencia humana y de su alcance. Con cierta ironía no le dice a Job que cese de dudar, sino que continúe dudando, que dude un poco más, que dude todos los días de nuevas y dispares cosas en el universo, hasta que, por fin, por una extraña iluminación, pueda empezar a dudar de sí mismo.’

Es cuando el hombre duda de sí mismo, es cuando acepta que existe el misterio, cuando por paradoja comienza a aclararse ese mismo misterio. El gran poeta que escribió el Libro de Job nos hace sentir esto de una manera poéticamente misteriosa. Dios no le aclara a Job su problema en términos lógicos, pero Job que no encontraba consuelo alguno antes de hablar con Dios, después de dialogar con Dios encuentra ese consuelo y es feliz. ¿Qué ha pasado? Al sumergirse en el misterio de Dios ha encontrado ‘algo.’ Dios no le ha contestado, o mejor dicho, Dios siempre sobrepasa; y Job siente la imponente presencia de algo demasiado grandioso para ser enunciado.

En el gran misterio que el patriarca idumeo quería despejar con argumentos humanos, Job no sabía que él mismo, preguntando en su sufrimiento y su dolor, estaba prefigurando proféticamente su propia respuesta: que él, el justo sufriente, el varón de dolores, era la imagen de Cristo, que debía de venir a encarnar la gran respuesta. Es decir, en el misterio del sufrimiento, Job es la pregunta y Cristo es la respuesta. Cuando Jesús, despojado de sus vestidos, cubierto de golpes, sumido en la ignominia, está frente al tribunal de Pilatos, no es a Isaac, ni a Moisés, ni a David, a quien nos recuerda. Jesús trasciende la prefiguración del judaísmo. Pilatos tiene razón al decir: ‘Ecce Homo’—He ahí al hombre—. Cristo es la humanidad misma reducida a la desnudez de su trágica con-

dición. Y es Job su más perfecto anticipo.

Algo ha sucedido en el dominio de Dios cuando es su propio Hijo el que asume—en carne viva—la terrible experiencia de Job; y es su mismo Hijo el que grita, colgado en una cruz, con el grito de Job: ‘Padre mío, ¿por qué me has abandonado?’ El experimento de crear al hombre ha comprometido a Dios hasta el fondo. Ahora sí Dios responde a las preguntas de Job y, sin embargo, el enigma en vez de solucionarse más bien crece. Si Dios es justo, si más que justo, si Dios es Amor y quien ahora asume el sufrimiento del hombre es la inocencia misma—su Hijo mismo—, lo único que cabe es admitir que Dios es un misterio y que el hombre también lo es y que el sufrimiento tiene un misterioso significado.

¿Sólo eso?—No. El misterio no queda cerrado y opresor, sino abierto y esperanzador porque ese Cristo—abriéndonos a todos la puerta de la muerte—resucita. En la resurrección percibimos el revés de la trama del sufrimiento. La resurrección levanta el velo al sufrimiento y nos muestra su valor redentor. El sufrimiento no puede aceptarse, de la misma manera que no puede explicarse. Si el amor es causa de que alguien asuma el sufrimiento, el amor sólo es digno de ser amado y su objetivo final es poner fin al dolor. La resurrección de Cristo es la respuesta suprema al lamento desgarrador de Job y justifica su protesta.

La resurrección no solamente nos garantiza la victoria final sobre el sufrimiento, sino que impele a luchar contra el dolor y el sufrimiento en este mundo por medio del amor. Todo movimiento a favor del hombre—de su liberación, de su salud, de su bienestar, de su defensa y de sus derechos—está promovido por ese hecho fundamental de la Esperanza, que es la Resurrección.



El dolor es el gran purificador del egoísmo.



El dolor nos hace sumamente antiguos.

Exilio, éxodo

*Y llamó a su hijo Gerson, que significa extranjero,
porque Moisés se dijo: soy un extranjero en esta tierra.*

ÉXODO, 2:22

Abraham—padre y maestro bíblico de exiliados—dejó su Patria al llamado de Dios para dirigirse a la Tierra Prometida. Su historia es teológica, pero marca el movimiento fecundante de los exilios; lo que Toynbee llama el ‘retiro-y-retorno’ de las grandes personalidades creadoras y de los grandes pueblos. Se va uno al desierto, a la soledad, al exilio, y, tras una dura y amarga pero fecunda preparación, regresa a la gran obra de la creación personal o nacional. Es el irse al desierto y a la soledad de San Benito, para regresar a la fundación de la enorme obra benedictina, civilizadora de Europa. Es el exilio de Dante, que pierde la ciudadanía de Florencia, pero gana la ciudadanía del mundo con su Divina Comedia. O el exilio de Quetzalcóatl-Kukulkán, que uniéndose a los itzaes, funda el esplendor de Chichen-Itzá y Mayapán del nuevo imperio maya.

Ahondando en la aleccionadora historia de Abraham, leemos en el Génesis cómo sabiendo ya por revelación divina que Canaán sería su Tierra Prometida, pasa por ella cuando todavía no es suya, cuando está ocupada por gente ‘extraña y enemiga.’ En esa vivencia, en ese paso, Abraham es maestro de los que sufren el otro exilio—el exilio interior—viviendo en la propia Patria marginados y como extranjeros.

Hay que leer en el Génesis ese itinerario del buscador de la Tierra Prometida, que acampa en ella pero como peregrino que debe dejarla,

ir a Egipto, volver—ir y volver—y resulta misteriosamente premonitorio, como símbolo del desterrado, su empeño en comprar un sepulcro en esa tierra de la promesa para enterrar a su esposa Sarah que ha muerto. En ese sepulcro, en esos cuantos metros de ‘tierra propia,’ piensa reposar también él a su hora. Sembrar en ‘su’ tierra el cuerpo de su esposa y el suyo, es una prenda—observa Ángel González—de la posesión total futura de la tierra Patria. Su acto es un símbolo de algo muy hondo en el hombre, que repetirán a través de los milenios los exiliados, queriendo enterrarse en sus patrias, ¡anhelo peregrino de sembrar la posesión de la tierra y de su sueño para que fructifique en los hijos!

Nuestras dos culturas indias—las principales forjadoras, junto con el aporte hispano, de nuestra nacionalidad—los chorotegas y los nahuas, son exóticas. A Nicaragua la forman dos exilios, sembrando en ella un valor preferencial indeleble: la Patria es libertad o no es. Los chorotegas huyen de la tiranía de los olmecas y fundan Nicaragua como Patria de su libertad. Los nahuas huyen del hambre y de presiones guerreras y se abren paso—como pueblo armado y aguerrido—para también fundar una Patria con significado de libertad. Dos éxodos que coinciden en darle a la fundación de su tierra prometida un signo de liberación.



Cuando yo también tuve que salir al exilio, me atrajo como poderoso imán el tema del nicaragüense transterrado. Y como daba clases en la Universidad de Texas en Austin, e iba de vez en cuando a Miami, vi el rostro del nicaragüense en el éxodo aquí y allá, rostros fatigados, inteligentes ante el medio extraño y siempre resueltos. Escuché sus historias. No olvido esa antología de rostros. Los hermosos ojos mestizos, de una muchacha quinceañera, que ya sabían moverse ante los ojos del varón con la peligrosa mezcla femenina de timidez y osadía; el perfil aguileño de un viejo campesino que hablaba de Palacagüina enseñando las huellas pálidas de la tortura militar; el gesto de un hombre que

sacaba al aire sus dos bolsillos para indicar su total expolio... Eran nuestros rostros (¡tan nuestros como nuestro territorio!) rostros que tienen siglos de transportar una historia asediada y anhelante: pueblo hablador, extravertido, insumiso, obligado a partir, obligado a la aventura, obligado a dejar los suyos... huyendo de algún tremendo terremoto o de algún insufrible tirano, transportando sus pobres pertenencias, huyendo de aviones genocidas, de volcanes de cóleras gigantes, huyendo de guerras civiles, de huracanes, de maremotos...

Con el corazón en ceniza todavía oigo en mi recuerdo—en el Estadio de Miami, donde los nicas estuvieron encorralados— a una mujer que lavaba su ropa y cantaba ‘La golondrina’:

*Ave querida, amada peregrina,
mi corazón al tuyo estrecharé,
oiré tus cantos, tierna golondrina,
recordaré mi Patria y lloraré!*

Leyendo y conversando con Octavio Paz, vi con más claridad el mapa de los exilios latinoamericanos en Estados Unidos. No todos esos exilios tienen un sello de originalidad. Hablemos del más antiguo e incommovible: México. ‘La mayoría de la población mexicana en Estados Unidos—escribe Paz—es de origen campesino, los más antiguos son los descendientes de los antiguos pobladores del sur de Estados Unidos cuando eran tierras mexicanas; los otros, los más numerosos, han llegado en sucesivas oleadas hasta hoy. México es un país antiguo y lo más antiguo de México son sus campesinos. Han visto surgir y caer culturas durante tres mil años y hoy funden en su fisonomía cultural una fascinante mezcla de catolicismo mexicano y restos de viejos ritos, mitos y cosmovisiones precolombinas, que se suman a un profundo tradicionalismo, tenacidad, paciencia, comunitarismo, cuyo tiempo es lento y ritual en choque con el modo vertiginoso de vida de Estados Unidos. ¿Cuál será el resultado final de ese encuentro tan dispar?’—se pregunta Octavio Paz.

En cambio, comparando ese éxodo con el caso cubano, dice

Paz con mucho acierto que es lo opuesto al mexicano, en el sentido que es una inmigración nueva, en su mayoría de clase media que no ha tenido que dar el salto a la modernidad: ya eran modernos y esta es una de las razones de su rápida y afortunada inserción en la vida norteamericana. Ayuda a eso su inmensa vitalidad, su vivaz inteligencia, su acometividad y su capacidad de trabajo.

Pero hay un tercer exilio que ha marcado su originalidad y la fuerza de su personalidad nacional; y lo que llama la atención a muchos estudiosos es que numéricamente no tiene mayor fuerza, lo que muestra mayor espíritu en su empresa comunitaria. Me refiero a los nicaragüenses, que han conseguido también poner su sello en esta historia de emigrantes.

Al reflexionar sobre la nueva forma de afrontar lo nicaragüense con lo extranjero, al reflexionar sobre esa nueva forma de ser nica en el éxodo, observo, en primer lugar, dos maneras de vivir el ostracismo. Ya hablé de ellas en mi libro *El Nicaragüense*, citando las dos tradiciones sobre Ulises: la de Homero que nos pinta un Ulises que regresa a su hogar, donde Penélope su esposa expulsa lanza en ristre a quienes amenazaban su reino y su casa; la otra tradición es la medioeval que recoge el Dante y que nos cuenta de Ulises que sale del Mediterráneo después de la Guerra de Troya, y sigue en su aventura navegante y viajera hasta que una tempestad lo hunde y mata frente a unas costas desconocidas que luego venimos a saber que eran las de América.

El exiliado nicaragüense responde a uno de estos dos Ulises. O es el hombre que trabaja afanosamente para ahorrar, enviarle a la familia y luego volver a su Itaca, a su nostálgica Nicaragua; o es el otro Ulises el que se siente triunfante en su aventura y echa raíces en la lejanía conquistada y funda en el extranjero su hogar y empresa, con el espíritu aventurero y osado que no le falta a los Hijos de Septiembre. Ese es el arco de la aventura y desventura del éxodo, arco sostenido por los dos Ulises: el que vuelve y el que se lo traga el horizonte.

Pero los dos Ulises sacan de su almarío esa fuerza, que yo llamo empresarial, que se da en el nicaragüense: capacidad de trabajo

y creación, capacidad robinsónica de vencer los obstáculos desconocidos, capacidad empresarial que el sandinismo quiso extirpar en nombre de una ideología, pero que encontró la resistencia de siglos de la vivandera, del microproductor, del hombre que planta su negocito, etcétera. Los dos Ulises son luchadores y al mismo tiempo que vemos, por ejemplo en Miami, levantarse retazos de Nicaragua, lugares que son monumentos al recuerdo patrio, también sabemos del río rumoroso de dólares que mes a mes desemboca en Nicaragua haciendo posible la subsistencia de miles de familias.

Yo les decía en una charla sobre el nicaragüense en Managua que son cuatro las características que había apuntado en mi estadía en Estados Unidos, como manifestaciones del alma nostálgica y del sentimiento nacional del nicaragüense en el extranjero.

Primero, que la manera más espontánea y frecuente de rendir culto al sentimiento nacional, lo expresa el nica en culto culinario. Conseguir los elementos y cocinar o realizar un plato o una bebida criolla es como izar la bandera. Tenemos una de las cocinas más ricas de América y eso nos nutre y conforta en secreto la personalidad del exilio. Un buen nacatamal es la substancia nicaragüense envuelta en hojas: comida de viajero, comida de caminante desde hace milenios.

La segunda característica es signo de civilización. Apenas crece el ghetto nicaragüense, aparece una publicación, lo que es una prueba de que los cachorros sueltos de Darío, en su tierra o en la ajena, expresan su personalidad cultivando la palabra.

La tercera característica le da a su perfil un aire—¡los aires nicaragüenses de diciembre!—de espiritualidad. Apenas tres o cuatro nicas se reúnen en una ciudad, no se acerca el último mes del año sin que celebren la Purísima con la mayor fidelidad a sus tradiciones.

Así somos: nos unimos, nos reunimos, tenemos la tendencia de los pueblos exóticos a formar ghettos (a veces eso nos trae la malquerencia de los extranjeros) la tendencia a encerrarnos, lo que no significa que seamos un ejemplo de fraternidad social, porque (y esta es la cuarta característica) no nos hallamos sin juntarnos, pero juntos, no nos hallamos sin pelearnos.

Familia

Cuando se ignoran los valores familiares, se socavan los cimientos de la sociedad. La familia es el laboratorio humano en el que se forman los individuos. El bienestar de toda una nación depende de la moral que logramos enseñar a nuestros hijos.

JUAN PABLO II

DE LA FAMILIA INDIA A LA FAMILIA ACTUAL

Estudiemos un poco la formación y las características históricas de la familia nicaragüense.

Consideremos, primero, sus raíces indias. Antes de su cristianización, la familia india estuvo influida por dos culturas predominantes que se parecían mucho en su constitución familiar, aunque con algunas notables diferencias. En ambas culturas regía el matrimonio monógamo, aunque los nobles o ricos y los caciques podían tener varias mujeres. Sin embargo, aun en este caso, sólo una era la legítima esposa. En ambas culturas tenían leyes contra el incesto, aunque le daban preferencia—sobre todo los nahuas—al casamiento entre parientes. El adulterio daba derecho a que el adúltero fuera apaleado por el marido ofendido y la mujer era devuelta a sus padres. El marido no sentía ninguna vergüenza, pero los padres de la mujer repudiada sí se sentían desgraciados y la mujer ya no podía volverse a casar.

Los de la cultura náhuatl, es decir, los nicaraguas, no le daban gran valor a la virginidad; pero los padres, al concertar el matrimonio debían confesar si la hija era virgen o no, y si mentían el marido podía devolver a la esposa.

Los de cultura mangué o chorotega, parecían conservar resabios de una anterior cultura matriarcal. Oviedo compara las dos culturas y dice que los chorotegas que eran más demócratas y cívicos, estaban más sujetos a sus mujeres y eran más serviciales; en cambio los nicaraguas—que eran militaristas—eran ‘con mucho los amos de sus mujeres y las tienen sujetas.’ Los nicaraguas eran machistas.

Entre los chorotegas los maridos proveían la casa (como agricultores o como cazadores o pescadores), pero antes de salir al trabajo la dejaban barrida y el fuego encendido. Las mujeres de los nahuas o nicaraguas, en cambio, eran comerciantes, vivanderas; y en los mercados estaban prohibidos de entrar los hombres.

Entre los chorotegas había una fiesta religiosa anual de licencia sexual.

Todas estas costumbres enraizaron muy hondo en la población india, y la vida familiar todavía manifiesta brotes de aquella concepción primitiva sobre el sexo, el matrimonio y las relaciones conyugales.

Ahora consideremos la siguiente etapa. Esa familia india unida en algunos aspectos, desunida en otros, sufre un terrible sismo. Es el choque de la Conquista española, y tras la Conquista el fenómeno de cruces y desgarramiento que llaman mestizaje.

El español tenía como ideal el matrimonio monógamo de la España cristiana peninsular; pero la realidad y sus circunstancias produjeron algo distinto. El español no vino a América en familia. Sobre todo al principio vino el hombre solo. La mujer llegó después y en cantidades mucho menores. Por lo tanto, el hogar indio sufrió el impacto de un asedio nuevo: gran cantidad de indias pasaron a ser mujeres de españoles, mujeres esclavas en ciertos casos, concubinas o amantes en la mayoría, y, en mucha menor cantidad, esposas.

Así surgió el mestizaje que, traducido al orden familiar, significó la institución de la bastardía y un tipo de familia inestable, lleno de problemas psicológicos y sociales, que no ha cesado de influir en el



proceso político y social de Nicaragua en forma negativa.

La bastardía en todas partes se ha producido, pero en nuestra América fue una corriente insocial poderosa y acentuada que golpeó mucho la institución familiar en todas las clases, mayormente en las populares, creando entre otros efectos una irresponsabilidad muy generalizada en el varón, aventurero y machista, sembrador de hijos pero desobligado como padre, de tal suerte que han sido las madres en un porcentaje altísimo las que han cargado solas el pesado techo del hogar nicaragüense.

Gran madre la nicaragüense, que ha soportado por siglos la carga más pesada de la economía familiar, matándose por sacar adelante a su prole y por levantar su nivel cultural y social. Se cuentan por miles nuestros profesionales, nuestros artesanos y obreros especializados, cuyo éxito profesional o técnico tiene como base el sacrificio anónimo y heroico de una madre abnegada.

Pues bien esa familia insegura y en lucha de siglos por alcanzar estabilidad, tuvo que afrontar después, en el s.xx, la crisis mundial producida por el crecimiento y la absorción urbanística, la industrialización y los otros cambios sociales que en una medida mayor o menor afectaron a Nicaragua.

Nuestra vieja familia—aunque socavada por la bastardía y aun con todos sus defectos—estaba organizada antaño con una cohesión mayor entre la parentela. Ser pariente, aun en grados lejanos, tenía una significación mucho mayor antes que ahora. Las familias antaño, aun las más pobres, estaban más vinculadas y se protegían eficazmente, de una manera u otra, en las crisis de fortuna, de salud y otras adversidades. Eran familias predominantemente de índole rural, extensas pero conservando una unión viva. Eran familias parentales y esto—dentro de una profunda vivencia cristiana—les permitía ayudarse mutuamente.

Pero con el crecimiento urbano, las aglomeraciones en los barrios marginados de los pobres y las pequeñas casas o apartamentos de la clase media y profesional, la migración del campo a la ciudad y las nuevas formas de trabajo, han transformado y siguen trans-

formando esas viejas estructuras familiares.

La familia es ahora nuclear (ya casi no es parental): se ha reducido al núcleo padres-hijos, y cada día es más difícil (a pesar de que el nicaragüense es muy familiar, hospedador y acogedor) aquella protección familiar de antes. Ha habido y está habiendo una transformación; pero, como dice un autor, transformación no significa disolución ni destrucción. Al contrario, la familia se ha compactado alrededor de su núcleo. Ahora la familia es menos grande, pero tal vez más sólida. Al compactarse parece que ha descubierto valores de los que no se tenía conciencia o no se apreciaban tanto. De hecho, la familia está produciendo ahora movimientos de autodefensa y de afirmación que antes nunca se dieron.

Pero ¿qué influencia tiene la familia fuera de ella? ¿Afecta o es afectada por las transformaciones y cambios sociales?

Creo que la repercusión de lo familiar en la conformación de un pueblo tiene alcances psicológicos, sociales y políticos, incalculables. Schoonemberg, el teólogo alemán, analizando el aspecto del pecado dice algo que nos puede abrir una primera puerta sobre el tema: 'El niño desde que nace (y según piensan algunos fisiólogos, incluso antes de nacer, a través de las alteraciones que las angustias de la vida provocan en el organismo materno) recibe inconscientemente y conscientemente el impacto de la cultura humana, tanto en lo que tiene de positivo como en lo que tiene de negativo. Así por ejemplo, la falta de afecto paterno tal vez engendre en el niño una agresividad que aumente con los años; la experiencia de la pobreza y de la humillación, acaso le inculque una ambición desmesurada; una madre posesiva (quizás para compensar sus propias frustraciones) puede provocarle anomalías sexuales; etc.'

Mientras el mestizaje no se asienta, mientras no se llega a estabilizar la célula familiar, se siguen produciendo desequilibrios y anormalidades que influyen en la vida socio-política. Es típico, en estos casos, el hijo que, por falta de paternidad, extrema en un gra-



do morbosos la veneración por la madre, de tal modo que traduce esa veneración en una incontenible rebeldía contra todo lo racional, lo reglamentado y lo que significa autoridad, porque su constitución es excesivamente emocional y sentimental. Es el tipo que enfrenta la Madre-Sociedad al Padre-Estado, y que, en el orden social, le gusta hundirse en la masa porque no se sabe definir.

Pero es también típico el hijo que venera excesivamente al padre (y muchas veces llegan a esta veneración morbosa porque no lo tienen) y su tendencia psicosocial—al contrario del tipo anterior—es a admirar al ‘hombre fuerte,’ al dictador. Todo lo sentimental lo rechaza con vehemencia. Quieren identificarse con la imagen que se han formado del padre—el personaje fuerte, osado o arbitrario—y veneran únicamente lo heroico y lo prepotente. Son tipos solitarios, jerárquicos (con frecuencia militaristas), no fraternales ni comunitarios.

Esas tendencias de conductas extremistas y desequilibradas están en la raíz de las dualidades y contradicciones más frecuentes del hispanoamericano.

Analizando esas oscuras motivaciones, el poeta y pensador mexicano Octavio Paz, reflexiona sobre el grito de batalla tradicional de México: ‘¡Viva México, hijos de la chingada!’ y se pregunta qué significa y cuál es la identidad de la chingada. Paz se contesta que con esa tremenda palabra se designa a la madre, o más exactamente, que es un arquetipo de la figura materna. Es la madre violada y como tal representa—dice Paz—a la india de la Conquista, la Doña Malinche, la amante de Hernán Cortés. De allí deduce que para el mexicano, como para el gaucho que analiza Martínez Estrada, hay en el origen una relación ilegítima, que excluye al padre y la herencia. Hay un sentimiento de orfandad porque, en ese sentido, la chingada es la ‘madre de los huérfanos.’

A la sombra del análisis de Octavio Paz, pudiéramos nosotros los nicaragüenses preguntarnos también si el ‘hijueputazo,’ tan corriente y tan soez en nuestro lenguaje, tan contradictorio con

nuestra veneración a la madre y con nuestra apertura campechana para con los otros, no es la manifestación—a través del lenguaje—de un oscuro complejo de culpa o de frustración en nuestros orígenes, es decir, en el hogar.

Sea esta u otra su interpretación, lo que importa es señalar la repercusión de lo familiar y sus reflejos en círculos concéntricos a través de todas las relaciones y actitudes del hombre en su sociedad. No se puede, por tanto, proyectar un verdadero cambio de estructuras, si a la piedra angular de ellas, que es la familia, no se le inyecta solidez y estabilidad.



Cuando Dios creó al hombre, dice la Biblia, a su 'imagen y semejanza lo creó.' Generalmente los teólogos explican esta imagen y esta semejanza en la persona humana porque 'la personalidad es el privilegio característico del espíritu frente a la naturaleza ciega.' Lo que llamamos 'alma,' lo que nos define como hombres—esa sustancia incomunicable que hace de cada hombre un individuo con un destino propio e intransferible, pero que al mismo tiempo no puede realizarse sino en relación con los demás—, es el reflejo, es el parecido, es la semejanza con Dios.

En verdad, la persona es la realidad trascendente, la realidad metafísica por excelencia. 'Es sagrada, la única realidad sagrada con que nos encontramos en el mundo.' Nos parecemos a Dios en cuanto somos personas, por esencia libres, con una vida simultáneamente íntima y relacionada con los demás; personas con un destino eterno que nos lo jugamos solos en cuanto a nuestra responsabilidad, pero que no podemos realizarlo—ni realizarnos—sino en relación con los otros y en la medida que nos abramos al prójimo porque el Dios que reflejamos es amor.

Sin embargo, no todos los teólogos han advertido que la frase de la Biblia de la imagen y semejanza no se agota en la persona o personalidad del hombre, sino que encuentra un reflejo más

ancho y completo en esa primera célula de la creación y de la relación del 'yo' y el 'tú' que es la familia. Dios es uno y trino. Dios, dijimos, es amor; pero ese amor no es solitario, sino la misteriosa operación de tres personas. En el Génesis, cuando Dios va a crear al hombre, habla en plural: 'Hagamos al hombre'; y ese incendio infinito de la vida trinitaria proyecta su imagen, más ampliamente, más profundamente, al crear junto al hombre a la mujer y con ella la relación Padre-Madre-Hijo, es decir, al crear la familia como primera órbita del amor humano, espejo en el tiempo del Amor Eterno.

En el Génesis, después de crear al hombre, Dios dice una frase que la desprende de su más honda intimidad trinitaria: 'No es bueno que el hombre esté solo.' Esta expresión poemática es el comienzo de la imagen de Dios, de la semejanza de Dios en la familia. La frase quiere decir: esta creatura, creada por el Dios Amor, no puede ser un número, una unidad estéril, un 'yo' cerrado e infecundo. Voy a darle una chispa de mi fecundidad porque yo no soy un Dios solitario. Y entonces Dios abrió el yo humano a todas las posibilidades de la comunidad; y esa primera y fundamental apertura fue la creación de la mujer.

La mujer no sólo aporta a ese 'yo' el 'tú'; no sólo aporta su compañía; no sólo aporta una victoria momentánea contra la soledad; sino que su dote es el futuro. La mujer le entrega al hombre el título de vice-creador. Y se lo entrega no solamente porque por ella y a través de ella ya es posible el hijo; sino porque por ella el hombre descubre otro mundo, otro modo de mirar al mundo, que es mirarlo y rehacerlo con la solidaridad del amor.

La mujer no sólo significa la reproducción natural, la hembra; sino como dice la Biblia: 'Y Adán la llamó Eva que significa Varona.' ¿Qué nos quiere decir el Génesis con este nombre? En otro párrafo el mismo Génesis nos aclara: 'El hombre fue creado como varón y mujer.' Y cuando Adán la nombra 'Varona,' Adán lo que está haciendo es nombrándose a sí mismo en su nueva dimensión. Adán se ve en su espejo. Se ve en la mujer. Él ya no es sencillamen-

te Adán. Él es 'Is,' en hebreo, que significa 'él'; y Eva es 'Isa,' que significa 'ella.' Adán le da su propio nombre en femenino, 'ella.' La persona que lo completa y algo más: la persona que le abre las puertas del 'yo' en el tiempo y en el espacio. Eva es el prójimo y es el futuro. Eva aporta, en la semejanza trinitaria, el reflejo, la imagen del Espíritu Santo.

Sheeben—en su extraordinario tratado sobre Los misterios del cristianismo—dice que en Dios, es decir en la Trinidad, el Hijo es la Segunda Persona y su origen es el Padre. En la familia humana el hijo es la tercera persona. ¿Por qué? Porque en todo lo creado hay una dualidad, una hendidura entre acto y potencia, y en la naturaleza humana la generación es el resultado de los dos sexos, de las dos partes de la raza humana. En Dios, por el contrario, no hay hendidura entre acto y potencia, porque su naturaleza es pura y perfecta y la generación es obra directa y exclusiva de la Primera Persona. Sin embargo, aunque los papeles de las personas singulares estén distribuidos en otro orden, el cambio que vemos en la imagen se funda exclusivamente en la naturaleza de la cosa, es decir, en la diferencia que existe entre la naturaleza divina y la humana. Hay una distancia infinita, pero la familia no por eso deja de proyectar la imagen del Dios Trino. Y dentro de esa proyección, como anteriormente decía, la mujer es el reflejo del Espíritu Santo.

En Dios la Tercera Persona aparece como intermediaria entre el Padre y el Hijo. De manera análoga, aunque en la imperfección de la creatura, la mujer—sobre todo la madre—es la intermediaria y el vínculo de amor entre padre e hijo. La mujer, la madre, asume la delicadeza de ese vínculo en su persona misma. Por eso la mujer es como el puente entre el presente y el futuro; ella lleva en sí la esperanza, la lleva en su seno; simboliza la fecundidad, la irradia; y por esa gracia de su imagen, por esa gracia de su condición en las relaciones del amor, los poetas han dicho que la mujer inspira. Inspirar es una operación propia del Espíritu. Para comprender el alcance del verbo 'inspirar' tendríamos que recorrer toda la poesía del mundo, y la música, y la danza, y el arte de todos los

siglos, y preguntarnos si el papel inspirador de la mujer es sólo el resultado del juego animal de los sexos o si hay algo que salta sobre eso, que sublima esa relación y nos descubre un hálito, una muestra imponderable del Espíritu de Dios reflejado en el espejo de la mujer.

Vemos, pues, cómo la intimidad de Dios proyecta su imagen en la familia. Todas las relaciones de comunidad y de comunicación se originan en esa célula inicial. En el ámbito íntimo y dialogante de la familia da comienzo el lenguaje, nace la palabra que permite al hombre moverse en este mundo y realizar el significado de su propia existencia. Es en la familia donde el niño recibe ese don que lo complementa y lo incorpora como hombre a la humanidad. Sólo el ser humano habla. Dentro de la potencia de Dios, la palabra es el Verbo, es el Hijo que revela en persona la intimidad del Padre. En la impotencia de la creatura, la semejanza, sin embargo, hace que la palabra tenga ese tremendo poder de definir al hombre, de revelar su intimidad y de vincularla con las otras intimidades por el diálogo. El animal no tiene intimidad porque no tiene palabra. El hombre puede visitar el corazón del hombre por el lenguaje. Y ese poder de la palabra que es el hilo primero y original en que se teje toda sociedad, nace en la familia, en el triángulo Padre-Madre-Hijo, que es otra vez reflejo de la vida trinitaria.

No sé si hemos pensado en la importancia vital del nacimiento del lenguaje en la familia. Es a través de las palabras que el mundo adquiere para el niño un sentido y la vida valores que la hacen vivible. Un autor dice que 'es la lengua la que hace caminar espiritualmente al niño.' Pero no se trata solamente del enorme caudal de conocimientos que significa enseñarle al niño el lenguaje, y, a través del lenguaje, todo lo que han ido acumulando larguísimas generaciones de conocimiento y comprensión práctica del mundo. ¡Ya sólo eso es inmenso! Pero no es todo, ni es lo esencial. La familia, en el ejercicio del amor, hace posible que ese lenguaje se empape de esencias y calidades que lo harán capaz de transmitir amistad, percibir o expresar poesía y belleza, encender

la esperanza, buscar la comprensión, respetar la dignidad de los demás como una forma de dignificarse a uno mismo, etc.

Quiero decir que el lenguaje, si tiene hogar en su fuente, si se nutre del amor y del calor familiar, será un lenguaje comunicante de humanismo. En cambio, si el hogar es el íntimo campo de batalla de las desavenencias y de las injurias, el lenguaje brotará contaminado de desesperanzas, frustraciones y venenos, y será luego lenguaje de odio, lenguaje homicida, lenguaje con filo de cuchillo del hombre contra el hombre.

Los que se ríen de la familia, los que imitando frases insensatas la llaman 'institución burguesa,' deberían bajarse de sus pobres utopías y poner el oído sobre la realidad inefable del balbuceo de un niño. Las primeras sílabas del niño al nombrar a sus padres levantan las columnas de su primer templo al amor. Son tristes las consecuencias cuando derribamos esas columnas.

No. ¡La familia no es una institución burguesa! (Digámoslo entre paréntesis: la burguesía ni siquiera ha sido un modelo de comportamiento familiar. Muchos de los grandes males que hoy nos azotan son el fruto de una deshumanización que la burguesía llevó hasta la raíz de sus hogares). La familia está más allá, histórica y existencialmente, está más allá incluso fisiológica y biológicamente, que esos conceptos y nomenclaturas superficiales del lenguaje político-social: ese lenguaje de palabras vacías que usamos para construir puentes ficticios que permitan eludir las realidades. La realidad fundamental de la familia no se puede saltar con frases deleznales. La familia es la primera célula del 'nosotros' humano. Toda la sociedad depende de ese primer 'nosotros' y del amor que se le inyecte a esa unidad plural. ¡Cuántas dictaduras, cuántas guerras, cuántas atrocidades contra el hombre, contra sus libertades y derechos han nacido de una deformación resentida o carente de amor de ese 'nosotros' inicial, donde aprendemos la relación del 'yo' con el 'tú,' del 'yo' con el prójimo, y su cerrazón o su apertura!

Los ejemplos siniestros que nos muestra la historia de sociedades



hormigueros o de sociedades militaristas, como el sistema espartano, se basan en un gran menosprecio de la naturaleza humana que por supuesto comienza por la liquidación de la familia como relación de amor, convirtiéndola no en el primer templo, sino en el primer cuartel, militarizando la infancia. Todo niño espartano, a menos de ser 'liberado' como débil y condenado a morir por 'exposición,' se hallaba sometido—fuera varón o hembra— a la educación militar. Unos y otros competían desnudos, porque también el sexo pierde su importancia en el hombre hormiga, en el ilota. Y la producción misma de niños espartanos estaba fiscalizada por una orientación eugenésica radical, de tal modo que se incitaba al marido de físico débil a procurarse un varón mejor que él para engendrar a los niños de su familia. Pero esa conformación esclava de la célula familiar, produjo una civilización detenida, frustrada y de abandono cultural. Una mancha en la historia de Grecia.

Sin embargo, semejante aberración sigue tentando a la humanidad, sigue tentando al Poder en sus ansias ilimitadas de dominio. No sólo Adolfo Hitler ha imitado a Esparta; son muchos en este s. xx los que cultivan en sus ideales político-sociales dosis venenosas de espartanismo! Tanto es así que en la novela contemporánea —y lo mismo en el cine— la imaginación de los escritores, tomando pie en las realidades políticas ya existentes (en un Hitler o en un Stalin) y en las tendencias tenebrosas que apuntan en tantos partidos y mentalidades, han imaginado el mundo futuro inmediato con esa inhumana fisonomía espartana auxiliada por la ciencia. Y la base de esa sociedad monstruosa—como la que pintó Huxley en su célebre novela *Un mundo feliz*—es precisamente la destrucción de la familia.

El orgullo o la pasión de dominio ha hecho creer a ciertos hombres que se puede cambiar la naturaleza humana sustituyendo a la familia por un Estado. Y es claro que un Estado puede sustituir, por la fuerza, a la familia. Y es claro que un hombre con poder o un grupo de hombres con armas pueden arrogarse la potestad de Dios.

Pero no son claras las consecuencias: lo que gana el Estado lo pierde el hombre; lo que gana la disciplina lo pierde la creatividad y el júbilo de vivir. Al hombre se le ofrece seguridad a cambio de libertad, pero pronto la seguridad se convierte en radical obediencia. El hombre-hormiga tiene que ser feliz aun cuando su destino sea trabajar sin cesar por una situación paradisíaca que nunca llega, o ir a morir por ella—a ojos cerrados—donde lo manden. Y el sumisamente feliz ilota irá sustituyendo el amor por una relación seca, insípida y burocrática, que llena su vacío con el temor. ¡El temor: ese es el gran dios de los nuevos paraísos!

Es terrible que las corrientes del mundo estén contaminadas por este sombrío ideal de un modo gris, uniformado y masivo. Pero no seamos maniqueos. No creamos que solamente el mundo comunista—donde la deshumanización es más vistosa bajo la rígida organización de sus Súper-Estados—es reo de esta aberración. También el otro mundo que se dice libre, con su deificación de la ciencia, con su mecanización de la vida y su loca cadena sin fin de producción-consumo, está también destruyendo la libertad y el amor en una desesperante carrera hacia lo gris, lo uniformado y lo masivo.

Entendamos esta verdad con espíritu creador. No se trata de atrincherar ánimos timoratos detrás de los muros de la casa y que afuera caiga el diluvio. En los tiempos difíciles surge esa tentación de enquistarse, de refugiarse en un islote de egoísmo tridimensional: mi mujer, mi hijo y yo. Salvo 'lo mío'; y que naufrague el 'nosotros.' Ya refleja ese sentimiento mezquino el refrán que dice: 'La caridad entra por casa.' Pero no es así. La caridad sale de casa. La familia-piedra-angular, no es una cueva, sino un templo. Es la imagen y el reflejo del Dios Amor, Trino y Uno, y el primer movimiento para restablecer su fuerza dinámica y expansiva de verdadero humanismo cristiano, es limpiar el espejo para que la imagen del amor trinitario sea cada vez más perfecta en la relación padre-madre-hijo y para que tal intimidad irradie hacia fuera, salga de casa con ímpetu misionero.



En el mensaje de la Señora en Cuapa, en su voz de Madre, escuchamos una frase de inmensa fecundidad evangélica: ‘no quiero templos materiales, quiero templos vivos.’ ¡Que Nicaragua encienda, como un cielo estrellado, esos pequeños templos vivos, familias de todos los rincones de Nicaragua, familias iluminadas e iluminantes que reciben y devuelven la luz del gran foco divino!... ¿qué tinieblas pueden vencer la humilde pero poderosa constelación del Amor?

En otros tiempos los padres han podido delegar en maestros, colegios y escuelas, la educación cristiana de los hijos. En la coyuntura crítica y decisiva de hoy, el Templo del Amor tiene que ser también Templo de la Palabra. La responsabilidad de la transmisión del Evangelio, la transmisión del lenguaje cristiano la tiene hoy en forma irrenunciable e irremplazable, la familia. Toda familia tiene que engendrar dos veces al hijo: por el amor y por la palabra; por la carne y por el espíritu.

Y dijo Cristo a Nicodemo: ‘En verdad te digo: A menos que uno nazca del agua y el Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios. De la carne nace la carne, del Espíritu nace espíritu. No te extrañe que te haya dicho: Tienes que nacer de nuevo. El viento sopla donde quiere, oyes el ruido pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Eso pasa con todo el que ha nacido del Espíritu.’

¿Quién puede detener el Arca de la Familia—el arca que lleva de una generación a otra el ‘nosotros’ cristiano—cuando sopla ese viento, cuyo ruido se escucha ya en toda Nicaragua, viento de Fe, aliento de Amor, sopro venturoso de la Esperanza...?

Fe

La fe quema las dudas, pero con ellas alimenta su luz.



La situación de un cristiano ante un no cristiano,
es la situación de un mendigo que dice a otro mendigo
dónde encontrar de comer.



La duda nos hace ver—angustiados—cómo se angosta
el hilo del cual estamos suspendidos sobre el abismo.



¡No conozco tu paz, Señor! (yo soy culpable de ello: eso lo sé).
Pero es que ahora sospecho que la satisfacción ha quedado atrás.
El satisfecho sólo puede ser el inconsciente. Apenas comienza
esta voluntad de amor a crecer, comienza la insatisfacción. Y casi
es imposible hablar de esperanza sin desesperación. ¡La misma fe
casi no es más que un llanto por lo que nos falta de fe!
Ser cristiano es morir de sed.

Gestos

LA CEREMONIA DEL TÉ

Hace pocos días tuve la suerte de ser invitado a una ceremonia que, en cierta manera, me permitía conocer una de las aulas donde se forja y cultiva la sonriente cortesía japonesa. Es la misteriosa ceremonia del té, llamada *Chanoyu*, pasatiempo estético que llegó al Japón de China—la sutil maestra del Lejano Oriente—, perfeccionado luego y convertido en un culto del gesto, del ritmo y de la cortesía del servir bajo la influencia del budismo zen.

El *Chanoyu* no es teatro, sino la forma social de una vivencia, o mejor dicho, convivencia doméstica, amistosa, de poética cortesía, de naturalidad que se vincula con la naturaleza, porque los gestos de la ceremonia se combinan con los adornos florales, con el paisaje breve del jardín, con la tarde.

La ceremonia está llena de silencios, crea desde su inicio una atmósfera de paz, y la sencilla cosa que es beber té se llena de símbolos, de gestos exquisitos, de liturgia, que afinan el alma para percibir el espesor y el valor de belleza de cualquier acto del hombre en el tiempo.

Con el sobrio *kimono*, en cucillitas que es el sentado respetuoso para el diálogo, veo a la dueña inclinarse, mover el brazo en danza lenta, tomar la servilleta, limpiar en tres movimientos la *chawan* o taza, mostrarla al ojo prudente y atento de la amiga. Con tales gestos rítmicos, la dueña no sólo limpia la taza, sino realiza un sacramental que muestra que la cortesía comienza por ese acto de limpieza que es la diafanidad.

En ofrecer un té a una visita, como antaño en nuestra América

se le ofrecía una taza o una jícara de chocolate, es un acto social que exige—no hay duda—unas ciertas formas y maneras corteses de realizarlo; pero mientras nosotros repetimos esas formas de manera rutinaria y vacía, pretexto de la charla o del chisme, el oriental la dota de un ritmo, se solaza en la propia música o medida de cada gesto, ritualiza el acto social. ~

Nosotros solamente en la esfera de lo religioso somos capaces —y no siempre o no todos—de captar el valor poético de los gestos. La misa es una cena que se oficia como un poema. En cambio, la ceremonia del té es un corriente *five o'clock tea* que se oficia como una misa.

La prisa de Occidente ha desnudado, ha descarnado los gestos del hombre. A veces en un gesto fugaz y dramático el Occidente expresa, sin saberlo, un antiquísimo poema mímico. Como, por ejemplo, el prisionero, el vencido o el amenazado por alguien más fuerte, cuando levanta los brazos con las palmas de las manos vueltas hacia delante en un gesto milenario que significa rendición. Es el signo del hombre que muestra su vaciedad, el grito mudo de la indefensión expresado en un gesto. Con el mismo gesto milenario ora el bizantino y el cartujo—¡manos arriba! ante Dios—y el mismo gesto hace el sacerdote en el canon de la misa.

En la ceremonia del té, cada gesto tiene un misterioso mensaje porque, en verdad, todo gesto es palabra, todo gesto es poema. Asistiendo al rito japonés del té, cobran todo su sentido las páginas de nuestros cronistas cuando refieren las ceremonias del beber o del fumar en nuestras antiguas culturas indígenas: aquel pasar del huacal —que cuenta Oviedo—de mano en mano. Y cada uno toma dos o tres sorbos, y luego el chupetazo del puro o cigarro, y todo con ritmo 'tañendo entre ellos con las palmas en atabal e cantando otros.'

Y cobra sentido también aquella liturgia del chocolate que también invadió a España (liturgia todavía viva en el s.xix) con las tazas o las jícaras labradas, las servilletas como manípulos, los braseros de plata, el 'pan de rosa' en agua y los ofrecimientos y cortesías que leemos en los sorprendidos viajeros.



A los cristianos nos queda todavía—en el naufragio de deshumanización y despoetización del mundo actual—una escuela y vivencia de cortesía profunda que es la Liturgia. Nos queda todavía la ceremonia del Pan. Allí podemos aprender a devolverle al gesto su profundo lenguaje, su elegancia, su cortesía espiritual. Aprender a llenar de sentido el saludo ‘la Paz sea contigo.’ Escuela zen, diría un oriental. Humanización de las vertientes del hombre. Gestos.

Los gestos de los hombres elevan o degradan a los hombres. La vulgaridad donde primero aflora es en los gestos. Ya el Eclesiastés, con su inspirada sicología, dice: ‘El modo de vestir, la risa de los dientes y el caminar del hombre, revelan su interior.’ Al descarnar los gestos no sabemos que estamos desatando la violencia. El primer paso hacia el terrorismo es la falta de cortesía.

Educación del gesto no es, pues, una empresa superflua; es obra interior: educa el alma.

Historia

Decía Schaller que ‘la capacidad del gorila para impartir información a un vecino se limita totalmente a la situación del momento’; no puede de ninguna manera comunicar nada que sucediera ayer. Posiblemente el gorila se quedó siempre igual a sí mismo, posiblemente el mono se quedó mono, precisamente por esta limitación. Al no poder transmitir el pasado, no pudo—nunca pudo—acumular esa experiencia comunicable que se llama cultura; y así, sin poder basarse en el ayer, nunca tuvo mañana. Se estacionó en el presente permanente de la infinita soledad cultural del animal. ¿No ha pensado nadie, mirando los inteligentes ojos de su perro, qué terrible limitación empareda esos ojos donde no hay pasado? Todo diálogo de miradas termina en lo inmediato.



DIÁLOGO E HISTORIA

Es terrible para un pueblo que sólo pueda hacer algo si olvida. La frase típica de los nicaragüenses para poder dar cualquier paso de entendimiento hacia el futuro es: ‘olvidemos el pasado.’ Pero si se olvida el pasado, se cesa de tener conciencia. No tener pasado es simplemente no tener pensamiento. No es el olvido el punto de partida para nuestra civilización, sino el diálogo. Entrar a una historia de entendimiento por medio de una historiografía de diálogo.



El principio del diálogo político:
escuchar la opinión pública.
El principio del diálogo social:
escuchar la necesidad del marginado.
Un pueblo en diálogo es un pueblo
puesto en camino: historia abierta.
Un pueblo obligado a callar
es un pueblo acorralado: historia cerrada.



No hay nada más peligroso (por sus tendencias homicidas)
que la aparentemente inocente fe en el progreso
como obligación de sacrificar el presente al futuro,
que germina cuando se comienza a considerar
a las generaciones vivas mucho menos importantes
que las del porvenir.



No será la historia la que me juzgue, sino Cristo.

Hombre

En casi todas las culturas del mundo ha quedado misteriosamente registrada, en sus génesis, la existencia de gigantes. En sus remotas memorias el hombre recuerda haber comenzado a ser hombre después de una era de gigantes. Después de haber vencido a los gigantes. 'En aquellos días había gigantes sobre la tierra,' dice el Génesis de la Biblia (6:4). Son los *Tzocui Ilic Xegue* de la primera edad o del primer sol (sol de agua) de la cosmogonía náhuatl. Es *Ti'amat* del génesis mesopotámico. Es el inmenso *Muchukunda* de los hindúes. O los gigantes Ferianos de los irlandeses. O Vucub-Caquix (el 'siete guacamayos') del Popol Vuh.

En el folklore de todos los pueblos perdura la memoria mítica de las trampas que el hombre urdió para vencer a los gigantes: desde la de Ulises Urdemales con el cíclope: el recurso de escamotear el nombre, el 'yo me llamo Nadie (*Outis*)' con que Odiseo engaña a Polifemo y que Karl August Horst comenta: 'Frente a la Fuerza sólo hay una posibilidad de conservar intacta la dignidad humana y es considerarse frente a ella como Nadie'; hasta las de Pulgarcito con el Ogro; etc.

En realidad, cuando el hombre o el niño hablan de gigantes, están hablando míticamente de política. Están hablando de un largo período del acontecer humano, en que el hombre se vio privado de la libertad a la fuerza y por la fuerza de hordas ejercitadas en el arte de matar; o por caudillos—generalmente hombrones brutales al estilo de Goliat—que no reconocían derecho alguno del resto de los hombres sobre su voluntad. Y como es natural, al eliminarse la libertad quedaba en desbalance como

único factor subsistente el terror. Y es el terror—para cerrar el círculo vicioso—el elemento que divide a cualquier sociedad en gigantes y enanos. (Gigantes son los que producen miedo. Enanos son los que lo sufren). O como dice el poema:

Toda pirámide se levanta oprimiendo su base.

Si tú te rebajas, alguien crece.

La abyecta sumisión crea gigantes.

Los iguales, los amigos,

deben desaparecer para que levante el tirano su estatura.

Lo extraño es que estos mitos que parecían destruidos por las civilizaciones y refugiados en las fábulas, en los apólogos y en los cuentos infantiles, han saltado de nuevo a la historia con creciente miedo a un regreso de gigantismos monstruosos, terroristas, homicidas y depredadores de lo humano. Y no olvidemos que en el apólogo el gigante sólo puede tener dos hijas: una mayor que se llama miseria y otra menor que se llama pobreza.

En 1962 el gran poeta trapense Thomas Merton me escribió una 'Carta sobre los Gigantes'—que Jorge Luis Borges hizo publicar en la revista *Sur*—en la cual alertaba proféticamente a América sobre esa amenaza. Fue profética porque veía terminar la Guerra Fría de los dos gigantes (cuyos nombres los tomaba de la Biblia): Gog y Magog; Gog el gigantismo del Poder, y Magog el gigantismo de la Riqueza. Sin embargo, según Merton, nada le valía ni le vale al hombre el fin de esa Guerra Fría si persiste la desmesura, si persiste el gigantismo estatal o partidario poniendo su pie sobre la boca de los pobres. Es decir, para que la historia verdaderamente humana comience de nuevo, la condición—otra vez—es hacer prevalecer los valores humanos; hacer prevalecer contra el poder y sus pedestales la estatura del hombre; hacer prevalecer contra la riqueza y sus egoísmos la humilde estatura del hombre. El s. XXI tiene que ser el siglo del 'hombre cualquiera,' o prepararemos un desequilibrio peor que el que edificó el totalitarismo. En vez de la desmesura tenemos que institucionalizar la jurisprudencia de la

medida humana. Y en vez del terror, en vez de devolver a la vida a Polifemo, consumir el implacable rescate de la libertad, donde el hombre arroje su disfraz de 'Nadie' y sea lo que es: un ser que no se define por el miedo, un inmortal destinado a la muerte, pero un vencedor de esa muerte. Un Dios en exilio.



EL ROSTRO DEL HOMBRE MODERNO

Cuando uno dice: 'el hombre moderno,' ¿qué rasgos caracterizan la fisonomía cultural de ese hombre? Creo que para dar con esos rasgos hay que superponer tres relaciones:

- 1 La relación del hombre con Dios.
- 2 La relación del hombre con la naturaleza.
- 3 La relación del hombre con los demás hombres.

En cada civilización, en cada etapa histórica, esas relaciones nos ofrecen expresiones y valores diferentes. No es mi relación con la naturaleza igual a la que tuvo mi padre, como no es mi fisonomía la de mi padre aunque debajo de mis propias facciones cualquiera adivine, en el parecido, rasgos suyos. Mi fisonomía es mi tiempo, pero mi tiempo es también la herencia de un tiempo anterior.

En la relación del hombre con la naturaleza mi generación acusa una de las etapas históricas de más invenciones en la técnica, sólo comparable a la Edad Neolítica en la cual el hombre inventó todas las técnicas fundamentales para saltar de la horda a la civilización. La diferencia está en que el período neolítico duró alrededor de cinco mil años, y mi generación fue testigo de la primera luz eléctrica, del primer cine, del primer automóvil, de la primera pluma fuente, del primer avión, del primer tractor, de la primera radio, de la primera televisión, del primer antibiótico, de la primera bomba atómica, del primer vuelo (el de Lindbergh) a través del Atlántico—que abrió al hombre la navegación aérea—

y del primer viaje a la Luna—que abrió al hombre las rutas cósmicas—. Etcétera. Es decir, la relación del hombre con la naturaleza sufre en 'mi tiempo' una serie de transformaciones vertiginosas que cambian total y definitivamente ese rasgo de su fisonomía cultural. ¿Total y definitivamente?—No. La historia nunca presenta cortes a cercén. Junto al tractor y el avión todavía veo trabajar el arado de bueyes y oigo en la madrugada crujir la vieja carreta caminera. El peón que escucha el transistor se ilumina con un candil colonial en su rancho y usa caite chorotegas. Junto al antibiótico oigo rezar la 'Oración de los 3 clavos' para sanar la herida. Junto a las computadoras miles de nicaragüenses siguen analfabetos.

Esto complica la definición del hombre moderno. Esto significa que convivimos simultáneamente hombres del s. xx con hombres de estructura colonial y con románticos del s. xix y hasta con prehistóricos. Y aún pende sobre el hombre la gran interrogación de su locura fáustica: ¿afectará su propia naturaleza humana, transformará su propia genética?... ¿con qué resultados?

Pero examinemos la otra relación: la del hombre con Dios. Parecía que después de Freud, de Darwin, de Lenin, de Nietzsche, de Magog (y su dinero) y de Gog (y su poder) el viaje hacia el total ateísmo era sólo cuestión de tiempo. Incluso, ya habíamos inventado un titular periodístico, algo anticipado: 'La muerte de Dios.' Sin embargo, simultáneamente, las mismas causas producían una contrapartida, un renacimiento y purificación de la religiosidad. Dios acostumbra resucitar de sus muertes con rapidez. También a nuestro tiempo se le dio el signo de Jonás. Se decía hace poco en un congreso de editores, que, desde que se inventó la letra impresa, nunca se editó y leyó tanto sobre temas religiosos como en nuestros días. El combate ideológico polarizado, sentido en carne propia o leído a diario como noticia, fue un recordatorio perpetuo de que el hombre tiene preguntas trascendentales que responderse. Gran parte de esa energía con la que el hombre de finales del s. xx se abalanzó sobre la libertad, fue para arrebatársela al Estado o a sus infalibles dirigentes el derecho a responder por el propio destino humano.

En la relación del hombre con los demás hombres, nuestro tiempo plantea otra extrema contradicción: la de Egoísmo vs. Solidaridad. Egoísmo que marca grados inauditos en el apetito de riquezas, en la codicia de dinero, en el irrespeto del 'otro,' tanto en la vida política, social y económica: torturas, explotación, lujo frente a miseria, secuestros, purgas, terrorismo, dictaduras, menosprecio de la vida humana, etc. Y en contraste, como signos también de nuestro tiempo, un sentido nuevo y creciente de solidaridad, un martirologio de la solidaridad, un movimiento universal de vivencias y búsquedas de vida comunitaria. Nunca se ha hablado tanto como ahora sobre la dignidad de la persona humana, su derecho a pensar, a ser, como uno de los principios principales de nuestra civilización. Sin embargo, decía Hersch: 'es un hecho que inmensas cantidades de individuos de todas las razas, de toda la tierra, no tienen ni los medios, ni las posibilidades, ni el tiempo de llegar a esa condición—de dignidad—que decimos pertenece, de derecho, a cada hombre.'

Y Jules Romains hacía ver en una conferencia cómo el mismo hombre que en tantos aspectos testimonia un altísimo avance y perfeccionamiento (en higiene, gusto por la vida y por la belleza, respeto a los supremos valores de la cultura, etc.), deja aflorar, en ciertos momentos, los más espantosos resurgimientos del bárbaro y aun del salvaje sádico. 'Todos los fantasmas y monstruos que poblaban al hombre primitivo hacen de pronto su reaparición y se pasean insolentemente entre nuestras lucientes máquinas, entre nuestros valiosos monumentos, en nuestras flamantes oficinas y aun en los palacios edificadas para el culto de la Justicia y el Orden.'

Parece que hoy es más fácil el despertar de los monstruos que en algunas otras épocas pasadas que quizás despreciamos. En la relación del hombre con el hombre, la época moderna fácilmente crea climas de violencia donde se ven horrores que no se habían producido desde las épocas más oscuras de la crueldad humana.

Todo esto nos demuestra que la fisonomía del 'Hombre

Moderno' no es tan diáfana y halagadora como algunos creen. Tanto oculta rasgos de monstruo como revela facciones de nobleza. En otras palabras: ser moderno no salva. Lo moderno está tan necesitado de salvación como lo antiguo.

La tendencia de muchos es engañar la necesidad de perfección con el sustituto de lo moderno. Lo bueno por lo nuevo. Así como el analfabeto no saldrá de su analfabetismo ni de su incultura si se le obsequia una máquina de escribir eléctrica, así tampoco salimos del subdesarrollo si al ladrón lo vestimos con el cuello blanco del ejecutivo, o si la fábrica que montamos sólo sirve para alimentar la riqueza del rico y no derrama sus beneficios a favor del desposeído. Cubrirse el rostro con la máscara de lo nuevo no es lo que produce un nuevo hombre.

San Pablo habla de 'redimir el tiempo.' Y son otros valores los que lo redimen: la autenticidad, la justicia, la honradez, y, sobre todo, el amor. Porque en última instancia, sólo cuando se mejora la relación del hombre con los demás hombres—sólo cuando se aumenta el respeto por la dignidad del hombre—es que una civilización progresa. La religiosidad puede extraviar. La técnica puede envilecer. Lo que da la medida es el trato que recibe el hombre. El amor es la medida del tiempo.



LOS DERECHOS HUMANOS

Todavía nuestros padres pudieron haber creído que el 'progreso' iba a llevar al hombre automáticamente, por el solo avance de las ciencias y las técnicas, a un futuro de felicidad. El Progreso era para ellos, como para Edipo, el Destino o la Fatalidad: algo irrevocable, solamente que de color rosa. Las dos guerras mundiales del s. xx echaron abajo, sin delicadeza, esta fe optimista. Se vio entonces—como dice Joseph Gevaert—que 'un mundo dominado únicamente por la ciencia y por la técnica podría incluso revelarse como inhabitable, y esto no sólo desde el punto de vista biológico,

sino sobre todo desde el punto de vista cultural y espiritual. Después de dos guerras mundiales y después de los campos de exterminio en donde fueron suprimidos millones de hombres inocentes, no es posible mirar el progreso científico, industrial y técnico, con la misma ingenua superficialidad que era característica del s. xix'

De la semilla de esa vieja fe desolada crecieron, sin embargo, otras creencias que vuelven a hacer depender la felicidad del hombre —o la solución a sus problemas— de los solos cambios externos. Los unos creerán que el desarrollo nos llevará fatalmente a una prosperidad que beneficiará a todos. Entonces habrá justicia y equidad. Antes no. Los otros creerán que basta un cambio de estructuras para que el hombre pierda su egoísmo y su agresividad y funcione la perfecta y justa sociedad. No invalida esta fe, en los unos, ver cómo se forman, paralelos, junto a los grandes capitales los míseros Acahualincas. Ni invalida esta fe, en los otros, ver surgir de estructuras nuevas: Stálines, opresiones, purgas y masacres. Para ellos—los unos y los otros—la conducta del hombre no importa. La moral del hombre no importa. Tampoco su libertad. Tampoco su vida. El fin justifica los medios. La fe ha sido puesta en los números o en los sistemas: fuera del hombre, y el resultado es una baja aterradora del valor del hombre, de su dignidad y de su vida.

No se puede negar que hay estructuras que son por sí mismas opresoras y que el presupuesto de cualquier solución es derribarlas. Pero la cárcel no sólo consiste en los muros. Puede el hombre andar libre—puede incluso creerse libre—y ser prisionero de los muros invisibles del temor o de la alienación.

En otras palabras, la felicidad del hombre no es la del perro que pasa del dueño pobre al dueño rico. Ese cambio externo puede ser para el perro deseable o necesario; pero en el caso del hombre hay una 'persona'—alguien tan definitivamente importante en su yo individual como en su nosotros comunal—, y que, por lo tanto, con el cambio no ha ganado su ganancia si pasa del dueño pobre al dueño

rico conservando la cadena al cuello, es decir, sujeto a una valoración de perro en su dignidad, o en su libertad, o en su vida.

En realidad hay una doblez, una contradicción profunda, en esa generosa búsqueda de soluciones para el hombre que, sin embargo, pasa su carro sobre el mismo hombre triturándolo. En efecto, nunca ha habido en la historia humana tal conjunto y tal avance de ciencias, de técnicas y de sistemas, en defensa y beneficio del hombre: biología, fisiología, medicina, sicología, sociología, técnicas industriales, economía, política, etc. Todas se aúnan para proporcionar al hombre el mayor dominio y control sobre su vida y sobre la naturaleza que jamás había alcanzado, y para dotarlo de los instrumentos necesarios para realizarse.

Ese pujante concierto de esfuerzos y de logros humanistas, confiesa por sí solo que el hombre es la medida de su civilización. Pero entre los hilos de ese impresionante tejido positivo, se cruzan los hilos de otro tejido negativo y contradictorio que, con igual fuerza, traman la opresión y destrucción del hombre. Sería difícil explicarle a un ser de otro planeta—si llegara a cualquiera de nuestros países hoy día—que es el mismo hombre el que impulsa en la mañana una vacunación masiva que detiene una peste y salva miles de vidas (esas pestes que hasta hace poco eran capaces de borrar del mapa una población entera); y el que toma en la tarde la ametralladora y barre una manifestación o arroja una bomba que borra del mapa—como la peste—una población entera. Difícil explicarle que es el mismo hombre el que organiza una cadena de radioaficionados y de aviones para llevar una medicina que salva a una niña que agoniza en el otro extremo del mundo, y el que liquida sin escrúpulos a un prisionero inocente o a un joven lleno de vida y de futuro solamente porque es un adversario político. Difícil explicarle que pertenecen a la misma especie humana dos gobiernos que comercian la vida de un comunista por la vida de un anticomunista y viceversa, como si la vida y la muerte de un hombre fueran un kilo de carne en la balanza de una carnicería.

Esta deprimente contradicción tuvo un momento cumbre al

terminar la segunda guerra mundial. En primer lugar, se conocieron a fondo los atroces efectos de la bomba atómica sobre Hiroshima (¡la perfección técnica y científica aplicada al exterminio del hombre!); y luego, cuando los ejércitos aliados entraron a Alemania y la atención del mundo se concentró en ese acontecimiento espectacular, la humanidad entera descubrió horrorizada en los campos de concentración nazi cómo todos los recursos de la civilización pueden instrumentarse contra el hombre para la tortura y el crimen.

Ese momento de horror permitió que la corriente humanista—de largo trayecto en la historia pero siempre evadida, siempre obstaculizada por las fuerzas represivas o por la mala fe de los Estados—ganara una primera batalla universal. Se logró que todos los gobiernos del mundo aprobaran y proclamaran—como aspiración colectiva—la Declaración Universal de los Derechos Humanos (10 de diciembre de 1948).

La Declaración reconoce que la medida de civilización es el respeto a la dignidad de la persona humana; lo contrario es barbarie. Pero la Declaración es también un ansioso llamado de atención a los Estados y a los pueblos sobre la necesidad de respetar y defender ese reducto de derechos y libertades fundamentales que, más que un ideal a perseguir, es una exigencia vital de la especie: lo que es el vientre de la madre a la criatura aún no nacida, es a la existencia del hombre en el mundo el presupuesto de respeto a ese conjunto de garantías, sin las cuales la humanidad se hunde en la degradación o se extermina.

‘En la historia del mundo—dice Dominique Pire, premio nóbel de la paz—es la primera Declaración de los Derechos del Hombre en tanto que hombre; porque las declaraciones anteriores concernían sobre todo a los derechos de los ciudadanos de naciones determinadas. Es, por primera vez, un tribunal de conciencia de los pueblos.’

Ese tribunal ha ido ganando estatura y poder moral. Es verdad que las crueldades, genocidios y atrocidades homicidas se han

repetido y aun aumentado; pero simultáneamente ha crecido, como nunca antes, la conciencia de condena y los organismos y tribunales que mantienen viva esa conciencia e instrumentan su presión sobre poderes hasta ayer incontrolables.

Yo no dudo que la batalla por el hombre será ganada. Hace un siglo todavía eran compatibles Civilización y Esclavitud. Hoy la esclavitud, por lo menos la institucional, es inconcebible. Ayer y todavía hoy se puede arrebatar al hombre su libertad y su vida por cualquier pretexto político. Muy pronto la conciencia de la humanidad habrá dado un paso más y en todas partes el límite último de toda lucha y de toda divergencia se detendrá ante esa tenue, débil, pero esencial muralla que defiende la dignidad y la vida de la persona humana.



LA ÚNICA FUERZA

Ya pueden llamar fuerza a un fusil
o a dos fusiles o a ciento cincuenta mil fusiles.

Ya pueden llamar fuerza a un manifestante
o a dos manifestantes o a ciento cincuenta mil manifestantes.

Pero están equivocados. La única fuerza
es la dignidad del hombre.



‘NO MATARÁS’

Todo el que mata a un hombre mata a su hermano. La hermandad es parte esencial de la constitución humanista que Dios impuso al hombre para vivir socialmente, y esta obligación de hermandad está sobre cualquier Poder, sea militar o civil o religioso. La muerte es un derecho intransferible de Dios y Dios lo usa siempre —en su infinita misericordia— como recurso de salvación para el hombre.

Justicia

LA BRÚJULA SOCIAL (UNA METÁFORA)

El norte social del hombre, la estrella a la que apunta con más o menos fidelidad toda organización humana que se precie de tal, es la equidad. Como las moléculas de la aguja imantada, todas las células que componen una sociedad se mueven—dentro de la conciencia colectiva—hacia esa difícil pero anhelada interrelación de equidad que no solamente da a cada uno lo que le corresponde, sino que le reconoce a cada cual su dignidad humana, es decir, su valor absoluto. Si ese norte deja de regir, las células pierden la tensión que les permite convivir, pierden la estrella o el polo direccional, y declinan hacia el caos de lo inicuo.

En pocas palabras ha vertido nuestra lengua el contenido de la maldad como en la palabra ‘iniquidad.’ Sin embargo, inicuo, en su etimología no significa sino la carencia de justicia: ‘in’: no; ‘aequus’: justicia. Lo no justo. La lengua es sabia en sus dictámenes: si la brújula social no apunta hacia lo justo, inmediatamente se invierte hacia la iniquidad y la ley se hace delincuencia, lo social se hace insociable y las relaciones humanas se transforman en relaciones homicidas.



Si creemos que el mundo tiene un Creador y un Dueño; si creemos que el mundo fue creado por ese Ser Creador y que ese mismo ser dio el mundo al hombre, no en propiedad, sino en arriendo; si creemos que el hombre recibió el mundo como delegatario de Dios;

comenzaremos a comprender por qué el hombre posee—no de la naturaleza, ni del mundo, sino de Dios—ese principio de justicia que recibe—que no puede borrar de su conciencia—para poder administrar, como delegado de Dios, el mundo.



SUSANA

Susana era 'hermosa en extremo.' Aquel año los israelitas habían elegido como jueces de su pueblo a dos ancianos; y los ancianos, que llegaban a casa de Joaquín, el esposo de Susana, veían a la hermosa israelita y 'perdieron el juicio' por la belleza de Susana.

Es interesante que en esta breve y maravillosa historia bíblica sobre la justicia humana, las dos antagonistas que se mueven en el fondo sean la Belleza y la Justicia.

Susana se bañaba en el huerto de su casa de Babilonia en una tarde de calor. Los dos jueces se habían quedado ocultos tras de los árboles y al salir las criadas se acercaron a Susana y le dijeron: 'Mira, las puertas de la huerta están cerradas y nadie nos ve, y nosotros estamos ciegos por ti; condesciende con nosotros y ríndete a nuestros deseos. Si no lo haces, testificaremos contra ti diciendo que estaba contigo un hombre y que por eso despachaste a las criadas.'

El cuadro del procedimiento es perfecto. Primero la Justicia 'pierde el juicio' frente a la Belleza ajena. Susana puede ser la Riqueza. Puede ser el Poder. La ambición de lo que no nos corresponde que es la primera grieta abierta a la ecuanimidad. Luego se acercan, escondidos, a esa Belleza ya desnuda: a su fulgurante atracción. Ellos mismos dicen: 'Estamos ciegos por ti.' Y proponen. O haces lo que nosotros decimos o testificamos contra ti. ¿Cuántas veces, cuántas, esa es la única voz que oye el acusado de parte de sus jueces?

Suspiró Susana en su desnudez y dijo: '¡Angustias me cercan por doquier!' (Tortura moral o física. El decir 'sí' es desgarrar la

dignidad moral. El decir 'no' es ser desgarrado en la dignidad física). El proceso ya está planteado. La Justicia ha 'perdido el juicio' pero inmediatamente sobrepone, sobre su iniquidad, las formas jurídicas como quien recubre el mal olor con el perfume. Nada más legalista que la ilegalidad. Los jueces de Susana, como todos los jueces prevaricadores, se cubren con la ley para adulterar la ley. Pecan como jueces. Por eso le dicen: 'Si no quieres, testificaremos contra ti.'

Y Susana dio un fuerte grito. Prefirió su honor a la muerte. Y corrieron los criados y la encontraron con los jueces y los jueces dieron testimonio contra ella. Dijeron que la habían encontrado con un hombre, bajo de un árbol del huerto, cometiendo adulterio. Y se reunió el pueblo y Susana fue condenada a muerte. Siempre que la Justicia se pervierte, la Belleza es condenada a muerte.

Cuando llevaban a Susana al patíbulo, un joven, seguramente de extraordinaria personalidad, levantó la voz entre el silencio del pueblo: '¡Limpio soy de la sangre de esa mujer!' El joven que gritaba era el profeta Daniel.

Cuando uno lee el inicuo proceso de Susana y llega a este momento y oye esa voz en el silencio, voz que va a variar toda su historia, uno se pregunta si no está señalada allí la necesidad de la Libertad como clima imprescindible para la Justicia. Esa libertad de expresión de Daniel—de quien la Biblia dice que fue inspirado por el Espíritu—rompe el temeroso silencio que produce la iniquidad. La Libertad es el complemento o el suplemento de la Justicia.

El cortejo se detiene. Pregunta. Y Daniel arrostra a la Justicia: '¿Tan insensatos sois, hijos de Israel, que sin forma de juicio y sin inquirir a fondo la verdad, habéis condenado a una hija de Israel?'

La solución de la historia ya es conocida. Es el juicio que tarde o temprano sufrirán todos los jueces prevaricadores. Los dos ancianos jueces son separados, e interrogado aparte cada uno de ellos, bajo qué árbol estaba Susana al cometer su delito. Cada juez dice un árbol distinto y entran en contradicción hasta que su

fallo inicuo queda aclarado. Los dos jueces son condenados a muerte—agrega la Biblia—‘y fue salvada la sangre inocente aquel día.’

Esta es la historia de un proceso de la justicia humana. Un capítulo de procedimiento criminal o civil que fácilmente adapta sus reglas a todo momento de prevaricación. Susana es débil. Todo reo está solo y desnudo en la apariencia. Pero ningún hombre es una isla. Toda obra está vinculada en el tiempo y en la eternidad con toda la historia del hombre; y la belleza o la armonía o el bien o la verdad que un acto injusto daña, repercute un día, tarde o temprano. Siempre suena la voz de Daniel. Siempre hay otro juicio para ‘los que han perdido el juicio.’

Libertad

PASADO Y PRESENTE DE LA LIBERTAD

Durante todo el período virreinal, la Fiesta de la Santísima Trinidad tenía para los nicaragüenses la solemnidad y el sentido de Fiesta Patria que hoy tiene para nosotros el 15 de septiembre. Con la misma liturgia cívica de los desfiles, con aires marciales y festejos del pueblo, paseaba por las calles de la ciudad el estandarte real. En el libro de actas del Cabildo de León—capital entonces de la Provincia—(FOLIO 26), se habla, respecto a esta fecha, de la tradicional ‘promulgación de un bando para que todos los vecinos, republicanos y demás personas decentes asistan al paseo público en la festividad de la Sma. Trinidad que celebra esta ciudad en conmemoración de haberse fijado el Real Estandarte cuando se conquistó esta tierra para mayor gloria de Dios.’

Según otros documentos de la Iglesia, era también el día en que se dijo la primera misa sobre el suelo nicaragüense.

En la conmemoración flotaba—con otros colores—una idea de libertad, y los que a sí mismos se llamaban ‘republicanos’—en el lenguaje renacentista de aquellos siglos—seguramente pensaban que la dignidad humana y las posibilidades de una vida civilizada para los nicaragüenses, arrancaban realmente de esa fecha.

Hay un total viraje desde esos ‘republicanos’ de comienzos del s. XVIII—que desfilaban orgullosos con el estandarte real—a los también ‘republicanos’—pero ya con otro contenido—del s. XIX.

Nuestros románticos libertadores de 1821 para quienes la liber-

tad era una panacea, o el concepto de libertad de los próceres comerciantes (los verdaderos autores de la Independencia) que casi reducían la idea de libertad a la libertad de comercio, ¡qué lejos se encuentran de los hombres de la Guerra Nacional, cuyo concepto de libertad ha entrado a debatirse en una trágica encrucijada entre ser o no ser!. Son pocos años los que separan a las dos generaciones, pero todo el lenguaje político de la libertad ha variado al enfrentarse con una realidad brutal, con la prueba de fuego donde no quedaban más que los extremos elementales en tensión: o libertad o muerte.

Pero si saltamos a nuestro tiempo, volvemos otra vez a encontrar un enfrentamiento, ahora absolutamente nuevo, de dos sentidos de la libertad. Es la repercusión sobre nosotros de la gran polémica mundial; la idea totalitaria de la libertad: 'sólo cuando el Estado es libre, el hombre es también libre,' y la idea de libertad del individualismo: 'sólo cuando el hombre es libre, el Estado también lo es.'

Hemos llegado a un capítulo de la historia en que ya no queda otra posibilidad de ser libre, que volviendo a tomar el hilo de esos Evangelios que comenzaron a ser conocidos en Nicaragua el día de la Santísima Trinidad. Sólo queda ese Evangelio cuya esencia es el amor al prójimo. Su gran novedad permanente—su 'buena nueva,' que es el mandato de hacernos prójimos de los demás—es el único baluarte de la libertad humana y de la vida misma del hombre.



DESTINO LIBRE

Hace muchos años leí un ensayo de Eric Weil en que exponía el contraste entre el concepto de historia que tuvo el s.xix y el que ha predominado en el s.xx. En el s.xix, con Taine, con Michelt y con tantos otros, los historiadores investigaban cómo, de qué manera, la historia domina al hombre y cuál era la influencia de la historia sobre el hombre. En los comienzos del s.xx se pierde la concepción de una historia que se mueve invariablemente

hacia el progreso. El futuro puede ser la Bomba. El hombre puede deshacer la historia y por lo mismo también hacerla.

Sin embargo, durante casi todo este siglo predominó la convicción pesimista de que la historia había devorado a su creador. El haber reducido a dos súper-potencias el protagonismo de la historia, contribuyó a sumergir al hombre del s.xx en el oscuro e inquietante subconsciente de los tiempos míticos iniciales, cuando tuvo que vencer a los gigantes precisamente para poder hacer historia.

El hombre haciendo su historia parecía más bien víctima de alternos y monstruosos jinetes de un implacable Apocalipsis. Para acercarse al 'cielo,' al 'paraíso' restablecido por el hombre, la Torre de Babel concebida por las utopías del s.xx era una montaña de cadáveres.

Nunca se esperó—salvo profetas excepcionales—el milagro histórico que conmovió al mundo. Nunca se esperó que el hombre cualquiera (no los grandes hombres, no los insubstituíbles, ni los grandes guerreros, sino el pueblo), el pueblo desarmado, la explosión de la democracia, tirara por la borda utopías, ideologías, esquemas doctrinarios impuestos por Platones mediocres de Repúblicas grises, y proclamara—en un plebiscito universal jamás logrado—que la historia, la gran historia es, simplemente, volver al hombre, respetarlo en sus derechos, dejarlo realizar su destino en libertad.



LIBERTAD DE EXPRESIÓN

La 'expresión' es por definición una prisionera que alcanza su libertad. El hablar se produce como liberación de algo que tenemos dentro, encerrado, inexpressado. La 'ex prisionera' lo que proclama con su libertad es la grandeza del hombre. Porque somos el animal que habla, la suprema distinción en el universo.

Los dos derechos elementales de ser hombre, son: el derecho a la vida y ese otro derecho, el derecho de hablar. La equivocación a veces en Hispanoamérica y en estos países donde hay tanta

lucha por uno de esos derechos, es creer que la libertad de expresión es una meta, y es apenas un punto de partida. La civilización comienza cuando el hombre ya no tiene que poner en primer plano su derecho a la vida; y la civilización política comienza cuando el derecho a la libre expresión se da por un hecho.

Las hordas vivían asegurándose diariamente el derecho a la vida, vivían conquistando diariamente el derecho a vivir; y esa lucha elemental no las dejaba hacer otra cosa que vivir. La civilización comenzó cuando el hombre se liberó de esa preocupación primordial.

Lo mismo le pasa a la vida política: mientras tengamos que estar preocupados, luchando por expresar nuestra opinión y nuestra crítica, nuestra política no alcanza todavía lo que se llama civilización. Será una política bárbara; y la 'economía' (las 'reglas de casa'; eso significa 'eko': casa, 'nomo': regla), será inhumana. El humanismo comienza con la libertad.

Ortega y Gasset decía que el origen del saludo, de darse la mano, era la desconfianza vital en que vivía el hombre en las hordas; y el asegurarse agarrándole la mano al otro significaba que su interlocutor no iba a coger la espada para atacarlo. Así comenzó el saludo. Y su gesto nos enseña que no hay fraternidad cuando predomina la desconfianza, cuando el hombre quiere imponerse sobre el hombre; y una de las formas peores de imposición, mejor dicho, la imposición más contraria a las esencias humanas, comienza por las ideas: no dejar nacer la idea en el otro, agarrarle la mano, censurarlo, volver ley la desconfianza.



La libertad es a la expresión, lo que el papel a la impresión: la página blanca e inmaculada donde cualquier tachadura daña o interrumpe la letra, como cualquier opresión o censura apaga su espíritu.



No hay una educación para la libertad,
sino que la libertad es una educación.



¿Originalidad, no será, más bien, finalidad?
La libertad es nuestra originalidad.

Militarismo

UN BRINDIS POR CIRO

Devolviendo actualidad a *Las mil y una Noches* el Shah de Persia festejó los dos mil quinientos años de su dinastía. Ayer se comieron pavos reales en la ciudad fundada por Ciro y destruida por Alejandro. Rubén hubiera ido, encantado, a Persépolis.

Yo brindo por Ciro. El Aqueménida bien merece un banquete. Destruyó el primer y más grande militarismo creado en la historia. Y el más cruel. El asirio. Y levantó la primera civilización basada en la libertad religiosa y en el respeto del derecho ajeno.

Esto me recuerda mis años de lector de Toynbee, cuando fui desmontando ideas extremistas y obcecadas de mi juventud. Siempre hay un período de tambores y marchas triunfales en la precipitación juvenil—la etapa napoleónica—en que los ojos ansiosos de cambio y de dominio se encandilan con los hombres de espada. ‘En el amanecer de toda civilización brilla la espada’—decía un verso de Kipling que yo repetía. Uno es generoso y cree que la espada es fácil de abandonarse. Y así vimos hincharse poderes y ejércitos. Vi el crecimiento fulminante de Hitler, de Stalin, su poderío y su desastre. Vi levantarse dictadores a pura espada y muerte. Trujillos y Pérez Jiménez y Batistas y Somozas. Vi comenzar pequeñas *Constabularias* y convertirse en militarismos devoradores de todo lo que podía ser alimento y esperanza de un pueblo.

Decía Platón: ‘Si uno peca contra las leyes de la proporción



y da algo demasiado grande a algo demasiado pequeño para soportarlo—velas demasiado grandes para un barco demasiado pequeño, comidas demasiado grandes para un cuerpo demasiado pequeño, potencias demasiado grandes para un alma demasiado pequeña—el resultado tiene que ser un trastorno completo.’

El mal de la espada es que siempre resulta demasiada grande para quien la usa. La espeluznante historia de Asiria es un ejemplo.

Hay que leer el estudio de Toynbee, incisivo e inmisericorde con los fieros y crueles hombres de Nínive. Hay que leer la historia aleccionante de estos temibles cazadores de leones, dotados de un innato genio militar, inventores de una formidable maquinaria guerrera, que fueron—un triunfo tras otro—dominando a todos los pueblos iniciales de la civilización humana: Babilonia, Damasco, Samaria, Sidón, Egipto, Israel, Tebas, Susa... Pero donde llegaban, asolaban. Saqueaban y destruían, sin ningún freno, ciudades y comunidades. Colocándoles el terrible y deprimente yugo asirio, movilizaban poblaciones enteras, en ristras incontables, a otras regiones; mutilando sin lástima a millares de prisioneros. Y por si faltara algo, adornaban sus inmensos palacios con un arte realista y cruel: los famosos bajo-relieves asirios que reproducían minuciosamente todas sus crueldades y actos de guerra. Ellos creyeron—como creen siempre los militaristas—que esa forma de dominar a sangre y fuego, al infundir temor, quebranta para siempre toda resistencia. Es verdad que el terror produce una primera etapa de desconcierto que aísla, encueva en el pavor y somete a los pueblos. Pero si se persiste, el mismo terror va reduciendo el miedo a la muerte. Y hay un momento en el cual el sometido prefiere afrontar la muerte que permanecer en esa muerte en vida que es la vida de temor. En ese momento, impredecible, es que salta la chispa y la chispa encuentra una materia inflamable que es el odio. Nada suma más odio que la crueldad. Es una suma secreta y lenta cuya montaña explosiva sólo se aprecia a la hora, ya incontrolable, del estallido. En el caso de los asirios, ese odio debe

haber sido inextinguible cuando de todos los pueblos contemporáneos sólo uno pereció para siempre cuando fue derrotado: el asirio. Todos los demás, de una manera o de otra, cayendo bajo dominios extraños, pasando etapas de esclavitud o de grandeza, siguieron en pie en la historia. Los asirios desaparecieron.

Pero para explicar su desaparición hay que agregar otro factor propio también del militarismo: es lo que pudiéramos llamar la economía suicida de la depredación. 'El guerrero formidable que fue el asirio—dice Toynbee—cuando llega a su final, ya no es más que un cadáver dentro de una armadura.' Ha expoliado y destruido todo lo que le rodeaba. Ya no tiene de qué nutrirse. El militarismo aniquila las mismas fuentes de las cuales se alimenta. Las armas siempre han sido y son caras. Las pretensiones de los armados cada vez son mayores. 'Pecan contra las leyes de la proporción'—como decía Platón. Hasta que consumen y acaban en la miseria los pueblos sobre cuya economía medran.

Así llegó el momento de Ciro.

Ciro es el prototipo del liberador. Yahvéh, en la Biblia y por boca de Isaías, le llama 'mi ungido.' Siendo no sólo un extraño a Israel, sino un enemigo, un hombre de otra fe, queda integrado a la teología de la historia de la liberación. Ciro devuelve a cada pueblo sojuzgado sus derechos y sus leyes, su lengua, su religión y sus tradiciones.

Por eso, a 2500 años, saliéndome afuera de la tienda de seda del Shah y de su escandalosa alegría oriental (dejo a Rubén que afronte los excesivos pavos reales), yo brindo por el paradigmático libertador. Se trata, tal vez, de un brindis exorcizante y nostálgico. Porque, por ahora, todavía hay asirios en la costa.



EL COMPLEJO DE SAMURAI

La propia historia no siempre alecciona tanto como iluminada por historias ajenas. Creo, por ejemplo, que el sol de Japón puede

iluminar ahora a Hispanoamérica mejor que las pobres estrellas de confusión—la de la izquierda y la de la derecha—de su historia reciente.

Japón es un vástago de China como nosotros de Occidente. La primera posible enseñanza de su historia sería cómo su dependencia lo adiestró—no sin graves conflictos—para universalizarse y elevarse a potencia mundial. Hispanoamérica, sin embargo, no le va a la zaga a Japón en esta empresa de convertir su dependencia en potencialidad creadora si miramos su desarrollo literario y artístico. No así el político que, si nos descuidamos, echa a pique el barco continental entero con todas sus glorias. Y es en este territorio—el político: tan sombrío y deprimente ahora—donde Japón puede tener para nosotros el don de consejo.

Porque Japón, en todo su ascenso a potencia, fue dominado por la mentalidad militarista: el fin último de su crecimiento y grandeza fue, en el subconsciente de su historia, la guerra. Cualquiera rivalidad, competencia o antagonismo, debía resolverse por la espada. Ya en el s. XVI el Japón cree eliminar el ‘peligro blanco’ expulsando a misioneros y comerciantes occidentales (prohibiendo poner pie en tierra japonesa a todo occidental) y persiguiendo hasta el martirio a los conversos cristianos.

Este tipo de nacionalismo repelente lleva a Japón—contrariando las más fecundas características de su evolución ascendente como potencia universal—a resucitar una vieja religión superada, el sintoísmo (algo parecido al recurso de Hitler resucitando o queriendo resucitar un paganismo racista germano) y atacando al budismo y su filosofía, como también al confucianismo, como creencias y filosofías ‘extranjeras.’ Todavía tras la revolución de 1867, el sintoísmo quiso imponerse, pero el milenario budismo sorprendió por su obstinada vitalidad.

A toda esta mentalidad he querido llamar ‘Complejo de Samurai.’ Mentalidad de espada, hecha para el corte, no para el delicado tejido de la inteligencia civilizadora. Esa fue la mentalidad que llevó a Japón a Pearl Harbor. La espada de las disyuntivas: Oriente

vs. Occidente. Peligro blanco vs. Peligro amarillo. O los Estados Unidos o Japón (cuando la espada decide por las civilizaciones, no caben dos en el mismo estrecho mundo). Y la espada significó guerra, pero también derrota... Y es entonces que se produce la admirable y aleccionadora 'peripecia' ('cambio de papeles') de Japón: elimina el 'Complejo de Samurai' y recurre a su más profunda potencialidad: esculca su propio espíritu y comprende que no ha sido derrotado, que lo más profundamente 'suyo' está intacto, que la civilización le da un espacio infinitamente más ancho que la espada. Así se logra el milagro japonés: la inteligencia —no la fuerza— causa de potencia.

Y esa es su gran lección para Hispanoamérica. Porque nuestra pobre América ha dejado que el 'Complejo de Samurai' envenene su sentido político; 'Complejo de Samurai' segregado por un impenitente militarismo que ya ha llegado a sus dos peores degeneraciones: la de la retórica (en los gobiernos) y la del terrorismo (en las oposiciones). Con nuestros niveles políticos, con las enormes deudas que cargamos, con el poder creciente del narcotráfico, con las reacciones intestinas que provocamos, ¿será hora de jugar a la guerra o de plantearse a fondo y seriamente el porvenir y destino de este malherido Continente?

A esto nos puede contestar Japón: ¡Despidan al Samurai, la demagogia del Samurai, la retórica del Samurai! Metan la espada (¡nuestra espada de hojalata!) en su vaina. Saquen de su almarino, no al militar con sus fatuas charreteras, ni al terrorista con su cobarde dinamita, sino al civilizado. Realicen lo que potencialmente llevan dentro. Ya la literatura creó sus alturas sobrevolando sus propias dependencias y respondió al reto de sus impedimentos. También se crean alturas de la pobreza. Y técnicas de la necesidad.



Cuando se gasta más en armamentos que en educación,
se necesita más fuerza represiva para mantener el 'orden,'
y cuando se necesita más fuerza represiva,
se gasta más en armamentos que en educación.



No creas en la alianza del dinero
y de la ametralladora,
porque heredarás a tus hijos,
no el dinero, sino la ametralladora.

Mito

Uno de los accesos a ‘lo nuevo’ del Nuevo Mundo es el estrecho pero antiquísimo sendero del mito: por él se llega al subconsciente del pueblo—de los pueblos de América—; a la raíz de nuestra lengua llena de ruinas (de otras lenguas) y de creaciones y renovaciones en un español sin límites.

Cuando en mis primeras lecturas—en la madrugada de la Vanguardia—se juntaron *Le Musicien de Saint-Merry* de Apollinaire y la historia de la doncella Ixquic del Popol Vuh, descubrí todo un taller de formas para dar existencia a los paradigmas, a las profundas fuentes de la conducta, al eros (para el acuerdo o acorde de lo destructivo y lo constructivo), o en cristiano, al ágape.

En segundo lugar, en la gran lucha del s. xx de la lengua contra el Poder (del Poder con su lenguaje de repetición, de ‘slogans,’ de estereotipia, de chatura masiva, según lo describe Roland Barthes): al poeta le corresponde consagrar otra vez lo real, devolviéndole en palabras su sorpresa, su magia, su poderío y, sobre todo, esa condición de lo real de no dejarse apresarse por la letra (¡toda la literatura consiste en esa carrera por apresarse lo inaprensible!); mientras el Poder, en cambio, cree posible e impone como posible (esa es precisamente la propaganda) su apresamiento.

Empresa del poeta frente al estereotipo es consagrar al mundo, devolverle su misterio y/o su claridad, mediante el acercamiento eléctrico de lo distante y de lo opuesto, mediante corto-circuitos de la fantasía o de la intuición poética. En una palabra: oponer a lo seco del Poder, lo húmedo del Mito con sus germinaciones imaginativas que complementan las fallas del Logos.

Para Ernst Bloch: 'el mito es la repetición conservadora de lo dado,' lo que impide según él la aparición del novum 'en una pura sacralizada reiteración de lo establecido.' Con Fernando Sabater yo creo lo contrario. Esa repetición conservadora y mecánica podría darse y se da (lo sabemos con dolorosa experiencia) cuando el mito es administrado en los cultos estatales. Pero lo que el mito creadoramente pretende es recuperar, para el ahora, para un presente en acción, 'la fuerza que en cada momento necesita el hombre para lograr cumplir lo libre, en lugar de someterse al condicionamiento de lo necesario.' Y agrega Sabater: 'El hombre no tiene que escuchar la leyenda como pura exaltación del pasado, sino que puede vivirla en sus días como el vigor legendario que le permite, en cada momento, cumplir lo cotidiano y además superarlo.'

Para el proceso de americanización de nuestra lengua y literatura, la creación de mitos es una de las empresas prioritarias de la poesía. Pero nuestra empresa va más allá. La poesía sabe qué es lo vivo y lo muerto en arqueología. La invención del pasado es una de nuestras formas de crear futuro.

Claude Levi-Strauss le da al mito como función el ofrecer 'un modelo lógico para resolver una contradicción.' En su *Antropología Estructural* sostiene que 'el pensamiento mítico surge de la toma de conciencia de ciertas contradicciones y hace posible la progresiva mediación de éstas.' Nuestra América sigue necesitando—entre más se acerque a su síntesis—lugares o espacios sagrados; asociaciones de fecunda comunión; rituales; fuerza legendaria y símbolos míticos que acerquen sus antítesis. Necesita atmósferas míticas que reafirmen la unidad y homogeneidad de la arquitectura del espíritu. Y el 'sésamo ábrete' nos lo da el instrumento mismo de la poesía: el lenguaje.

Mito, en su etimología (según Erich Kahler), viene de *mu*, el sonido elemental con que se forma la palabra mugido, murmullo, murmuración, pero también mudo y mutismo; es decir, es la palabra recién salida del silencio, en su más pura originalidad, la palabra

fundadora, la poesía misma. Los poetas, por tanto, debemos iniciarnos en la creación del mito, pero también descubrirlo en las literaturas que nos rodean. En esta empresa se asocia al poeta el crítico. Debemos descifrar los textos, encontrar sus mitos dormidos e inconscientes.

Se trata—diría Mircea Eliade—de ‘una desmitificación al revés,’ es decir, ‘desmitificar los mundos e idiomas aparentemente profanos de la literatura, las artes plásticas y el cine, para sacar a luz sus elementos ‘sagrados,’ aunque ‘lo sagrado’ sea desconocido o esté disimulado o degradado. En un mundo tan desacralizado como el nuestro, lo sagrado está presente y actúa fundamentalmente en los universos imaginarios.’ Son experiencias ficticias que constituyen parte del ser humano. ‘Su presencia en la obra literaria o plástica—dice Eliade—revela el anhelo del hombre moderno por una renovación total y definitiva, una *renovatio* que pueda cambiar su existencia en forma radical.’

En resumen: para levantar las estructuras míticas; para crear seres que se ganen su inmortalidad por los significados humanos que alimentan—o por las mentiras que derrotan—; para no evocar sino convocar el ayer y hacerlo presente con fuerza de tradición y de leyenda; para encontrar el espacio humano que la política muchas veces niega; para levantar el proyecto del ‘hombre-en-su-tiempo’ en procura de superar lo logrado; en fin, para crear esa belleza sagrada y trascendente que hace habitable el mundo y digno de ser vivido el ahora: lo que tantos poetas hispanoamericanos buscamos es la lengua fundacional y creadora capaz de devolverle al mito sus reinos y de inventar nuevos.



Abriendo una tumba chorotega en la Isla Zapatera del Gran Lago de Nicaragua hace ya muchos años, se me ocurrió por primera vez la imagen de su fertilidad: lo que sale de tales entierros o huacas—como en la parábola de la semilla que muere para

renacer—no es propiamente un pasado, sino las raíces de un futuro, la recuperación de un futuro. Descubrir pasado es dar con la clave de muchos hechos y de mucha historia presentes.

La poesía modernista y más aún la post-modernista centroamericana, no se explica sin la alucinante perforación del pasado que se produjo al descubrirse científicamente la civilización maya. No hay escombros en nuestras ruinas antiguas, sino materiales de futuras construcciones. Como decía Novalis: 'Toda ceniza es polen.'

En el paradójal avance de nuestra civilización hispanoamericana, entre más nos alejamos del indio como origen, más nos acercamos al indio como sustento de nuestra originalidad.

Cada objeto—olla, plato, dibujo o escultura—expresaba a su modo, en un balbuceo de sombras, la lucha intensa que sostiene el idioma español con esas lenguas muertas o con las lenguas indias que compiten con él grandes espacios de comunicación en el Continente. El castellano ya vivió y sigue viviendo en la península una competencia, un asedio y un enriquecimiento análogos, con el vasco, el gallego, el catalán y demás lenguas que forman su periferia, su horizonte y su reto. 'Una lengua viva—escribe H.L. Mencken en *The American Language*—es como un hombre que sufre incesantemente de pequeñas hemorragias y que necesita transfusiones de sangre nueva de otras lenguas. El día que esta puerta se cierra, ese día empieza a morir.'

La lengua española ofrece a todo ese mundo vecino, viejo y nuevo, el instrumento de universalización de su expresión; no sólo por la amplitud de su ámbito, sino por un acto creador y renovador colectivo que va de Cervantes a García Márquez, de Garcilaso y Góngora a Darío y Neruda, y que significa una tensión integradora sumante y constante.

Pero esa ventaja se ha estructurado a costa de lenguas que cayeron. Y como dice Darcy Ribeiro: 'Cada lengua que se pierde es una visión del mundo que se cierra.' La ventaja de hablar hoy español—de abatir múltiples y espesos muros provincianos



incomunicantes—se obtuvo a costa del silencio de estas tumbas. Yo llamé a Tikal ‘nuestra Atenas muda.’ Una abuela cuya lengua perdimos por la falta de escritura, mientras la griega la llevamos en las raíces de las palabras. Y sin embargo, ¿qué infinitas sugerencias, incitaciones, puntos de vista y de partida, nos ofrecen sus ciudades misteriosas, surgiendo blancas y casi intactas de la asfixiante selva, sus pirámides airoas, sus estelas, su cerámica?

Pero hay algo más: como en Grecia, en la América india hubo una imaginación prolífica creadora de mitos, muchos de ellos encarnados en seres híbridos en parte animales en parte humanos, como el hombre-jaguar, como nuestra abundante estatuaria indígena del *alter-ego*, como Quetzalcóatl—la serpiente emplumada—, etc. De la mayoría de esas creaciones míticas se ha perdido el nombre (no es poca cosa perder el nombre en una creación poética) o sus relatos originales. Pero no están perdidos, sino que forman un arsenal para uso de futuros poetas. Porque si perdimos con nuestras lenguas indias cosmovisiones, memorias, artes, conocimientos; también ganamos otras cosmologías, otros nexos, ganamos libertad y mundialidad, ganamos a la misma América en unidad... pero quien por oficio vive para llenar ese guión entre lo perdido y lo ganado, es el poeta. A él le toca crear en español, llenar en español los vacíos de nuestras lenguas muertas o de los mitos que perdieron el habla.

Nosotros

La lengua llegó a pronunciar el pronombre ‘nosotros,’ hasta que el hombre dejó de gruñir ante la presencia de los demás hombres e inventó el saludo y consideró que era importante unirse para mejorar sus propias condiciones de vida. En la palabra ‘nosotros’ comienza el respeto por la condición humana. Y desde ese primero y receloso ‘nosotros,’ hasta el altísimo del Padre ‘nuestro’ y del ‘perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores,’ está toda la escala de la cultura y de la solidaridad humana.

Sólo el restablecimiento del ‘nosotros’—es decir, la consideración del ‘otro,’ la cortesía con el ‘otro,’ la justicia con el ‘otro,’ el amor al ‘otro’—sólo el restablecimiento del sentido comunitario y solidario puede devolvernos el nostálgico derecho humano de tener Patria.

Palabra

ELEGÍA AL HONOR DE LA PALABRA

La palabra es la sangre del espíritu y en ella circula todo el valor del hombre. Cuando vale la palabra del hombre, vale la sociedad que edifica. Cuanto vale su palabra, tanto vale su civilización; porque ella—la palabra—es la que da testimonio de su verdad interior.

En la conciencia de este valor de la palabra, las civilizaciones han edificado esas construcciones sublimes e imperceptibles que van desde el juramento hasta la cortesía, y que hacen posible el trato, la convivencia, el entendimiento, el diálogo. Edificios sutiles, delicados, cuya gracia y fuerza es su falta de fuerza material; cuya gracia y fuerza es imponer sus convenciones y sus leyes por la sola fuerza del espíritu. Una de esas fuerzas sociales formidables aunque impalpables, es el honor de la palabra. Si se destruye ya no hay nada que la sustituya en las relaciones humanas.

Entre los beduinos del desierto—para quienes el caballo es esencial al hombre—no había otra forma de probar el derecho de propiedad sobre la bestia que montarla. Quien montaba el caballo ese era su dueño. Un beduino poseía un estupendo potro y un jeque se enamoró de él y le ofreció una fortuna por el caballo. El beduino se negó a venderlo porque amaba su cabalgadura. Por más que el jeque le redobló sus ofertas, las rechazó todas. Una noche en la soledad del desierto, el beduino que regresaba solitario escuchó gemidos. Se acercó y se encontró con un hombre moribundo lleno de heridas. Conforme la costumbre del desierto, el beduino recogió al herido, lo colocó sobre su caballo y

fue conduciendo, a pie, con cuidado, al moribundo desconocido. De pronto el falso herido se irguió en la silla, arrebató las riendas y gritó a su salvador: 'No quisiste venderme al potro. ¡Ahora soy su dueño!' Entonces el beduino, levantando su mano, dijo al jeque: 'Sólo te pido una cosa. Di a los demás que te he vendido mi caballo, porque si cuentas la forma en que me lo arrebataste, se acabará la caridad en el desierto y nadie atenderá a los necesitados..'

El que robó el caballo encontró, en su codicia, muy hábil su truco. Pero el beduino, más que la pérdida del potro, vio inmediatamente el vasto y hermoso edificio que se destruía con aquel engaño.



La palabra, buscada en su autenticidad, lleva a la raíz misma del hombre, *ser dicente*. Dar con la palabra en el poema, en el escrito, es dar en su más honda verdad con el hombre, con su destino, con su evolución, con sus derechos, con su justicia, con su libertad. 'Saber decir al mundo, a través del instrumento característico del hombre—que es la palabra—lo que le amenaza y lo que le salva, forma parte del papel del escritor'—decía el novelista rumano Vintila Horia. Por eso también, los que envilecen la palabra (los demagogos, los falsificadores y mercaderes de la palabra) son los más implacables explotadores del hombre y avasalladores de su dignidad. La palabra solidariza. La mentira (que es la verdadera *in-decencia*) deshumaniza.



La palabra es el verdadero Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, o da frutos de vida o da frutos de muerte.



LA PALABRA, LOS MEDIOS Y UNA PARÁBOLA

*'Sed fecundos y multiplicaos y henchid
la Tierra y sometedla y ponedle nombre.'*

GÉNESIS, 1:28

Todo lo que hacemos los hombres al asociarnos tiene como sustento la palabra. Sobre la palabra reposa la vida comunal, social, creadora del hombre, lo mismo que su evolución y progreso. Si la palabra no tiene esa fundamental seriedad, la vida es un bosque sin caminos.

Si olvidamos que el medio de comunicación es el mismo hombre—comunicante y comunicativo—y no un negocio en que la palabra o la imagen tratan de independizarse y convertirse, ya no en un valor humano, sino en precio de mercado; si olvidamos que el medio de comunicación es un alza-voz, un altoparlante del corazón o la mente: damos tarjeta de crédito al crimen como excitante de la morbosidad y la violencia que producen utilidades, o a la cursilería y sustituimos las emociones nobles por pobres recetas de las más ramplonas literaturas, etc.

Quitemos al hombre como fuente y finalidad de la comunicación moderna, irrespetemos la ética de la palabra y tendremos en los medios de comunicación una fábrica de homicidas, de escritores mediocres, de exaltación de todo lo decadente y lo barato.

En esa crisis estamos: crisis que es una especie de huida de todo aquello que—por exigir arte, belleza, autenticidad y humanismo—exige el trabajo ímprobo de la calidad. Calificación difícil de alcanzar y de definir esa de la calidad, con una extraña y paradójica contradicción: en pocas etapas de la historia ha habido una ruptura tan evidente entre la calidad auténtica—que acaba imponiéndose—y la inflación ruidosa y rápidamente precedera de lo escandaloso.

Ya Mario Vargas Llosa y otros escritores y medios de comunicación, nos informan que recientemente en una de las más

renombradas salas de exposición de Londres, y para excitación de los rastacueros, se habría expuesto entre muchos artefactos de la impotencia artística y en una solemne vitrina, la solemne escultura de una cagada de elefante rodeada de zumbantes moscas. ¡Gran polémica de la crítica! Pero eso era precisamente lo que pretendían los expositores del excremento con este mercantil homenaje a la porquería: llenar sus salas de rastacueros boquiabiertos.

La anécdota es una conmovedora parábola.



QUE LAS PALABRAS FUNDAMENTALES SIRVAN PARA EL ENTENDIMIENTO

‘Maestro’—le dijeron sus discípulos a Confucio en su lecho de enfermo—‘si volvieras a vivir y se te otorgara la gracia que tú pidieras, ¿qué pedirías?’

—‘Devolver a las palabras su significado’—contestó el sabio.

El gran maestro de la sabiduría china, que había buscado toda su vida los principios fundamentales de la justicia y de la convivencia humanas, comprendió al final de su vida que la razón principal de la falta de entendimiento entre los hombres, del desorden, del desgaste de energías revolucionarias, de las injusticias, guerras y anarquías, era causada por las palabras. Palabras robadas, saqueadas de su significado.

Si se da curso a una palabra y esa palabra designa una realidad falsa, el desorden comienza. Si se usa una palabra para designar una realidad fundamental y a esa palabra le escamoteamos la realidad que designa, los hombres—que sólo pueden entenderse por medio de palabras—se precipitan al equívoco, ya no se entienden, chocan y producimos inevitablemente la anarquía.

La mayor parte de la desventura política de América tiene como causa la falsificación de sus palabras constitucionales. En vez de tenderse a devolverles su significado—en lo cual consiste, fundamentalmente, el desarrollo político—nos empeñamos en falsifi-

carlas sin comprender que toda falsificación segrega automáticamente un malestar. Nos alarmamos de nuestra subversión endémica, pero no tratamos de ir al origen de la enfermedad subversiva que radica en la mentira, en la falsificación de aquellas palabras sobre las cuales se supone que descansa el orden de cada país.

Yo recuerdo, cuando comenzaba a navegar, de muchacho, en el Gran Lago, a un viejo y estupendo marino, capitán de lancha, que mientras navegábamos iba preguntando a sus dos jóvenes marineros (dos novatos) los nombres de cada una de las jarcias y partes de las lanchas, como pudiera hacerlo un maestro en una escuela. Como yo le preguntara por qué lo hacía, me respondió: 'Es que a la hora del chubasco, si cada cosa no tiene su nombre, nos vamos a pique.' Y comprendí.

Si a la hora de la tempestad el marino dice, como decimos en la descuidada e imprecisa lengua de la ciudad, 'pasame ese chunche,' o 'desamarrá esa carajada,' mientras se ponen de acuerdo en la cosa que designan, la jugada de viento rompe la vela o da vuelta a la barca. Por eso, pocos oficios como la marinería y pocos objetos como una lancha, tienen una nomenclatura tan rica y tan precisa. Cada cuerda, cada acto del navegar, cada parte de la lancha, tiene su nombre y el buen marino debe aprenderlo a conciencia. Su gran maestro es el peligro. ¡Gran escuela de palabras precisas el poderoso lago y sus chubascos!

Si nosotros, como el viejo marino del lago, hemos pasado recientemente un chubasco, y vemos que el tiempo de América presagia temporal fuerte, comencemos por el principio aconsejándonos del sabio Confucio: devolvamos a las palabras su significado.



A VECES UNA SOLA PALABRA...

A veces una sola palabra tiene tal cantidad de memoria y tiempo bajo su pequeña lápida, que un solo golpe de reflexión es como uno de esos paletazos sobre una vieja tumba ignorada que nos descubre de pronto una honda y larga galería de tesoros encerrados. Misterio insospechable el de la lengua, usada y abusada en el constante esfuerzo del ser por manifestarse, pero llena de cortos o largos sonidos cuya repetición perfora las edades y conecta al hombre con insospechados antecedentes. Cada palabra es un peso enorme de historia.

Y solamente como un entretenimiento, como un ensayo breve, me detengo ahora, al momento de pronunciarla, en una palabra corriente y usual en Nicaragua; me la saco del labio, la miro como una cosa extraña (que es el modo de buscarle a la palabra su misterio) y me digo: ¿Qué significa 'cocijo'? ¿De dónde viene eso de decir: 'sos un cocijo,' o bien, 'sos un cocijioso'?

No es una palabra española. Hay que penetrar a la teogonía náhuatl para encontrar la raíz, la fuente de esta expresión. Cocijo era uno de los tres dioses enanos y niños, antepasados o ayudantes de Tlaloc, dios de la lluvia. Usaban un gorrito y una especie de capa y metían ruido en el cielo. Cocijo era el encargado del trueno. Se suponía que Tlaloc y sus tloques, dioses por lo general benévolos, entraban a veces en cóleras terribles, ya sea deteniendo las lluvias, ya sea provocando inundaciones y rayerías. En una nación como Nicaragua, campo de tormentas, la invocación a Cocijo—encargado del trueno—tenía que ser tan popular como lo prueba la existencia del nombre a tantos siglos de distancia. Parece que en Nicaragua Tlaloc casi perdió su clientela devota o temerosa, suplantado por Cocijo.

Muy característica festividad precolombina en honor a Cocijo era el sacrificio de niños al dios de la lluvia. El llanto de los pobres pequeños sacrificados, según la brutal creencia pagana, provocaba las deseadas lluvias. Casi siempre estos sacrificios

se ejecutaban en la cumbre de los cerros, para acercar el sacrificio a las nubes. Cada fuente, ojo de agua, pozo o laguneta, tenía un dios enano, un hermoso tlaloque de Cocijo; y del murmullo nocturno de esta agua, de los ecos y ruidos provocados por los animales en la noche, nacían temerosas leyendas alrededor de la pequeña pero temible deidad.

Resulta, por tanto, que nuestra palabra 'cocijo,' con ese significado de 'insistencia necia' que le da el pueblo, arranca del trueno, o lo que es más probable y trágico: del llanto de los niños sacrificados. El 'cocijioso' es el que molesta con la insistencia de su petición o de su pretensión. Debajo de la palabra está resonando, o bien el necio interminable tronar de nuestros horizontes en los días invernales, o algo más macabro: el milenario y nunca apagado llanto de aquellos lejanos niños antepasados, destinados a la muerte para aplacar a la colérica deidad enana.

Nunca sabe uno lo que está debajo de la palabra. Tres sílabas simples, dichas al acaso, producen ecos a través de miles de años. Y el hombre, por lo general inconsciente de lo que dice, arroja diariamente al olvido y al silencio cargas casi infinitas de memoria y de tiempo.

Pobre, pobreza

Cristo proclamó bienaventurados a los pobres y simultáneamente impuso como obligación al hombre el socorrer a esos pobres y liberarlos de las angustias y sufrimientos de la pobreza. Lo cual significa por lo menos dos cosas:

- 1 Que el cristiano debe estar con los pobres, con los desheredados de este mundo; pero debe estar con ellos para arrancarlos de su miseria. Esto no implica ninguna valoración de la misma, ni aun complicidad alguna con ella. 'Cristo tuvo horror de la miseria, como tuvo horror de la enfermedad y de la muerte. Nada falsea más su imagen que suponerle alguna complicidad con las fuerzas de destrucción. No desciende a la miseria si no es para arrancar al hombre de ella. No ama la miseria, sino al hombre miserable. Una exaltación de la miseria que expresara un resentimiento contra los valores, como Nietzsche acusa de ello al cristianismo, sería una pura perversión del Evangelio.' Eso dice Danielou.
- 2 Pero el cristianismo tiene que ser pobre ('de espíritu' dice San Lucas). Esto significa, en esencia, ser libre. Pobre es el que pone la voluntad de Dios por encima de todo. 'Buscad primero el Reino de Dios y su justicia.' La pobreza evangélica se ofrece así como la disposición de un corazón ocupado únicamente en los intereses del Reino de Dios y libre respecto a los bienes materiales. 'Soy capaz de estar en la abundancia y soy capaz de estar en la indigencia,' decía



San Pablo. La pobreza evangélica es libre aun respecto a la pobreza. Consiste en ser libre respecto a todo, salvo a la voluntad de Dios.

El cristiano es un hombre que tiene que estar dispuesto a perderlo todo. O, por el contrario, un hombre que no tiene nada que perder porque ha escogido la libertad. Es otra vez la paradoja de Cristo: 'El que salve su vida, la perderá; y el que la pierda por mi causa, la salvará.' Para el cristiano lo perdido es lo ganado.



Sólo se puede luchar contra la pobreza
con espíritu de pobreza.



¡Pobre! ¡Cuántas riquezas se consiguen en tu nombre!



'Los pies del Señor en la Tierra están necesitados'
—dice San Agustín. Los pies del Señor son los pobres.

Poesía, poeta

PÁJAROS Y POETAS

*Hace dos días en el patio de mi casa los Salta-piñuelas
entraron al territorio de los Güises / y hubo batalla.
Yo no sé cuáles vientos o leyes del polen o posición de las estrellas
establecen el invisible territorio
de una república de pájaros.*

*No sé si su exaltación es nacionalista
o si el viento crea patriotismos
más parecidos al perfume o al trino
que al corazón del hombre.*

*Pero hay batalla:
guerra florida y volátil
agresiones aéreas
danzantes amenazas
consignas musicales*

*y los vehementes inquilinos del viento contaminan con aires marciales
el casi angélico azul matutino.*

*'Y nosotros,' me decía mi padre,
'culpando a los volcanes (esos cíclopes torpes)
de nuestros patrios rencores
de nuestras guerras inciviles
para que nuestros pecados se conviertan en geología;
cuando los pájaros, los delicados hijos del viento,
destrozan su prestigio musical
por un metro de aire.'*



Pero no, padre. Los juzgamos mal entonces. La poesía aparece en el mundo con el primer pájaro; es apenas un ensayo, mejor dicho la primera sílaba de un lenguaje que sólo el hombre inventaría muchos milenios después. Pero es la poesía la que explica ese celo, esa belicosidad del pájaro por su territorio, porque a todo poeta se le da—por inspiración o por conquista—un territorio cuyas dimensiones y cuyos límites no le son conocidos al poeta; tiene que incursionar esa invisible pero sonora república, ir descubriéndola y hacerla suya.

De la autocrítica del poeta (del conocimiento de sus propias posibilidades y limitaciones) depende que se meta o no en territorio ajeno y sea o no atrapado por una influencia demasiado fuerte e inasimilable.

Cada etapa del poeta está marcada por esas incursiones a sus fronteras o a sus profundidades, y sus luchas por expandirlas o bien sus obligados repliegues cuando nuevas lecturas le hacen comprender que se está metiendo en territorios demasiado transitados o bien en territorios ajenos. En este último caso comprendemos la batalla de los pájaros o por lo menos damos con una metáfora cercana, porque conocemos lo que significa en los aires literarios el plagio. El plagio es indudablemente un acto no sólo de guerra, sino de rapiña en la poesía. Plagio grueso y vulgar cuando se mete un poeta en territorio ajeno y roba; pero también el otro más sutil y común del poeta que se mete en nuestro territorio y lo hace tan mal que lo invalida. Por eso decía Benavente: 'Bienaventurados nuestros imitadores, porque ellos serán llamados nuestros defectos.'

¿Qué defiende el pájaro? ¿Su vuelo, su nido o su canto? ¿Por qué los Güises se afirman con un canto de altanería y los Saltapiñuelas con un gorjeo de burla? ¿Será el preludio de la perpetua incomodidad del Poder con el Humor? ¿Será como la raíz de un feo sentimiento racista; o en ese gorjeo burlón pero agresivo, estarán los gérmenes del Güegüence; o en los Güises, la celosa proclamación de una libertad que nos anticipa a Diriangén?

Hay un tercer peligro, desgraciadamente muy frecuente en la batalla de los pájaros: es el grande, el famoso, el corazón de águila o de gavián que devora los huevos de los poetas jóvenes que aún no tienen conquistada su fama. El plagio del mayor al menor.

Pero volviendo a nuestra reflexión y yendo a sus raíces, lo que he llamado territorio es, en esencia, la originalidad del poeta. Mi territorio llega hasta donde yo pueda mantener el dominio de mi propia expresión. Dicho de otra manera: mi territorio tiene las dimensiones de mi canto, abarca lo que he podido cantar, lo que he podido cargar de electricidad musical—de energía expresiva—mis vivencias y mis imaginaciones. Y al decir 'electricidad musical' no me refiero a retórica, ni a rima, ni a ritmo silábico; sino a ese misterioso acierto de decir la cosa con la palabra exacta, porque 'la poesía no es otra cosa que una palabra cuyo sabor es la esencia.' Ese sabor es su música, ese sabor es el conducto de la electricidad creadora que convierte al lector en co-poeta. Porque el poeta lo que realmente hace es, más que poemas, lectores de poesía. Descubre y expresa un territorio (o varios) para que lo recorran y vivan y se apropien de él sus lectores en un turismo angélico que sólo se da en el universo de la palabra. ¡La poesía hace habitable al mundo!

Pensemos, los que somos cristianos, las continuidades inimaginables de ese territorio cuando el Hijo de Dios vivo quiso llamarse: Palabra.



'Y comenzó a decir a sus discípulos cómo debía de ir a Jerusalén y allí sufrir mucho de los ancianos, de los escribas y de los sacerdotes.'

MATEO, 16:21

La Juventud, el Hijo es la eterna juventud de Dios, debía sufrir de los ancianos.

La Palabra, el Verbo, debía sufrir de los escribas, de los escritores, de los letrados.



La Hostia pura, la víctima santa, el Cordero de Dios, debía sufrir de los sacerdotes.

¡Extraño!... Éstas son también las estaciones del poema: sufrir el peso de lo antiguo, sufrir las limitaciones de la letra, sufrir ante el reto del misterio.



POESÍA Y DEMOCRACIA

De nuestro país se puede afirmar—como afirma Evstuchenko de Rusia—que en Nicaragua el segundo poder es la poesía. No le doy al poder, por supuesto, el sentido de mando (que es el más corriente en nuestra historia), sino el significado de capacidad para formar la identidad de un pueblo o para transformar desde dentro sus tradiciones, costumbres y lengua.

Todas las batallas ganadas por nuestros héroes armados o las victorias cívicas logradas por nuestros pacíficos próceres, no han modelado tanto el nosotros de la identidad nicaragüense como una serie de poemas y escritos de Darío que esclarecieron en la mente de nuestro pueblo las razones para estar orgulloso de su ser mestizo, de la belleza de sus antagónicos paisajes de volcanes y lagos, selvas y montañas, altiplanicies y llanuras, señalándole además los peligros y asedios de su cultura y con qué armas de esa misma cultura, defenderla, como también un cierto sentimiento de dignidad y fe en la propia capacidad por haber producido a un poeta que se cuenta entre los dos o tres mayores del habla castellana.

Agreguemos a semejante cifra una lista valiosa de poetas que han mantenido la continuidad de una tradición de pasión por la altura, por la inteligencia y por la belleza.

Pero la poesía tiene un anverso en su poder que se lo da la virtud de la palabra, y es que no sólo impacta la identidad formándola y ennobleciéndola, sino que permanece desdoblándose activa como educadora de esa misma identidad. Se dice que Grecia se formó leyendo a Homero. Fue su profesor de siglos. Los nicaragüenses tie-

nen en sus poetas—cuyo jefe de filas es Darío—una serie de textos para una *paideia*. Para una hermosa, fecunda y original educación patriótica, humanista y cívica, en su mejor sentido de civilizadora.

Nicaragua es uno de los pocos países de América—a pesar de su pequeñez y escasa población—que puede darse el lujo de grabar en la mente de su pueblo a través de un variado conjunto de valiosos poemas, los valores y los conceptos fundamentales en que se basa el patriotismo, la tradición creadora y la identidad del nicaragüense.

Es en este sentido y con este significado doble de poder (de verso y reverso) que la poesía puede establecer una relación conyugal con la democracia.

Porque la poesía no acepta—sin negarse a sí misma—que su finalidad (que es ‘hacer’ el poema) sea regida por otra cosa que la poesía misma. ‘La poesía—dice un texto sánscrito—es una palabra cuyo sabor es la esencia.’ Y Dante nos da testimonio de que la poesía puede nacer en el infierno—en la noche oscura del dolor—como en el cielo, en la más sobrecogedora expresión del éxtasis.

El poeta puede y debe comprometerse (y yo pienso que al luchar por la libertad ya está dando el primer paso en la lucha por la justicia); pero la poesía no acepta otro compromiso que la misma poesía. O cae. O decae. Por eso ¡ay! del poeta que cree vender su poesía—por servilismo, fanatismo o venalidad—: lo que entrega es un billete falso. Un plagio de sí mismo en sus mejores recursos, pero el resultado es un cadáver preparado y maquillado en la funeraria del poeta.

Entonces, desconfiemos de las generosas inspiraciones que cantan con igual entusiasmo—sólo cambiando algunos adjetivos—al tirano o a la democracia, al partido o al caudillo. Fiémonos de la democracia cuando se filtra en la poesía en tanto y en cuanto se ha filtrado antes en la conciencia del poeta, como el único sistema no perfecto que da amparo a todos los derechos del hombre, a la libertad de crear y al ideal de justicia... Se infiltra como humanismo. Y la poesía, que no sirve—como sirve la prosa—

para hablar de alguna cosa, sino que 'hace' alguna cosa con las palabras ('la poesía no tiene por fin conocer, sino crear,'—dice Jacques Maritain), la poesía, desde dentro de su independiente belleza, hace sentir al hombre sentimientos o hace nacer pensamientos que en esencia son piedras vivas de la democracia, raíces vivas.

Y ese es el hermoso caso de nuestra Nicaragua: que leemos a diario a Salomón de la Selva, a Alfonso Cortés, a Juan de Dios Vanegas, a José Coronel, a Joaquín Pasos, a Ernesto Mejía Sánchez, a Luis Alberto Cabrales, a Antenor Sandino, y tantos más... Y sentimos que se edifica y surge una urbe verbal para mansión del ser nicaragüense; y que esa ciudad ideal, si se analiza, es, para quien sabe interpretar los sueños: la Democracia.



PALABRA Y CREACIÓN

El poeta sabe qué misteriosamente ligadas están Palabra y Creación. Más que creado, el mundo fue hablado por Dios. Por eso se puede orar con sólo contemplar—que es escuchar—a la Naturaleza. Cada cosa está palabreada. Cada cosa tiene como una semilla de palabra: la palabra con que Dios la creó. (El poeta anda buscando siempre, debajo de la cáscara percedera, esa palabra indeleble). La Creación no es algo que sucedió 'allá,' en el principio, y luego cesó; sino un hablar que no cesa, un diálogo vivo y permanente. Tener oídos para ese diálogo es penetrar un poco al Paraíso, recuperar en cierta manera el Edén.



Al escribir poesía, las palabras que el poeta
con más cuidado escoge,
le parecen traducciones insuficientes
de otras palabras de otra lengua
que debería ser su verdadera lengua,
pero que tanto más se le escapa
cuanto más trata de dominarla.



Todo lo que el hombre cazador ha realizado,
desde Senaquerib cazando leones en Asiria
hasta mi cacería del jaguar en Mombacho
—y el arte de la cetrería—,
es sólo metáfora de la lucha
del poeta con el adjetivo.



El silencio es el elemento de respeto
que debe rodear a la palabra.
El poeta lo que hace a veces es, solamente,
devolverle a cada palabra
su zona de silencio.

Resurrección

La resurrección de la carne es la resurrección de la vida. Resucitaré mi vida entera. Resucitaré mi edad (no aquella en que muera, sino toda ella, simultánea y plena). Resucitaré el niño, el joven, el hombre y el viejo. Y por lo mismo que podré estar en todo lugar, podré ser todo yo, sin estas muertes incesantes que forman la vida y que ponen tabiques o muros entre pasado, presente y futuro. Resucitaré de todas mis muertes. Por tanto, asumiré, viviré, todas mis vidas, no sólo por una gran memoria, sino por una real y verdadera y suprema existencia.

La alegría del cristiano (la que no nos arrebatara la vejez) está expresada en el capítulo 22 del Apocalipsis. Esa quisiera yo, fuera mi herencia a mis hijos y a mis amigos: la transmisión de esa 'buena nueva,' de esa alegría contra la que nada puede la destrucción de los años, ni los escombros que se acumulan en el final de la vida...

'Y verán su casa, y tendrán el nombre de Él sobre sus frentes. Y allí no habrá jamás noche, ni necesitarán luz de antorcha, ni luz de sol, por cuanto el Señor Dios los alumbrará, y reinarán por los siglos de los siglos.'

Sangre

Desde el comienzo del *Homo sapiens*, desde la madrugada del Paleolítico, ya la sangre imponía al hombre un respeto sagrado que, por brotar de lo más hondo de la naturaleza, subsiste hasta nuestros días. En el nombre semita del primer hombre: Adán (hecho de tierra: 'adamah'), está incluido el término 'dam' que significa sangre, 'sede de la vida.' En las cuevas más antiguas del Viejo Continente, se encuentran entierros humanos con los huesos pintados de rojo. La sangre o el color rojo que la representaba, auguraban el retorno a la vida del difunto, porque para el primitivo tanto como para nosotros, la sangre era vida. El 'yo' es un árbol regado por el río de la sangre. El rubor, el odio, el amor, todo sentimiento y aun los pensamientos y sus palabras, necesitan de esa savia, de ese vino que Cristo levantó a sacramento. O como dice Rubén:

*'...en el labio sacro, del cáliz de oro
las almas se abrevan del vino divino.'*

La sangre supera su propia realidad física y pasa a ser un valor del alma. En todas las religiones, creencias y tabúes primitivos, se tenía a la sangre como la parte del hombre donde residía el alma o el espíritu. Por eso en lenguaje popular la 'mancha de sangre' en las manos del criminal no se lava con nada. Por eso la tierra donde cae la sangre derramada queda bendita o maldita para siempre, según sea el acto de verterla generoso o criminal. En el respeto sagrado a la sangre, a pesar de todas las desviaciones y perversiones, subyace a través de todas las edades el respeto a la vida y

su dignidad. Sobre ese respeto es que la Biblia considera la sangre propiedad exclusiva de Dios. El que derrama sangre atenta contra los derechos soberanos de Dios y así leemos en sus páginas, cuando se comete un crimen, que 'la sangre clama al cielo' o que la sangre del inocente 'cae sobre la cabeza' del victimario.

Por eso no existe donación más noble que la de la sangre. Así como 'sanguinario' (arrebatar a otro su sangre) es sinónimo de inhumano, así dar la sangre por otro es la suprema generosidad. Este es también el valor metafísico del sacrificio: quien da, como un don, su sangre, hace un acto sagrado (*sacrum facere*: sacrificio): al entregar su vida, da vida, vivifica. Es una generosidad preñada de una misteriosa fecundidad.

Desgraciadamente el hombre es capaz de desvirtuar y pervertir sus más hermosas concepciones y sus más altos valores. La grandeza sagrada del sacrificio degeneró en muchas regiones y pueblos en la invención del sacrificio humano, culto sanguinario que, según los más destacados investigadores de la prehistoria, fue obra del Poder (¡siempre el Poder abusando del poder!). Según estos investigadores, al organizarse las primeras comunidades agrícolas (en lugares como Mesopotamia y Egipto), aparecen ejerciendo la autoridad unos reyes que reclaman ser encarnaciones de la divinidad. Sin embargo los pueblos que aceptan esta superstición instituyen, con la misma lógica, matar a esos reyes apenas daban señales de decadencia vital o vejez. Los dioses no pueden decaer. 'El monarca—dice E.O. James—dominaba el tiempo, el desarrollo de las cosechas y la potencia reproductora, de forma que si se agotaba su propia fuerza generativa, esto repercutía en hombres, animales y plantas. Para evitar semejante calamidad los eliminaban.'

Pero entonces los reyes—que nunca han sido lerdos en su provecho—'reformaron' esta ingrata constitución inventando el sacrificio de guerreros cautivos o de gente joven y llena de vida, diciendo que su sangre, por el valor sagrado del sacrificio, los vitalizaba y rejuvenecía.

No está muy lejos esta sanguinaria invención de mesopotamios y egipcios, de la de los aztecas, que para alimentar al sol, su dios, cultivaron el sacrificio humano en proporciones monstruosas, lo cual, no por casualidad, servía también para justificar sus guerras y su expansión imperialista. Los sacrificios humanos son aberraciones simbólicas de las invenciones del Poder para mantener su dominio.

El hombre es capaz de degradarlo todo. Sin embargo, en el sacrificio humano primitivo todavía subsiste, a pesar del homicidio, un reconocimiento al valor de la sangre y de las vidas humanas, por cuanto las creían capaces de devolverle la juventud a reyes mortecinos o de alimentar al mismo sol. Lo más terrible es cuando el hombre pierde del todo el respeto a la vida y reduce su valor a cosa. A cosa que puede venderse. Lo más terrible es cuando lo-que-no-tiene-precio pasa a tener precio. La sangre—por su noble significación de vida—repugna la idea de comercio. Es como el amor. Desde el momento en que el amor es objeto de precio, se prostituye. La sangre sólo puede donarse. Por la dignidad de su materia, por ser el río vital de la existencia del hombre, su valor es el valor de una existencia, infinitamente preciosa. Al donar su sangre el hombre mantiene en alto su condición humana: su condición de persona irreductible—en la singularidad de su destino—a nada que tenga precio. 'Nadie me paga a mi hijo muerto,' dice la madre. Y esa frase materna basta para explicar por qué la sangre no tiene precio.

Vejez

Se deja de ser niño en cuanto el recuerdo comienza a construir. La inocencia en gran parte es no tener pasado. En ciertos momentos el niño parece mostrar una profundidad misteriosa: como si guardara dentro una ancianidad prematura e inocente. En cambio, no nos produce la misma sorpresa—y debería causárnosla—esa resurrección de la niñez que muestran ciertos ancianos, como si los años devolvieran la inocencia o algo dulcemente parecido.



Mi padre temía de la vejez su arrinconamiento (la ancianidad es exilio). Él perteneció a una época en que el anciano era venerado; y quizás pulsaba el ambiente de esta otra época brutalmente indispuesta contra lo viejo. Logró mantener su personalidad hasta el último momento, encontrándole a la ancianidad su misión, su razón de ser y su fecundidad vital. Ese fue su último ‘curso’ desde ‘la cátedra tambaleante de la ancianidad,’ como él decía. Una cátedra de esperanza que es la fe del viejo, como él también decía. Mi padre me hacía notar que en el Credo, la profesión de fe se hacía profesión de esperanza en su última parte: ‘Esperamos la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro.’ Y después de esa esperanza sólo queda el amén: el gran cierre esperanzador, el hágase, el así sea de la muerte.



¿Quiénes fueron, según los Evangelios, los escogidos por Dios para reconocer y recibir al Esperado? Fueron:

- 1 Los pastores; es decir, los campesinos que representaban la humildad y sanidad de la vida natural.
- 2 Los Magos; la sabiduría creyente, que quiere decir, la sabiduría humilde.
- 3 Dos ancianos: Simeón y Ana, que 'esperaban.' Y estos dos viejos no sólo reconocen al Esperado, sino que les es dado profetizar sobre Él. Es al viejo al que se le da el dominio visionario del futuro; a él se le revela la faz oculta y misteriosa de la Esperanza.



Sólo se sabe que uno no es dueño de su muerte,
cuando comienza a perderse la juventud.



Nada envejece más rápidamente que la novedad.



En el campo del arte no hay obra vieja.

Verdad

En hebreo la verdad (*emet*) no se opone al error, sino a la nada (*sequer*). Es decir, lo contrario de la verdad es la vanidad, y la vanidad es adjudicarse a uno mismo la parte de Dios (creerte). Lo contrario de la fe, que es creer en la Verdad, no es creer en el error, sino ser un creído. Por eso Cristo, que es el Hombre-Verdad, se llama 'Amén' en el Apocalipsis ('Al Ángel de la Iglesia de Laodicea escribe: así habla el Amén, el Testigo fiel y veraz, el Principio de la creación de Dios.' APOCALIPSIS, 3:14). Porque Cristo es el 'así sea' pleno del hombre a Dios.



La humildad es el esfuerzo por mantenerse al nivel del prójimo. Un esfuerzo igualitario. Pero la igualdad no puede imponerse. Quien la impone ya no es igual. Lo contrario de la humildad es la desigualdad. La humildad es el nivel exacto de la verdad humana.

Vino

No he podido leer nunca una teología del vino, que debe existir. Me ha llamado la atención siempre la frase de despedida de Cristo en su última cena: 'Y os digo que desde hoy ya no beberé más de este fruto de la vid, hasta el día que lo beba del nuevo cáliz con vosotros en el Reino del Padre.' El vino, con su universalidad y misterio (y sueño) es el único elemento del mundo creado que parece profetizado para el mundo futuro. Y lo interesante es que el vino posee en su esencia la sugerencia inefable de esa posibilidad.

ANEXOS

ANEXO 1

*Conversación 'En el hombre
hay más que el hombre'*

PEDRO XAVIER SOLÍS.—Durante todo el medioevo, el centro de las reflexiones era ocupado por la religión. Entre Dios y el Mundo advenía la Creación; y entre Dios y el hombre advenía la Revelación. Pero desde el s. xv la pregunta que ocupó el centro de las reflexiones fue cómo hacer funcionar un cuerpo social. Y a partir de Maquiavelo, el concepto Sociedad pasa a ocupar el lugar original de la Fe; la Eternidad se convierte en Futuro; la Religión es desplazada por la Política.

Quisiera analizar con vos, abuelo, al ser humano que, para Pitágoras, es la raza de Dios, y al que vos has considerado un Dios en exilio.

PABLO ANTONIO CUADRA.—Si vos o yo o cualquiera, mira con 'ajenidad' al hombre, se dará cuenta de que el hombre es un extraño ser construido de limitaciones. Un ser que va hacia delante y que, sin embargo, no conoce su futuro. Un ser que viene de atrás y que, no obstante, olvida casi todo lo que va viviendo hasta guardar solamente pequeñísimos retazos de recuerdo. Un ser social, pero que está encerrado—de manera casi impenetrable—dentro de su intimidad, de tal modo que aún los seres más amados y con quienes más íntimamente convivimos, nos parecen en ciertas ocasiones verdaderos desconocidos.

Lo interesante es que la vida del hombre sólo es posible dentro

de estas limitaciones. Porque si conociera su futuro, terminaría el tiempo, dejaría de existir la esperanza que hace vivir y moverse al hombre. Si recordara todo su pasado siempre, la carga le sería tan pesada que enloquecería o no podría arrastrarse hacia el porvenir con esa monstruosa cola oceánica. Si estuviera visible plenamente la intimidad, cesaría el respeto, cesaría el trato humano, terminaría la sociedad, seríamos intratables. El alma sólo puede ser develizada saltando sobre la muerte en la eternidad.

De esas limitaciones nace, sin embargo, la inmensa e insaciable apetencia del hombre por la historia (para reparar la limitación de su recuerdo); por la religión y sus misterios y aun por las formas más supersticiosas de la adivinación (para levantar siquiera un poco el gran velo del futuro); y por las artes y ciencias que revelan o descubren la intimidad del hombre.

PXS.—Hay un tema que no quería dejar de tocar, que tiene que ver con tus inicios en la política. Es el siguiente: en el escenario italiano, después de terminar la primera guerra mundial, el agotamiento del erario por los gastos militares indujo a una política económica impositiva que creó una contracción del mercado, se cerraron comercios e industrias lo que resultó en desocupación y parálisis, generándose una ola de empobrecimiento. Entonces el sindicalismo cobra beligerancia, pues la clase obrera se ve obligada a defenderse contra el costo de la vida y el desempleo; y por otro lado, los campesinos reclaman la disolución de los grandes latifundios. De forma que se siembra el temor entre los sectores dirigentes y las clases ricas, hasta el punto de verse forzados a encomendarle a los fascistas de Mussolini, en alianza con estas clases pudientes, la supresión de las instituciones democráticas, restringiendo las libertades individuales y quebrantando los sindicatos. Esta nueva política influyó rápidamente en la clase media, a quienes les llegó particularmente la prédica nacionalista y antidemocrática. Hasta cierto punto es explicable la hipnosis que generó el fascismo y el Duce sobre la pequeña burguesía en el

contexto en que se produjo. ¿Pero cómo es que llega a permear las ideas iniciales de los vanguardistas nicaragüenses?

PAC.—Fueron varios factores. Primero, esa tentación totalitaria en la Vanguardia tuvo como base el culto literario a lo nuevo. La situación crítica de nuestra Patria nos lanzaba a la ruptura con el pasado y a la invención de una política nueva. Equivocadamente le repudiábamos el hecho de la guerra civil a la existencia de partidos políticos; y eso nos hizo atacar las concepciones democráticas. Por esa hendidura de la lucha fratricida, se nos filtró la influencia fascista. Además queríamos afirmarnos en lo nacional, y el fascismo tenía precisamente esa prédica nacionalista. Quisimos hacer nuestro fascismo, es decir, una cosa distinta con nuestra tradición. Pero pronto empezamos a ver, con Somoza, cómo se nos iba creciendo el peligro de la autoridad personal. Poco a poco fui confrontando la vacuidad de las ‘grandes palabras.’ Empezamos a rectificar con los mismos partidos políticos, comprendimos que la lucha armada fratricida no era producto de la democracia, y empezamos a ver a la democracia como la única salvación.

Sin embargo, cuando recuerdo la mentalidad e ideales hispanoamericanistas de mi juventud—con las aberraciones del tiempo que vivíamos—pero tan futurista, tan ancha y global, tan bolivariana, y la comparo con la venalidad de las derechas y el histerismo del falso nacionalismo de las izquierdas... yo, que reniego de mis pecados juveniles, casi me los perdono en honor de nuestra hermosa y orgullosa concepción hispanoamericanista de gravitación mundial de entonces: porque apartando los explicables contagios semi-fascistas de nuestro ‘nacionalismo continental,’ nosotros lo que buscábamos (y nuestro maestro e inspirador fue Bolívar) era una mística de unión de los pueblos de lengua española para efectuar una revolución conjunta que completara la de la Independencia, que nos diera poder (político y económico) frente a Estados Unidos—como liberación—y ante el mundo—como afirmación—; es decir que pretendíamos la formación de un grupo de gobiernos

que pusiera en marcha un proceso de cooperación multinacional, con un mensaje propio, mensaje que nosotros proponíamos 'cristiano' por nuestra tradición y por convicción humanista.

PXS.—Una de las críticas marxistas al sistema capitalista es la explotación del hombre por el hombre: el hiato entre el trabajo y su remuneración (la labor convertida en mercancía). Según Marx, se sacan ganancias a costa de los salarios bajos. En su juicio es posible mantener bajos los salarios, gracias al desempleo (que provoca una demanda de mano de obra) y la automatización. Esta situación de conflicto entre capital y trabajo haría, según Marx, colapsar al sistema. Su enfoque económico sobre este aspecto, resultó falso. La verdad es que ningún país que no tuviera alguna forma de capitalismo (sea agrario o moderno) ni de propiedad privada, ha evolucionado hacia una democracia estable. Pero el enfoque moral del marxismo sobre el capitalismo, no deja de tener fundamento.

El mercado libre que apuntala la iniciativa, la competencia y el desarrollo, es un mecanismo ciego que produce automáticamente muchas injusticias. Por eso digamos con Octavio Paz que el mercado es como una democracia: y así como la democracia política está regulada por la división de poderes, el mercado también debe ser regulado (por los empresarios, los obreros, los consumidores y el Estado). No estoy atentando, al afirmar esto, contra la actividad comercial, que de por sí es una vocación humana. Pero la necesidad de competencia mercantil no debe debilitar la cohesión social. Al analizar la analogía 'mercado-democracia,' sólo quiero señalar que el poder humano en sus diversas formas debe estar dividido y es preciso mantener esas formas en equilibrio. Lo contrario es totalitario. El gran sentido de la democracia es que nadie debe tener en sus manos la suma del poder; asimismo el mercado debe ser la expresión de un pacto social (lo que no significa lesionar el ámbito de oportunidades).

No obstante, el capitalismo de hoy no es el mismo que conoció Marx. Pensadores como Peter F. Drucker o Jacques Maritain,

consideran que ni siquiera es exacto decir que Estados Unidos es una sociedad capitalista, pues la sociedad industrial (que en sus inicios fue realmente violenta, afectando a grandes multitudes) va más allá del capitalismo y del socialismo, y es una sociedad nueva que trasciende a ambos sistemas. El comportamiento del mercado en las actuales sociedades capitalistas es el de una economía que también busca cómo ser eficiente en términos de los intereses generales (como el sistema de pensiones, el acceso a la educación y la asistencia sanitaria). La tarea de la democracia hoy, consiste en armonizar la capacidad de competencia en los mercados, la cohesión social y la libertad política. ¿Algo así como la cuadratura del círculo?

PAC.—América, en su línea de creación y pensamiento, ha demostrado la tendencia a desmontar la soberanía absoluta y la deificación del Logos del exagerado racionalismo (que ya lo vimos señoreando como diosa razón en la revolución francesa o como razón atea en la revolución rusa), tomando de ese Logos sus valores auténticos, pero complementándolos, reconciliando las llamadas facultades 'superiores' del hombre (la razón y sus modalidades) con las facultades calificadas como 'inferiores' (sensualidad, sensibilidad, imaginación). Definitivamente que esta aspiración del humanismo hispanoamericano no puede realizarse con el marxismo, mucho menos en la interpretación de Lenin. El marxismo es el esquema extremo y decadente de un superracionalismo. Es la ideología transformada en ideocracia, la 'tiranía del concepto' que juzga que lo único razonable que puede hacer el prójimo es desalienarse de su individualidad, despojándose del fardo de la libertad porque el ingeniero del plan (el comandante o los comandantes de la vanguardia de la historia) lo conducirá a su meta de una manera racionalmente definida.

PXS.—Los regímenes socialistas quisieron hacer tábula rasa, y la felicidad—que se sustenta en el amor—también se vio como el pro-



ducto de la nueva política. La utopía revolucionaria de la felicidad se sustentaba en las siguientes políticas: una orientación más hacia lo colectivo que hacia lo personal; una economía marxista que crearía posibilidades de bienestar para las masas; y un proceso político que rechazaba la interpretación religiosa de la felicidad por considerarla alienante, y que, en cambio, promovía en la entrega al ideal revolucionario las posibilidades de la autorrealización personal. No en vano para Karl Popper, el filósofo de la 'sociedad abierta,' 'de todos los ideales políticos, el de hacer feliz a la gente es el más peligroso.' Es precisamente la versión marxista de la felicidad, la mayor catástrofe antropológica de todos los tiempos, la que Popper tenía en mente al escribir esas líneas.

PAC.—El error proviene de una falta de comprensión del ser humano. Pero si somos cristianos no podemos equivocarnos la raíz, el principio, la esencia de nuestra fe. Los cristianos no pertenecemos a la escuela de un filósofo, sea tan alto como un Lao-tse o un Sócrates; no pertenecemos a la religión de un asceta extraordinario como Buda, que alcanzó un dominio de sí mismo sobrehumano; ni pertenecemos a las filas de un profeta militante como Mahoma; ni al Partido de un extraordinario líder. El cristiano no es un afiliado, sino un hijo. El bautismo no es la firma de adhesión a una doctrina, sino la incorporación por la gracia al Cuerpo Místico de Cristo. Ser cristiano es ser hijo de Dios en Cristo. Y ser hijo es reclinar la frente en el pecho de Dios.

PXS.—La encarnación de Dios siempre ha sido piedra de escándalo. 'La Encarnación es la más peligrosa lisonja de que hayamos sido objeto: nos ha dispensado un estatuto desmesurado, fuera de proporción con lo que somos'—dice un filósofo profundamente pesimista como E.M. Cioran. Pero una inteligencia que promulga una existencia sin Dios, puede caer—como en el caso de Cioran—en avistar una Creación patética. En cambio para el creyente, la Creación carece de patetismo; de ahí que la Encarnación, antes

que reflejar una humillación de Dios o un aspavento para el ser humano, significa la dignificación del hombre. La Encarnación nos hace cobrar conciencia de nuestra dignidad como hombres y, consecuentemente, de nuestra obligación de amar a los demás.

PAC.—Por eso decía: nuestra misión cristiana, además de estimular todo lo que libere al hombre de estructuras injustas; además de alentar todo lo que humanice la vida y genere relaciones sociales de mayor fraternidad, participación y justicia; nuestra misión, digo, es la de iluminar constantemente las realizaciones temporales con la luz de Cristo, con la luz divina y vivificante que brota de su persona, que es la esencia del cristianismo.

PXS.—1984 de George Orwell, puede considerarse una crítica clásica a los crueles excesos del comunismo, donde la idea de ‘felicidad’ se apuntala a base de terror y fuerza. *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, describe una corrosión de otro signo: la de un sistema de hedonismo impuesto. Huxley exalta de un modo satírico al mundo del consumismo.

Las sociedades de consumo se caracterizan por un individualismo marcado por la ‘secularización’ (esa tendencia a tratar de aislar a Dios). Ahí la imagen de la felicidad es bien artificial. Reducir al hombre a la dimensión material y económica destina los sistemas políticos a fenecer; pero además, una idea de la felicidad que ignora la experiencia humana de la muerte, podrá ser seductora, pero es cabalmente fútil. La felicidad reductiva propuesta por el discurso dominante en la cultura occidental, es de una gran banalidad: tanto tenés, tanto valés. El peligro de esa prédica de la felicidad es que la gente, al quedar prisionera de semejante superficialidad, no se dé cuenta de las necesidades y apetencias fundamentales del corazón humano.

En la sabiduría popular, el camino que conduce a la felicidad coincide con el camino que conduce a la fe. La felicidad no es todavía una variedad de los deseos humanos reducidos a lo transitorio.



Es posible aceptar la realidad del cuerpo con sus limitaciones y sufrimientos; es posible aceptar la extrema miseria con una gran dignidad; es posible incluso aceptar la fatalidad de la muerte, si hay fe.

PAC.—La vida del hombre es algo más que un capítulo de una sociología. La vida del hombre es, incluso, algo más que su propia vida limitada por la muerte. Por eso el cristiano tiene siempre algo que decir más allá o más acá de una liberación o de una revolución. Tiene mucho que decir no sólo al explotado, al oprimido, al marginado de una situación social determinada, sino a todo el que sufre por cualquier situación humana. Al que carga la angustia de sus propias culpas y al que carga las ajenas; al sabio que busca, al ignorante emparedado en sus sombras, al poeta que intuye y vaticina; al que le falta amor, al enfermo, al agonizante, al fracasado, a los nuevos marginados, a los nuevos pobres, al que perdió un ser querido o al que lo ganó por el amor; al que va hacia la vida y quiere vivirla a plenitud, y al que regresa anciano de ella y puede aspirar a otra plenitud. Tenemos algo que decirles. Tenemos, además, algo que darles: el misterioso Pan y Vino en que la esencia se hace presencia.

PXS.—El final del s. xx vino a poner en evidencia que debajo de Semíramis como de Stalin, debajo de Augusto como de Mao, debajo de Tiberio como de Hitler, el hombre no olvida que es persona, un sujeto con una indeleble conciencia de su dignidad: un día de tantos el hombre toca fondo en sí mismo y levanta de lo más profundo de su alma—como estandarte—su propia condición humana.

Es verdad que tras el derrumbe de la Cortina de Hierro (La Bastilla del s. xx fue la caída del Muro de Berlín) se enfatizó la función de la libertad del individuo. Pero es fácil convertir un acuario en sopa de pescado. De ahí el peligro de que el individualismo se convierta en una enfermedad social si desemboca (en términos político-económicos) en un 'capitalismo salvaje,' o (en términos religiosos) en una fe autista. En el aspecto cultural, el moderno

proceso de globalización se ha venido produciendo en la forma de un 'imperialismo de la mediocridad' (menos brutal que una Conquista, pero no por ello más refinado). Nos ataca una epidemia del entretenimiento banal: atributos artísticos baladíes, enlatados televisivos, zonas truculentas de la Internet, una terrible orfandad de ideas, una ausencia de paradigmas... Es lo que el sociólogo francés Pierre Bourdieu define como 'la circulación circular de la información,' al tiempo que denuncia la irrupción del fast thinking (que deriva del concepto fast food) como contaminación del mundo audiovisual, un mensaje rápido y superficial que nos impide pensar, reflexionar. Y degradar la res pública a pura banalidad no hace sino conducir a la fatiga decepcionada del ciudadano.

Es cierto que la globalización es algo que ya ha tenido lugar varias veces en la historia, pues ha venido ocurriendo desde las anteriores etapas de constitución de la forma moderna de vida: las fundaciones de colonias europeas en África, en el sudeste de Asia y en América, fueron gestas integradoras; la sociedad industrial, que empezó acarreado en máquinas de vapor materia prima procedente de todo el mundo, significó un proceso integrador; ni para qué hablar de la expansión de los modernos procesos de comunicación y la revolución microelectrónica; etc. Sin embargo, un patrón en todos los procesos de globalización (como ha observado el profesor alemán Christoph Türcke) es una fuerte dosis de exclusión social.

El actual proceso de globalización ha transformado el tradicional componente de 'exclusión,' en el de 'exclusión integrada.' El filósofo Günther Anders denomina al producto de este fenómeno: 'eremita de masas,' ese tipo humano que se apoltrona en su soledad frente a una pantalla que le permite participar de lo que pasa en el mundo, en la vida real, en lo que hacen los demás, pero marginalmente, como en el escenario de una cuarentena. Como diría T.S. Eliot: 'Distraído de la distracción por medio de la distracción.'

PAC.—Comparto ese temor. En la vida que nos estamos creando, cada vez más son las cosas mismas las que hablan, las que nos hablan, y en ese medida el hombre pierde el habla. El lenguaje va convirtiéndose en un sistema de etiquetas pegadas a las cosas, o de imágenes. La televisión nos habla o nos puebla de imágenes todo el día: el hombre está pasivamente ante ella, adormeciendo su capacidad de expresarse, masificándose y perdiendo, por reblandecimiento, los resortes activos de la comunicación humana. Cada día nos volvemos más repetidores de frases hechas o slogans de la publicidad. Antes el pueblo inventaba sus propios refranes y dichos, en los cuales se revelaba la personalidad comunal. Hoy en día el dicho es, muchas veces, aplicar un anuncio comercial a una situación vital. Las etiquetas se nos pegan en la frente y nos cosifican.

PXS.—¿Qué opinar ante el hecho de que la mayoría de los lectores rechazan los temas trascendentes y prefieren los temas simples como diversión? ¿Está en zozobra la palabra escrita?

PAC.—Creo que le estamos poniendo fecha a una deficiencia que es tan vieja como el hombre. *Stultorem infinitus est numerus* ('el número de los tontos es infinito'). La mayoría de los hombres rechazan o rehuyen los temas trascendentes por la ley del menor esfuerzo. Cien mil hombres se divierten con una pelota, pero sólo uno es un filósofo. Los cien mil se divierten—es decir: se distraen, se desvían, apartan los problemas. Y uno pone atención en ellos; y por ese uno se encuentran las soluciones y el hombre se adueña, en un grado más, de su propio misterio. Pero también un Homero sigue leyéndose. Un Bach sigue escuchándose. Un Shakespeare sigue siendo contemporáneo de los hombres de la pelota. Los siglos no se divierten, sino que se mueven por el impulso de esos solitarios.

Pero refiriéndome a la palabra escrita—y en especial al libro—se puede enfocar el tema desde dos puntos de vista.

Primero: en nuestro s. xx ha surgido un planteamiento nuevo

que es un reto para los creadores de la expresión artística. Se ha desarrollado una forma de expresión—paralela a la literaria—que es la expresión por la imagen. Literatura e Imagenitura. Pero la literatura ya probó su capacidad de asimilación apenas surgió el cine. Lo asimiló. Asimiló lo 'kinemático' de la nueva expresión, y forma ya parte de los recursos expresivos de la poesía y de la novela contemporáneas.

Segundo: no creo que la lectura sea substituida en el desarrollo y vida de la cultura. Puede que los negociantes (editores y publicistas) no encuentren por el momento la fórmula de conquistar al lector en este tránsito crítico asediado por todas las novedades de la electrónica. Pero el libro es como el árbol: su ausencia es el desierto. Está tan radicalmente unido a la civilización que su desaparición sería de un impacto social y cultural cósmico como el abismo del choque con un cometa. Hans Magnus Enzensberger compara la persistencia del libro con la de la aguja de coser, más resistente que un imperio mundial. Ninguna invención ha podido suprimirla. Y si el libro llega a ser anacrónico, estoy completamente convencido de que el anacronismo tiene todavía una gran futuro por delante.

PXS.—En las sociedades comunistas el ser humano era anulado sistemáticamente por la masa; en las sociedades de consumo el ser humano corre el riesgo cotidiano de ser absorbido por la masificación. Ninguno de estos sistemas en su concepción cruda es capaz de encuadrar los intereses particulares en una visión coherente del bien común. Pero en una democracia, en cuyo sistema se refleja la dignidad de los ciudadanos, el ser humano puede lograr trascenderse mediante la corresponsabilidad y la participación activa en la sociedad.

La auto-trascendencia estriba en que el ser humano apunte hacia algo o alguien fuera de sí mismo, superando así la tendencia narcisista (las glorias personales son solamente formas prominentes de insuficiencia). Como dice Heráclito: 'Me he buscado fuera.' El reconocimiento de la propia identidad pasa forzosa-



mente por el reconocimiento de la alteridad: una visión distorsionada del 'yo' conduce a una visión distorsionada del 'tú,' y la distorsión del 'otro' distorsiona la imagen del 'yo,' en un polarizante proceso retroalimentado. Por eso hay pocas cosas tan farsistas como el denominado 'eremita de masas,' que se integra a su sociedad, por ejemplo, desde una solitaria salita de televisión, donde lo esencial siempre sucede en otra parte. En vez de encontrar lo decisivo fuera de sí mismo, para el moderno eremita lo decisivo sucede en otra parte, en los lugares desde donde llegan las transmisiones en directo o en diferido.

Los componentes sociales conquistan su plena identidad en la búsqueda de trascendencia. 'El hombre—me has enseñado vos— es siempre más que el hombre.' La subcultura moderna de encierro impersonal, echa en saco roto los ideales de sacrificio personal, solidaridad y disponibilidad para promover el bien común. Es un lujo demasiado costoso (para la sociedad como para la naturaleza humana), echar en saco roto el simultáneo sostén y apoyo mutuo entre el 'yo' y el 'nosotros.'

PAC.—El hombre es un ser social, es un 'yo' que sólo puede realizarse dentro de un 'nosotros.' El eterno conflicto es que a veces el 'yo' quiere afirmarse y expandirse a expensas de los demás, o viceversa, que la colectividad se endurece y crece en poder aplastando la singularidad del hombre y convirtiéndolo en cosa. La sociedad ideal, por lo tanto, es la que equilibra lo singular y lo plural; no aquella que produce hombres en serie, sino la que engendra hombres singulares, cada uno realizado a plenitud como ser libre, inconfundible e insustituible. El pluralismo lo que esencialmente significa es: no ahogar la variedad en lo uniforme. No el molde, sino la libertad.

PXS.—El tiempo de las 'sociedades cerradas' (militaristas, plutocráticas o comunistas) ha dado lugar a un tiempo heterogéneo que afianza la idea de la 'sociedad abierta,' que distingue enfáticamente

la cultura de la política y que adecua nuestros pasos para el itinerario de esta nueva historia que vuelve a comenzar para nosotros. Pero en el seno de las sociedades abiertas hay que cuidarse de un pernicioso relativismo, el cual al dejar la responsabilidad en manos del fenómeno subjetivo, tiende a conformar una sociedad bien negativa. Pensar en un contrato social en el que cada cual es cada cual y tiene sus razones y con ellas el derecho a actuar como le da la gana, es representativo de una sociedad sin paradigmas, incluso a veces de un consenso mal entendido que al carecer de brújula es vulnerable a ser veleta. Relativizar convierte la realidad viva en una mera ecuación social, como si la gente fuera nada más una base para datos estadísticos. Pero no se puede construir una sociedad justa prescindiendo de la verdad sobre la persona.

PAC.—La simple curva evolutiva del hombre nos indica que el proceso de la evolución va de la no-vida a la vida, y luego, en creciente avance, a más vida. En eso consiste el avance. No en inventar primero la rueda y luego el motor y luego la computadora, sino en una escalada hacia mayores derechos y mejores condiciones de vida. Se avanza en proceso de liberación. Hacia un vivir cada vez con más plenitud y con más respeto a la vida. No vamos a superar al fosilizado 'hombre viejo,' no nos vamos a despojar de la homicida quijada de asno de los homínidos, aunque hayamos puesto un pie en la Luna, si el otro pie lo tenemos todavía en el fango sangriento de la guerra, o del odio racial o de clases, o del odio ideológico, o de la agresión contra nuestros semejantes y nuestra ecología. Porque si antes el hombre podía, en cierto modo, derrochar las formas de vida de la naturaleza (era una equivocada creencia), ahora que en la vida natural se agotan especies enteras de animales, se erosionan y devastan millares de kilómetros de bosques, y se envenenan aguas y aires de grandes regiones pobladas, el hombre todavía no acaba de comprender que la vida está vinculada en todas sus manifestaciones. No se acaba con un río, sin acabar también un poco con el hombre.

Ahora comprendemos el mensaje de radicalidad que, dentro del desarrollo del cristianismo, nos han dejado sus más señeros santos—desde un Francisco de Asís hasta un Martín de Porres—de una conducta profética de amor y exquisito respeto no sólo hacia el hombre, sino hacia todas las formas de vida, a los animales y a las plantas.

En nuestra educación tradicional se nos ha enseñado a ver en esa conducta de los santos algo así como tiernas excentricidades de seres excesivamente sensibles. Pero no. Ellos lo que marcan son las fronteras del amor y de la vida. El *Himno al Sol* de San Francisco, llamando hermanos al agua, a la tierra, a los frutos y a las flores, no es ‘lirismo’ en el sentido superficial, sino poesía en su esencial significado de acto de creación. Es, por tanto, ciencia: señala el equilibrio del mundo. Esa hermandad es científicamente vida.

No andaban errados los griegos cuando llamaron ‘Averno’ (que significa literalmente *av-ornos*, ‘sin pájaros’) a la laguna muerta por donde se entraba al Infierno. El Infierno, lugar de los que niegan la vida, comienza con la muerte de los pájaros.

PXS.—El adjetivo *modernus* empieza a emplearse a partir del s. IV d.c. y hace referencia a señas particulares de ese momento. Es entonces que se inventa un vocablo especial para definir lo propio de los días que vivimos. Ese neologismo latino implicó una ruptura en la percepción de la continuidad histórica. Dicha ruptura estuvo marcada por la expansión del cristianismo: atrás quedaba el mundo pagano. Se había producido, con la incisión de Dios en la historia, el advenimiento de un ‘tiempo nuevo.’ A partir de entonces, moderno equivaldría a cristiano, y antiguo a pagano.

Actualmente, nuevas (por decirlo así) corrientes de pensamiento, especialmente en Europa, consideran que la modernidad es asunto del pasado, pues la noción de post-modernidad estiman que hay que vincularla a la ‘crisis’ de los valores cristianos, y, consecuentemente, en la post-modernidad deberá prevalecer una interpretación atea del mundo. Es decir: el mundo antiguo fue pagano,

el mundo moderno fue cristiano y el mundo post-moderno, que será ateo, ya está generando sus propios 'valores.' El cristianismo —afirman—está en trance de experimentar la misma caída que el paganismo experimentó en su tiempo.

En una interpretación atea del mundo el individuo usurpa el rol de Dios: el hombre juega al dios que juega al hombre. Y el sentido de la historia—que en la modernidad proviene de Dios y se encamina hacia Él—bajo la supuesta corriente post-moderna despliega un devenir que tiene al hombre por principio y fin, un 'eterno retorno' cuya única apoyatura es la voluntariedad personal. Ya no sería: 'Padre, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.' Los valores trascendentes se cambian por valores immanentes.

Los antiguos griegos y romanos tampoco tenían la noción del tiempo sucesivo y progresivo. Y algunas religiones orientales consideran que el tiempo es circular. Quizás la crítica más radical frente al tiempo la hacen los hinduistas, para quienes el tiempo es una ilusión, es 'maya.' Pero es probable que en la actual noción histórica, haya ejercido una influencia particularmente fuerte el abatimiento de la ideología marxista y la evaporación del mito de una quimérica sociedad comunista al final del tiempo lineal.

PAC.—El movimiento de la historia es la esperanza. Pero bueno, sobre el punto que mencionás, te señalo que el Reino de Cristo trasciende todas las liberaciones humanas, en el tiempo y en contenido: porque el contenido de la Redención es Él, el ser que perpetuamente nos hace trascender toda situación y superar toda solución humana. Cristo no deja al hombre estacionarse en ningún logro. Nos creemos en la cumbre y su voz nos grita: 'Arriba, más arriba.' Él es el que nos dice: 'Sed perfectos como mi Padre Celestial es perfecto.' Él es el amor que no cesa y la esperanza que salta sobre la muerte.

PXS.—En cambio, la esencia del problema del hombre es ser una finitud consciente. Lo que a la vez es el elemento forjador de la

identidad humana, su falibilidad. Lo que dijo Rubén Darío con aquel Centauro: 'La muerte es la victoria de la progenie humana.' Porque la conciencia del tiempo confiere experiencia a nuestra historia al increparnos nuestra finitud.

PAC.—El calendario y el reloj son invenciones, no de la observación de los astros, sino del hombre en el espejo de los astros y del mundo. Me reflejo. Me miro a mí mismo y esa mirada, esa reflexión o conciencia, descubre el tiempo, 'la obra profunda de la hora, / la labor del minuto y el prodigio del año'—que dice Darío.

Pero al descubrir el tiempo se me filtra la angustia porque me sé encerrado en algo más pequeño y más estrecho que yo mismo. Descubro mis límites. El tiempo del gato es del tamaño del gato. En cambio, yo siempre quiero más tiempo (y por tanto más espacio). Trasciendo esa medida.

Si digo: 'Soy mi presente,' miento. Porque el presente se me destruye, se me escapa, se me hace pasado apenas comienzo a vivirlo. Cada 'soy' se convierte inmediatamente en un 'fui.'

Si digo: 'Soy mi pasado,' miento. Porque ya no lo puedo recuperar. Al pasar se me enajena. Ni siquiera puedo recordar todo mi pasado; se me disipa en olvido. Ya no es mío ni en la memoria.

Si digo: 'Soy mi futuro,' miento. Porque mi futuro es absolutamente incertidumbre. No obstante, lo específico del hombre es lanzarse sobre el mañana, aún sabiendo que en ese mañana está la muerte.

Y sin embargo algo mío subsiste sobre esos escombros. Sé que soy algo superior a mi propio desastre y que poseo una dimensión más allá de lo físico.

PXS.—El cristianismo, entre todas las religiones, le concede una importancia única a la historia (v.g.: 'Padeció bajo el poder de Poncio Pilato,' reza el Credo). La percepción cristiana posibilita una visión lineal de la historia, entendida como el proceso: Creación—Encarnación y Resurrección de Cristo—Reino de Dios. Pero el cristianismo no adora los procesos históricos, como el marxismo.

Porque la historia es una extrapolación de la eternidad. Y como la orientación histórica no es más esencial que la orientación de las almas, el cristianismo está también interesado en la historia más allá de la historia: la metahistoria. Las coyunturas históricas moldean las convicciones; por eso las convicciones envejecen congénitamente. Pero la fe cristiana trasciende la dialéctica de este mundo y sus procesos de formación, deformación y reformación; y los trasciende porque es más que una aceptación cultural.

PAC.—Lo que Dios premia con premio de eternidad es lo que hicimos por redimir el tiempo.

PXS.—Me recuerda una famosa fórmula, aunque de menor alcance que la que acabás de decir, de Eliot: *Only through time, time is conquered.* 'Sólo a través del tiempo se conquista el tiempo.'

PAC.—La maravilla del mundo de la infancia es que el ojo del niño ve el mundo casi sin tiempo. Y esa visión infantil, que nos acerca por un momento de nuestra vida al borde del Paraíso, no es más que una prefiguración de lo que el ojo verá en la otra vida sin tiempo.

El animal vive su tiempo exacto. Está emparedado entre su nacimiento y su muerte. En cambio el hombre ensancha desesperadamente los límites, los muros de su tiempo biológico. A través de lo que heredé, vivo en mi pasado; retiro hacia atrás—¿por cuántas generaciones?—mi nacimiento. Así mi tiempo no comienza conmigo. Estiro mi estatura temporal. Me empino, me agiganto robándole a mis padres, a mis abuelos, a mis antepasados, insaciable quiero nacer con Adán, y más antes, con los homínidos, con el monito antecedente y su secreto.

El mismo esfuerzo hace el hombre por robar futuro. La ancha zona central de la vida se emplea cumpliendo proyectos de mayor o menor plazo, en ejecutar acciones que nos lleven, cada día, hacia el mañana que por medio de ellas afirmamos.



Hasta hace poco toda edad buena, toda edad mejor, toda edad de oro, estaba en el pasado. Poco a poco el hombre fue desplazando su idea de la Edad de Oro del pasado hacia el futuro. No está mal el cambio: el hombre hereda recuerdo, pero hereda más esperanza. Pero el futuro no puede ser una cortina retórica para cubrir la falsificación del tiempo presente.

Hay que guardar la proporción entre las dimensiones de pasado y de futuro, de tal forma que el centro de la gravedad repose en un equilibrio que lleve el peso de la responsabilidad sobre el presente.

PXS.—Santo Tomás de Aquino dice que ‘para Dios no hay nada futuro.’ Para Dios los referentes pasado-presente-futuro, no tienen objeto de ser. Ello lo evidencia Dios cuando se manifiesta ante Moisés como Yhvh, ‘Soy el que soy’ (Éx. 3:14). Aún más, la frase es *Ejeyé asher Ejeyé*; y *Ejeyé* según algunos lingüistas utiliza la letra ‘vav conversiva’ que vuelve simultáneos todos los tiempos. Dios habría dicho: ‘Fui, Soy, Seré, el que Fui, Soy, Seré.’ Dada nuestra naturaleza, nos es imposible comprender la eternidad. La pobre experiencia temporal humana dista infinitamente de la existencia eterna de Dios, aunque el hombre vive un presente como espacio existencial configurado en parte por lo pasado y en parte por lo por venir. El ejemplo es limitado en extremo, no resiste paralelo, pero intento señalar que los hechos acontecidos (el pasado), como los no acontecidos (el futuro), tienen una influencia actual y, por tanto, existe analógicamente una confluencia de los tres tiempos históricos en el presente. El reflejo de esas intensidades que se dan en el tiempo es lo que llamamos historia.

Lo anterior es sintomático de una existencia humana a la *in-temperie* (en el tiempo), pero también *in-aeternum* (en la eternidad). De ahí que el espíritu del hombre es configurado y configurante. De ahí que toda persona ostente una lejanía omnipresente del principio y una proximidad ostensible del final.

PAC.—Dios tiene fecha desde que María dice el *Fiat*, el ‘hágase,’ al Ángel de la Anunciación. Dios se humilla a padecer un calendario. Lo eterno se sujeta al tiempo. Lo divino se hace humano. Lo infinito se somete a nacer y morir. Y porque María pone las fechas a Dios, la Iglesia ruega a Nuestra Señora el *Festina Tempus*.

En el milagro de las bodas de Caná, María dejó traslucir, con más luz que nunca, esa potestad que se le ha dado como mujer asociada a la Redención: acelerar el tiempo, adelantar la hora. Ella le pide a Cristo, en esa ocasión, un milagro. Él, que apenas comienza su vida pública, le dice que no le ha llegado todavía su hora. Ella, sin contradecirle, se dirige a los criados: ‘Hagan lo que Él les diga.’ Y Cristo adelanta su hora y hace su primer milagro.

Es que Ella, por Madre, tiene el tiempo en la palma de la mano. En la oración infatigable de la Iglesia, en el Ave María, la humanidad pide a la Mujer: ‘ahora y en la hora...’ Por eso también, entre los primeros signos del Apocalipsis que contempla Juan en Patmos (*signum magnum*) está ‘la Mujer vestida de sol.’ Los primeros tiempos (*Navidad* de la Virgen Madre) como los últimos tiempos (*Pietá* de la Madre Virgen), están sobre sus rodillas. Ella es el Tiempo que tuvo en su vientre a la Eternidad.

Acordate de una letanía de Nuestra Señora: Reloj de Dios.

Dentro de las ruinas de este siglo y de las confusiones del mundo actual, si buscamos en los horizontes cerrados algún camino de salida, ninguna figura ha producido la historia—tan sencilla pero tan capaz de rescatar las esencias que devuelven al hombre la plenitud de lo humano—como esa pura y admirable muchacha judía quien un día tuvo con un ángel un diálogo trascendental que cambió la historia de la humanidad.



ANEXO 2
Conversación con el Dalai Lama

Tenzin Gyatso, décimo-cuarto Dalai Lama.

Líder espiritual de los tibetanos.

Premio Nóbel de la Paz en 1989.

Esta entrevista tuvo lugar en Managua el 4 de julio de 1994.

PABLO ANTONIO CUADRA.—Conocemos la terrible lucha de su patria y de su religión contra la opresión forzada china. Siempre hemos simpatizado con el misterioso Tíbet, el ‘Techo del Mundo’; pero ahora agregamos a este sentimiento nuestra más profunda solidaridad con la causa de Su Santidad y de su pueblo. Para nosotros además es un ejemplo de heroísmo en la defensa de una religión y una cultura. ¿Cuál es, en opinión de Su Santidad, la fuerza mayor del espíritu humano para defender y preservar la identidad y soberanía de un pueblo?

DALAI LAMA.—Lo más importante es creer en sí mismo. Pero para tener esa fe en uno mismo hay otros factores que juegan un papel importante, como los antecedentes históricos, la propia religión, la cultura. Considero que la experiencia del sufrimiento hace más fuerte, más firme y más determinada la voluntad del pueblo. Digamos, por ejemplo, con la ocupación china, si la gente no hubiera sufrido tanto y hubieran pasado las cosas más suavemente, entonces la situación hubiera cambiado radicalmente.

PAC.—La terrible experiencia del Tíbet es una lección de gran importancia para Nicaragua, porque ya conocimos los métodos de opresión integral del comunismo.

DALAI LAMA.—En lo que concierne al comunismo, debo advertir que hay comunistas en el Tíbet, hay tibetanos comunistas, pero bajo la China comunista estos tibetanos comunistas también sufren. Así es que nuestro problema no solamente es un problema ideológico.

PAC.—¿Cuál es la razón de China para no sólo apoderarse del Tíbet, sino para querer borrar de la historia a su pueblo?

DALAI LAMA.—Al principio, la razón principal para la ocupación del Tíbet fue de estrategia militar, y los chinos esperaban que un gran número de tibetanos acogieran o dieran la bienvenida a la ocupación del Tíbet. Es bastante complicado, pues también querían el internacionalismo, o sea la revolución mundial. Posteriormente, los chinos encontraron muchos minerales en el Tíbet; y cuando se dieron cuenta del valor económico del Tíbet, fue difícil para ellos concebir un Tíbet aparte de China. La situación actual es que los tibetanos se siguen oponiendo a la ocupación, y entonces China ha recurrido a la represión brutal y total, menospreciando todo lo demás.

PAC.—Sobre la conversación que tuvimos durante el almuerzo, referente al deseo de nuestra Universidad Católica de iniciar un movimiento de universidades católicas de América para pedir la independencia del Tíbet: ¿hay alguna esperanza de que una presión internacional disminuya la voracidad imperialista de China?

DALAI LAMA.—Grandiosos beneficios. Definitivamente esa iniciativa con firmas de toda la América católica va a ser una muestra de la preocupación internacional por la independencia del Tíbet. Sería de gran beneficio en el marco de las negociaciones que tenemos con



el gobierno chino para la independencia del Tíbet y el reconocimiento del Tíbet como Estado soberano e independiente.

PAC.—Cuenta con ella. Vamos a iniciar ese movimiento. Pasando a otro tema, Su Santidad, la fe en la oración y meditación de la religión budista resiste un paralelo con lo que nos dejaron como experiencia los apóstoles y nuestros místicos. ¿A qué adjudica Su Santidad el poder de la oración? ¿Podemos cambiar el mundo por medio de la oración?

DALAI LAMA.—No, definitivamente la oración tiene su propio potencial; pero el mayor esfuerzo debe venir de la humanidad misma.

PAC.—¿Pero de qué fuerza espiritual se alimenta la no violencia? Porque estamos hablando—tanto los cristianos como los budistas—de no violencia.

DALAI LAMA.—Veamos un ejemplo de la vida diaria. Digamos, temprano por la mañana, cuando se reza, por la mañana para los budistas que le rezamos a Buda, como los cristianos u otros que le rezan a Dios. Eso, por supuesto, nos da cierta satisfacción interna, pero luego el trabajo diario tiene que ser llevado a cabo por nosotros mismos. Es lo mismo para la paz mundial: a través de la oración podemos obtener cierta paz mental. Pero junto con esa paz mental tenemos que hacer todos los esfuerzos. Las confrontaciones siempre van a existir, pero las personas que tienen paz mental pueden manejar las contradicciones y los desacuerdos, y resolverlos pacíficamente. Las personas con mentes agitadas, en vez de contribuir a resolver las contradicciones o los desacuerdos, pueden perder el temperamento y no contribuir a la paz.

PAC.—¿Sería entonces la irradiación de la paz interior?

DALAI LAMA.—Así es. Cuando una persona tiene una paz interna

crea como una atmósfera de paz. Una persona con paz espiritual, si tiene un conflicto puede ver la solución y tratar de resolver esa controversia; pero a una persona sin paz espiritual cualquier problema le puede parecer algo terrible, algo muy grande y sin posibilidades de solución. Así como usted lo ha dicho: hay que irradiar esa paz interna, esa paz mental, que se logra por medio de la oración.

PAC.—Yo considero de mucha importancia para nosotros los nicaragüenses su forma de resistencia, porque ustedes defienden su independencia y su libertad con la no violencia. Nosotros queremos también el desarrollo de nuestra democracia con la no violencia. Como cristianos rechazamos la violencia. Nosotros creemos, como Buda, que 'la malignidad en este mundo no se aplasta con malignidad.' Que la violencia engendra violencia. Por eso es de mucha importancia para nosotros la experiencia de ustedes, de su defensa por la no violencia. ¿Pero en qué confía?

DALAI LAMA.—Nuestra creencia fundamental es que la naturaleza humana es la gentileza. No importa lo terrible que sea una persona, pero en la profundidad de su ser hay una semilla de compasión. O sea que la naturaleza humana básica, fundamental, es la compasión; la compasión es el núcleo del ser humano. Por lo tanto, básicamente, la violencia está en contra de la naturaleza humana.

Hoy en día el mundo es interdependiente, somos como una gran familia. En el pasado podíamos darnos el lujo de vivir aislados o marginalmente. Ahora no. Así es que, en realidad, no existe una demarcación clara entre nuestros intereses y los intereses de los demás. Digamos, dos países que sean políticamente hostiles, pero económicamente están muy vinculados. Esa es la situación de nuestros días.

En el pasado, por ejemplo, había una diferenciación muy clara entre 'ellos' y 'nosotros,' y por eso existía ese concepto de defender uno sus propios intereses y, casi se podría decir, menospreciando

los intereses de los demás, o a veces, deliberadamente, destruyendo los intereses de los demás. Hoy en día estamos entrelazados.

Entonces la destrucción de los intereses de los otros realmente representa la destrucción de los propios intereses. Es decir, si sus vecinos tienen más progreso, usted también se beneficiará; si su vecino sufre usted mismo va a sufrir. Debido a que hay tanta interdependencia, la única alternativa es tratar de resolver los conflictos para beneficio mutuo. Así es que esa es la manera, la forma de la no violencia. Quizás pueda lograrse algo a través de la violencia, pero ésta perjudica y daña a los otros. Entonces al final de cuenta, usted también va a sufrir y va a ser dañado. Por lo tanto, cuando enfrentamos o vemos algún conflicto tenemos que resolverlo a través de la no violencia.

Tal vez a través de este método de la no violencia no se consiga el objetivo, pero por lo menos no van a producirse problemas colaterales o secundarios. Mientras que a través de la violencia quizás no se logre el objetivo, pero aun así se van a dar otros problemas. ¿Qué cree usted?

PAC.—Creo que sí. Es una empresa difícil porque es de convencimiento y sacrificio, pero es la única manera de obtener un resultado humanista, porque si se hace por medio de la violencia, engendra más violencia. Tengo otra pregunta. El Dr. Napoleón Chow me informó una cosa que fue curiosa y emocionante para mí: que Su Santidad fue amigo de uno de los amigos que más aprecié y que considero uno de los grandes hombres de este siglo, como religioso y como poeta, Thomas Merton, quien quería fundar en Nicaragua una nueva versión de la vida de monje, inspirada en la vida del campesino y del indio, así como San Benito en Europa se inspiró en la vida del campesino europeo. Él creía que una serie de monasterios viviendo esa clase de vida, tendrían un efecto mucho más importante que cualquier revolución en el cambio de América. ¿Qué opina sobre esta idea de Merton?

DALAI LAMA.—En cualquier caso los esfuerzos de los hombres religiosos por crear estos proyectos en los países menos desarrollados es maravilloso, es de gran importancia. Como le dije anteriormente, que los monjes y las monjas recen en los monasterios y conventos todo el día no es suficiente, tienen que ser más activos en los servicios sociales.

PAC.—El catolicismo tiene monjas sólo para la oración, y monjas y hermanitas como las de Calcuta, dedicadas plenamente a la caridad. Creemos que una entrega es tan importante como la otra.

DALAI LAMA.—También creo que los monjes y las monjas pueden servir como un ejemplo para la sobriedad de la vida, o sea, apartándose de los lujos innecesarios y llevando una vida ordenada y metódica. Especialmente en estos países de América Latina, ahora que se comienza a tener cierta estabilidad social.

Pero eventualmente, si tenemos la oportunidad de mejorar la economía, y, en este caso (de Nicaragua), si se persigue una economía orientada hacia el mercado, ello posiblemente profundizará la brecha entre ricos y pobres. Mientras para el país se genera una mejor economía, entre ricos y pobres puede ampliarse la brecha. Eso no es sólo moralmente malo, también en la práctica puede traer graves problemas.

PAC.—Esa brecha nosotros también queremos evitarle a Nicaragua en su desarrollo. Para terminar queremos confirmar a Su Santidad la profunda solidaridad nuestra con la lucha del Tíbet. Los ideales y propósitos de esa noble lucha: la libertad, la identidad cultural, los derechos del hombre, la independencia, componen la médula espiritual de Nicaragua, pueblo que a través de su historia ha sufrido también dolorosas agresiones a su independencia. Además, el Budismo de Compasión está muy cerca de la fe en el amor del catolicismo, religión mayoritaria en Nicaragua. Y no deja también de existir una cierta analogía entre ser centro de un Continente y ser Techo del Mundo.



ANEXO 3
*Carta a Pablo Antonio Cuadra
sobre los Gigantes*

por Thomas Merton

1

En un momento en que todas las discordantes voces de la sociedad moderna tratan de exorcizar el vértigo del hombre con lugares comunes científicos o maldiciones proféticas, deseo compartir contigo algunas reflexiones que espero no serán ni trágicas, ni presuntuosas. Sencillamente son los pensamientos de un hombre civilizado para otro, dictados por un espíritu de sobriedad y preocupación, y sin pretensiones de exorcizar nada. El vértigo del s. xx no necesita permiso nuestro, tuyo o mío, para seguir su curso. El huracán no ha consultado con nosotros y no lo hará. Lo que no significa que estemos perdidos. Únicamente quiere decir que nuestra salvación consiste en entender nuestra exacta posición, no en lisonjearnos con la idea de que el torbellino es obra nuestra o que podemos aplacarlo con sólo un movimiento de la mano.

Cierto que la tormenta de la historia se ha levantado de nuestros propios corazones. Ha surgido espontáneamente de la vacuidad del hombre tecnológico. Es el genio evocado desde las profundidades de su propia confusión por este complacido aprendiz de hechicero que gasta billones en instrumentos de destrucción y cohetes espaciales, pero no puede proporcionar lo necesario para

comer, albergarse y vestirse decentemente a los dos tercios de la humanidad. ¿Se me dirá que no está bien poner en duda la inteligencia y la sinceridad del hombre moderno? Ya sé que no se tiene como signo de pensamiento progresista discutir la 'ilustración' de nuestros bárbaros del s.xx. Pero no tengo ya ningún deseo de ser tenido por 'ilustrado,' según las normas de esos espías y torturadores, cuyo mayor título al éxito son los diversos campos de exterminio establecidos y operados por ellos hasta el extremo límite de su capacidad.

Esos gloriosos personajes, entregados a paroxismos de paranoia colectiva, se han alineado en enormes bloques de poder, cuya característica más notoria es la de parecerse el uno al otro como un par de mellizos. No había yo sacado en claro de la lectura de Ezequiel que Gog y Magog lucharían entre ellos, aunque sí que los dos serían dominados. Sabía que su voluminosa brutalidad se agotaría sobre los montes de Israel y serviría de festín a las aves del aire. Pero no me esperaba que todos nos veríamos envueltos en su caída. La verdad es que hay algo de Gog y Magog hasta en los mejores de nosotros.

Debemos desconfiar de nosotros mismos cuando lo peor del hombre se encuentra objetivado en la sociedad, aprobado, aclamado y deificado. Cuando el odio se vuelve patriotismo y el asesinato un deber sagrado, cuando el espionaje y la delación son llamados amor a la verdad y el soplón es tenido como benefactor público, cuando la comezón de los resentimientos que roen a los burócratas frustrados llega a ser la conciencia del pueblo y el gángster se entroniza en el poder, quiere decir que debemos temer la voz de nuestro propio corazón, aun cuando se alce para denunciar esas mismas atrocidades. ¿Es que no estamos todos infectados del mismo veneno?

Por eso es que no debemos dejarnos engañar de los gigantes, ni de sus tonantes denuncias del uno por el otro y sus preparativos para la mutua destrucción. El hecho de que sean poderosos no significa que estén cuerdos, ni el que hablen con intensa convicción

quiere decir que hablen verdad. Su magnitud no es prueba de que posean solidez metafísica. ¿No serán acaso espectros sin esencia, emanaciones de los pequeños corazones amedrentados de los políticos, policías y millonarios?

Vivimos en un tiempo de malos sueños, en que el científico y el ingeniero tienen el poder de darle forma externa a los fantasmas del inconsciente del hombre. Los relumbrantes proyectiles que cantan en la atmósfera, listos para pulverizar las ciudades del mundo, son sueños de gigantes sin centro. Sus circunvoluciones matemáticas son hieráticos ritos de chamanes sin credo. No es prohibido desear que sus sueños hubieran sido menos sórdidos.

¡Pero también puede que sean emanaciones de nuestro propio yo subliminal!

2

Nos ha enseñado la experiencia que una época en que los políticos hablan de paz es una época en que toda la gente es pera la guerra: los grandes personajes del mundo no hablarían tanto de paz si no creyeran secretamente que es posible, con una guerra más, aniquilar a sus enemigos para siempre. Siempre, 'después de una guerra más,' vendrá el amanecer, la nueva era del amor: pero antes, todo el que odiamos debe ser eliminado. Porque el odio, como tú sabes, es el que engendra lo que ellos tienen por amor.

Desgraciadamente el amor que ha de nacer del odio no nace nunca. El odio es la esterilidad; nada procrea sino la imagen de su furor vacío, su propia nada. Es imposible que del vacío nazca el amor. Éste está lleno de realidad. El odio destruye el verdadero ser del hombre, puesto que hace la guerra a una ficción llamada 'el enemigo.' El hombre es concreto y viviente, pero 'el enemigo' no es sino una abstracción subjetiva. La sociedad que mata hombres reales para librarse del fantasma de una ilusión paranoica, es porque está posesada del demonio de la destrucción

desde el momento en que se ha hecho incapaz de amor. Rehúsa, a priori, amar. No tiene por objeto las relaciones concretas del hombre con el hombre, sino sólo abstracciones concernientes a la política, la economía, la sicología, y aun, a veces, la religión. Las palabras y los símbolos constituyen la única realidad que nuestra época respeta, aunque se ufane de estar absorbida en la técnica y el progreso. En realidad a nadie le importa el progreso, sino solamente lo que de éste se dice, qué precio puede dársele, qué ventaja política se le puede sacar. Gog representa el amor al poder, Magog está absorbido por el culto al dinero: sus ídolos difieren, y aunque se ven las caras con gestos agresivos, su locura es la misma: son en verdad las dos caras de Jano mirando hacia el interior y dividiéndose con furor crítico el envilecido santuario del hombre deshumanizado.

Sólo los nombres cuentan para Gog y Magog, sólo las etiquetas, números, símbolos y lemas. Por sólo un nombre, una clasificación, pueden quitarte los pantalones y llevarte medio desnudo al paredón. Por sólo un nombre, una palabra, se te puede encerrar en una cámara de gas o meter en un horno para convertirte en fertilizante. Por sólo una palabra, y aun por un número curten tu piel y hacen con ella una sombra de lámpara. Si se desea obtener un empleo, ganarse la vida, vivir en una casa, comer en determinados restaurantes y viajar en ciertos vehículos en compañía de otros seres humanos, hay que tener la debida clasificación, la cual tal vez dependa de la forma de la nariz, el color de los ojos, el enrosque del pelo, el matiz de la piel o la posición social del abuelo. Vida o muerte dependen hoy de todo, menos de lo que eres. Es esto lo que llaman humanismo.

Ni la condenación, ni la rehabilitación tienen que ver con lo que se haya hecho. Ya no se trata de una cuestión de normas éticas. Nos hemos liberado de la objetividad idealista acerca de 'el bien y el mal' en la conducta. Tan oportunamente libertados de las normas y leyes morales, nos encontramos en capacidad de enfrentarnos a una creciente población de indeseables en una forma



más eficiente. Basta fijarle a cada cual una etiqueta que no requiera de su parte ninguna acción, ni esfuerzo alguno de pensamiento por parte del acusador. Esto permite a la sociedad librarse de toda suerte de 'criminales,' sin que éstos molesten a nadie cometiendo crímenes. ¡Qué medio más eficiente y humanitario de combatir la criminalidad! Con la mayor benevolencia se fusila a un hombre por todos los crímenes que sería capaz de cometer, antes de que se le presente la oportunidad de cometerlos.

3

Te escribo desde el país de Magog. El que yo tenga más simpatía por Magog que por Gog, no afecta, creo, mi objetividad. Ni implica una elección de categoría, una auto-clasificación. Rara vez ando de acuerdo con Magog, lo cual es una de las razones porque escribo esta carta. Confieso, sin embargo, estar en deuda con Magog por dejarme existir, cosa que Gog tal vez no haría. Puede que nada diga a mi favor el que confíe a medias en la vena de idealismo que hay en Magog, aceptándolo sin crítica como una prueba de que, a pesar de su estruendoso gigantismo materialista, es todavía humano. Ciertamente tolera la emotividad de sus clientes, igual que cierta desatinada frivolidad que Gog nunca podría comprender. (Y sin embargo, Gog, cuando se entona vierte abundantes lágrimas en su vaso de vodka). Magog, en definitiva, no es exigente. Una pequeña dosis de adulación le ha bastado hasta ahora. Está lejos de requerir las exorbitantes confesiones públicas que sirven de preludeo a la desaparición en el reino de Gog. La presión de Magog suele ser más útil, más suavemente persuasiva, pero no menos universal. El desacuerdo, sin embargo, es todavía tolerado.

Magog está sumido en la confusión, y más que Gog sería una fácil presa del pánico y el desaliento. Como político es menos zorro, y con la desventaja de un sistema de creencias tan impreciso y sin complicaciones que todo mundo puede entenderlo... Por eso el

mundo entero puede apreciar las discrepancias entre sus ideales y sus realidades. Así le vemos en situaciones embarazosas con más frecuencia que a Gog, el cual no tiene ideales objetivos sino sólo un proceso dialéctico por el que todo, hasta lo más desconcertante, puede en cualquier momento justificarse.

Magog se pone en grandes aprietos porque tiene que creer en sus mitos y dar de ellos razón como realidades objetivas. Esto le significa una desventaja, porque no pocos de sus miembros aún se ven afligidos, por los espasmos de un órgano atrofiado que se llama conciencia. Esto los pone a ellos en desacuerdo con el propio Magog, mientras despierta en él una impaciencia rayana en el cinismo, ya que su misma posición le obliga a sostener que todavía existe la conciencia. Mucho me temo que se las vea negras con Gog, quien no sólo mete más ruido sobre el bien y el mal, sino que al mismo tiempo se ha desembarazado de impedimentos tan bochornosos como los juicios morales. Puesto que no padece escrúpulos, sus movimientos pueden ser más ágiles y más eficaces, y en realidad explota de lo más hábilmente las emociones de Magog, a fin de hacerlo atormentarse con sus accesos de incertidumbre y desgarrarse con sus propias interrogaciones.

Gog, me parece, acaricia la esperanza de que Magog será llevado a la desesperación y, de algún modo, hasta la propia ruina, antes de que se vuelva necesario destruirlo. En todo caso le está dando a Magog las oportunidades suficientes para desacreditarse a los ojos del mundo, de tal manera que si no se le puede inducir a meter la cabeza en un horno de gas, puede en cambio lograrse que su destrucción no parezca un crimen, sino un gran beneficio para la humanidad.

Pero permíteme pasar de Gog y Magog al resto de los hombres. Y por 'el resto de los hombres' quiero decir los que aún no están con el uno ni el otro de los campeones. Hay ciertamente muchos, aun entre los que forman los grupos de poder, que odian la guerra y odian los motes, los sistemas y las declaraciones oficiales de los mismos grupos bajo cuya dominación se encuentran. Pero no parece



que puedan hacer nada por remediarlo. Su instinto de protesta se ve reprimido por el sólo hecho de saber que lo que digan, aunque no sea más que la verdad, contra cualquiera de los poderes implacables, podrá ser aprovechado por otro más inhumano todavía. Aun para protestar se debe ser discreto, no solamente por defender la piel, sino ante todo por mantener la pureza de la propia protesta frente a las obscenas propuestas del publicista, el agitador o la policía política.

4

Dejando lo que pudiera parecer ligereza, consideremos la cuestión del futuro del mundo, si acaso tiene alguno. Gog y Magog creen que lo tiene: Gog está persuadido de que la autodestrucción de Magog acarreará la edad de oro de la paz y el amor. Magog tiene el convencimiento de que si tanto él como Gog logran pasar el raudal de una guerra que sólo se mantiene con la amenaza químicamente pura de las armas nucleares, a los dos les espera un porvenir de felicidad, cuya naturaleza y posibilidad están aún por explicarse.

Yo por mi parte creo en la muy seria posibilidad de que cualquier mañana Gog y Magog se encuentren al despertar con que se han mutuamente reducido a cenizas y volado por los aires y barrido del mapa durante la noche, y que ya nada queda sino tan sólo el espasmódico funcionamiento de los dispositivos automáticos, aún en los estertores de lo que se ha llamado 'la revancha post-mortem.' Es muy probable que tal acción suprarrogatoria afecte a los neutrales que se las hayan arreglado para eludir el evento principal, pero, con todo, parece posible que el hemisferio austral logre, penosamente, volver en sí, para encontrarse solo, en un mundo más reducido, casi vacío, mucho más radiactivo, pero todavía habitable.

En esta nueva situación es concebible que Indonesia, América Latina, África del Sur y Australia queden como herederas de las

oportunidades y objetivos que Gog y Magog dejaron pasar con tan negligente abandono.

Al sur de la línea ecuatorial no hay otro territorio de mayor extensión, riqueza y desarrollo que Suramérica. La inmensa mayoría de sus habitantes son indios o mestizos. La minoría blanca del África del Sur probablemente desaparecería. Pero tal vez un residuo europeo podría sobrevivir en Australia y Nueva Zelanda. Con algo de optimismo se podría esperar la supervivencia parcial de la India y de una parte al menos de la población musulmana del norte y centro de África.

Si esto ocurriera, sería un acontecimiento de extraordinaria significación espiritual. Significaría que las culturas más cerebrales y mecanicistas, las cada vez más entregadas a vivir de abstracciones y más y más aisladas del mundo natural por la racionalización, serían sustituidas precisamente por aquellas porciones de la raza humana a las que oprimían y explotaban sin el menor aprecio o comprensión de lo que en ellas hay de humano.

Lo distintivo de esas razas es un sentido de la vida completamente diferente, una perspectiva espiritual no abstracta sino concreta, hierática y no pragmática, más intuitiva y afectiva que racionalista y agresiva. Las vertientes más hondas de la vitalidad en esas razas han sido selladas por el Conquistador y el Colonizador, cuando no envenenadas por él. Levantando la piedra de la fuente, tal vez las aguas se purifiquen con nueva vida y recuperen su virtud creadora y fructificadora. Ni Gog ni Magog pueden hacerlo por ellas.

Permíteme decirlo sin rodeos: el gran pecado del complejo europeo-ruso-americano que llamamos 'Occidente' (pecado que se ha extendido a China), no es solamente la codicia y la crueldad, no es solamente la deshonestidad moral y la infidelidad a la verdad, es sobre todo su desmedida arrogancia para con el resto del género humano. La civilización occidental se encuentra ahora en plena declinación hacia la barbarie (una barbarie surgida de su propia entraña) porque ha sido doblemente culpable de deslealtad: para con Dios y para con el Hombre. Para el cristiano



que cree en la Encarnación, y que ve en ella algo más que una devota creencia sin positivas implicaciones humanistas, no se trata de dos deslealtades, sino sencillamente de una sola. Puesto que el Verbo se hizo carne, Dios está en el hombre. Dios está en todos los hombres. En todos los hombres hemos de ver y tratar a Cristo. Dejar de hacerlo, nos lo dice el Señor, significa nuestra condenación por deslealtad a la más fundamental de las verdades reveladas. 'Tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber' (MATEO, 25:42). Esto puede extenderse a todos los posibles significados; y la intención es que se extienda a todo el ámbito de las necesidades humanas, no sólo a la de pan, trabajo, libertad, sino también a la de verdad, creencia, amor, aceptación, compañerismo y comprensión.

Una de las mayores tragedias del Occidente cristiano es que sus misioneros y colonizadores, pese a su buena voluntad (porque tenían buenas intenciones, no cabe duda y actuaban humanamente, según sus luces, bastante más brillantes que las nuestras), no hayan sabido reconocer que las razas conquistadas por ellos eran esencialmente iguales y en algunos aspectos superiores a ellos.

Fue ciertamente un bien que la Europa cristiana haya llevado a Cristo a los indios de México y de los Andes, como también a los habitantes de la India y de China; pero en lo que esos europeos fracasaron fue en no poder encontrar a Cristo, ya en potencia presente en los indios, en los hindúes y en los chinos.

Con demasiada frecuencia han olvidado los cristianos que el cristianismo penetró en la civilización griega y romana, gracias en parte a su espontánea y creativa adaptación de los valores naturales precristianos encontrados por él en dicha civilización. Los mártires rechazaron toda la grosería, el cinismo y la falsedad del culto a las divinidades estatales que no eran más que un culto al poder secular, pero Clemente de Alejandría, Justino y Orígenes pensaban que Heráclito y Sócrates habían sido precursores de Cristo. Creían que si Dios se había manifestado a los judíos a través de la Ley y los Profetas, también había hablado a los gentiles por

medio de sus filósofos. El cristianismo se abrió camino en el mundo del siglo primero no por haber impuesto normas sociales y culturales judías, sino al contrario, por haberlas abandonado, quedando libres de ellas para poder hacerse 'todas las cosas para todos los hombres.' Tal fue el gran drama y la lección suprema de la Edad Apostólica. Pero al final de la Edad Media esta lección se había olvidado. Los predicadores del Evangelio en los continentes recién descubiertos se convirtieron en predicadores y diseminadores de la cultura y del poderío de Europa. No dialogaban con las antiguas civilizaciones: les imponían su propio monólogo y, predicando a Cristo, se predicaban a sí mismos. Su ardiente espíritu de sacrificio y su humildad les permitía hacerlo con la conciencia limpia. Mas no procuraban oír la voz de Cristo en el extraño acento del indígena, como Clemente trataba de oírla en los presocráticos. Y ahora, en nuestro tiempo, tenemos una Cristiandad de Magog que no protesta contra la guerra, contra el crimen, contra la avaricia, sino sólo contra Gog.

Creo que no debemos sentirnos muy seguros de haber hallado a Cristo en nosotros mismos, hasta que no lo hallemos además en el sector de la humanidad más remoto del nuestro.

A Cristo no se le encuentra en altisonantes y pomposas declaraciones, sino en el diálogo humilde y fraterno. Se encuentra menos en una verdad impuesta que en una verdad compartida.

5

Si insisto en darte mi verdad y no me paro a recibir la tuya, no puede haber verdad entre nosotros. Cristo se halla presente 'dondequiera que dos o tres se juntan en mi nombre.' Pero juntarse en el nombre de Cristo es juntarse en el nombre del Verbo hecho carne, de Dios hecho hombre. Es por lo tanto congregarse en la fe de que Dios se ha hecho hombre y puede ser visto en el hombre, de que Dios puede hablar en el hombre y de que puede encender e inspirar el amor en y a través de cualquier hombre que



conozcamos. Es verdad que sólo la Iglesia visible tiene la misión oficial de santificar y enseñar a todas las naciones, pero nadie sabe si el desconocido a quien encontramos saliendo de la selva en un nuevo país no es ya un miembro invisible de Cristo y alguien que tal vez tenga un mensaje providencial o profético que transmitir.

Cualquier cosa que la India haya tenido que decirle a Occidente, se vio forzada a permanecer en silencio. Cualquier cosa que China haya tenido que decir, aunque algunos de los primeros misioneros le prestaron oídos y lo entendieron, el mensaje fue en general ignorado como inconcerniente. ¿Es que hubo quien escuchara las voces de los Mayas y de los Incas, aunque tenían cosas profundas que decir? Viéndolo bien, su testimonio fue simple y llanamente suprimido. Nadie creyó que los Hijos del Sol pudieran esconder después de todo, ningún secreto espiritual en sus corazones. Por el contrario se suscitaron discusiones abstractas para determinar, en términos de filosofía puramente académica, si era posible o no considerar al indio como animal racional. Uno se sobrecoge con sólo el eco de la voz del orgullo cerebral de Occidente —ya desde entonces desencarnado por el racionalismo que hoy constituye nuestro patrimonio—alzándose para juzgar el viviente misterio espiritual del hombre primitivo y condenarlo a ser excluido de aquella categoría de que exclusivamente se hacía depender el amor, la amistad, el respeto y la comunión.

Dios habla y debe ser oído, no sólo en el Sinaí, no sólo en mi corazón, sino también en la voz del extranjero. Por eso es que los pueblos del Oriente, y en general los pueblos primitivos, sienten tanta veneración por el misterio de la hospitalidad.

Debe dársele a Dios el derecho de hablar imprevisiblemente. El Espíritu Santo, que es la voz misma de la divina libertad, debe ser siempre como el viento 'que sopla donde quiere' (JUAN, 3:8). Ya en el misterio del Antiguo Testamento existía cierta tensión entre la Ley y los Profetas. En el Nuevo Testamento el Espíritu mismo es la Ley, y se halla donde quiera. Él en verdad inspira y protege a la Iglesia visible, pero si no podemos verle inesperada-

mente en el desconocido y en el extranjero, no sabremos tampoco entenderlo en la propia Iglesia. Tenemos que descubrirlo en el enemigo, si no queremos perderlo en el amigo. Si no lo hallamos en el pagano, lo perderemos en nosotros mismos, sustituyendo a su presencia viva una abstracción vacía. ¿Cómo vamos a revelársela cuando nosotros mismos no podemos descubrirla en sus personas? Tenemos, pues, que ver la verdad en el extranjero; y esta verdad tiene que ser una verdad de nuevo viva, no meramente la proyección de una idea nuestra, convencional y muerta, una proyección de nuestro propio yo sobre el extranjero.

La profanación, la desconsagración, la desacralización del mundo moderno se manifiesta sobre todo en el hecho de que el extranjero no cuenta para nada. Basta que sea 'expatriado,' 'apátrida,' para que se le considere del todo inaceptable. No encaja ya en ninguna categoría conocida, ni tiene ya ninguna explicación, por lo cual constituye una amenaza a la seguridad. Todo lo que no sea fácilmente explicable debe ser suprimido, y con ello también el misterio. Toda presencia extraña interfiere con la superficial y ficticia claridad de nuestras propias relaciones.

6

Hay más de un modo de liquidar moralmente al 'extraño' y al 'extranjero.' Basta destruir, de algún modo, lo que hay en él de diferente y desconcertante. Ya sea por persuasión, presión o fuerza, podemos imponerle nuestras propias ideas y actitudes ante la vida. Podemos inculcarle, lavarle el cerebro. Así deja de ser diferente. Así lo reducimos a la conformidad con nuestro propio modo de ver las cosas. Gog, que no hace nada si no es completamente, cree en la completa liquidación de todas las diferencias, y en convertir a los demás en fotocopias de sí mismo. Magog es algo más quijote: el extranjero se vuelve parte de sus fantasías de película cinematográfica, parte de la vida meramente soñada que la manufacturan en Madison Avenue y Hollywood. Para todo lo



referente a las realidades prácticas, el extranjero no existe. Ni siquiera se le ve. Se le reemplaza por una imagen fantástica. Lo que se ve y se aprueba de una manera vaga, superficial, es el estereotipo que ha sido creado por la agencia de viajes.

Así se explica el falso cosmopolitismo del turista inocente y del agente viajero, que va por todas partes con su cámara fotográfica, su fotómetro, sus gruesas gafas, sus anteojos oscuros, sus binoculares, y que por más que mira en todas direcciones no logra jamás ver lo que hay allí. No es siquiera capaz de hacerlo. Es demasiado dócil a sus instructores, a los que ya se lo han dicho todo de antemano. Cree a pie juntillas en los anuncios del agente de viajes a cuya sugestión compró el boleto que le condujo hasta el lugar donde se encuentra. Se le anunció lo que iba a ver y cree, en efecto, estarlo viendo. Si no es así, lo más que llega es a preguntarse por qué no ve realmente lo que le habían inducido a esperar. Bajo ninguna circunstancia se le ocurre interesarse en lo que está efectivamente ante sus ojos. Mucho menos entrar en una efectiva relación humana con los seres humanos que tiene delante. No pone en duda, por supuesto, su condición de animales racionales, como pudieron haberlo hecho en otros tiempos los colonizadores acostumbrados a las disputas escolásticas. Es que sencillamente no se le pasa siquiera por la cabeza que aquellos seres pueden tener una vida, un espíritu, un pensamiento, una cultura de ellos con su propio carácter individual y peculiar.

No sabe, en primer lugar, por qué razón anda viajando: la verdad es que viaja por sugerencia de otro. Aun en su propia casa es como un extranjero para sí mismo. De modo que viene a ser doblemente extranjero cuando se encuentra fuera de su propio ambiente. No le es posible comprender que el extranjero tiene algo muy valioso, algo realmente irremplazable que darle: algo que nunca puede comprarse con dinero, nunca ser valorado por los encargados de la publicidad, ni jamás explotado por los agitadores políticos: la comprensión espiritual de un amigo que pertenece a una cultura diferente. Todo tiene el turista, menos hermanos. Estos no existen para él.



El turista nunca conoce a nadie, nunca descubre a nadie, nunca encuentra a su hermano en el extranjero. Esta es precisamente su tragedia, y ha sido de igual manera la tragedia de Gog y Magog, especialmente la de Magog, en todas partes del mundo.

Si por lo menos los norteamericanos hubieran comprendido, después de siglo y medio, que los latinoamericanos realmente existen. Que son realmente hermanos. Que hablan distintas lenguas. Que tienen una cultura. Que tienen algo más que lo que tienen para vender. El dinero ha corrompido totalmente la hermandad que debía de unir a los pueblos de América. Ha destruido el sentido de parentela, la comunidad que ya había empezado a florecer en tiempos de Bolívar. Pero nada. La mayor parte de los norteamericanos todavía no saben, ni les importa no saberlo, que en el Brasil se habla una lengua que no es el español, que los latinos no viven todos para la siesta, ni todos ellos pasan los días y las noches tocando la guitarra y haciendo el amor. Nunca han abierto los ojos al hecho de que la América Latina es, con todo y todo, culturalmente superior a los Estados Unidos, no sólo en el nivel de la minoría adinerada que ha absorbido mejor el refinamiento europeo, sino también en el de las desesperadamente empobrecidas culturas indígenas, que a veces hunden sus raíces en un pasado no superado hasta ahora en este continente.

Así el turista bebe tequila, pensando que no le gusta y esperando la fiesta que le han dicho que espere. ¿Cómo podrá darse cuenta de que el indio que baja por la calle con la mitad de una casa cargada sobre la cabeza y una rotura en los pantalones, es Cristo? Todo lo más a que llega el turista es a pensar en lo raro que le parece que tantos indios lleven el nombre de Jesús.

7

Basta lo dicho sobre la actualidad. No soy profeta, ni nadie lo es, puesto que ya hemos aprendido a ir la pasando sin profetas. Pero debo decir que si Gog y Magog se destruyen mutuamente, como

parecen ansiosos de hacerlo, sería una lástima inmensa que los sobrevivientes del 'Tercer Mundo' intentaran reproducir el horror y la insania y la enajenación colectiva del anterior, y así volvieran a edificar otro mundo corrompido para que sea destruido a su vez por otra guerra. Al tercer mundo yo le diría que hay ciertamente una lección que aprender de la actual situación, una lección de la mayor urgencia: sed muy distintos de los gigantes Gog y Magog. Mirad lo que ellos hacen, y actuad vosotros de otra manera. Examinad sus declaraciones oficiales, sus ideologías, y hallaréis que son huecas. Observad su conducta: su fanfarronería, su violencia, sus melosidades, su hipocresía: por sus frutos los conoceréis. Con todo y sus jactancias se han convertido en víctimas de su propio terror, que no es sino el vacío de sus corazones. Pretenden ser humanistas, presumen de conocer y amar al hombre. Existen precisamente para libertar al hombre, dicen ellos. Pero ni siquiera saben lo que es el hombre. Ellos mismos son ahora menos humanos que lo fueron sus padres, menos articulados, menos sensitivos, menos profundos, menos capaces de genuino interés en el hombre. Están en vías de convertirse en gigantescos insectos. Sus sociedades van transformándose en hormigueros, sin propósito ni significado, sin alegría y sin espíritu.

¿Qué es lo malo del humanismo? No es más que un humanismo de comejenes, porque sin Dios el hombre se convierte en un insecto, un gusano de la madera, y aunque pueda volar ¿qué quiere decir eso? Hay hormigas que vuelan. Por más que el hombre vuele en toda la extensión del universo, sigue siendo no más que una hormiga voladora hasta que no recobra un centro humano y un espíritu humano en lo profundo de su ser.

¿Karl Marx? Sí, ciertamente, fue un humanista, con las preocupaciones de un humanista. Comprendió a fondo las raíces de la alienación, y aun esta misma comprensión suya algo tenía de espiritual. Marx inconscientemente construyó su sistema sobre un patrón básicamente religioso, sobre el mesianismo del Antiguo Testamento, y en la trama de su propio mito, el mismo Marx era

Moisés. No dejó de entender en cierta medida, el significado de la liberación, porque tenía metida hasta los huesos la tipología del Éxodo. Decir que estructuró un pensamiento 'científico' sobre una base de simbolismo religioso no es declararlo erróneo, sino justificar lo fundamentalmente correcto de su análisis. Marx no pensaba únicamente con la parte exterior del cerebro, ni razonaba sólo con la superficie de la inteligencia. No le bastaba simplemente con verbalizar o dogmatizar como hacen sus seguidores. Él era humano aún. ¿Es que se puede decir lo mismo de ellos?

En último término no hay humanismo sin Dios. Marx pensó que el humanismo tenía que ser ateo, y pensó de ese modo porque no entendió a Dios mejor que los formalistas bien-pensantes a quienes criticaba. Él pensaba, lo mismo que ellos, que Dios era una idea, una esencia abstracta, la cual formaba parte de una superestructura intelectual construida para justificar la alienación económica. Nada en Dios es abstracto. No es entidad estática, ni objeto de pensamiento, ni pura esencia. No tiene más esencia que su misma existencia. Dios no es objeto, sino acto. El dinamismo que Marx buscaba en la historia, era algo que en cierto modo la propia Biblia nos ayudaría a entender y esperar. Y la liberación religiosa es el tema central del Nuevo Testamento. Pero ese tema no ha sido entendido. Con demasiada frecuencia ha sido olvidado. Es, sin embargo, el propio corazón del misterio de la Cruz.

8

Yo espero lo que venga, cualquier cosa que sea, no con resignación, sino con un espíritu de aceptación y comprensión que no se puede confinar dentro de los límites del realismo pragmático. Por faltos de sentido que sean en sí mismos Gog y Magog, el cataclismo que desencadenarán está preñado de significación, circundado de luz. De la negación y el terror de Gog y Magog se derivan la certeza y la paz para todo el que lucha con éxito por libertarse de la confusión en que ellos se debaten. Lo peor que



pueden hacernos será acarrearlos la muerte, y la muerte es de poca importancia. La destrucción del cuerpo no alcanza al más profundo centro de la vida.

¿Cuándo caerán las bombas? ¿Alguien podrá decirlo? Tal vez Gog y Magog tengan aún que llevar a la perfección sus respectivas políticas y armamentos. Es posible que quieran hacer una operación nítida y magistral, lanzando bombas 'limpias,' sin lluvia atómica. La expresión es tan clínica, que casi suena a sentimiento humanitario. Como si se tratara de una delicada, casi exquisita obra de cirugía. Rápida, feliz, aséptica, pura. Tal era, desde luego, el ideal de los nazis que dirigían los campos de exterminio hace veinte años: pero ellos por supuesto, no estaban tan adelantados como nosotros. Por más que se entregaran con la dedicación debida a una tarea repulsiva, ésta no se podía llevar a cabo bajo perfectas condiciones clínicas. Lo hacían, sin embargo, lo mejor que podían. Gog y Magog llevarán el asunto al máximo refinamiento. Oigo decir que están ya trabajando en una bomba que no va a destruir nada más que la vida. Los hombres, los animales, las aves, tal vez también la vegetación. No dañará los edificios, las fábricas, los ferrocarriles, ni los recursos naturales. Un paso más y el arma habrá llegado a la perfección absoluta. Deberá destruir los libros y las obras de arte, los instrumentos musicales y los juguetes, las herramientas, los jardines, dejando intactas las banderas, los armamentos, las horcas, las sillas eléctricas, las cámaras de gas, todos los instrumentos de tortura y una gran cantidad de camisas de fuerza para los alienados. Entonces, puede, por fin, iniciarse la era del amor. El humanismo ateo puede ya establecer su dominio.

Carta de 1962

traducción de José Coronel Urtecho

ANEXO 4
*Agradecimiento por la condecoración
del Papa Juan Pablo II*

En 1986, Pablo Antonio Cuadra fue nombrado Comendador de la Orden San Gregorio Magno por el Papa Juan Pablo II. Estas fueron sus palabras de agradecimiento.

Gloria para el griego es más fuerte que toda la fama. Para el hebreo es el peso, el valor real de la persona. Para el cristiano es ser iluminado de alguna manera por la luz del rostro de Cristo. Esteban la vio cuando lo iban a apedrear y muere en éxtasis. Pablo queda deslumbrado y cegado por su gloria luminosa. El honor cristiano es reflejar esa gloria. Yo diría que cualquier distinción de mi Iglesia es un honor y un gozo; pero si esta distinción me la hace el Santo Padre Juan Pablo II, una de las personalidades de mi tiempo en quien he visto reflejarse la gloria del Altísimo (tuve el privilegio de dialogar con Su Santidad en una corta pero intensa e inolvidable conversación en Roma; y luego se me creció aún más su personalidad en la amargura de su Vía Crucis en Nicaragua, cuando no hubo viento capaz de apagar su antorcha!), entonces, una distinción suya es un gozo, no de fama, no de prestigio; es una dimensión de la caridad o reflejo del Padre; pero, tan pronto me llega, siento el peso del honor y ese peso me agobia.

Yo soy un cristiano que escribe, un poeta—un pobre cristiano con un pobre canto—y de pronto el buen pastor de Roma me señala y me dice palabras cálidas que hablan de méritos y servicios.

Santo Padre, debo decirle: por primera vez disiento de Su Santidad: *Domine, non sum dignus*. Yo sé de tantos que luchan, tantos que sufren —testigos, apóstoles, mártires actuales del Reino— que me parece obstruir con mi condecoración esos otros valores que están haciendo, con la Cruz a cuestas, la gloria futura de esta Patria cristiana. Por eso, al dar las gracias por el honor realmente inmerecido que se me hace, quiero, primero que todo, desviarlo hacia esos hermanos de la Iglesia del silencio que encienden—en la oscuridad del anónimo, o del desprecio, o de la hostilidad—la luz del Evangelio.

La Orden que se me confiere lleva el nombre de un gran Pontífice: Gregorio Magno. Hace muchos años, en Buenos Aires, un padre benedictino me obsequió *La vida de San Benito* escrita por San Gregorio Magno. Se me abrió el conocimiento de una época agitada, difícil, el comienzo de la Edad Media, que, poco a poco, me fue convenciendo de su parecido a la nuestra. Tenía que llegar, sin embargo, el pontificado de Juan Pablo II para que se me perfilara mejor el paralelo entre la Iglesia de los s. VI y s. VII, agitada por herejías—entre otras, la arrolladora herejía arriana—, por bárbaros, por guerras, pero sembradora de lo que iba a ser nada menos que Europa; con el tiempo nuestro, en que el terrorismo ha sustituido a los bárbaros, y se multiplican guerras y herejías, pero un Papa, también magno, recorre como nunca antes se había visto, el mundo, sembrando la semilla de una edad nueva.

Cuando Gregorio fue elegido Papa, en el año 590, no se veía la aurora de Europa, sino más bien el fin del mundo. Las provincias itálicas devastadas por interminables guerras e invasiones, los lombardos amenazaban al norte, la emigración de los pueblos —los exilios producidos por las guerras que hoy también conocemos— alteraban el orden político y eclesiástico, material y moral. El nuevo Papa da rumbos, socorre, enfrenta civilización a barbarie, religiosidad pura a corrupción (una de sus grandes preocupaciones fueron los malos sacerdotes), unidad contra cisma y división. Cuando amenazaba el cisma griego, mientras el metropolitano de Constantinopla reclamaba el título de ‘Patriarca Universal,’ San Gregorio asumió el título de ‘Siervo de los siervos de Dios,’

que desde entonces usan los sucesores de Pedro.

Gregorio fue un poeta, un músico; a él debemos la reorganización del canto litúrgico bajo el nombre de Canto Gregoriano. Después de San Benito, contemporáneo de San Jerónimo, sobre sus hombros se levanta Occidente.

También Juan Pablo II, en las circunstancias dramáticas que todos hemos convivido, cierra una edad y con espíritu profético abre el comienzo de una modernidad distinta. La gran crisis que llena hoy de escritos y estudios libros y revistas es la del final de aquello que se ha llamado hasta hoy moderno. Juan Pablo II es el Pontífice, el constructor de puentes de una post-modernidad: sentimos en la historia el crepúsculo de las ideologías, el inicio de algo nuevo que reniega de 'lo nuevo,' porque lo novedoso ha perdido su excitación y se ha vuelto tradicional. Hay un cansancio de los grandes cambios que no cambian y de los paraísos incumplidos. Las mismas potencias comienzan a ver los poderíos militares o económicos o culturales—ese gigantismo de Estados y Empresas que caracterizó a nuestro s. xx—como fatigantes. Llevan a la decadencia y la deshumanización. Se abre una edad que quiere rescatar las medidas del hombre, lo pequeño, lo que lleva el sello de la persona y no la pisada deformante de la masa, porque la grandeza y el gigantismo lo que han hecho es convertir en terrorista o en robot. La Edad Moderna lo permitió todo y eso mismo la ha agotado. En ella se ha llegado a hablar de la desaparición misma del hombre. Michel Foucault escribía: 'Ya no es posible pensar en nuestra época más que como en el vacío dejado por la desaparición del hombre.'

Estamos, pues, acumulando los escombros de nuestro tiempo; y en el campo escabroso del futuro, lo que vemos de prometedor en las sombras del alba es a un Pontífice que recorre afanoso el universo sembrando el trigo que cosechará y definirá el s. xxi.

Las angustias de hoy—el peligro nuclear, los misiles, el Golfo Pérsico, Beirut, Centroamérica—me recuerdan el prodigio que se cuenta de Gregorio Magno cuando vio sobre el gran monumento romano de la tumba de Adriano, al Arcángel San Miguel que



enfundaba su espada en un gesto que quería decir: 'Lucha por la paz.' Por esa visión todavía llamamos Castel Sant'Angelo a ese monumento cercano al Vaticano. La misma visión pudo haber tenido hoy Juan Pablo II al asomarse por su ventana en la Plaza de San Pedro y ver el espectáculo del mundo actual, o bien, nuestro Cardenal Miguel, mediador y pacificador de los nicaragüenses. ¡Enfundar la espada!, es hoy el grito del mundo, el grito de Centro América, el grito de Nicaragua.

Pero la paz verdadera no es sólo la no-guerra. La verdadera paz está sustentada sobre dos autenticidades, que son: una valoración auténtica del hombre y una relación auténtica con Dios.

La valoración auténtica del hombre significará el derrumbe de los últimos reductos del súper-hombre para que la historia—volviendo a su papel humilde—como las hermanitas de Calcuta vea aun en el más miserable de los hombres, la dignidad de un ser libre portador de un destino trascendente y eterno. La historia tiene que besar al leproso.

La otra autenticidad es la relación con Dios. No con un dios sociólogo o economista, no con el dios de los pobres ni con el dios de los ricos, no con el dios inventado por el hombre—¡hemos inventado tantos!—, sino con el Dios verdadero de Dios verdadero. Incluso para darle validez a esa frase tan llena de Evangelio pero tan politizada de 'optar por el pobre,' tenemos que encontrar antes a Dios, la luz de Dios, porque a lo mejor estamos creyendo servir al Amor y sólo servimos al poder; a lo mejor creemos estar con el pobre y el pobre está en la cárcel y le pegamos y lo coronamos de espinas y le preguntamos: 'Adivina quién te pegó.'

'Primero Dios'—dice la hermosa expresión nicaragüense. La nueva modernidad tiene sed del Dios único después de haber sido estafada por tantos sustitutos. Y en su búsqueda de Dios tendrá que oír lo que una vez dijo Kierkegaard: 'Jesús es contemporáneo de todo hombre.' Lo más moderno es Cristo. Sólo en el inagotable infinito de Cristo puede el hombre saciar su sed. Porque el hombre es un Dios en exilio.

Gracias.

ESCrito
A MÁQUINA

PRÓLOGO
El escritor y sus dos manos

El poeta y el editorialista no forman un monstruo de dos cabezas, sino un hombre con dos manos. La una, diremos con Jorge de Lima, 'la que escribe, la que trabaja, la que propaga la palabra... y la otra, la que silenciosamente sostiene tu frente...' La mano—Marta—trabajadora. Y la mano—María—contemplativa. Pero la izquierda sabe lo que hace la derecha. Son ramas de una unidad. El artista es un hombre. El editorialista es ese mismo hombre.

Cuando comencé a escribir fue el poeta quien inició el camino. En mi juventud las circunstancias de Hispanoamérica y el dictado del tiempo—el tiempo de Sandino—presionaron mi vocación poética a buscar lo nicaragüense, a pronunciar (como un descubrimiento) lo nacional, a encontrar sus esencias, a definir las y defenderlas. El poeta salió en busca de su tierra y de su pueblo. Lo que encontró y lo que hizo es historia aparte y larga de contar. Pero, en ese encuentro, despertó el 'otro': el periodista, el editorialista.

El pueblo que el poeta había descubierto estaba marginado, era la carne de cañón de las revoluciones, el burlado, el humillado. Y reaccionó la mano de la prosa y comenzó su obra. Se lanzó a la política. Denunció a los partidos, a la falsa democracia, maldijo la historia oficial, atacó valores establecidos; pero influido también por su tiempo, apasionado por filosofías e idearios de moda, proclamó sus soluciones con un aire profético, intransigente y energúmeno. Creía acabar con un fanatismo y él estaba quemándose en otro...

Hasta que las circunstancias, la reflexión y los traspíes, le hicieron dar de bruces contra el muro. Entonces el poeta recogió al editorialista maltrecho y desengañado. Desde entonces el poeta desconfía del editorialista. Desde entonces el editorialista desconfía de sí mismo. Ya no es el hombre que ofrece soluciones, sino que las busca. Desde entonces se niega a ser guía: es solamente un compañero. Desde entonces poeta y editorialista van juntos, sirven juntos. Sirven simultáneamente al dolor y a la belleza, como decía Camus.

Mi trabajo editorial me compromete a una búsqueda. No creo en soluciones preestablecidas; no soy hombre de partido. Creo que cada revolución se hace con su propia historia; que hay un ejercicio de la inventiva, de la creación, en toda gran política. Sin embargo, el escritor político—obligado a ser conciencia, obligado a remorder, obligado a hablar cuando lo aparentemente político es callar—no está en un lecho de rosas. Y algo más: su compromiso está asediado por las equivocaciones. El editorialista tiene que contar con las equivocaciones y rectificar constantemente. La búsqueda de la verdad es una permanente rectificación. Por eso, confieso que le tengo terror a los hombres que no se equivocan. Son los hombres que—como Hitler—conducen a sus pueblos alas grandes hecatombes.

Nuestro mundo está lleno de errores brutales exaltados como virtudes. La degradación consiste, no en cometer errores, sino en perder la conciencia de ellos y convertirlos en aciertos. Y entonces es cuando se hace más difícil la misión del escritor que quiere ser fiel a la verdad. Poco a poco se va levantando hostilidad a su alrededor. Poco a poco va quedándose aliado, únicamente, de la debilidad. Es el destino de quien se pronuncia por los humillados. La verdad siempre es humildad pero frecuentemente es humillación. Cristo no sólo lo dijo, sino que lo asumió para siempre al presentarse flagelado, escupido y coronado de espinas. *Ecce Homo*. Ese es el Hombre. Junto a ese hombre tiene que estar el escritor, con sus dos manos: la de la prosa y la de la poesía.

Magia y técnica del 007

Casi todas las novelas y películas de ciencia-ficción atraen un público numeroso, cada vez mayor. Tiene que ser así porque la ciencia está en pleno período lúdico: es el juego del mundo. Juego, en primer lugar, en el sentido más estricto de la palabra: ya que el deporte más espectacular de nuestro tiempo es esa especie de béisbol cósmico entre equipos de astronautas—URSS y USA—cuyo público es el mundo entero y cuyo campo de juego es el espacio. Pero juego, también, de tensión angustiosa y de apuesta mortal, porque nos jugamos a la ciencia el porvenir del hombre: entre máquinas, automatización, bombas nucleares e inventos científicos cuyos resultados son todavía una incógnita.

Sin embargo, entre las obras de ciencia-ficción destacan, por la atracción que ejercen sobre enormes públicos masivos, las del autor Ian Fleming. ¿A qué se debe su éxito? ¿Por qué—en concreto—las películas del Agente 007 ejercen esa fascinación obteniendo un éxito de taquilla extraordinario?

Analicemos (aunque para nuestro propósito cualquiera da lo mismo) la última obra de Fleming llevada al cine: '007 contra Goldfinger.'

El protagonista, James Bond, no es un héroe épico, ni siquiera ese último tipo de héroe épico que produjo el cine en las películas del Oeste, el cual depende todo de su propio valor personal, de su astucia, puntería y arrojo. El 007 no es propiamente un valiente, aunque pueda parecerlo. No es sobre su valor que se hace énfasis en la película; al contrario, cuando el 007 hace algo arriesgado, parece que lo realiza sin mayor esfuerzo y sin drama.

El énfasis más bien se pone sobre una serie de recursos—ajenos a la persona—de los cuales se vale el Agente 007 para salir triunfante en todas sus difíciles situaciones. No se trata, pues, de un ‘súper-hombre,’ sino de un hombre dotado de súper-poderes y de súper-recursos.

No podemos, por tanto, comparar este tipo de ‘héroe’ con el héroe a que nos tenía acostumbrado el anterior cine de aventuras. El anterior héroe se movía en una atmósfera épica. El 007 se mueve en una atmósfera mágica. Aquél era un ser vivo aun cuando se exageraran sus cualidades. Éste—James Bond—no necesita que se exageren sus cualidades, porque no es un ser vivo sino un ser ‘soñado,’ un ser onírico que se mueve en la región mágica del sueño.

El éxito de Ian Fleming es haber vuelto a contarnos los cuentos mágicos de nuestra infancia, pero usando, en vez de los elementos y símbolos antiguos, los más novedosos elementos e instrumentos técnicos modernos.

Fleming, creo yo, se dio cuenta de que el culto o la superstición cientifista moderna, ha despertado la mentalidad primitiva que todos llevamos semi-adormecida a flor de cerebro. Y apeló a ella. Pero en vez de repetir los viejos mitos de esa mentalidad—el mito del Ogro o el de las Hadas, el mito de los Talismanes, el mito del Príncipe que lucha contra el Dragón, el mito del Héroe que sale airoso de las tres pruebas, etc.—, los revistió de la técnica moderna dándoles un actualidad irresistible.

¿Por qué irresistible? Porque como ya lo habían estudiado psicoanalistas como Carl Jung o mitólogos como Joseph Campbell, los mitos y elementos fantásticos que pueblan los cuentos infantiles y las leyendas populares, no son gratuitas invenciones, sino símbolos de una serie de situaciones del alma humana en su lucha existencial. Se ha probado que las hadas y los ogros, las luchas contra el dragón, los antagonismos entre la Bella y la Bestia, o entre la astucia (como tío Conejo) y la ingenuidad (como tío Coyote), etc., lo mismo que las formas y ritmos en que se desarrollan sus aventuras, tienen características universales; se

repiten con diversos nombres y variantes a través de todos los pueblos y edades: en los mitos polinesios como en los griegos, en los cuentos de hadas nórdicos como en las leyendas africanas o nicaragüenses, porque son imágenes del subconsciente del hombre y formas de expresión de ese subconsciente.

Todo hombre posee un panteón de sueños, privado e inadvertido, donde yacen los terrores, ansias, peligros, deseos insatisfechos, perturbaciones del niño que fuimos y aventuras del descubrimiento de nuestro propio 'yo.' Esos sueños, esos fantasmas de nuestro panteón, están allí y aparecen por las noches cuando soñamos. Los hombres primitivos construyen con esos fantasmas y con esa atmósfera onírica, el mundo mágico de sus mitos, cuentos y leyendas. Ian Fleming usa esos fantasmas y esa atmósfera, pero los expresa con el lenguaje de hoy, que es el lenguaje de la ciencia, de la máquina y de la técnica.

Fijémonos que al comienzo de la película se le encarga al Agente 007 una difícil misión. En todos los mitos antiguos el 'héroe mágico' titubea antes de emprender la aventura, pero entonces surge una Hada o un Genio benéfico que le entrega unos amuletos o unos talismanes, y entonces el héroe emprende el camino con confianza. James Bond también titubea antes de empezar su aventura, pero el Hada o Genio (que en este caso es el Súper-Estado o la Súper-Policía de la cual es agente) le entrega el talismán que es una valija o un automóvil de recursos técnicos prodigiosos. Y sale a su empresa.

El ritmo de esa empresa mágica-técnica es también típicamente primitiva. Recuerdo, por ejemplo, aquel cuento de camino del Príncipe que sale a matar al Ogro y que recibe del Hada un peine, un jabón y un frasco de agua encantada. Cuando el Ogro perseguidor ya va llegando, el Príncipe tira el peine, que se convierte en una montaña impenetrable. El Ogro se enreda pero sigue. Entonces el Príncipe tira el pan de jabón y se convierte en un cerro resbaloso. El Ogro resbala, cae, pero sigue en su persecución. Entonces el héroe tira el frasco y se abre un inmenso y profundo

lago. El mismo ritmo de sucesos vemos en James Bond. Cuando es perseguido por el moderno ogro (anoten mis lectores que los perseguidores del 007 en esta película son de tipo oriental; Fleming apela al subconsciente de su público occidental que ha almacenado años y años de guerra fría contra el Oriente, para producir mayor temor), 007 aprieta el primer botón de su auto y sale un gas incendiario. En la segunda embestida aprieta el segundo botón y lucha por él una ametralladora prodigiosa. A la tercera, cuando ya tiene al perseguidor en su auto, tira un tercer botón y el asiento vuela por los aires. Estamos de pleno dentro del ritmo mágico. El hombre primitivo que llevamos dentro ya no puede escaparse de ese encantamiento.

Esto lo podemos seguir constatando en todas las secuencias de la película. James Bond nunca es derrotado o hecho prisionero de una sola vez, sino en repeticiones de ritmo mágico. Así como tío Conejo cuando lucha con el muñeco de brea, primero le da una parada y se le pega la pata, luego una bofetada y se le pega la mano, luego un panzazo y se le pega la barriga; así James Bond falla un número mágico de veces contra el ogro oriental (el del mágico sombrero-guillotina) hasta que lo reduce prisionero. Y luego en sus liberaciones, también se usa el mismo ritmo del sueño. Todo se hace y se deshace con la facilidad con que el hombre se mueve en sus sueños. Y al mismo tiempo que juega esa atmósfera onírica, Fleming mezcla con gran habilidad los elementos del subconsciente moderno. Así, por ejemplo, los botones del automóvil prodigioso: ¿qué conductor no los ha deseado en su subconsciente cuando pelea una preferencia o se le atraviesa otro auto en una colérica congestión de tráfico? El ingenio de Fleming es haber redescubierto lo que tiene de magia la técnica.

Si se acepta mi punto de vista, se explica también lo que algunos, en plan de crítica, han tachado a las obras de Fleming: su exceso de muertes. Pero las muertes que produce el 007 no tienen el dramatismo de las muertes de las películas épicas o realistas, porque se producen en esa atmósfera de sueño y en ese mundo no se

ahorran vidas humanas porque en realidad no son vidas humanas, sino imágenes oníricas las que se deshacen.

En cuanto al exceso de erotismo de estas películas y novelas, esto tiene relación, creo yo, con la misma técnica. En un mundo excesivamente mecanizado y tecnificado, la sensibilidad ha desaparecido casi por completo; entonces lo erótico es la última realidad emocional que le queda a ese pobre héroe, casi máquina, de un mundo sin alma, y se aferra a lo erótico desesperadamente como al último clavo ardiente de lo humano. James Bond se mueve en un ambiente subconsciente de tensión perpetua donde nadie es amigo. Es un ambiente parecido al de las grandes organizaciones totalitarias y policíacas de hoy. Toda ternura, todo exceso de comunicación del 'yo,' es allí un peligro. Es el mundo que ya previó el novelista Orwell, en el cual 'el amor lleva implícita la pena de muerte.' Por eso el 007 no ama. Su erotismo es mecánico.

No existe, por tanto, un posible paralelo entre el héroe James Bond y los héroes anteriores de novelas y películas de vaqueros y detectives. El lenguaje de 007 no es real, sino simbólico. Su mundo es mágico, no real. El lector o espectador de las obras de Fleming, entra o se escapa por la puerta de la técnica al mundo de los mitos y leyendas, de las hadas y los ogros. Es un retorno a la mentalidad primitiva. Mentalidad que subyace en el hombre y que el tecnicismo moderno—cuyo primitivismo no habíamos querido aceptar—ha puesto de nuevo a flote, creando esa apetencia de sueños fantástico-científicos que Fleming satisface.

20 de agosto de 1965

Progreso en el lago

Regreso de mis vacaciones. He vuelto a navegar por el Gran Lago (re-visitando lugares, conversando con personas, tomando apuntes para mis *Cantos de Cifar*), subí Río San Juan arriba hasta El Castillo, navegué por el luminoso y profundo Medio Queso hasta Las Brisas a visitar a José Coronel, viajé a la paz de Solentiname:

*De este país no quedan
sino islas*

Me embarqué de regreso en San Carlos, pisando con cuidado el muelle podrido. Cinco viejas lanchas en el agitado, olvidado, original puertecito, salen repletas de pasajeros y carga: cabezas de banano y plátanos, raicilla, pieles, madera, ganado. Subo a bordo de la *Cinco Estrellas*, la lancha del Ferrocarril. Es difícil encontrar un lugar libre para tender la hamaca (camarote móvil de nuestro pueblo navegante). Un marino me ayuda, pero miro a mi alrededor y me distraigo. Me gustaría pintar más que escribir este apretujado y multicolor ritmo de curvas hamacas, simétricas y asimétricas, que llenan y se cruzan en todos los pasillos de la lancha, trenzándose y meciéndose como si navegar fuera dormir en infinitas lunas menguantes y movientes. Primero leo un poco: libro y horizonte. La tarde humilla al sol y lo hace pasar a través de nubes sucias: luz gris. Luego, al llegar la noche, trato de dormir. Es difícil: hay un exceso de cosas que observar. Desde mi reducido espacio vital, me doy cuenta de que, para mi intranquilidad, he quedado demasiado vecino de la letrina del barco. Noto que la puerta del excusado perdió hace tiempo su aldaba. En vez de esa invención

se ha optado por otra más primitiva: han clavado y luego doblado un clavo. Todo el que va a usar la necesaria cuanto indecorosa recamarita, se detiene ante la puerta, mira el clavo con cierto desconsuelo, luego comprende que se trata de un suplente de la aldaba—y no de una condena—, aprieta con fuerza hace girar el clavo y entra triunfante. Sólo un airado pasajero, que se excedió en los tragos de despedida, se enfurece al ver el clavo, golpea con el puño la puerta, protesta, pero alguien le enseña la maniobra y entra. Tarda tanto que temo por su vida. Discretas mujeres hacen cola. Cuando sale, al mirarle los pantalones, comprendemos que de nada le sirvió haber entrado. En el suelo, bajo mi hamaca, cuatro pasajeros juegan naipes. Aumenta la clientela del clavo. Es interesante—pienso yo, por pensar en algo—nuestro método oficial de suplir las cosas siempre por las de alcurnia inferior. A una aldaba le sucede un clavo. Si se rompe el vidrio de la ventana, se repone con un pedazo de cartón o de papel. Una oficina pública se reconoce porque todo lo que era superior ha sido sustituido por lo inferior. Pienso en mis navegaciones. En menos de 50 años, en lo que yo recuerdo, el declive es angustioso. Es un viaje de retroceso acelerado. Cuando yo era muchacho, el transporte del Gran Lago estaba servido por un barco magnífico para su tiempo—*El Victoria*—, por tres vapores pequeños y por numerosas lanchas de vela, varias de ellas de dos mástiles. Recuerdo el muelle de Granada en las mañanas de invierno, repleto de barcos, alegre de velas secándose al sol. Recuerdo *El Victoria* con su capitán uniformado, su contra maestre, su auditor, su marinería disciplinada, su limpieza, su orden. Recuerdo años después el mismo *Victoria*, con su capitán en camisola, sus camarotes sucios, su carga amontonada con total irrespeto para el pasajero. Y muere el *Victoria*. Al *Victoria* le sucede otro más pequeño (vamos para atrás): *El Somoza*. Este barquito al comienzo es limpio, rápido: cruza el Lago en pocas horas con sus dos motores. Poco después el mismo barco ya no tiene más que un motor sano y tarda casi el doble de tiempo entre Granada y San



Carlos. Poco después el mismo barco ya no puede andar más que a la mitad de la velocidad con su único y destartalado motor. La última vez que navegué en él tardé casi tres días en atravesar el Lago. Poco después se retiró *El Somoza* (allí está en una isla pudriéndose). Ahora ya no queda más que la *Cinco Estrellas* en proceso de servicio, es decir, de inevitable descomposición. A las tres de la mañana cae un aguacero invernal: el techo se pasa. Ya no hay cortinas para defensa de los pasajeros. El agua nos despierta con sus golpes helados. Mi hamaca suena a cántaro. Admiro, cerca de mí, a una joven mujer que ha pasado la noche de pie abrigando con su cuerpo a su tierno hijo. El hombrecito de los tragos cruza con fuerza los brazos sin poder disimular el pálido temblor de la goma. Compadezco a un viejo enfermo que tose, defendiéndose bajo su capote, mientras su amorosa mujer lo cubre abrazándolo protectora. ¡He aquí un viaje hacia atrás! Con un poco de imaginación yo pudiera convertir esta ingrata noche en un cuento y desembarcar, como Rip Van Winkle, en una Granada de polvoriento olvido para encontrarme en el muelle con mi tatarabuelo y su tiempo:

—‘¿Tuvisteis mal viento?’—me diría él, mirándome la fatiga y el desvelo en la cara.

—‘No’—le diría yo. ‘Solamente mal gobierno.’

7 de septiembre de 1969

Unos hombres hablan de amor junto al 'cadáver' de la luna...

La llegada del hombre a la Luna y la confirmación de su ya prevista muerte, es decir, la constatación de que nuestro satélite es un cadáver cósmico, 'una hermosa y magnífica desolación' como dijo uno de los astronautas, ha suscitado en Europa una interesante discusión entre humanistas marxistas y cristianos sobre un aspecto inquietante del inquietante problema de la muerte: no la individual, sino la que han llamado 'la muerte total,' o sea la muerte de la especie y del planeta; tema y discusión que me parece oportuno comentar en este escrito de final de año, que es también de final de una década y, por lo tanto, en alguna manera, un escrito de tónica apocalíptica.

La cuestión puede plantearse de esta manera: la especie humana, a pesar de la muerte individual, ha ido evolucionando y adquiriendo cada día mayores elementos para vencer las alienaciones parciales, enfermedad, hambre, miseria, y haciéndose dueña de mayores y mejores recursos técnicos para conquistar lo posible y lo imposible. ¿Es compatible con esa fuerza creadora, con esa capacidad de sobrevivir y progresar, la alienación total de una muerte absoluta de la especie y del planeta? ¿Qué dice al hombre la posibilidad científica de desaparecer un día radicalmente y de que la Tierra presente un día—como hoy la Luna—una desolada, fría y muerta superficie cubierta por el polvo de todo cuanto hoy existe? ¿Puede ser ese el fin del inmenso proceso de milenios de la historia humana: 'un relámpago en la noche' que decía Henry

Poincaré, y puede la humanidad resignarse al hecho de que, no solamente ella misma, sino todo cuanto ella ha producido de belleza, de grandeza, de arte, de poesía, de amor—sobre todo de amor—deba un día acabar y borrarse definitivamente?

La posibilidad científica del fin no está a discusión. Puede producirse un cataclismo cósmico o un acercamiento progresivo del Sol que arrase a fuego la Tierra. Puede alejarse el Sol o puede atravesarse una nube cósmica que lo cubra y nos impida su calor y su luz hasta que lentamente nos congelemos y después de ser hielo seamos polvo. Podemos nosotros mismos, en un mal uso de nuestra libertad, desatar una guerra nuclear que aniquile toda forma de vida en la Tierra. Ningún científico puede negar cualquiera de estas posibilidades u otras. Entonces, ¿qué significado tiene el hombre, su evolución, su historia, su existencia?

El marxista alemán Robert Havemann supone que la naturaleza ha producido o está probando producir la vida en millones de puntos del cosmos inconmensurable. Entre esas millones de tentativas no significa nada para el cosmos si la vida humana se extingue. Otra estirpe más afortunada, en compensación, asumirá el relevo en otra lejana estrella. Sin embargo, contradecimos la esencia de la humanidad si nos abandonamos fatalistamente a este destino. 'Debemos siempre—afirma Havemann—dar vida a aquello que es inmortal en el hombre. Desarrollar al máximo todo medio de comunicación...'

Pero, ¿no se nota una cierta desesperación en este querer comunicar nuestra existencia a esa otra posible humanidad? ¿Qué queda del hombre si no podemos y la muerte es total? ¿Qué significa 'dar vida a aquello que es inmortal en el hombre'?

Gilbert Mury, el marxista francés, hace otra suposición: desde los primeros cosmonautas hasta el lejano momento en que nuestro planeta se extinga, ya el hombre habrá tenido tiempo de poblar otro planeta 'y aunque una gran parte del patrimonio humano sea destruido, siempre será suficiente que nosotros hayamos podido enviar, a través del espacio, como un mensaje abierto al

porvenir, a cualquier pionero de la conquista interplanetaria, para que la agonía de un astro deje de ser la agonía del trabajo humano.'

La frase de Mury es hermosa, pero sólo aplaza el problema. Ir a otro astro no es esquivar la muerte final.

Róger Garaudy, el famoso marxista francés, recuerda, en cambio, la definición del joven Marx que consideraba la muerte (individual) como una terrible venganza de la especie sobre el individuo. La muerte da a la vida sobre la Tierra su plena dimensión, que no es individualista, sino comunitaria, dice Garaudy. Pero ante el problema de la muerte total se niega a aceptar la destrucción definitiva: 'Hay una dimensión de eternidad en la superación del individualismo, en la realización de la verdadera relación interhumana, fraterna, amorosa.'

Y dando un paso más Ernst Bloch considera que hay una semilla utópica, una esperanza de total liberación, un núcleo esplendente pero todavía oscuro en 'la parte potencialmente más noble de la materia humana,' que tiene que saltar sobre el muro de la muerte. Por eso, como marxista, cree que es falso e injusto ver en la tentativa religiosa de superar la muerte solamente intereses oscurantistas de las clases privilegiadas. 'En la voluntad de sobrevivencia—dice—el hombre ha dado salida no a su egoísmo, sino al convencimiento de su innegable dignidad humana.' El hombre no puede aceptar que su futuro se encierre en un cadáver sin diferencia con el animal.

Hay, pues, según ellos, algo inmanente en lo humano que rechaza la muerte total. Ya Teilhard de Chardin había enfocado el problema con su luminosa genialidad. Toda la historia de la humanidad—decía—es un camino convergente hacia una progresiva unificación, una unidad cada vez más intensa, cuya base es el amor. Si la humanidad ha tomado ese camino no es para desembocar en el vacío de la muerte total, sino para superar, para saltar la barrera de la muerte: para llegar al punto Omega que es Dios. El amor que hizo la especie no es más que el imperfecto anticipo del Amor Perfecto hacia el cual se dirige. Un universo que continuase

perfeccionando su sentido de la vida para desembocar en la muerte absoluta, sería un mundo estúpido, un monstruo del espíritu, vale decir: una quimera. Donde se ha producido el pensamiento y el amor, no puede haber muerte total.

El amor es una garantía de inmortalidad. Misteriosa pero iluminadoramente, hace dos mil años, Juan, el mismo que escribió el Apocalipsis, lo dijo en esta frase: 'Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos. El que no ama a sus hermanos permanece en la muerte.'

El amor es la semilla que ha sido sembrada en la materia para que venza a la muerte. Toda la creación—dice San Pablo—gime como con dolores de parto, esperando ese día, esa etapa en que obtendrá toda ella su victoria sobre la muerte.

'Yo vencí al mundo'—dice Cristo. Esto significa que también venció su posible destrucción. Esto significa que puede apagarse el Sol, pues la nueva Jerusalén, la nueva Tierra, será iluminada por el Amor.

¡Y sean los que te aman como el salir del sol con todo su fulgor!

JUECES, 5:31

28 de diciembre de 1969

1929–1930

Hace cuarenta años, en el transcurso de 1929 a 1930, es cuando comencé como escritor—creo yo—a percibir el mundo que me rodeaba. Anteriormente la poesía para mí era solamente una manera de estar enamorado (y un amor adolescente es el régimen más totalitario que puede imponérsele a un corazón humano).

Cuando reviso mi memoria—tan propensa a engañarme—cuando leo viejos diarios o revistas de esos años, algunos sucesos, algunas fisonomías, algunos nombres, me parece que realmente pertenecieron a ‘mi’ tiempo, no porque me sean conocidos o porque los reconozca, sino porque se me convierten en llaves mágicas—en ‘sésamo ábrete’—de grandes o de pequeñas zonas de mi vida completamente olvidadas.

Seguramente he visto muchas veces, en años siguientes, fotografías de Lon Chaney: ‘el hombre de las mil caras,’ el héroe de un cine-melodrama que nos electrizaba a los muchachos de 1929, pero una vez que—por curiosidad—fui a ver de nuevo en un cine de Madrid, hace pocos años, una vieja película de Chaney de aquella época, comprendí que era un elemento integrado a mi vida porque los recuerdos que me removía trayéndolos a primer plano eran tantos que casi sepultaban al mismo Lon Chaney, inocente con sus burdas caracterizaciones del poder mágico que tenía sobre mi subconsciente. Clara Bow, la *flapper*, la niña que monopolizaba el *it* de entonces, ¿a cuántos de mi tiempo les hará reconstruir, revivir o re-amar, no la fisonomía pizpireta de Clara Bow, sino la de las niñas reales que amábamos a través de ella?

Pero cuento esto para preguntarme cómo es que el mundo ambiental se filtra en el alma y la vida de un muchacho de 15 ó de 17 años en ese primer encuentro descubridor.

Yo sé ahora que el guión 1929-1930 fue mi comienzo del s. xx y creo que fue también entonces que comenzó el s. xx a 'dar su medida.' Había pasado la primera gran Guerra Mundial. Los últimos restos del s. xix—las largas colas con sus vales, las rosas mustias del mal de fin de siglo y sus ojeras, el azul optimista y la seguridad burguesa con sus bombines—habían sido reducidos a ceniza en la conflagración. Precisamente en ese año 29 aparecía y se convertía en *best-seller* la novela-inventario del asco, la inutilidad y el desastre de esa guerra: *Sin novedad en el frente*.

Luego, lo que quedaba de aquel viejo capitalismo decimonónico había quebrado estrepitosamente en el colosal 'crash' de 1929. Las hélices del s. xx comenzaban a moverse con su loca velocidad: despegaba el siglo, ¿hacia dónde? Se suicidaban los millonarios; el imperio de los gángsteres—Al Capone, Frank Costello...—llegaba al meridiano; surgía la *flapper* y la minifalda; el cigarrillo dejaba de ser una liturgia recatada y con horario para convertirse en uso y abuso que llena de humo el mundo; se bebe caudalosamente; el beso se sale del tálamo para convertirse en final de todas las películas; el baile se vuelve agitado como una coctelera; el automóvil comienza a convertirse en el centauro de nuestra era, animal mitológico mitad velocidad, mitad erotismo...

Mientras tanto, sobre la barda prohibida de la Rusia mugrienta comienza a levantarse el rostro de un emperador proletario: Stalin, amo absoluto del poder comunista desde 1924, es ya un amenazante poder mundial. Mussolini, que ha marchado sobre Roma en 1922, es ya también un poder, una revolución y un mito, que contagia al mundo. La crisis norteamericana del 29 se extiende sobre Europa y produce la angustiosa situación alemana en cuyo caldo nace y crece el nazismo. Hitler está a las puertas. Comienza, pues, en 1929-1930, a perfilarse la fisonomía del gran monstruo de este siglo: el Poder Político.

Una mente lúcida de esos años profetiza lo que viene: 'El desarrollo del terror, la eliminación progresiva de toda tendencia contemplativa y de la intimidad fecunda y creadora, la deshumanización, la apelación a las grandes fuerzas telúricas o irracionales, el poder de los 'slogans,' la solidaridad estéril de hombres mecánicos radicalmente solitarios frente a un Estado hostil en permanente Estado de Sitio...' Era el terrible y demoníaco mundo del Poder presentido unos años antes por Kafka.

¿Cómo llegaba a nuestro corazón ese sordo retumbo de la historia que preludiaba el gran cambio? No de una manera directa, no por el análisis o la reflexión, sino como imponderables fuerzas que nos agitaban y nos inquietaban, impulsándonos a la rebeldía y a la inconformidad, 'pues todos, confesándolo o no—como decía Hermann Hesse en *Demián*, una novela de esos años—sentíamos cercano y perceptible ya, un ocaso de lo actual y una nueva aurora.'

En Nicaragua, 1929 significaba la llegada al poder del Partido Liberal de Moncada. Era el derrumbe de una pequeña etapa provinciana de nuestra provinciana historia, pero en nuestro país intervenido, rodeado como una isleta por el rugiente mar de una época mundial que comenzaba a desarrollarse, la pequeña novedad de un partido en el Gobierno no criaba esperanzas sino inquietudes: las fogatas de Sandino en la montaña iluminaban con destello dramático el sentido de lo nacional, y nuestra incipiente poesía fue con esa luz que empezó a buscar—en la oscuridad de nuestro destino—los elementos nicaragüenses que necesitaba para expresarse.

Del mundo nos llegaba una agitación literaria sin precedente. Las primeras noticias del Dadaísmo, del Surrealismo, del Futurismo, de Joyce (esas primeras noticias de 'lo nuevo' que tienen con frecuencia más poder revolucionario en el corazón del joven, que el conocimiento reposado de las obras en sí). Había que experimentar cómo expresar ese mundo naciente que presentíamos entre maravilloso y terrible.

Pero fue entonces que empezamos a percibir su velocidad.

Fue entonces que el avión sonó con un sonido alarmante para el ritmo del hombre. Ya no volveríamos a vivir los años con el calendario lento y patriarcal, al cual se había acostumbrado nuestra niñez sumergida en la última etapa de la última herencia colonial. De ahora en adelante, cada día, cada año, iba a comenzar a moverse en progresiva aceleración. Cada lustro iba a tener más densidad y contenido que un siglo. Cuando pienso que yo fui testigo del primer automóvil y del primer avión en Nicaragua, y que luego vi en televisión la llegada del hombre a la Luna, me parece que soy como el personaje de Virginia Woolf, Orlando, que cambiando individualidades es el mismo personaje a través de varios siglos; o bien Ulises, de Joyce, que necesita cerca de mil páginas para cruzar la densa odisea de un solo día.

Y es que en ese espacio de 1929 a 1969 se han desarrollado acontecimientos, conocimientos, ciencias, situaciones y técnicas —algunas absolutamente nuevas—, que el hombre necesita un poco de reposo, una baranda férrea donde cogerse para no ser dispersado por la fuerza vertiginosa de la historia... Pero no hay descanso y las hélices del s. xx giran y giran, y el poeta, 'héroe de manos amarradas,' cruza sin sostén ni asidero el torbellino de un siglo que cambia, que cambia y que no cesa de cambiar...

11 de enero de 1970



Mesa redonda al otro lado de la historia

'Si no os encontráis a gusto en esta casa, podéis partir; pero iréis antes a la mansión de los muertos, a pedir consejo al alma del adivino Tiresias el ciego, el único a quien Perséfone permitió conservar su lucidez entre las fantasmales sombras...'

HOMERO, *Odisea*

Una cruz de ceniza sobre la frente del hombre inicia la Cuaresma. Algunos opinaron: 'Es buena cosa que el hombre recuerde, siquiera una vez al año, que es polvo y que en polvo se convertirá.' Yo pensé: lo bueno no es tanto pensar en la muerte como mirar la vida desde la muerte. Poder adquirir—al contacto anticipado de la ceniza—la formidable lucidez de los muertos. Si con sólo diez o veinte años de vida las cosas que nos parecieron más graves se nos reducen a dimensiones casi vergonzosas, ¿qué será ver la vida desde el ojo de mosca de la muerte que mira simultáneamente todo en el espacio y en el tiempo...?

Recordé la costumbre de aquella tribu africana de Cabo Verde que al elegir rey lo golpean y hieren hasta dejarlo exánime. Si sobrevive, su autoridad es acatada porque regresa de la muerte y va a gobernar con la lucidez que otorga la muerte. Es una forma demasiado severa de aplicar la cruz de ceniza, pero una forma de sabiduría primitiva que nos advierte la importancia de trazar sobre la política y sobre el arte de gobernar, el signo de lo precedero.

¿No sería útil—me pregunté—consultar siquiera una vez al año a los que conquistaron la suprema experiencia?, ¿leer la historia



no con las pasiones de los vivos, sino con el total y sabio desprendimiento de los muertos? No sé si este pensamiento siguió dando vueltas en mi cerebro. Pero recuerdo que, coincidentemente, estuve oyendo hablar a un grupo de amigos—por cierto muy heterogéneo—sobre la situación de Nicaragua. Preocupación política. Preocupación económica. Angustias por un destino sombrío. Y luego la noche... El sueño...

Ciertamente el lugar no es oscuro. Al contrario, una luz quizás un poco irreal baña el recinto donde están reunidos. Son muchos. En viejos libros de mi biblioteca y en álbumes de antiguas fotografías que coleccionaba mi padre, he visto sus fisonomías y no me es difícil reconocerlos.

Por ejemplo, reconozco a quien ahora habla por sus ojos fogosos y su naturaleza nerviosa: es Máximo Jerez. Dialoga con un hombre apuesto y calmo a quien el mando le dio una aparente seguridad dominante: es el General Tomás Martínez. Los demás escuchan, mientras el Doctor Tomás Ayón, historiador y jurisconsulto, parece el ‘moderador’—palabra completamente inapropiada—en esta moderada mesa redonda de difuntos.

Cuesta un poco entender a los muertos, no porque sus palabras sean sombrías, sino porque ellos son simultáneos. No recuerdan. ‘Son’ sus vidas: las asumen sin tiempo. Son toda su edad simultáneamente. El General Martínez habla de su primer período de Gobierno—el primer Gobierno después de la Guerra Nacional, y el más unánime, fraterno y fructuoso período político de la historia nicaragüense—, pero en vez de recordar veo a Martínez y a Jerez juntos, mortales, asistiendo a un Te Deum; y Jerez, oratórico, exclama entonces: *‘Tributemos gracias infinitas al Todopoderoso, Padre universal del género humano, porque Nicaragua todavía existe y porque sus hijos, aprovechando las lecciones de una dolorosa experiencia, serán más celosos por su conservación y engrandecimiento.’*

‘¡Ah!’ exclama el General Martínez señalando a Jerez, ‘pero tú, Máximo, fuiste el que me sonaste al oído la idea de reelegirme: *‘Tu candidatura es esencialmente conciliadora. No debes convocar*

a elecciones porque no conviene alterar la paz..'

Pasándose la mano sobre sus largos bigotes oigo al General José Santos Zelaya: *'Siempre hay quien nos aconseje lo que queremos oír.'*

El General Martínez asiente. Con rostro arrepentido agrega: *'Y fui a la reelección. Y gané.'*

¿Y qué sucedió?—pregunta reflexivo el Doctor Ayón: *'Inmediatamente tu propio consejero se levantó en armas. La guerra de 1863. Jerez, apoyado por Honduras y El Salvador, invade con dos mil hombres. Otra vez la sangre. Otra vez el pueblo al sacrificio. Primera reelección: primera revolución.'*

Oigo la voz del viejo Don Pedro Joaquín Chamorro, quien en el fondo se yergue y levantando el dedo alza su voz apasionada: *'Fue una infracción flagrante cometida contra el Código santo que los pueblos pusieron en nuestras manos!'*

'Era la primera oportunidad para educar a un pueblo en sus normas jurídicas'—continúa el Doctor Ayón. *'Nos habíamos dado una ley y en la primera ocasión, en vez de cumplirla, la autoridad da el mal ejemplo violándola. En nuestra política la subversión siempre comienza arriba. Usted, General Martínez, es verdad que venció a Jerez, pero no venció los odios que volvieron a encenderse para siempre. ¡Toda la dolorosa ganancia de la Guerra Nacional la echó a perder una sola reelección!'*

¡Toda!—dijo secamente una voz. Miré hacia ella, arriba. Humilde en su altura solitaria vi a José Dolores Estrada.

Martínez asintió con su noble cabeza. Suya era una frase histórica: *'Desde entonces tuve que gobernar manteniendo al país en campaña.'*

'¡Después de una reelección sólo se puede gobernar al país con las armas!'—comentó con frase cortante y experimentada el General Zelaya, mientras su mano volvía a alisar sus blancos bigotes prusianos.

'Su caso'—dijo el Doctor Ayón—*'es la experiencia más aleccionadora...'*

'Mi caso'—interrumpió Zelaya—*'es la triple experiencia de tres reelecciones. Una progresión geométrica de inconformidad abajo y de represión arriba. Yo traté de contrarrestar con un Gobierno revolucionario, reformador y progresista, esa reacción de inconformidad que produce siempre el continuismo. Quise que mi obra hiciera olvidar la ley, una ley a la que*

no le veía la significación. Pero no se puede jugar a la democracia sin alternabilidad. Mis tres reelecciones provocaron otras tantas revoluciones. La represión a esas revoluciones (cárceles, fusilamientos, sangre) produjo nuevas subversiones. Hasta que la violencia acumulada estalló. Una última revolución (¡porque siempre hay un último capítulo!) me echó del poder en 1909. Caí yo y con mi caída arrastré la caída de mi partido.'

(Mientras Zelaya hablaba, su historia se proyectaba en veloces y vivos acontecimientos: revolución de 1896, revolución de 1897, guerra con Costa Rica, estallido del cuartel, fusilamiento de Castro Guandique, revolución del Lago, guerra con El Salvador, guerra con Honduras, revolución de la Costa... en un horizonte cárdeno ensombrecido por un girar lento y lúgubre de zopilotes sobre los campos de batalla).

'El mal de nuestra América'—dijo el historiador Jerónimo Pérez moviendo tristemente la cabeza—*'es la marrulla. Una palabra baja pero tremendamente válida en nuestra vida política. Nunca cumplimos con las reglas del juego que nosotros mismos nos imponemos.'*

'Pero fíjese usted, Don Jerónimo'—dijo el Doctor Ayón—*'observe esta constante histórica en el revés de la trama: no hay gobernante reeleccionista que no imponga, inmediatamente que se reelige, el mismo artículo prohibitivo contra la reelección. ¿Por qué esa insistencia en zurcir lo que rompen? La Constituyente que lo reeligió a usted, General Zelaya, fue la asamblea más revolucionaria y libre de nuestra historia: ¿por qué no borró para siempre la vieja prohibición republicana?—'ARTÍCULO 1: Elígese Presidente de la República al General J. S. Zelaya sin lugar a reelección.'* ¿Por qué aparece esa frase? ¿No será el subconsciente de la historia que no cesa de encender su luz roja, gritando: '¡Peligro!?' Hay leyes que son largas y costosas experiencias convertidas en normas. Violarlas no es saltar sobre una inofensiva palabra, sino trastornar todo un sistema y destruir todo un vasto tejido de relaciones humanas. *¿Qué opina usted, General Chamorro?'*

'Mi caso es una variante que agrega experiencia'—dijo pausadamente Emiliano. *'Para volver al poder yo usé otros medios'*—(sonrió cazarraamente

y movió el dedo índice como disparando un arma invisible)—, *el Lomazo.*'

—'Pero cerró el cauce legal.'

—'Sí. Depuesto el Presidente Solórzano, la ley designaba al Vicepresidente Sacasa para sucederle. El Congreso me eligió a mí.'

—'Y su reelección provocó la revolución.'

—'Una sangrienta revolución'—dijo al fondo del grupo una voz irónica y cortante. Volví los ojos y reconocí al General Moncada.

'La vuelta al poder de Emiliano'—dijo Ayón—'le costó el poder a su partido.' Emiliano sólo entrecerró los ojos.

Entonces el Doctor Ayón se volvió hacia un personaje de la mesa que había estado en silencio escuchando el diálogo: '¿Y usted, General?'

El General Somoza García sonrió levemente:—'Ya lo dijo recientemente en el mundo de los vivos mi distinguido ex ministro Sacasa Guerrero. A mí me costó la vida.'

Todos callaron.

'Esta es, pues, la experiencia de nuestra historia'—dije yo en voz alta tratando de llegar a una conclusión terrena.

'¡No toda!'—exclamó el Doctor Ayón—y me señaló al fondo una multitud incontable que se perdía entre las etéreas luces. 'Habría que oír a esos... Son los sacrificados por esa costosa y por lo tanto valiosa palabra-ley. Son los que cayeron 'en defensa del orden' sirviendo a sus gobiernos y los que cayeron 'en defensa de la libertad' sirviendo a las revoluciones...'

Quise avanzar para oír la voz mayoritaria de la sangre. Pero un ser impenetrable, quizás un ángel, se interpuso. '¿Es que acaso los sacrificados ocupan un sitio sagrado e inaccesible...?' El ángel me miró con rostro impasible. Luego extendió su ala inmensa y cegadora que cubrió con su relámpago todo el cielo. Entonces desperté.

'Dios mío'—pensé—'¡Lástima que haya sido yo el que soñó este sueño y no el Presidente de la República!'

22 de febrero de 1970



La ‘palabra sucia’

Casi todos los pueblos tienen un arsenal formidable, más o menos clandestino, de malas palabras. No todos, sin embargo, recurren a ellas con la misma frecuencia. Los pueblos de cultura hispana, por lo general, son muy mal hablados; pero entre ellos —como ya lo observé en mi ensayo sobre *El Nicaragüense*— el nuestro ocupa, casi sin competencia, un sucio primer puesto. Remito a ese libro a quienes quieran ejemplos sobre el irresistible gusto del nicaragüense por las llamadas ‘malas palabras,’ bien marcado en su folklore, en su refranero, en las muletillas más usadas en su lenguaje coloquial, en sus apodos, etc. Lo que me interesa en este escrito es estudiar, dentro del arsenal de nuestras malas palabras, una expresión que cada día se generaliza más y que ya no solamente se usa en lo que la sociedad llama ‘bajos fondos,’ sino en casi todos los niveles de la conversación nicaragüense.

Con perdón de mis lectores usaré la frase sin tapujos, porque lo que trato es de descubrir la causa de su avance, de su sucio y avasallador contagio en nuestro léxico, y nada ganamos con hacernos los higiénicos en la letra impresa cuando la expresión coprófaga se nos mete en la lengua oral en todos los sitios y situaciones. Me refiero al ‘comé mierda.’

Basta un ligero paseo a pie por cualquier calle para que nos demos cuenta cómo esa frase-respuesta se repite y multiplica en todos los diálogos, y cómo ha adquirido toda una gama de flexiones en la voz para expresar (como en el idioma chino) diversos y hasta opuestos significados emocionales. Así, según sea el tono de voz significa: la respuesta sonriente a una broma; la respuesta

iracunda a un insulto; la respuesta-desafío a una llamada de atención; la respuesta para significar ¿qué estás creyendo vos, o qué estás creyendo de mí?; la respuesta cerrada a una petición imprudente... etc. Cuando se dice ‘comé,’ se establece una relación confianzuda. Cuando se dice ‘coma,’ se impone un alejamiento. En fin, la variedad de tonos y significados de la asquerosa invitación, lo que nos prueba o demuestra es su uso constante, horriblemente constante, en nuestra habla.

¿Por qué se ha pegado en nuestra habla una expresión tan repelente? ¿Por qué la urbanización—que debía haber traído urbanidad a nuestro hablar—en vez de rebajar, ha multiplicado viciosamente esa forma contestataria del nicaragüense? ¿Por el simple gusto por la mala palabra o por la ‘palabra sucia’ como le decía mi abuela?

Eso creí yo por algún tiempo. Una vez, sin embargo, un amigo mío me contó que había tenido un problema en su trabajo, un problema que le había significado una humillación y al mismo tiempo una pérdida de dinero, y que en la noche había soñado que había comido excremento. Mi amigo me decía, sin embargo, que en el momento de despertar había relacionado—el no sabía por qué—el dinero con el excremento, no en un sentido feo o asqueroso, sino al contrario. Como si el sueño tratara de consolarlo con un acto asqueroso que en el sueño perdía su asquerosidad.

Se me grabó en la memoria su confidencia y, por casualidad, poco tiempo después, leyendo el libro de Freud: *Nuevas aportaciones al Psicoanálisis*, me encontré con algunos de sus interesantes descubrimientos sobre las transformaciones de los instintos, entre los cuales me llamó la atención lo que decía sobre la relación del niño (tanto en el vientre de la madre como en la lactancia) con el excremento. Cómo para el niño defecar es su primer regalo, su primer don de sí. Y cómo esa relación evoluciona—incluso en el idioma—cambiando significado y convirtiendo el interés primario por los excrementos en la estimación del oro y del dinero. En algunas fábulas se habla de animales que defecan oro.

Por contraposición, nuestro pueblo usa la frase ‘estoy hecho M’ en un sentido fundamentalmente económico; o la frase ‘eso no vale ni M...’ en que las heces significan la máxima desvaloración, asociadas, una vez más, con el dinero. Esa misma relación freudiana denuncia la famosa frase final de *El Coronel no tiene quién le escriba* de García Márquez.

Por otra parte, había leído en Carl Jung que existe una similitud en la forma como se elaboran los sueños y como se elaboran ciertas expresiones, chistes, juegos de palabras y modismos del habla popular. Los sueños tienden a representar situaciones mediante objetos. Lo mismo pasa con ciertas expresiones. Pero no pocas veces los objetos o los símbolos usados son sustituciones o incluso representaciones de lo contrario (simulaciones) de la situación que se quiere expresar, como cuando decimos: ‘Es una joya’ de alguien que es, por el contrario, un resumen de mañas o de vicios.

Pensé entonces: el ‘comé mierda,’ ¿será la frase de un pueblo que sueña con el dinero, que ‘sueña’ en el sentido en que el verbo soñar significa desear lo que no se tiene? Como en los sueños, ¿estará nuestro pueblo usando una expresión subconsciente que pone al desnudo el mundo animal del niño, o mejor dicho, los impulsos animales frustrados por el subdesarrollo? ¿Es la necesidad (la humillación de no tener) la que ha elaborado y pegado al habla esa sucia y humillante expresión coprófaga? Y su asquerosidad, ¿será la forma de sustituir, de recubrir ásperamente, de disimular una necesidad de ternura—la necesidad nostálgica de la madre, la nostalgia de la infancia fetal o lactante protegida por la madre, en la cual las heces significan oro? ¿Estará nuestro pueblo—a través de esa frase—denunciando su marginación y deseando, simbólicamente, ‘comer oro,’ es decir, simplemente comer bien? ¿Hemos leído la parábola de Rubén Darío en Azul, que titula ‘La Canción del Oro’: será nuestro pueblo el mendigo harapiento que canta en clave, en asquerosa y desechada clave, al ‘oro, padre del pan’?

Si es así, no será la urbanidad, ni la educación del habla, la que

podrá acabar con esa expresión indecente; al contrario, la urbe excita, estimula su uso al complicar los problemas económicos del pueblo.

Es, posiblemente, una política humanista, una economía nueva a favor del pueblo, la que acabaría con esa relación freudiana de la mierda y el oro, en que nuestra habla—como en Acahualinca—nos obliga a vivir en una cloaca.

13 de diciembre de 1970

Mirando las estrellas

Noche a noche, desde mayo a septiembre, el nicaragüense que mira o interroga el oscuro horizonte, descubre al norte la constelación de la Osa Mayor, girando sobre sí misma, sin mojar nunca su rabo luminoso, ni en las aguas de los lagos ni en las del mar. Siete estrellas volatinean su bella forma geométrica girando alrededor de la Estrella Polar. Siete estrellas dispersas en las infinitas distancias siderales, que al unirse adquieren en el ojo del hombre una figura y evocan la gran Osa con su rabo que imaginaron las culturas mediterráneas, o el gran Tigre Tezcatlipoca que salta del mar al cielo según la cosmogonía de los nahuas. Desde cualquier otro lugar del firmamento, desde los ojos de otros probables seres, de otros planetas, de otras galaxias, ¿qué figura absolutamente distinta formarán esas siete estrellas?

Cada hombre es también una constelación. Cada hombre es un conjunto de puntos oscuros y luminosos; pero ¡cómo cambia la apreciación de ese conjunto según sea visto desde la intimidad o desde la extrañeza, con amor o con saña, con comprensión o con envidia! Cada hombre es una multitud de hombres, no sólo sumando las visiones y apreciaciones de los demás, sino aun para sí mismo según sea el instante en que su memoria mire o reconstruya su vida. Y si el presente de la memoria constante cambia en sus perspectivas, si mi propia juventud un día la veo y enjuicio de un modo y otro día de otro, ¿qué será del hombre, de su imagen, vista a cien años, a doscientos, a milenios de distancia?, ¿cuál es, pues, mi verdadera imagen? La fisonomía de un hombre visto en su momento de poder, qué diferente es luego apreciada desde otro

tiempo histórico. Y si esa figura se aleja, y si sobre esa figura caen los siglos y luego los milenios, ¿qué queda?, ¿cuál es, entonces, tu perspectiva?, ¿ante quién eres?, ¿qué ojos son los que miran de verdad tu verdad?

Decía el paleontólogo Peyer: se calcula que hay vida en la tierra desde hace 2 mil 640 millones de años; y se calcula que el hombre, el *Homo sapiens*, existe desde hace 100 mil años. En comparación con un año, la edad del hombre corresponde en la historia de la tierra a la última media hora; y la historia conocida del hombre, que data de unos 6 mil años, corresponde al último minuto y medio; y la larga vida de un hombre de 80 años significa menos de un segundo, el justo tiempo necesario para decir 'sí.'

Dentro de estas dimensiones, ¿qué significado adquiere nuestra vida?, ¿cuál es la luz de mi constelación vista a 100 mil años de distancia?, ¿qué significa mi 'yo' dentro de la humanidad toda?

Es fácil, ante esas cifras, perder toda apreciación y decir: no soy nada. Ciertamente todo parece nada si multiplicamos la distancia. Soles inmensos, estrellas gigantes, no pasan de ser un punto de luz, o una simple sospecha en los cálculos de un astrónomo, en las distancias siderales. Pero existen. Son. Y existe una valoración, un Ojo que ve las realidades, no sólo de soles y estrellas, sino de existencias y seres.

Pero ¿qué valoración es esa? Porque insertado en la historia de la tierra, mi yo, mi pretencioso yo, con sus cuantos años de vida, apenas significa menos de un segundo, el breve encenderse de una luciérnaga en la noche, un 'sí' fugaz, y luego... lo infinito. Soy nada. Esta visión del hombre inserto en la inmensidad ya la habían tenido miles de pensadores a través de todos los tiempos. Sin embargo, nunca la ciencia, nunca las realidades ambientales, el descubrimiento de la tremenda edad de la tierra y de su evolución; el crecimiento de la población humana y sus grandes aglomeraciones urbanas; los sistemas políticos y económicos deshumanizadores que convierten al hombre en número, en cifra; las grandes matanzas y guerras y hambres que convierten en un

absurdo la existencia; la civilización de consumo o de producción cosificando al hombre, tratándolo como 'cosa'... nunca antes se había sentido el hombre tan deprimido, desmenuzado y disminuido como persona. No es casualidad que en este momento sea la filosofía materialista la que prive entre un gran sector de la humanidad: la creencia de que no pasamos de ser materia en evolución. Un grano de polvo que apenas tiene sentido como parte de la especie pero nunca como individuo.

Una vez que se pierde el valor del espíritu—que es el que le da significación y sentido al grano de polvo y al instante de vida humana que enciende su lucecita para decir un 'sí' o un 'no' en medio de la noche infinita—, una vez que se pierde de vista el valor trascendente de cada hombre, comienza la angustia a corroer la médula de nuestra existencia, porque lo que perdemos, en realidad de verdad, es la esperanza.

Aunque digamos que el hombre progresa, aunque saltemos de admiración por los adelantos técnico-científicos y por el orden que van a establecer las computadoras, lo que vemos crecer en el mundo es el pesimismo, desesperamos de nuestra capacidad personal de hacer el bien, nos sentimos impotentes y por impotentes nos amargamos y recelamos unos de otros, y la poesía cesa de cantar la vida para corroerla como ácido, y la filosofía se solaza en hundirnos en la 'nada,' y los mismos científicos constructores del mundo actual se convierten en profetas del pesimismo y llenan el mundo de predicciones siniestras: nos hablan de la 'primavera silenciosa' de una tierra desolada por la polución de la atmósfera, nos hablan de la explosión demográfica, de la destrucción atómica, e incluso los bienes que nos anuncian son sociedades-hormigueros produciendo y consumiendo, consumiendo y produciendo, y el protagonista de ese paraíso monótono y mecanizado no pasa de ser un mono desnudo.

Ernst Bloch escribía: 'Lo que resquebrajó, de arriba a abajo, el universo pagano, no fue la ética cristiana, ni siquiera la ética de las bienaventuranzas como suele decirse, sino la insólita y verda-

deramente nueva y revolucionaria noticia cristiana de que el hombre no muere y de que la historia tiene un sentido que se encamina hacia su plenitud.'

Para los griegos—comenta José Jiménez Lozano—la esperanza era incluso un mal, una inmensa furia amenazante y peligrosa salida de la caja de Pandora, o la voz engañosa y paridora de aflicciones de Casandra, nacida para confundir y humillar al hombre. De manera análoga en la cosmovisión científica y tecnocrática, la esperanza es también una desgracia porque es una ilusión y una mentira, que hace creer al hombre que es algo más que un mono desnudo. El gran mal del mundo—en grande—es la falta de esperanza. Y el gran mal de Nicaragua—en pequeño—es también la falta de esperanza. Es un termómetro que nos indica la bajísima temperatura de nuestro cristianismo: la virtud que transformó al paganismo es la que hemos perdido. Todos andamos de capa caída. Y los cristianos, ¿qué hacemos?, ¿en qué forma ponemos en acto nuestra esperanza, si es que todavía esperamos en algo?, ¿aceptando pasivamente todas las insensateces, bajando la cabeza como bueyes a todas las arbitrariedades, callando ante la injusticia y ante el derroche o despilfarro de nuestros escasos recursos nacionales?, ¿ponemos en acto la esperanza fabricando desesperación?

Hace poco el Papa Pablo VI, en su discurso pascual, dijo una frase estupenda, prometedora, profética contra el pesimismo humano, una frase llena de seguridad y de aliento, una frase basada en la Esperanza eterna pero dicha para la esperanza en el tiempo y en el mundo. Dijo: 'Las grandes ideas que son los faros del mundo moderno no se apagarán. La unidad del mundo se hará. La dignidad de la persona humana será reconocida, no sólo formal, sino realmente. La inviolabilidad de la vida, desde el seno materno hasta el final de la vejez, tendrá un común y efectivo consentimiento. Las indebidas desigualdades sociales serán niveladas. Las relaciones de los pueblos serán pacíficas, razonables y fraternas.'

Pocas veces la esperanza en la instauración de un verdadero orden humano, bien común de una nueva civilización, ha sido

anunciada de una manera tan categórica. 'Os doy la seguridad de que transformaremos el mundo'—dice el sucesor de Pedro. Pero tener seguridad es obrar conforme a esa convicción. Es sabernos capaces de transformar al mundo. ¿No significa esa esperanza la valoración del esfuerzo de cada uno, y algo más: la responsabilidad de cada hombre en el proceso de la historia? ¿Podemos como cristianos cruzarnos de brazos cuando se nos ha dado la misión de construir, en este mundo, la esperanza de los pobres, de los que sufren y de los que tienen hambre y sed de justicia?

He ahí el significado profundamente humanista de la esperanza cristiana. Es el gran grito de Cristo crucificado: ¡Podemos!... ¡Somos un grano de polvo, pero con un hálito divino e inmortal!

12 de septiembre de 1971

El círculo y la línea

He leído en estos días el nostálgico artículo de Adolfo Calero Orozco sobre *Diciembre en Nicaragua* y otros más en cuyas plumas se notan los renuevos producidos por esta segunda primavera de nuestro calendario que es diciembre. El solo nombre del mes promueve la evocación. Recordamos otros diciembres y el recuerdo nos introduce en un ciclo, en un movimiento circular como el de las estaciones de la naturaleza. Nos parece entonces que la historia, en cierto modo, se repite; que algo del pasado retorna. Pero inmediatamente la otra concepción del tiempo, la lineal, agudiza la nostalgia al oponer, contra la idea de un retorno, la implacable e irreversible recta que va del nacer al morir. Círculo y línea.

En su lucha contra el tiempo el hombre crea el círculo para defenderse de la línea. Casi todas las civilizaciones antiguas inventaron mitos del retorno, giros como los de los astros, fechas cíclicas en que el hombre recuperaba o reactualizaba su pasado para entrar luego a un nuevo período de vida. Suspender el tiempo —sentirse por un momento fuera de la historia— es lo que el hombre trataba y aún trata de conseguir al rodear a determinadas fechas de un ceremonial de muerte y resurrección, de fin y comienzo. Egipto, Babilonia, la India, Persia, Grecia... En las creencias cosmogónicas de los indios de Mesoamérica la tierra había pasado por cataclismos cíclicos que daban paso a una nueva creación con un nuevo Sol. Los nahuas cada 52 años encendían el 'fuego nuevo' y todo comenzaba otra vez: la rueda volvía a girar. Hasta las impotentes pirámides eran recubiertas por nuevas pirámides para significar el tiempo 'nuevo.' Después de una época mala

—de una ‘época de tinieblas’—el hombre siempre ha esperado un renacimiento; de ese modo armaba su esperanza para soportar los malos tiempos. Las estaciones, el giro de los astros y sobre todo las fases de la luna, animaron en el hombre arcaico esta fe en el tiempo circular.

Con residuos de esas creencias sonamos pitos, tiramos serpentinas, quemamos pólvora e ingerimos alcohol—para salirnos simbólicamente de la línea de lo habitual—cuando el reloj marca la hora cero del nuevo año. Sin embargo, en las costumbres del pueblo nicaragüense el cambio de año no tenía mayor significación. Ninguna ceremonia ni festejo popular típico registra esa fecha en nuestro folklore. Pero en estos últimos decenios, y sobre todo en Managua, el Año Nuevo se festeja cada vez con mayor frenesí. Es impresionante, en nuestra dispersa y desmembrada Capital, el horizonte de pólvora que, con su inmensa rueda de ruidos y de fuego, acompaña el paso del umbral del año. Posiblemente el nicaragüense necesita cada vez más ilusionarse y celebrar el año nuevo, porque cada vez menos puede participar en su historia. Mientras menos se soporta la historia, más se acude al círculo contra la línea.

En las leyendas que todavía subsisten en la memoria del pueblo nicaragüense, hay dos que encierran o simbolizan, en forma misteriosa, los dos modos de conjugar el tiempo a que venimos refiriéndonos: el círculo y la línea. La una es la leyenda de la Carreta Nahua; la otra la del Judío Errante. Cada una de ellas esboza un mito que es toda una concepción de la historia, pero —para nuestra sorpresa—las dos coinciden en considerar como maldición el escapar del tiempo.

La leyenda de la Carreta Nahua, tanto por su contenido como por su nombre, es evidentemente mestiza y—salvo prueba en contrario—original de Nicaragua. Cuando se oye el ruido de una carreta en el silencio de la noche o cuando en la oscuridad nocturna la carreta que pasa no deja oír saludo ni voz humana, el pueblo, recordando la leyenda dice: ‘¡Es la Carreta Nahua!’

Dos versiones parecidas, con ligeras variantes, una del departamento de León y otra de un campesino rivense—recogidas en los años del Taller San Lucas—cuentan así la leyenda:

En tiempos pasados un tren de carretas de peregrinos (en la versión de León viajaba a El Viejo; en la de Rivas a Popoyuapa) se detuvo para pasar la noche en un paraje. Desuncidos los bueyes y dispuestos los viajeros a dormir, se dieron unos a otros las buenas noches. Al saludo habitual de '¡Hasta mañana, si Dios quiere!' el capataz del tren carretero contestó blasfemando:—'¡Y aunque no quiera!' A la mañana siguiente, dispuestos todos para emprender el viaje, encontraron al capataz dormido en su carreta. Cuantos intentos se hicieron para despertarlo fueron inútiles. Los peregrinos recordaron entonces su contestación y mientras discutían si aquel extraño sueño era un castigo de Dios, la carreta partió sola llevando al peregrino maldito. Desde entonces vaga por los caminos nocturnos de Nicaragua, jalada por bueyes invisibles o por esqueletos o cacastes de bueyes, y el dormido sólo despierta cada siglo por unas pocas horas. Apenas alumbra el sol, vuelve a caer dormido y a ser llevado por la carreta mágica o embrujada, que eso significa 'nahua' o 'nagua' (de 'nahualli,' brujo) en la vieja lengua de los nicaraguas. Algunos narradores, más imaginativos, agregan que el capataz cree encontrarse con su mujer cuando despierta, pero es su nieta o su biznieta o su tataranieta, la cual, aunque lleva en su rostro el parecido, no sabe quién es el que se le aproxima y huye despavorida.

La leyenda elabora en forma muy peculiar el mito del tiempo cíclico. El hombre despierta cada siglo, pero la carreta sigue andando. Es decir, el relato parece mezclar la concepción del tiempo lineal y la concepción del tiempo circular. Pero el mestizaje de ambos conceptos se produce como maldición, como algo perturbador. El hombre primordial veía en cada vuelta del tiempo —en cada despertar—un renacimiento, una nueva creación. Nuestra leyenda parece burlarse del despertar del capataz tanto como de su sueño. Como se ha dormido cree que todo sigue igual, pero



todo ha cambiado. El hombre maldito es el que se duerme a la historia. (Y yo me pregunto ¿será ésta una parábola de la historia de Nicaragua que es un relevo de períodos de dormición—de períodos de irresponsabilidad—y de despertares trágicos?)

Por otra parte, la leyenda plantea también una teología. El protagonista no quiso aceptar el mañana como don de Dios, como voluntad de Dios. Creyó poder despertar por su propio poder y sólo logró que el tiempo se le escapara. La leyenda fue elaborada en una época de fe, pero debajo de la fe hay un sustrato de ironía para quien se olvida de su finitud. El capataz no contó con la muerte y la Muerte burladora le sigue el hilo y no lo deja ni morir, ni vivir. El hombre que vive como si no va a morir—que es el principio de toda irresponsabilidad—, el hombre que niega su trascendencia, si se inscribe en la historia lineal es transportado por esa carreta tirada por bueyes muertos, es decir, por una progresión nihilista que viene de la nada y va a la nada. Y si se inscribe en la historia cíclica, es ese ser dormido y alienado que, cuando despierta, es un hombre anacrónico al que le está vedado conocer el amanecer.

La otra leyenda, la del Judío Errante, no es de origen nicaragüense, sino que arranca, al parecer, de la lejana Constantinopla del s. iv. Fue una leyenda inmensamente popular tanto en el oriente como en el occidente cristianos; y de Europa saltó a América. En Nicaragua es tanto o más conocida que la de la Carreta Nahua: pudo haber contribuido a su difusión su semejanza o su contraposición de la leyenda de Quetzalcóatl, el ser mítico blanco, barbado y anciano de siglos que una vez partió y cuyo regreso era constantemente esperado en los pueblos indígenas de Mesoamérica. La leyenda ha sufrido entre nosotros algunas variantes (como en todos los países) pero se conserva intacto lo esencial del relato:

Ashaverus o Asevero, el personaje legendario, era, según unos, un criado de Pilato, y según otros, un zapatero de Jerusalén. El Viernes Santo, cuando Jesús pasaba con la cruz a cuestas frente a la casa o zapatería de Asevero, cayó al suelo y al levantarse

agobiado de cansancio le pidió que le permitiera descansar un momento. El judío le respondió sin compasión:—‘¡Anda! ¡Anda!’ Entonces Jesús le dijo:—‘Esa palabra que has dicho te obligará a andar hasta la consumación de los siglos.’ Desde entonces cogió camino y no ha cesado de recorrer el mundo. Según las versiones nicaragüenses, el judío maldito nunca ve dos veces a la misma persona, nunca vuelve el rostro hacia atrás, y el cansancio, en vez de detenerlo, lo obliga a seguir errante.

Como el capataz de la Carreta Nahua, el Judío Errante está condenado a no morir, pero su maldición lo ata, no al tiempo cíclico, sino al lineal. El circuito del capataz es un largo dormir y un breve despertar que se repite siglo tras siglo. La línea del Judío Errante es una vigilia eterna. La leyenda, a pesar de su simplicidad, deja un terrible sedimento de angustia al colocar al hombre en la situación de no poder detenerse. Parece como si se despojara al hombre de toda defensa contra el tiempo. Porque ¿qué es el tiempo en su más cruda realidad sino ese andar, andar, andar; ese paso sin repetición de un segundo a otro; ese no poder volver el rostro atrás y ese no poder ver dos veces a la misma persona? Pero lo más doloroso, paradójicamente, es quedar ante el tiempo desprovisto de la muerte. El hombre teme a la muerte—su avance lineal indetenible le es una idea insoportable—y, sin embargo, resulta mayor condena no morir, que morir. Es que la vida está configurada por la muerte como su antítesis y destino. El hombre vive contra la muerte y hacia la muerte. Esta contradicción es su miseria y su grandeza. Es el conocer la muerte, es el saberla ‘contraria’ lo que coloca al hombre por encima del animal; lo que le hace superior a su propia finitud y lo que le testimonia su capacidad de trascenderla. Dice Landsberg: ‘La angustia de la muerte y no solamente el dolor de morir, sería incomprendible si la estructura fundamental de nuestro ser no incluyera el postulado existencial de algo que está más allá.’

El Judío Errante era antaño el símbolo del pueblo judío, pueblo entonces sin patria y eternamente exilado y perseguido. Al llegar



a nuestro tiempo la leyenda más bien parece simbolizar la concepción del tiempo lineal o continuo de la mentalidad moderna racionalista, cientifista e historicista, que impide abrigar cualquier esperanza de trascender el tiempo de la historia. La muerte se ha convertido en un volver a la nada; y la historia —arrojada a los brazos de un tiempo implacable e intrascendente— ya no es más que terror. ¿Será que la falta de compasión, la falta de solidaridad con el hombre, hace imposible redimir el Tiempo? ¿Será que cuando no hay amor en la Vida no hay salvación en la Muerte?

Yo invitaría a mis lectores a leer nuestra historia actual nicaragüense con los ojos de los dos personajes malditos que hoy hemos recordado. El que despierta cada siglo ¿encontraría otra cosa que repetición o recaídas en los mismos pecados históricos del pasado? El que no cesa de andar ¿le encontraría finalidad a esto que llamamos historia?

El círculo, que se ha convertido en pura monotonía, y la línea, que ya no es más que una árida sucesión: ¿a dónde nos llevan? ¿qué historia estamos tejiendo con el hilo del tiempo que no se repone?

Diciembre es una buena fecha para renovar al hombre interior. Para exorcizar la maldición del tiempo perdido. Para no seguir transportados por la Carreta Nahua hasta despertar a una trágica realidad. Para no seguir andando, andando, andando... sin meta y sin sentido.

24 de diciembre de 1976

El viaje a la Utopía y el viaje a las Antípodas

En las épocas de crisis agudas, buscando quizás una salida desesperada al desorden o un escape al temor o a la explotación, el hombre tiende a hacer dos viajes imaginarios: el viaje al país de la Utopía o el viaje al país de las Antípodas. Irse a la Utopía es soñar y querer lo no realizado, lo absolutamente nuevo y perfecto. Irse a las Antípodas es soñar querer lo contrario de lo que se tiene.

EL VIAJE A LA UTOPIÍA

El viaje a la Utopía—que ha tenido en la antigüedad navegantes de la calidad de Platón, Tomás Moro, Francis Bacon, Campanella, Cabet y otras muchas mentes visionarias—supone salirse fuera de la historia (*u-topos* significa ‘sin lugar’), es decir, proponerse lo que no existe, lo ‘nunca visto,’ una república racionalmente perfecta, con un régimen o sistema perfectamente planificado y organizado, sin margen de error, donde el hombre alcanza por fin la felicidad plena y para siempre.

No se crea que no tiene fuerza este sueño: el hombre es con frecuencia más atraído por lo que no existe que por lo que existe; y el mundo actual en buena parte se mueve por utopías. Sobre todo allí donde la historia se ha construido contra el hombre y se ha convertido en terror, el hombre huye o quiere escapar de la historia y, a mayor represión sufrida, mayor extremismo y radicalidad en su repudio de la historia y en su proyecto de cambio. Las dictaduras son grandes criaderos de utopías. Con la falta de



libertad todos nos radicalizamos y fácilmente la inconformidad acumulada impulsa al hombre a dejar atrás la libertad perdida y a crear, a la fuerza, un nuevo orden que no es más que una nueva tiranía de signo contrario.

Por otra parte, cuando uno lee las grandes utopías clásicas, se da cuenta de que casi siempre que el hombre sueña un régimen o sistema utópico, es decir racionalmente perfecto, lo imagina terriblemente autoritario, coactivo e implacable en su disciplina. Como si la felicidad inventada por la razón sólo la pudiera realizar el hombre bajo ley marcial; como si la libertad e incluso los deseos más espontáneos del hombre tienen que ser reglamentados y programados al milímetro para que la felicidad pueda darse en este mundo. La razón es capaz de producir monstruos tanto como la locura. Y más la 'razón de Estado.'

Platón, por ejemplo, regula en su República hasta la sexualidad. La autoridad es la que decide quién debe aparearse con quién para producir las tres categorías de ciudadano que él concibe (el de carácter de oro, el de carácter de plata y el de carácter de bronce) y sólo pueden copular en estaciones estrictamente determinadas.

Tales imaginaciones de un orden nuevo y feliz, no se han quedado en el papel. Constantemente el hombre es tentado a convertirlas en realidad. Hitler lo hizo en nombre del Estado racista. Un nazi sufría la pena de muerte si hacía el amor con una judía. Y hace apenas unos meses, cuando la campaña contra la viuda de Mao, se dio esta información desde China: 'Hacían el amor en vez de criticar a Lin Piao: por este delito él sufrirá 20 años de prisión y ella 3 años de reeducación en el trabajo.' Pero tal desprecio por la libertad humana y por el valor de los sentimientos y de la vida del hombre, también se da en nuestras utopías pseudo-capitalistas, cuando por imitar o reproducir un modelo económico sólo logramos la riqueza para unos pocos a costa de la miseria de los demás. Más inhumano que regular el amor de una pareja al estilo chino, es condenar al hambre al fruto de esa pareja al estilo de Acahualinca.

Por cualquier camino se va a la Utopía. Lo grave no es desear

lo que no existe, lo malo no es abrirse caminos nuevos, sino querer imponerlos contra la historia, contra la libertad y contra el mismo pueblo a quien se trata de hacer feliz. La utopía, en ese sentido, mata la revolución, porque impone la receta, la fórmula o la consigna, contra las características y peculiaridades y aun contra la naturaleza del mismo pueblo. Mata la revolución porque sin libertad de crítica cualquier revolución se estanca o se corrompe. La verdadera revolución es lo contrario de la utopía. No es *u-tópica*, sin lugar; sino que nace en un lugar, de un suelo y con las peculiaridades de ese suelo, creada por un pueblo y con la historia y el genio de ese pueblo.

EL VIAJE A LAS ANTÍPODAS

El viaje a las Antípodas es menos pretencioso. Responde al sentimiento un poco más vulgar de 'darle vuelta a la tortilla.' Antípoda es el lugar diametralmente opuesto a otro y los antiguos viajeros imaginarios suponían que así como era opuesto así todo sucedía al revés. Restif de la Bretonne, por ejemplo, en su libro *Descubrimiento Austral* (escrito en la época crítica de la Revolución Francesa), imagina que su héroe Victorín hace un viaje y descubre el país antípoda de Francia, donde, como un espejo que refleja las cosas a la inversa, sucede todo lo contrario de lo que pasa en su tierra, comenzando por las palabras que se escriben al revés. (Según Restif, el país antípoda de Nicaragua se llamaría 'Augaracin'; y puesto que es nuestro reverso, sería el país de la honradez donde desde hace cuarenta años funcionaría la democracia y la alternabilidad republicana sin interrupción). ¡El viaje a las Antípodas es un incitante viaje mental, porque hay situaciones en que sólo conociendo el revés de las cosas llegamos a conocer su derecho! Posiblemente para nosotros eso que llamamos 'Derechos Humanos,' no sea otra cosa que hacer lo contrario de lo que hacemos.

Pero en el viaje a las Antípodas también se corre un peligro: que la corrupción haya llegado hasta las raíces y que ya no deseemos realmente lo contrario, sino solamente el relevo. Es decir:

que no querramos terminar con el abuso de poder, sino quitar al que abusa para abusar yo. Sucede entonces como en el cuento de Rubén Darío, 'El Salomón negro,' un antípoda de Salomón hecho por el Diablo que le dice al rey bíblico: 'soy tu igual, sólo que todo lo opuesto a tí.' Y si Salomón es blanco y su sombra es negra, el Salomón diabólico es negro y su sombra es blanca. Que es la idea de cambio de muchos opositores e incluso de muchos revolucionarios: no otra sociedad, sino la misma al revés; no abolir la dictadura, ni educar al pueblo para la libertad, sino reponer al dictador de sombra negra por otro de sombra blanca.

...Ya sea que querramos lo contrario de lo que tenemos (el viaje a las Antípodas), o algo nuevo (el viaje a la Utopía), no tenemos por qué empeñar la libertad para pagar el pasaje. Ni hipotecar la dignidad humana. Si queremos un país o un régimen para el hombre, dos son sus presupuestos: Justicia y Libertad. Vasos comunicados y comunicantes, porque:

Libertad sin justicia no es libertad,
justicia sin libertad no es justicia.

18 de junio de 1977

Del Estado-dinosaurio a la sociedad humanista

Todo paso hacia la integración de Latinoamérica es una sólida piedra en la estructura de su civilización. Civilización de rasgos muy marcados, de grandes bloques regionales (uno de ellos Centro América), heredera pero también inventora de un nuevo mundo que está fusionando el mestizaje de Oriente y el de Occidente más el aporte negro. El valioso fruto de este injerto apenas comienza a apreciarse en sus 500 y pico de años, tras una lucha agresiva y variadísima de influencias políticas, culturales y técnicas.

Basta la historia comparativa del Mediterráneo con el Caribe para comprobar las analogías y oposiciones o diferencias que apunta esa nueva civilización en gesta del Nuevo Mundo, que, a tan joven edad, ya alcanza categorías mundiales en su literatura y artes. Parece que en el pensamiento poético tenemos más prisa que Grecia por dar la cosecha; mientras en política, en tecnología o en economía, las influencias externas—poderosas e imperialistas—han entumido o desviado sus desarrollos haciéndonos caer en pecados paleolíticos que, aunque nos dan tristes y costosas experiencias—que tal vez le den solidez final a nuestra labor de civilización—nos maltratan, nos hacen caer en miserables miserias y producen peligrosas anemias en nuestra empresa creadora comunal.

El s.xx—sombrio y sangriento—le ha permitido a América purificarse de utopías imitadas, y, peor todavía, dañinas para el fortalecimiento del humanismo. Hemos pasado—y todavía nos golpean sus coletazos de monstruo—por terrorismos totalitarios,

por sueños irracionales de construir paraísos en la tierra, logrando más bien infiernos policíacos, censuras aberrantes contra la libertad de la cultura y de la palabra, explotaciones del pobre hechas fari-saicamente a nombre de la liberación del pobre. Pero esas experiencias que parecían crecer, dominar e imponerse contra los fundamentos de la civilización de América, acumularon tal peso con su errores que hundieron sus cimientos y se vinieron abajo. Fue un milagroso derrumbe universal.

Nos queda una etapa de convalecencia, difícil reparación o reposición de falsos absolutos que al caer dejaron un rastro de frustración que incluso ha subido las cifras estadísticas del suicidio; pero la corriente general político-cultural, en todo el Continente, cambió su rumbo, comenzando un esperanzador renacimiento de la democracia, de la libertad y de los derechos humanos.

Somos responsables del fruto que debe dar esta nueva y venturosa situación histórica de final de milenio. ¿Permitiremos que se nos siga mirando—desde el ojo de las potencias y de los epulones—como naciones casi coloniales sólo útiles como materia prima? ¿No haremos un esfuerzo conjunto para romper en añicos el concepto de ‘tercermundismo,’ jaula con barrotes de oro para encerrar pueblos explotados o incapaces? En orden a la producción y a nuestro papel en los nuevos tejidos de la economía mundial, ¿seguiremos reducidos a ser los proveedores de mano de obra barata, mal recibida como emigrante, maltratada como cifra laboral, pero excelentemente exprimida en los países del primer y segundo mundo?

Hablo por Centro América. Hablo porque parece que han sonado las campanas de una nueva historia convocando a una forma de comunidad socio-económica—la globalización—que muchos pintan como la solución de las soluciones, pero otros, si la acogen es con reservas, sea porque la catalogan como una poderosa e irresistible ola de ‘disolución de culturas’—como opina el Dr. Alejandro Serrano Caldera; o bien—como escribe Pedro Xavier Solís—‘por los riesgos que entraña a la nacionalidad.’

Creo que la discusión debe hacernos pensar y participar a

todos, porque los valores que se juegan son esenciales a cada país del istmo, tanto en el orden cultural, como en el político y económico, y que se nos va la identidad si cometemos una equivocación en nuestra resolución final de centroamericanos. Como justamente ha observado Juan Pablo II, 'la globalización, en sí, no es ni buena ni mala. Será lo que las personas harán de ella,' y en consecuencia 'los procesos de globalización de los mercados y de las comunicaciones no tienen en sí mismos una connotación éticamente negativa, y no se justifica por lo tanto frente a ellos una actitud de condena sumaria y apriorística. Sin embargo,'—agrega el mismo Pontífice—'los que en línea de principio parecen factores de progreso, pueden generar y de hecho producen consecuencias ambivalentes o decididamente negativas, especialmente en perjuicio de los más pobres.'

Ya son muchas las veces que hemos acogido las utopías del extranjero sin revisar sus peligros o sin considerar si estábamos dotados para realizarlas. Desde la Independencia nos lanzamos a calcar un tipo de democracia—entonces en la moda mundial—cuando teníamos raíces muy hondas y fértiles para estructurar una democracia participativa con más poder frente al Poder y más capacidad popular para intervenir en su destino. Copiamos al calco un poder democrático, muy bueno en cuanto a su división en tres categorías: Judicial, Legislativo y Ejecutivo; pero muy deficiente—sobre todo para un pueblo de tribus—en cuanto el único cuerpo intermedio para elegir y participar en esos tres poderes eran los partidos políticos.

Gran parte del impedimento para luchar contra la corrupción (fuente de tanta pobreza), es el haber dado en monopolio el contra-poder popular a los partidos, que fácilmente se convierten o tratan de convertirse en pseudo-Estados. No ven ya por el pueblo, sino por ellos mismos. En cambio, la tradición más profunda en la formación de América fue la democracia municipal y esos que he llamado 'cuerpos intermedios' que son creaciones libres del pueblo según sus necesidades (patronatos, corporaciones gremiales, etc.), que por su misma estructura y razón de ser, ejercen a fondo la democracia participativa.



El verdadero gran reto social y político del nuevo siglo, la gran demanda que no acepta postergación, es desmontar las estructuras del Estado-dinosaurio, del Estado monstruo que monopoliza la decisión política, las necesidades del bien común y hasta las ideologías y las conductas morales aceptadas de todo un país.

El s. xx vivió su filosofía comunalista como antaño se creía que vivían los antípodas: invertidos, sin los pies en la tierra porque a la comunidad no se llega desde arriba, sino desde abajo; no a través del Estado, sino de los cuerpos intermedios donde la vida y la vecindad se manifiestan con autonomía y autenticidad, como son: el municipio (en primer término), los gremios, los consejos, las cooperativas, los organismos y las organizaciones culturales, sindicales, empresariales y las diócesis.

El organismo intermedio básico en la tradición política de Hispanoamérica es el municipio. Fue la organización municipal la que permitió que el mestizaje acabara venciendo las violencias y arbitrariedades conquistadoras, y que no se produjera la aniquilación o expulsión del indio—como en Norteamérica—, sino la fusión o mestizaje de ambas culturas.

Es verdad que la forma jurídica del municipio o cabildo fue definida por España, pero sus lineamientos permitían perfectamente la mayoría de las formas corrientes de organización de los vecindarios indígenas. El cabildo nuestro nació mestizo. Pero lo interesante es el poder humanista (y por lo mismo: universalista) que alentaba esa concepción de la vecindad. Fue a través de ella que manifestó su voluntad de independencia todo el Continente, y si llegó a la guerra fue por la falta de perspectiva del Gobierno español y sus Cortes: un rey afrancesado y sus asesores favoritos cambiaron la visión hispánica municipal de la tradición, por la estatal que entrañaba la nueva filosofía política de la Revolución Francesa. Y no supieron darle al cambio ineludible de las relaciones de España y América, la meta de la unidad—una unidad de autonomías—que quiso Bolívar antes de verse obligado a desenvainar su espada y que todavía Rubén Darío levantó como divisa del futuro en su lema y grito optimista:

*¡En espíritu unidos,
en espíritu y ansias y lengua!*

Por eso Cecil Jane, en su libro *Libertad y despotismo en América Hispánica*, comentando esta ceguera del rey español, escribe: ‘Fue un curioso ejemplo de la ironía de la historia: que Carlos III, el más ilustrado y el más liberal de los gobernantes, por sus esfuerzos para cortar aquellos abusos que parecían amenazar con la disolución de su imperio, contribuyó acaso más que ninguna otra persona a hacer esa disolución inevitable. Fue el Diocleciano de España. Así como Diocleciano, al romper con las viejas tradiciones del Imperio Romano, pareció darle un nuevo plazo de vida y, sin embargo, precipitó su caída; así Carlos III, al pretender reorganizar sus dominios sobre bases nuevas, destruyó en el sistema de su gobierno aquellas mismas características gracias a las cuales el dominio español en el Nuevo Mundo se mantuvo por tan largo tiempo. Él fue el verdadero autor de la Guerra de Independencia.’

...Enciendo con cierto temor esta breve luz histórica en un cielo nublado de interrogaciones. Tenemos que estudiar—y eso es lo que quiero sugerir—nuestras posibilidades y fuerzas verdaderas, nuestras realidades y nuestras debilidades, para que la globalización, el neo-capitalismo y otras recetas de solución socio-económica, no sean una frustración más que destruya nuestros mejores recursos de optimismo creador.

El s.xx nos horrorizó endureciendo las sociedades humanas con Estados monstruos. Al final hemos vencido a los dinosaurios y la civilización que va a devolver su humanismo al mundo se está gestando aquí, en América: la civilización del hombre, la civilización de una democracia donde todo hombre tenga poder de intervenir en su destino.

1998-2000

EPÍLOGO

Sobre las ideas

Un lector me escribe pidiéndome una idea. ‘Usted tiene tantas’
—me dice.

Me llamó la atención esa idea sobre ‘tener ideas,’ como quien dice, platónicamente, tener en la cabeza un montón de modelos de cosas y de valores. ¡Ya quisiera! ¿Deberé contar la anécdota del poeta Paul Valéry con Einstein?

Valéry usaba permanentemente en el bolsillo un cuadernito para anotar sus pensamientos. Una vez conversando con Einstein le preguntó si también llevaba consigo un carnet para apuntar las ideas que se le ocurrieran.

—‘No’—contestó Einstein.

—‘Entonces, ¿las escribe usted en el puño de su camisa?’

—‘Tampoco’—replicó Einstein. ‘Usted sabe, sin duda, que las ideas son una cosa rarísima.’

El poeta es un cazador de ideas. Levanta la huella de una, la persigue, pero la idea se escapa, se transforma, cambia, y rara vez se deja atrapar.

Miles de palabras se escriben rastreando tres o cuatro ideas. Miles de hombres mueren por ellas.

Yo no tengo ideas, querido lector. Tengo muchos años de buscar algunas.

*Prólogo**xiii***Cristo, nuestro contemporáneo****SOBRE JESUCRISTO**

Reflexiones sobre la 'Esencia del Cristianismo'	5
El Dios del hombre y el Dios de Dios	13
La paradoja de Cristo ante la política	15
Sueño con Jesús	18
Piedra y Árbol (Meditación de Cuaresma)	20
La Puerta Tenebrosa (Meditación de Pascua)	22
Tímida reflexión sobre el más hermoso de los misterios	24
Cristo, nuestro contemporáneo	27

SOBRE LA IGLESIA

Conciencia de Iglesia	31
La formación cristiana de América	37
El cristiano y la esperanza	54
Los Papas que prepararon el Tercer Milenio de Cristo	57
La función del sacerdote en la sociedad actual	64
Una reflexión y un llamado a los intelectuales católicos	67

PROPIO DE LOS SANTOS

San Juan Bautista, el precursor	75
Santo Tomás Becket o el espíritu contra el poder	79
San Francisco, el 'poverello' de Asís	83
San Celestino v, 'il gran rifiuto'	91

San Juan Diego, 'escalerilla de tablas' para el ascenso de América a Dios	94
Francisca Javier Cabrini: una santa en Nicaragua	96

El hombre: un Dios en exilio

<i>Prólogo a la primera edición</i>	107
Amor	111
Autoridad	116
Ceniza	118
Ciencia	120
Demonio, Diablo, Infierno	122
Dinero, riqueza	124
Dolor, sufrimiento	125
Exilio, éxodo	129
Familia	134
Fe	147
Gestos	148
Historia	151
Hombre	153
Justicia	163
Libertad	167
Militarismo	172
Mito	178
Nosotros	183
Palabra	184
Pobre, pobreza	191
Poesía, poeta	193
Resurrección	200
Sangre	201
Vejez	204

Verdad	206
Vino	207
ANEXO 1–Conversación ‘En el hombre hay más que el hombre’	211
ANEXO 2–Conversación con el Dalai Lama	230
ANEXO 3–Carta a Pablo Antonio Cuadra sobre los Gigantes	236
ANEXO 4–Agradecimiento por condecoración del Papa Juan Pablo II	253

Escrito a Máquina (antología)

<i>Prólogo: El escritor y sus dos manos</i>	259
Magia y técnica del 007	261
Progreso en el lago	266
Unos hombres hablan de amor junto al ‘cadáver’ de la Luna...	269
1929–1930	273
Mesa redonda al otro lado de la historia	277
La ‘palabra sucia’	282
Mirando las estrellas	286
El círculo y la línea	291
El viaje a la Utopía y el viaje a las Antípodas	297
Del Estado-dinosaurio a la sociedad humanista	301
<i>Epílogo: Sobre las ideas</i>	306

OBRAS PUBLICADAS

SERIE ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS

- 1 **Nicaragua Antiquities** ED. BILINGÜE
Carl Bovallius
Traducción de Luciano Cuadra
- 2 **Investigaciones Arqueológicas en Nicaragua** ED. BILINGÜE
J.F. Bransford
Traducción de Orlando Cuadra Downing
- 3 **Cerámica de Costa Rica y Nicaragua** VOL. I
Samuel K. Lothrop
Traducción de Gonzalo Meneses Ocón
- 4 **Cerámica de Costa Rica y Nicaragua** VOL. II
Samuel K. Lothrop
Traducción de Gonzalo Meneses Ocón
- 5 **Quetzalcóatl**
César Sáenz

SERIE FUENTES HISTÓRICAS

- 1 **Diario de John Hill Wheeler**
Traducción de Orlando Cuadra Downing
- 2 **Documentos Diplomáticos de William Carey Jones**
Traducción de Orlando Cuadra Downing
- 3 **Documentos Diplomáticos para servir a la Historia de Nicaragua**
José de Marcoleta
- 4 **Historial de El Realejo**
Manuel Rubio Sánchez *Notas de Eduardo Pérez Valle*
- 5 **Testimonio de Joseph N. Scott 1853–1858**
Introducción, traducción y notas de Alejandro Bolaños Geyer
- 6A **La Guerra en Nicaragua según Frank Leslie's Illustrated Newspaper** ED. BILINGÜE
Selección, introducción y notas de Alejandro Bolaños Geyer
Traducción de Orlando Cuadra Downing
- 6B **La Guerra en Nicaragua según Harper's Weekly Journal of Civilization** ED. BILINGÜE
Selección, introducción y notas de Alejandro Bolaños Geyer
Traducción de Orlando Cuadra Downing
- 7 **El Desaguadero de la Mar Dulce**
Eduardo Pérez Valle

COLECCIÓN CULTURAL DE CENTRO AMÉRICA

8 Los conflictos internacionales de Nicaragua

Luis Pasos Argüello

SERIE LITERARIA

1 Pequeñeces... Cuiscomeñas de Antón Colorado

Enrique Guzmán

Introducción y notas de Franco Cerruti

2 Versos y Versiones Nobles y Sentimentales

Salomón de la Selva

3 La Dionisiada *Novela*

Salomón de la Selva

4 Las Gacetillas 1878–1894

Enrique Guzmán

Introducción y notas de Franco Cerruti

5 Dos Románticos Nicaragüenses: Carmen Díaz y Antonio Aragón

Introducción y notas de Franco Cerruti

6 Obras en Verso

Lino Argüello (Lino de Luna)

Introducción y notas de Franco Cerruti

7 Escritos Biográficos

Enrique Guzmán

Introducción y notas de Franco Cerruti

8 Los Editoriales de La Prensa 1878

Enrique Guzmán

Introducción y notas de Franco Cerruti

9 Poemas Modernistas de Nicaragua 1880–1972

Introducción, selección y notas de Julio Valle Castillo

10a Darío por Darío: Antología Poética de Rubén Darío

Introducción de Pablo Antonio Cuadra

10b Cartas desconocidas de Rubén Darío

compiladores: José Jirón Terán y Jorge Eduardo Arellano

11 El Movimiento de Vanguardia de Nicaragua

–Análisis y antología

Pedro Xavier Solís

12 Literatura Centroamericana

–Diccionario de autores centroamericanos

Jorge Eduardo Arellano

OBRAS PUBLICADAS

SERIE HISTÓRICA

- 1 **Filibusteros y Financieros**
William O. Scroggs
Traducción de Luciano Cuadra
- 2 **Los Alemanes en Nicaragua**
Götz Freiherr von Houwald
Traducción de Resi de Pereira
- 3 **Historia de Nicaragua**
José Dolores Gámez
- 4 **La Guerra en Nicaragua**
William Walker
Traducción de Fabio Carnevallini
- 5 **Obras Históricas Completas**
Jerónimo Pérez
- 6 **Cuarenta Años (1838–1878) de Historia de Nicaragua**
Francisco Ortega Arancibia
- 7 **Historia Moderna de Nicaragua**
–Complemento a mi Historia
José Dolores Gámez
- 8 **La Ruta de Nicaragua**
David I. Folkman Jr.
Traducción de Luciano Cuadra
- 9 **Hernández de Córdoba, Capitán de Conquista en Nicaragua**
Carlos Meléndez
- 10 **Historia de Nicaragua** TOMO I
Tomás Ayón
- 11 **Historia de Nicaragua** TOMO II
Tomás Ayón
- 12 **Historia de Nicaragua** TOMO III
Tomás Ayón
- 13 **Reflexiones sobre la Historia de Nicaragua**
José Coronel Urtecho
- 14 **Colón y la Costa Caribe de Centroamérica**
Jaime Incer Barquero y otros autores

COLECCIÓN CULTURAL DE CENTRO AMÉRICA

- 15 **Un Atlas Histórico de Nicaragua**
–Nicaragua, an Historical Atlas ED. BILINGÜE
Francisco Xavier Aguirre Sacasa

SERIE CRONISTAS

- 1 **Nicaragua en los Cronistas de Indias, siglo XVI**
Introducción y notas de Jorge Eduardo Arellano
- 2 **Nicaragua en los Cronistas de Indias, siglo XVII**
Introducción y notas de Jorge Eduardo Arellano
- 3 **Nicaragua en los Cronistas de Indias: Oviedo**
Introducción y notas de Eduardo Pérez Valle
- 4 **Centroamérica en los Cronistas de Indias: Oviedo** TOMO I
Introducción y notas de Eduardo Pérez Valle
- 5 **Centroamérica en los Cronistas de Indias: Oviedo** TOMO II
Introducción y notas de Eduardo Pérez Valle
- 6 **Descubrimiento, Conquista y Exploración de Nicaragua**
Crónicas de fuentes originales, seleccionadas y comentadas por Jaime Incer Barquero
- 7 **Piratas y Aventureros en las Costas de Nicaragua**
Crónicas de fuentes originales seleccionadas y comentadas por Jaime Incer Barquero

SERIE CIENCIAS HUMANAS

- 1 **Ensayos Nicaragüenses**
Francisco Pérez Estrada
- 2 **Obras de Don Pío Bolaños** VOL. I
Introducción y notas de Franco Cerruti
- 3 **Obras de Don Pío Bolaños** VOL. II
Introducción y notas de Franco Cerruti
- 4 **Romances y Corridos Nicaragüenses**
Ernesto Mejía Sánchez
- 5 **Obras** VOL. I
Carlos Cuadra Pasos
- 6 **Obras** VOL. II
Carlos Cuadra Pasos

OBRAS PUBLICADAS

- 7 **Memorial de mi vida**
Fray Blas Hurtado y Plaza
Estudio preliminar y notas de Carlos Molina Argüello
- 8 **Relación Verdadera de la Reducción de los Indios Infeles de la Provincia de la Tagüisgalpa, llamados Xicaques**
Fray Fernando Espino
Introducción y notas de Jorge Eduardo Arellano
- 9 **Muestrario del Folklore Nicaragüense**
Pablo Antonio Cuadra, Francisco Pérez Estrada
- 10 **Nicaragua: Investigación Económica y Financiera (1928)**
W.W. Cumberland
Traducción de Gonzalo Meneses Ocón
- 11 **El Sendero Incierto – The Uncertain Path** ED. BILINGÜE
Luis Poma
Traducción de Armando Arias, prólogo de Ricardo Poma

SERIE GEOGRAFÍA Y NATURALEZA

- 1 **Notas Geográficas y Económicas sobre la República de Nicaragua**
Pablo Lévy
Introducción y notas de Jaime Incer Barquero
- 2 **Memorias de Arrecife Tortuga**
Bernard Nietschmann
Traducción de Gonzalo Meneses Ocón
- 3 **Peces nicaragüenses de agua dulce**
Jaime Villa

SERIE VIAJEROS

- 1 **Viaje por Centroamérica**
Carl Bovallius
Traducción del sueco por el Dr. Camilo Vijil Tardón
- 2 **Siete Años de Viaje en Centro América, Norte de México y Lejano Oeste de los Estados Unidos**
Julius Froebel
Traducción de Luciano Cuadra
- 3 **Piratas en Centroamérica, siglo xvii**
John Esquemeling, William Dampier
Traducción de Luciano Cuadra
- 4 **El Naturalista en Nicaragua**
Thomas Belt
Traducción y notas de Jaime Incer Barquero

COLECCIÓN CULTURAL DE CENTRO AMÉRICA

SERIE COSTA ATLÁNTICA

- 1 **Narración de los Viajes y Excursiones en la Costa Oriental y en el Interior de Centroamérica, 1827**
Orlando W. Roberts
Traducción de Orlando Cuadra Downing

SERIE BIOGRAFÍAS

- 1 **Larreynaga: su Tiempo y su Obra**
Eduardo Pérez Valle

SERIE TEXTOS

- 1 **Declaraciones sobre Principios de Contabilidad generalmente aceptados en Nicaragua**
Colegio de Contadores Públicos de Nicaragua

SERIE MÚSICA GRABADA EN DISCO

- 1 **Nicaragua: Música y Canto** BALD 00-010
CON COMENTARIOS GRABADOS
Salvador Cardenal Argüello
- 2 **Nicaragua: Música y Canto** BALD 011-019
SIN COMENTARIOS GRABADOS, CON FOLLETO IMPRESO BILINGÜE
Salvador Cardenal Argüello

SERIE EDUCACIÓN

- 1 **La Poesía de Rubén Darío**
José Francisco Terán

SERIE TESIS DOCTORALES

- 1 **La República Conservadora de Nicaragua, 1858–1893**
Arturo Cruz S.
Traducción de Luis Delgado, prólogo de Sergio Ramírez

SERIE PABLO ANTONIO CUADRA

- 1 **Poesía I**
Compilación y prólogo de Pedro Xavier Solís
- 2 **Poesía II**
Compilación de Pedro Xavier Solís, prólogo de Jaime Incer Barquero
- 3 **Ensayos I**
Compilación de Pedro Xavier Solís, prólogo de Alejandro Serrano Caldera
- 4 **Ensayos II**
Compilación de Pedro Xavier Solís, prólogo de S.E.R Cardenal Miguel Obando Bravo

OBRAS PUBLICADAS

SERIE ETNOLOGÍA

- 1 **Mayangna – Apuntes sobre la historia de los indígenas Sumu en Centroamérica**
Götz Freiherr von Houwald
Traducción de Edgard Arturo Castro Frenzel, edición de Carlos Alemán Ocampo y Ralph A. Buss



SERIE PABLO ANTONIO CUADRA ~ ENSAYOS II
Pablo Antonio Cuadra

DISEÑO

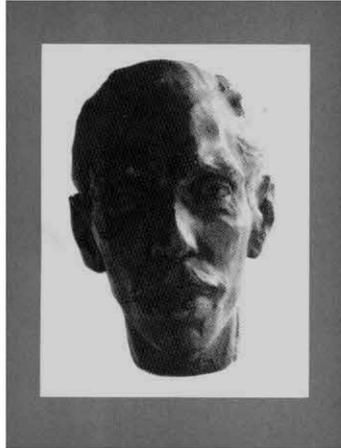
inFORMA (Managua, Nicaragua)
informa@ideay.net.ni

TIPOGRAFÍA

textos ITC Legacy Serif Book®
Esselte Letraset Charlotte
encabezados ITC Legacy Serif Book®
Adobe® Briem Akademi MM®
Adobe® Briem Script MM®

Noviembre 2003

Pablo Antonio Cuadra (1912–2002)



"De su profesión de escritor y periodista hizo un sacerdocio lleno de fe y sacrificio, para cumplir con el más grande mandamiento de la Ley de Dios: amar al prójimo. Se distinguió por resaltar valores del humanismo, sobresaliendo el empleo de la palabra escrita, que como icono del pensamiento, la condujo a una búsqueda y sostenimiento constante del honor".

Cardenal Miguel Obando y Bravo.

"Porque su poesía es una tierra que habla". *Ernesto Cardenal.*

ISBN 99924-53-21-4



9 789992 453216